



# Donde los ángeles no duermen

María Teresa Colominas

Best Seller

# Donde los angeles no duermen

## El PRÓLOGO

Su mano temblaba al marcar el número en aquella deteriorada cabina de teléfono.

Por unos instantes dudó; al fin, habló con voz insegura.

-Señorita... quiero hablar a... San Francisco, por cobrar -dijo con voz entrecortada.

-Dígame el número -respondió la voz agradable de la telefonista.

El hombre tragó una bola espesa de saliva antes de contestar.

-555 25 55, con Matt Denver -su voz fue un susurro cuando pronunció el nombre.

La espera se hizo interminable; unos segundos después una voz de hombre respondió.

-Sí, dígame, soy Matt Denver, ¿con quién hablo? -insistió la voz.

-No cuelgues, por favor, soy Matt, soy Mathew, papá, no me cuelgues el teléfono

-contestó entre sollozos.

-¿Mathew? ¡Mathew! -exclamó con aturdimiento la voz del hombre- ¡Dios mío, hijo!

¡Estás vivo! ¡Después de tanto tiempo, estás vivo!

Denver no podía creer lo que estaba oyendo: su hijo, después de tantos años sin saber de él.

-¿Cómo estás? ¡Dios santo, hijo! ¿Cómo es que no has llamado hasta ahora?

Mathew apenas podía articular palabra; sus lágrimas caían sobre unas mejillas con barba de días.

-Papá, necesito ayuda, necesito que me ayudes -las lágrimas y la emoción de hablar con su padre le impedían continuar.

-¿Dónde estás, Mathew?

-Estoy, estoy en Manhattan -contestó con voz entrecortada por los sollozos-.

Papá, necesito desesperadamente tu ayuda, por favor no me cuelgues -insistió.

-No voy a colgar, hijo -su respuesta pareció tranquilizarlo-. ¿Puedes venir a San Francisco?

-No, no tengo dinero, y apenas puedo tenerme en pie -su voz parecía más tranquila.

-Mira, Mathew, voy a tomar el primer avión que salga para New York, dime, ¿dónde estás?

-¡Papá! -exclamó Mathew; después de suspirar, dijo-: Te estaré esperando en la puerta de la Catedral de San Patricio.

-Muy bien, Mathew, estaré allí lo más rápido posible. ¡Dios mío, hijo!, después de tanto tiempo no puedo creer que...

-Gracias, papá, gracias -susurró mientras colgaba el teléfono.

La fiesta de Navidad se vio interrumpida cuando Matt entró en el comedor de su lujosa mansión victoriana, y comunicó a todos los reunidos que se tenía que ausentar urgentemente de la ciudad.

Johnnie fue detrás de él cuando éste se dispuso a entrar en su despacho; cerró la puerta tras de sí dejando a los comensales murmurando.

-Dime, Matt, ¿qué ocurre?

-Lo siento, Johnnie, ahora no te lo puedo explicar, tengo que irme. Pero te llamaré en cuanto me sea posible, tengo prisa, disculpa -Matt se abrió paso a través de Johnnie, dejándolo perplejo por su actitud.

Cinco horas más tarde, Matt salía del vestíbulo del aeropuerto de New York. El tránsito por las calles de Manhattan era lento debido a la nieve caída durante todo el día. Después de casi una hora desde que tomara el taxi en el aeropuerto, Matt descendió del automóvil delante de las escaleras que conducían hasta la puerta de la Catedral. Pagó al joven taxista, y miró por los alrededores de la iglesia antes de fijar su vista en la puerta central, intentando localizar la figura alta y pelirroja de su hijo; no había nadie, excepto un hombre sentado en la escalinata, con la cabeza entre las rodillas, intentando protegerse de la nieve. A medida que Denver se iba acercando podía ver el aspecto harapiento de aquel vagabundo. Cuando estuvo a seis escalones de él, se paró, y sin dejar de mirar al individuo, susurró:

-¿Mathew?

Al oír el nombre levantó la cabeza; sus pupilas enrojecidas se confundían con el azul de su iris. Su pelo sucio y greñado no dejaba ver el color rojizo de antaño, y su cara tenía tan mal aspecto y estaba tan demacrado que Denver tardó en reconocer a su hijo. Por unos instantes dudó en poner su mano sobre su hombro. Lo hizo.

-¿Papá?, ¿eres tú, papá?

Denver se abalanzó sobre él, y lo abrazó con todas sus fuerzas.

-¡Dios mío, hijo! ¿Qué te ha ocurrido?

-Papá, perdóname..., perdóname, por favor.

Los dos hombres se abrazaron con todas sus fuerzas. De los ojos de Denver salieron lágrimas de dolor y al mismo tiempo de alegría por el encuentro con el hijo que creía haber perdido para siempre.

# Donde los angeles no duermen

## PARTE 1

### CAPITULO 1

En la habitación del hotel donde Denver se había alojado con su hijo, éste esperaba la llegada del médico, mientras miraba a la calle desde la ventana. A su espalda, Mathew dormía en la cama; los recuerdos empezaron a agolparse en su mente, uno tras otro, intentando encontrar el momento en que empezó aquella pesadilla. Los años fueron retrocediendo hasta llegar a otra Navidad, dieciocho años atrás.

-Vamos a llegar tarde -dijo Scarlett mirando el reloj carillón que marcaba las siete y quince.

-¿Dónde está Linda? -preguntó Mathew.

-En su habitación leyendo un cuento; ya ha cenado, sólo tiene que beberse la leche, y no dejes que se acueste más tarde de las nueve.

-Tranquila, Scarlett.

-Gracias, Mathew, te agradezco que te quedes esta noche con Linda. En el refrigerador tienes de todo. Te he dejado el número de teléfono por si nos necesitas.

-No te preocupes, váyanse o llegarán tarde a la fiesta; ya me las arreglaré.

-Llegaremos sobre las doce -le dijo Mike mientras se ponía el abrigo.

-Adiós, que la pasen bien respondió Mathew mientras oía cerrarse la puerta.

Mathew conocía muy bien la casa; de pequeño había jugado en ella. Subió lentamente las escaleras que conducían a las habitaciones y abrió la puerta que daba enfrente de otras escaleras.

-Linda, ¿qué haces?

-Hola, tío Mathew, estoy viendo la televisión.

-Sí, ya la oigo, y por lo que están diciendo no me parece apropiado para una niña de tu edad; apágala.

-Pero tío, es...

-Apágala ahora mismo -dijo secamente.

-Está bien, eres un hombre muy malo -respondió apagando el aparato.

-¿No estabas leyendo un cuento?

-Sí, pero es muy aburrido, y además hay letras que aun no sé, ¿por qué no me lo lees tú?

-¿Yo? -exclamó-, pero si no puedo, ¿cómo se titula el cuento?

-¿No lo ves? ?La Sirenita y el marinero?; toma, léemelo tú.

-No conozco este cuento y no te lo puedo leer.

-No quieres, eres muy malo y no te quiero.

-Pero cariño, no puedo ver y no te lo puedo leer, pero te contaré otro que mi madre me contaba de pequeño y...

-No, papá siempre me lee este. Lo que pasa es que tú no me quieres y no quieres leérmelo, eres muy malo y te van a castigar por ello.

-Está bien, eres todavía muy pequeña para comprender. Cuando seas mayor lo entenderás -susurró lentamente Mathew-. ¿Por qué no jugamos a alguna cosa, Linda?

-¿A qué? -preguntó enfadada.

-No sé, ¿qué te gustaría hacer? ¿Prefieres poner alguna película de esas que te gustan tanto?

-No, tú nunca me dejas ver lo que yo quiero.

-Está bien, como ya es tarde tomarás tu vaso de leche y te irás a dormir.

-No, no quiero, es muy temprano, quiero ver las caricaturas que pasan después.

-Ni pensarlo, tu mamá dijo que no las podías ver, así que acuéstate si no quieres jugar un rato.

-Malo, eres muy malo -sollozó Linda-. No te quiero y cuando venga mi papá le diré que has sido muy malo conmigo.

-Muy bien, como quieras. Acuéstate y cuando llegue papá se lo cuentas todo -la niña se metió en la cama de mala gana y se cubrió la cabeza con las sábanas-.

¿No te tomas la leche?

-No la quiero, déjame dormir, malo, que eres muy malo y no te quiero.

-Muy bien, estoy abajo, por si cambias de idea -el invidente tanteó la pared buscando el interruptor de la luz y la apagó, dejando la habitación iluminada por la luz de la luna.

Mathew estaba sentado en un sillón delante de la chimenea. Sus ciegos ojos azules estaban fijos en las llamas, que comenzaban a apagarse, cuando oyó la puerta del vestíbulo abrirse.

-Buenas noches, Mathew -saludó Mike, que entraba detrás de Scarlett.

-Hola, ¿qué tal la fiesta?

-¡Interminable! -exclamó la mujer.

-Pues toda la semana insististe para que fuéramos a la fiesta -interrumpió Mike.

-Está bien, me equivoqué. ¿Cómo ha ido todo, Mathew? -cambiando a un tono de voz dulce, tomó el brazo del invidente-. ¿Se ha portado bien Linda?

-Sí, quería ver las caricaturas de la noche, y se enfadó conmigo porque no se las dejé ver, pero se durmió en seguida.

Mike, que se había quedado en mangas de camisa, se encontraba agachado frente a la chimenea intentando avivar el fuego. Era un hombre de complexión ancha, medía un metro ochenta, y su pelo era castaño igual que sus ojos.

-No le hagas caso, Mathew -dijo Scarlett que seguía tomando su brazo-, todos los días hace lo mismo.

-Bien, ya que han llegado, yo me voy. Mañana he de estar en el juzgado a primera hora.

-¿Quieres que te acompañe, Mathew? Se ha puesto a nevar y el suelo está resbaladizo.

-No, gracias, es tarde. He traído el bastón y no estamos lejos; nos vemos mañana. -El ciego besó a la chica en la mejilla, mientras Mike tomaba del perchero la chaqueta de piel azul marino y el bastón.

-Adiós, hasta mañana, Mathew, gracias por venir -susurró Scarlett al oído del hombre ciego.

El día amaneció con un sol radiante que parecía invitar a la gente a salir a la calle en mangas de camisa. A pesar de ello, Mathew llevaba puestas unas botas marrones, unos jeans azules, y debajo de la chaqueta abierta se podía ver una camisa amarilla. Se dirigía por la Avenida Lincoln en dirección al Parque Central, cuando oyó la voz conocida de un hombre.

-¡Mathew!

-Hola, Dan, ¿cuándo llegaste?

-Esta mañana, mamá dijo que habías salido a dar una vuelta.

-Sí, tenía pensado nadar un rato. ¿Cómo ha ido todo por New York?

-Bien, Anderson, no volverá a crear más problemas.

Dan era un par de centímetros más alto que Mathew y tenía la misma complexión atlética que su hermano. A ambos les apasionaba el deporte; Mathew adoraba la natación y Dan había jugado en el equipo de básquet de la universidad.

Actualmente seguía jugando en un equipo formado por antiguos compañeros de universidad. Dan, al contrario que su hermano, no se parecía en nada a su padre.

Sus ojos eran verdes como los de su madre, Hellen, y poseía el mismo pelo frondoso y castaño como el de ella. Su amplia sonrisa siempre era un contraste con el semblante serio de su hermano Mathew. Ambos llegaron al parque cuando Dan vio a Scarlett acercarse por detrás de ellos.

-Scarlett se acerca -le susurró.

-¡Hola, chicos! ¿Adonde van?

-Hola, Scarlett, acompaña a Mathew a la piscina.

-Hoy, Mathew, querido, es Navidad, ¿no te das un descanso?

-Lo siento, Scarlett, pero tengo que mantenerme en forma, quiero participar en una competición, y no lo podré hacer si no me entreno.

La mujer se puso entre los dos hombres, tomándolos a ambos por los brazos.

Scarlett era una mujer esbelta que a pesar de su altura, un metro setenta y cinco, se veía pequeña entre sus dos hermanos, que la superaban en veinte centímetros. El sol acariciaba su corta melena cobriza, resaltándole sus ojos verdes.

-Bueno, chicos, la conversación es muy agradable, pero me tengo que ir. Nos vemos esta noche, adiós -Scarlett se despidió Dan dando un beso a la mujer y ésta le siguió con la mirada; seguidamente se volvió a tomar del brazo de Mathew y siguieron paseando.

-Mathew, quiero pedirte un favor.

-Si está en mis manos, cuenta con ello.

-Mañana tenemos que ir al concierto de Navidad, y no tengo a nadie para que se quede con Linda. Había pensado que tal vez tú...

-No sigas, has pensado que el bueno de tu hermano te puede servir de niñera, ¿me equivoco?

-Claro, que si tienes algún compromiso, o alguna cita lo entenderé.

-Eso quisiera yo, tener una cita, pero la verdad es que hace tiempo que no sé lo que es salir con alguien del sexo femenino, así que cuenta conmigo. Estaré encantado de cuidar a mi sobrina.

-Gracias, Mathew, sabía que podía contar contigo -ésta besó la mejilla del pelirrojo en agradecimiento-. Intentamos encontrar una niñera pero estos días es imposible dar con alguien disponible, y sé que Linda se la pasa muy bien contigo.

-Sí, yo también, pero lleva algún tiempo enfadada conmigo. Dice que no me quiere, que soy un hombre malo.

-No le hagas caso, cosas de niños.

Llegaron a las puertas de la piscina, donde un anuncio de neón decía ?Club de Natación San Francisco?.

-Te dejo, Mathew, nos veremos esta noche.

-Bien, hasta la noche.

A pesar de ser día festivo, Mathew se había levantado temprano para ir a su despacho de abogados Sullivan y Denver Jr. Hacía tres años que Mathew y Mike terminaron la carrera y decidieron abrir un bufete en sociedad, igual que antaño hicieran sus padres. Por el contrario, Dan prefirió entrar en la oficina del fiscal de distrito, y actualmente era él el propio fiscal. Scarlett también era abogado y trabajaba en un bufete especializado en ayuda y asesoramiento para la mujer. Excepto Dan, que estudió en la universidad de New York, los tres estudiaron en San Francisco.

Pasaba del mediodía cuando Mike abrió bruscamente la puerta del despacho de Mathew. Si éste hubiera tenido vista, habría comprobado que los ojos de su amigo mostraban odio y rabia. Sin mediar palabra, se dirigió hasta donde estaba sentado el invidente, lo tomó de la camisa y le asestó un golpe en la cara. Éste cayó al suelo arrastrando la silla tras de sí.

-¿Qué? ¿Quién? -dijo Matt, aturdido.

Sin dejarle decir nada más, Mike lo volvió a tomar y le propinó un nuevo golpe en la cara. El diamante del anillo que llevaba puesto Mike le causó una herida en la mejilla, que empezó a sangrar

copiosamente. Mathew cayó de nuevo al suelo, sin poder reaccionar a lo que estaba pasando. Mike se abalanzó sobre él y le encajó dos nuevos golpes, uno en el estómago y otro en la cara, que hizo que sangrara también la nariz y la boca del aturdido ciego.

-¡Cerdo, eres un maldito cerdo! exclamó, mientras golpeaba una y otra vez en el estómago a su socio, ya inconsciente. Maldito cabrón, te voy a matar.

-¡No, Mike! -gritó Scarlett, que entró en aquel momento; con el rostro desencajado, le agarró el brazo que tenía levantado en acto de golpear de nuevo-

. ¡No!, lo vas a matar.

-Eso es lo que quiero, maldito seas, Mathew, maldito seas -sollozó mientras soltaba el cuerpo del que hasta ahora había sido su amigo y socio. Sus manos cubrían su cara por donde se deslizaban lágrimas de dolor y odio. Scarlett se arrodilló junto a él y le abrazó mientras ambos lloraban.

Lo primero que oyó Mathew cuando despertó fue la voz de su padre. Hablaba con alguien, pero no reconoció la voz ronca y brusca, e intentó centrarse, saber dónde estaba y lo que había ocurrido. Le dolía el cuerpo y recordó a Mike entrando en el despacho dándole una tremenda paliza sin motivo. ¿Por qué?, se preguntó; intentó incorporarse, pero desistió.

-ya ha despertado, señor Denver -dijo la voz ronca.

-¡Mathew, Dios santo! ¿Qué has hecho? ¿Cómo has podido?

-Nunca hubiera imaginado de ti... -Matt Denver era un hombre de un metro noventa que había superado los cuarenta y cinco años, pero su aspecto confirmaba que se encontraba en muy buena forma física. Su cabello rojizo no dejaba paso todavía a las temidas canas de la madurez, y sus ojos eran azules como el cielo reflejado en el mar.

-Papá, ¿qué pasa? ¿Qué ocurre? No entiendo... -preguntó mientras se intentaba incorporar no sin expresar una mueca de dolor en sus labios.

-¡Cállate!, no quiero oír nada, me avergüenzas, no eres más que un maldito puerco -le gritó al tiempo que lo agarraba por la camisa.

-Cálmese, señor Denver -el hombre era de mediana edad y pelo canoso; tomó el brazo de Matt Denver, y le invitó a que soltara al magullado joven.

-Mathew Denver, soy el capitán Eduard Simons, y tengo la obligación de detenerle en nombre de la ley. Tiene derecho a permanecer callado; en caso contrario, todo lo que diga podrá ser usado en su contra...

-¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué broma es ésta? ¿Qué ocurre aquí? ¿Papá? -el rostro de Mathew se desencajó de sorpresa.

-Mathew Denver, se le acusa de violación -dijo secamente el policía.

-¿Qué? -la sorpresa se reflejó aún más en su rostro; no podía dar crédito a lo que oía-. Papá, puedes explicarme...

-Mathew, aún tienes cinismo, has dejado de existir para mí, lléveselo capitán, lléveselo o no responderé de mí.

El capitán Simons abrió la puerta. Detrás, un oficial de policía, al ver la señal que le hacía el capitán, sacó las esposas de su cinturón y, dirigiéndose hasta el detenido, se las puso. Mathew no podía salir de su asombro, apenas podía articular palabra; el oficial lo tomó del brazo y lo llevó hacia la puerta. El detenido, con gran esfuerzo, balbuceó.

-Papá, padre...

Sin mediar palabra, el hombre al que Mathew había llamado padre le dio la espalda y miró a través de la ventana. De sus ojos empezaron a caer lágrimas.

Mathew llegó a la comisaría acompañado por el capitán Simons y el oficial de policía. Durante la media hora que duró el trayecto no pronunció palabra alguna.

Su mente era incapaz de comprender lo que estaba ocurriendo; le acusaban de violación, y aún no

sabía a quién se suponía que había violado. Pensó: ¿Esto es un sueño, no es real, he debido quedarme dormido mientras redactaba el informe, ahora despertaré?. El teclear de una máquina lo devolvió a la realidad.

-He preguntado cuál es su nombre -dijo una voz impaciente, ronca.

-¿Qué? ¿Cómo dice? -Mathew seguía confundido.

-Dígame su nombre.

-Mathew Denver.

-Nombre completo -insistió el sargento.

-Mathew Jonattan Denver -su voz sonó ausente.

-¿Edad?

-Veinti..., tengo veinticinco.

-Domicilio actual.

-Road Steel, 5, San Francisco.

-Profesión.

-¿Cómo?

-¿A qué se dedica?

-Soy... -Mathew se detuvo, se quedó pensativo, como si no supiera cuál era su profesión. Pasaron varios segundos.

-¿Y bien? -insistió el sargento con tono impaciente.

-Abogado, soy abogado.

-Abogado recalcó -el sargento mientras lo escribía en la máquina de escribir. El teléfono, que estaba a la izquierda de Mathew, sonó dos veces y el sargento lo tomó-. Sí, diga, sí capitán, ahora mismo -colgó el auricular.

-Espere unos minutos -le dijo al detenido. Se levantó e hizo una señal al oficial que lo había esposado para que lo vigilara.

Mathew conocía muy bien el lugar, y los trámites de un arresto, pues había estado allí decenas de veces como abogado defensor. Aunque esta vez era él el acusado. Su mente se volvió a alejar de la realidad y sus pensamientos se volvieron a sumergir en lo que había ocurrido las pasadas horas. Mike entró en el despacho y le propinó una paliza; le habría matado de no ser por Scarlett, que entró a tiempo para impedirlo. Luego no recordaba nada más hasta que se despertó y oyó a su padre hablar con un hombre con voz desconocida para él. Todo era irreal, estaba seguro más que nunca de que era una pesadilla, estaba claro que la noche anterior había cenado más de lo habitual y, ¿yo no estoy acostumbrado a ello?, pensó.

-Bien ¿dónde íbamos? -la voz ronca del sargento le devolvió de nuevo al presente-. ¡Ah! sí, es usted abogado. Sí, claro, ahora recuerdo haberle visto por aquí para visitar a algún detenido. Por lo que veo han cambiado los papeles, amigo -sus palabras se convirtieron en un sarcasmo-. Sigamos, acusación: Violación y abuso a una menor.

-¿Qué? -gritó Mathew sorprendido-. ¿Qué broma es ésta? -se levantó bruscamente de la silla que cayó al suelo.

-Está bien, amigo, cálmese -dijo, levantándose también el sargento.

Mathew dio media vuelta tropezando con la silla que estaba a su derecha. Se encontraba fuera de sí, intentó dar un paso y cayó arrastrando el teléfono; el cable se enrolló en su pierna. Intentó levantarse agarrándose a lo primero que tocó; parecía la pata de una mesa. Al hacerlo, rodó de nuevo al suelo junto con el perchero que había confundido y los cinco abrigos colgados, que cubrieron la cabeza de Mathew. Dos oficiales, al ver lo que ocurría, corrieron en ayuda del sargento, que intentaba calmar al detenido. Entre los tres lo levantaron del suelo.

-Cálmese, si no quiere verse acusado también de alboroto -dijo el sargento, tratando de calmarlo-.



Fíchenlo -dijo dirigiéndose al oficial que ahora tenía agarrado a Mathew con los brazos hacia atrás.  
-Vamos, amigo, ven por aquí y sin oponer resistencia -le dijo el policía, que lo seguía agarrando.  
Mathew se dejó llevar hacia la puerta trasera de la comisaría, donde estaban situadas las celdas. De nuevo se quedó ausente, ajeno al presente. Incluso cuando sus dedos dejaron sus huellas en la ficha no reaccionó; se movía con pasividad, su mente estaba en blanco y sus movimientos se parecían a los de una marioneta. Entonces oyó el ruido que hace una llave al entrar en una cerradura; no podía ver dónde estaba, pero no hacía falta. Conocía el ruido de una puerta de celda al cerrarse.  
Estoy encerrado? fue su primer pensamiento. Al quedarse solo, estoy encerrado?  
se volvió a repetir en su cabeza. Por su espalda comenzó a deslizarse una serpiente helada, sintió que un arrebató de terror se apoderaba de él, intentó serenarse, se dejó caer de rodillas, y bajando la cabeza a la altura de éstas, lloró, lloró como un niño pequeño que se hubiera perdido en un profundo bosque.

## CAPÍTULO 2

La gran mansión blanca de los Denver tenía un aspecto sucio a la luz de la luna.  
La nieve había dejado paso al agua de lluvia, que gorgoteaba en las cañerías del desagüe y caía al suelo en un chorro acompasado. Las luces de la planta baja del edificio estaban encendidas. En la biblioteca se encontraban Matt Denver y su hijo Daniel; ambos hombres estaban de pie al lado del sillón de piel negra, donde una desconsolada Hellen lloraba. Su cara estaba demacrada, tenía el aspecto pálido de quien padece un terrible dolor repentino. Matt intentaba infructuosamente consolar a su esposa, que se negaba a dar crédito a lo que le decía su esposo.  
-Mathew ha abusado de Linda, Hellen, tienes que aceptarlo -susurró dulcemente a su esposa.  
-¿Cómo puedes decir tal cosa? Ni siquiera pensarlo -dijo entrecortadamente la mujer. Las lágrimas no dejaban de caer de sus ojos verdes-. No puedo creer lo que están diciendo. Mathew es tu hijo, ¿cómo puedes creer que haya hecho tal atrocidad? Me niego a creerlo -dijo rotundamente.  
-Cariño -la interrumpió Matt-, ¿cómo piensas que una niña de seis años ha podido inventar algo como esto?  
-Vamos, Matt -alzó la voz al tiempo que se levantaba del sillón cayendo de sus piernas un olvidado pañuelo-, ahora me dirás que te crees las fantasías de una niña caprichosa y consentida, antes que a tu propio hijo.  
-Esa niña, como tú la llamas, es nuestra nieta, Hellen y...  
-Creo que tendrían que calmarse -interrumpió súbitamente Dan-, nadie ha condenado a Mathew todavía. De momento todo son conjeturas. Es evidente que la niña ha sufrido abusos, en esto estoy de acuerdo contigo, papá, pero puede que la niña esté confundida o tenga miedo de decir la verdad. De momento mi departamento sólo ha cursado la orden de detención, pero hasta que el médico no dé su opinión, no podremos hacer nada más.  
Las palabras de Dan parecieron dar un poco de tranquilidad a Hellen, que había dejado de llorar.  
-Creo que subiré a mi habitación -informó-. Sí, querida, descansa un poco. Ha sido un día muy largo -la mujer asintió con la cabeza y subió las escaleras con un sonar de tacones. Matt cerró la puerta de la biblioteca, y miró a su hijo que se encontraba al otro extremo de la habitación mirando a través de la ventana.  
La lluvia había cesado.  
-¿Por qué estás tan seguro de que Mathew violó a Linda, papá?  
-Me sorprendes, Dan. Recuerda que de pequeños ninguno de los dos me podían engañar; siempre sabía cuando intentaban decirme una mentira. Sus ojos los delataban cuando tú o tu hermano hacían alguna travesura y después procuraban ocultarla intentando engañarme. Sé que Linda ha dicho la

verdad, y una cosa como ésta no la puede inventar una niña de seis años. Por muy mal que me sepa, sé que Mathew ha mentido; sus ojos lo han vuelto a delatar.

-Pero... -se detuvo un segundo-, papá ¿y si estás equivocado? ¿Y si Mathew es realmente inocente? Me cuesta creer que haya...

-De todas formas, tú lo has dicho antes, hasta que el médico no dé su opinión todo son hipótesis.

A las diez en punto la campanilla de la puerta principal les interrumpió. Dan fue hacia el recibidor. El rostro de un hombre se veía borroso a través del cristal grabado. Deslizó el cerrojo y abrió la puerta.

-Hola, tío Johnnie, entra, ¿cómo está Linda? -preguntó impaciente.

-¿Está tu padre?

-Sí, en la biblioteca, pasa -ambos hombres se dirigieron a la puerta de la izquierda del recibidor.

-¡Johnnie! -exclamó Matt.

-Matt, he de hablar contigo; bien, con los dos -Johnnie Sullivan era de mediana estatura, su cuerpo había engordado con los años; su cara, redonda y con aspecto de bonachón; su grueso cabello castaño dejaba tímidamente paso a un cabello gris.

-¿Qué ocurre, socio? ¿Se sabe algo?

-Sí, Matt -contestó tristemente Johnnie-, el doctor Morrinson ha confirmado que la niña ha sufrido abusos sexuales.

-¿Ha mencionado a Mathew? -preguntó Dan.

-Linda le ha contado al doctor Morrinson que cuando Mathew iba a cuidarla, le acariciaba la espalda, y la desnudaba. Le decía que era un juego, un juego para ellos dos, le decía que como era ciego tenía que tocarle el cuerpo para poder saber cómo era. Linda dice que después Mathew se desnudaba y la obligaba a tocarle. Seguidamente la besaba en la boca, la niña dice que después de besarla le hacía daño, mucho daño, ella lloraba diciendo a su tío que no le hiciera más daño, y Mathew le decía que era un juego, un secreto que no tenía que contarle a nadie, que si lo hacía la castigaría. Lo siento Matt -dijo lánguidamente.

-No puedo creer que Mathew pueda haber... -la voz de Dan era apenas un susurro-.

Pero no importa -levantó la voz-, si es culpable...

-¿Qué piensas, Matt? -preguntó Johnnie a su apenado socio.

-No lo sé, Johnnie, no lo sé. A pesar de que es mi hijo, si es culpable no pienso defenderle, lo siento pero no puedo.

-¿Dónde está ahora Linda? -preguntó el hombre joven.

-Mike y Scarlett se la han llevado a casa. Estoy preocupado por Mike, está loco por su hija, casi mata a Mathew.

-Sí, lo hubiera hecho de no haber sido por Scarlett, que me avisó de lo ocurrido. De no llegar a tiempo al despacho, Mike lo hubiera matado allí mismo - dijo Dan.

-¿Cuándo harás la acusación, Dan? -preguntó Johnnie.

-Mañana, en cuanto reciba los informes médicos, yo personalmente llevaré la acusación.

-¿Crees que es prudente que la lleves tú?

-Sí, papá, lo he de hacer. Soy el fiscal y en cuanto se enteren los periódicos, nos van a acribillar. No quiero que publiquen que el hermano del fiscal se libra de la cárcel por tal motivo.

-¡Los periódicos! Nos habíamos olvidado de ellos -dijo Johnnie asustado-; cuando se enteren, si no se han enterado ya nos van a salir periodistas como cucarachas, y eso perjudicará a Linda.

-Tranquilízate, tío Johnnie. Hablé con el capitán Sitmons, para que no informara todavía a esos muchachos, no, hasta que mi departamento haya hecho la acusación oficial.

-Todo esto es tan triste, tan feo -sollozó Matt, al tiempo que se dejaba caer en el sillón con los

ojos cerrados.

Johnnie se acercó a él y puso la mano en su hombro.

-Sí, es muy triste para todos, y es ahora cuando tenemos que estar más unidos.

Los periódicos nos acecharán como lobos hambrientos.

-Sí, Johnnie tiene razón, papá, no debemos dejar que todo esto nos separe, debemos estar unidos como nunca. Si Mathew es culpable lo afrontaremos, y si no lo es, bueno, si no lo es... -su voz fue bajando hasta llegar a un simple susurro.

-Creo que se olvidan de Linda. Que Mathew sea o no culpable no implica que la niña no haya sufrido abuso, y esto sí que no tiene remedio -dijo Johnnie.

-Perdona, tío Johnnie, tienes razón. Los daños no sólo son físicos sino psíquicos, y son muy importantes e irreparables. No voy a tener compasión para el culpable, sea Mathew o no -sus palabras fueron enérgicas y rotundas.

### CAPÍTULO 3

Mathew se encontraba acostado, sus pies colgaban del ruinoso catre y sus ojos miraban sin ver el techo de la celda. No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que la puerta se cerró dejándole en la más absoluta oscuridad. Por el ajetreo que oía al otro lado de la habitación, llegó a la conclusión de que ya había amanecido. El aroma de café lo confirmó; había pasado una interminable noche, intentando despertar de una pesadilla.

-Bien, amigo, ya son las ocho, levántate a desayunar -un agente con una bandeja llevando café humeante y unos bollos entró por la puerta que comunicaba las celdas con la comisaría. Encendió el interruptor de la luz que se encontraba a la izquierda de la puerta. Había tres celdas no más grandes de seis metros cuadrados, separadas por paredes de unos diez centímetros de espesor. Estaban vacías, él era el único detenido. El agente tomó de su cinturón un juego de llaves y escogió una de entre las siete que habían en el llavero. Abrió la puerta; en la celda no había más que un sucio retrete, un pequeño lavabo por donde caía una insistente gota, un catre y enfrente una mesa con un viejo y roto taburete-. Te dejo el desayuno en la mesa, vendré por la bandeja en media hora -

le informó sin mirar al detenido, salió y volvió a cerrar.

Mathew no se movió, ni siquiera parpadeó. Su mirada seguía fija en el techo, su cara estaba hinchada debido a los golpes que le dio Mike. En la mejilla derecha se apreciaba un largo corte. La sangre se había secado, impidiendo que se viera la profundidad de éste. Su suéter color beige era ahora una gran mancha de sangre seca. Su pelo estaba revuelto; un mechón le caía por la frente ocultando parte del ojo derecho. Volvió a oír la puerta, y pensó que ya había transcurrido la media hora. El agente venía ya por la bandeja, sólo que esta vez parecía que hubieran pasado algunos minutos, desde que éste le dejara el desayuno.

-Buenos días -saludó una voz ronca-, veo que ya le han traído el desayuno.

Perdone, olvidé que no puede ver, soy el capitán Simons Mathew -no dijo nada, no se movió-. Me han dicho que todavía no ha efectuado la llamada de teléfono que le corresponde, aunque pienso que eso ya lo sabe, usted es abogado -el policía, desde las rejas, miró el rostro hinchado y ensangrentado del detenido e hizo una mueca con los labios-. Mire, amigo, yo no tengo nada contra usted, no sé si es culpable o no, sólo me limito a hacer mi trabajo, pero le recomiendo que llame a un abogado. La oficina del fiscal acaba de enviar la orden de acusación contra usted; oficialmente está acusado de violación y abuso sexual.

-¿A quién se supone que he violado? -habló por fin con voz neutra.

-Se le acusa de violación y abusos a una menor de seis años.

-¿Una niña? ¿Quién? -su voz tembló al preguntar.

-Linda Sullivan, la hija de su socio.

Mathew soltó una carcajada, una carcajada fría y helada como el hielo. Después pareció volver al estado catatónico en que parecía haber estado toda la noche.

Simons le miró a través de las rejas, dio la vuelta y se dirigió a la puerta. La esfera blanca del reloj de la comisaría marcaba las diez y veinte, cuando el capitán salió. En la comisaría se encontraban cuatro oficiales hablando entre ellos, dos mujeres mayores sentadas en el banquillo de la entrada, y el sargento que tomaba declaración a un joven no mayor de veinte años. Las mujeres miraban de reojo al joven e intercambiaban palabras entre ellas. El capitán se acercó a la mesa del sargento y le dijo algo al oído.

-Éste -asintió con la cabeza,

se dirigió a la puerta que daba detrás del sargento, que era de madera recia. Se leía un letrero: ? Capitán E. Simons?. Entró; el despacho era rectangular con una amplia ventana por donde se podía ver el Parque Central. Había un escritorio negro con carpetas ordenadas, un teléfono, y una máquina de escribir. Tomó la primera carpeta, la abrió y se sentó en el sillón giratorio dando la espalda a la puerta. Observó los documentos detenidamente. Poco después golpearon la puerta.

-Adelante, Paul, pasa y siéntate -le dijo al hombre alto y excesivamente delgado.

-¿Querías hablar conmigo, Ed?

-Sí, el caso Denver me preocupa.

-Un asunto muy puntilloso, ¿qué piensas de ello?

-No sé, no me imagino a un ciego violando a una niña. ¿Has leído el informe? -dijo dándole la carpeta.

-Sí, y me sorprende que pienses que es inocente.

-Tendrías que haberle visto cuando le detuvimos, se quedó helado y todavía no ha reaccionado.

-Ed, después de tantos años en la profesión ¿y todavía no conoces las artimañas de los detenidos?

-No lo sé, pero me cuesta imaginarme a un ciego..., pero tienes razón, hemos visto casos peores.

-Los chicos de la prensa están ahí afuera, ¿has pensado en lo que vas a decirles? -preguntó el teniente Paul Munigan.

-¿Ya se han enterado?

-No todavía; saben que tenemos a un pez gordo, pero no quién es, ni de qué se le acusa.

-Bien, intentaremos que tarden en averiguarlo, la oficina del fiscal no quiere todavía que se haga público.

-¿Cuánto tiempo lo tendremos aquí detenido?

-Estoy esperando al fiscal, han llamado de su despacho para avisar que vendría esta mañana.

-Bien, me marcho. Voy a ver si puedo contener a esos chicos de la prensa. Te veo después -dijo levantándose.

-¡Ah, Paul!

-Sí, dime -tenía la perilla sujeta con la mano-. Avisa al médico, que vaya a ver a Denver.

-Bien, ahora le aviso -cerró la puerta.

## CAPÍTULO 4

Los siete días transcurridos habían sido una pesadilla. Desde que los periódicos se enteraron de la noticia, los teléfonos no dejaron de sonar en ninguno de los domicilios de las tres familias. En las oficinas del fiscal, así como en los domicilios, estaban los periodistas merodeando para conseguir alguna declaración de alguien. El mutismo era total, tanto por parte de los Denver como de los

Sullivan.

Mathew había sido trasladado a la prisión general de San Francisco, en las afueras de la ciudad. Con grandes medidas de seguridad fue sacado de la comisaría por la puerta trasera, y en plena noche, para que los periodistas no le acosaran. Cuando llegaron a la prisión tuvieron que entrar por el patio trasero por el mismo motivo. Lo encerraron en una celda aislada de los otros internos por motivos de seguridad. A los reclusos no les gustaban los violadores de menores, y solían tomar represalias contra ellos.

Mathew estaba acostado. El sol que se filtraba por la ventanilla enrejada le daba en el rostro, y se podía apreciar la cicatriz en su mejilla, hecha por el anillo de Mike. Llevaba puestos unos jeans y una camisa azul. Las botas estaban debajo de la litera.

Durante el tiempo que llevaba encerrado, apenas había pronunciado palabra; las respuestas de rutina cuando se rellena el formulario de ingreso en la prisión.

La comida era devuelta casi intacta todo los días. Sólo había recibido la visita del abogado de turno que le adjudicó el juez, y tampoco le dirigió la palabra.

No podía defenderse ante el tribunal y, lo que era peor, ningún abogado quiso llevar la defensa, al saber que su propio padre se había negado a ello.

-Buenos días, señor Denver -Mathew parpadeó, no había oído abrirse la puerta de su celda-. ¿Cómo se encuentra hoy? -las preguntas del joven ataviado con traje azul marino y portafolio negro en la mano no recibieron respuesta como de costumbre-. Solo he venido para comunicarle la fecha del juicio. Será el lunes dentro de cuatro días -el joven abogado de pelo negro continuaba hablando sin conseguir que su defendido le escuchara-, el fiscal se ha dado prisa para que empiece el juicio cuanto antes, y no voy a tener tiempo para poder demostrar su inocencia.

?Inocencia?, pensó Mathew. Era la primera vez que alguien pronunciaba la palabra inocente. Casi estuvo a punto de soltar una carcajada pero se reprimió.

-Así que basaré la defensa en su estado mental y...

-¡Lárguese! -dijo por primera vez al abogado-, lárguese y no vuelva más -su voz era lánguida.

-Como quiera, pero es mi deber...

-Márchese de una vez, déjeme solo -dijo con voz enérgica.

-Muy bien, como quiera. Nos veremos en el tribunal -asintió nervioso, mientras recogía torpemente los papeles que había dejado sobre la mesa. Mathew se dio la vuelta y cerró los ojos.

Tres horas después de que se marchara el inexperto abogado, volvió a oír la cerradura de la puerta. ?No es la hora de la comida, así que debe ser otra vez ese estúpido picapleitos?, pensó.

-Arriba, Denver, tienes visita -un oficial le anunció desde la puerta sin llegar a entrar.

-¿Visita? -preguntó con voz neutra.

-Sí, date prisa, creo que es una mujer -le informó.

Mathew puso los pies en el frío suelo de cemento y se reclinó para buscar sus botas. Lentamente se incorporó. El oficial tomó el brazo del invidente, salieron al pasillo. Hacia un lado había puertas dobles que conducían a las celdas de castigo. Siguieron en dirección contraria, recorriendo el frío pasillo y doblando la esquina. A pocos metros había una puerta donde se leía ?Visitas?. El agente la abrió.

Hellen Denver tenía los codos apoyados sobre la larga mesa blanca. Su cara desmejorada, sus grandes ojos verdes, intentaban reprimir las lágrimas. Llevaba puesto un traje gris de lana. Al ver a su hijo no pudo contener más su aflicción y derramó unas lágrimas.

-¡Mathew, hijo! -la emoción de verlo la ahogaba.

-¡Mamá! -exclamó mientras el agente le acercaba una silla-, mamá, cuánto te he echado de menos.

Hellen le tomó las manos, mientras el vigilante salía, dejándolos solos.

-¿Cómo estás, mamá? -preguntó con ansia-. Pensaba que no querías verme.

-Mathew, cariño, cuánto te quiero. Intenté venir antes, pero no me daban autorización para ello. ¡Oh, Mathew, estás tan delgado! ¿Cómo estás? Tu cara...

-No te preocupes por mí. Estoy bien -tranquilizó a su madre-. Sólo que estoy muy confundido. Me acusan de haber violado a Linda y yo no... Mamá te juro que yo no he tocado a Linda, tienes que creerme.

-Mathew, te creo. Sé que tú nunca harías algo semejante, pero papá piensa lo contrario. He intentado..., le he suplicado que lleve tu defensa, pero se ha negado.

-¿Por qué, mamá? No lo entiendo. ¿Por qué papá no me cree? El me conoce, sabe cómo soy.

-No lo sé -la mujer acarició la cara de su hijo y él le tomó la mano y se la besó dulcemente-, no sé por qué no te cree, y no entiendo por qué Linda ha hecho tal acusación contra ti. Mathew, ¿cómo te puedo ayudar?

-Si tú me crees es muy importante para mí. Por favor, mamá.

-¡Pero Mathew! Te condenarán, no podrás... -dijo asustada.

-Quizá no, si puedo demostrar que Linda miente; tal vez Linda este confundida.

Habla con ella, mamá -su voz se fue apagando.

-Lo haré, volveré a hablar con tu padre

la puerta de la sala se abrió.

-Señora Denver, ha pasado el tiempo -avisó el agente al tiempo que se dirigía hacia donde estaba sentado Mathew.

-Adiós, mamá, te quiero -se despidió sin soltar la mano de su madre, que ahora agarraba con más fuerza-, te quiero -el agente tiró de él por el brazo.

-Te quiero, Mathew. Hablaré con tu padre, te lo prometo, Le diré... -las lágrimas le impidieron continuar. Mathew aflojó la presión de su mano y éstas se separaron.

Los siguientes días pasaron rápidamente. El edificio de justicia era un auténtico hormiguero de personas desde el amanecer. Los periodistas invadían la entrada, esperando que llegara el acusado. Faltaban apenas quince minutos para que empezara el juicio. Los demandantes y el acusado entraron por la puerta posterior. Mathew fue llevado al tribunal la noche anterior, y ahora se encontraba en la sala de acusados a la espera de que empezara el juicio a las diez de la mañana. Las tres familias ya habían entrado en la sala del tribunal.

A la derecha de la sala estaban Mike como ofendido principal y junto a él Dan representando al Estado. A la izquierda, el abogado del acusado sentado al lado de una mujer joven, rubia. La puerta del fondo de la sala se abrió y un esposado Mathew custodiado por dos recios policías entró. El murmullo de voces aumentó.

Uno de los agentes le quitó las esposas al llegar a la mesa. Se sentó entre el abogado y su ayudante. Su aspecto era patético. La ropa le venía ligeramente ancha, como a una persona que hubiera perdido muchos kilos en poco tiempo.

-Pónganse de pie -avisó el agente del tribunal-, preside este tribunal el honorable Juez Corbun -un hombre bajo, gordinflón, con pelo blanco y tez negra entró por la puerta lateral-. Pueden sentarse -dijo el juez mirando al acusado.

El juicio transcurrió sin incidencias.

El inexperto abogado fue anulado completamente por el fiscal. Su endeble defensa hizo que el juicio fuera un monólogo de la propia acusación. Hubo una gran expectación cuando el fiscal hizo subir a la niña al tribunal y ésta, sin ningún tipo de dudas, señaló a Mathew como el autor de sus abusos sexuales. La sala se convirtió en un clamor ensordecedor. Matt y Johnnie se encontraban sentados detrás de la parte acusadora. Ninguno de los dos quiso que sus respectivas esposas acudieran al tribunal. Sólo Scarlett acompañó a la niña.

-¡Silencio!, he dicho silencio -gritó el juez golpeando la mesa con el mazo.

La sala volvió lentamente al silencio habitual, y cuando la niña habló con gran seguridad, con la ayuda de una muñeca las partes que le tocaba su tío Mathew, el clamor fue absoluto. El juez ordenó silencio en varias ocasiones, y sólo la amenaza de desalojar la sala hizo que los presentes callaran de nuevo.

La declaración del médico, afirmando que la niña parecía tener lesiones externas, pero que no podía confirmar una penetración debido a la corta edad de la niña y el tiempo transcurrido, hizo que de nuevo el clamor aumentara. El juez instó por última vez a que se guardara silencio o, de lo contrario, desalojaría la sala. La gente calló.

El jurado tardó el tiempo mínimo que se exige para deliberar. Cuando entró en la sala para dar su veredicto, el silencio fue absoluto.

-¿Tiene el jurado el veredicto? -preguntó el Juez Corbun.

-Sí señoría -respondió la mujer de piel oscura que hacía como portavoz.

-Póngase de pie el acusado -dirigiéndose a Mathew; éste se levantó lentamente junto con su abogado-. Y bien ¿cuál es el veredicto?

-Consideramos al acusado culpable de violación y abuso sexual a una menor.

De nuevo volvió un ensordecedor clamor. Varios periodistas sentados en las últimas filas salieron de la sala corriendo.

Sullivan. En el caso de que el acusado no tuviera este dinero, se le embargarán todos los bienes, hasta completar la cantidad estipulada. Este tribunal también cree conveniente retirarle la licencia de abogado, por lo que no podrá ejercer en todo el estado. Este tribunal da por concluido el caso.

-Pónganse de pie -avisó de nuevo el agente. Una avalancha de periodistas se abalanzó sobre el condenado que estaba siendo esposado de nuevo. Durante las cinco horas que duró el juicio no había hablado, ni siquiera subió al estrado para defenderse. No demostró ningún tipo de reacción. Los dos agentes se lo llevaron entre empujones de periodistas y curiosos.

-Señor fiscal, ¿le ha costado llevar este caso? -preguntó un periodista alto.

-No, todos son iguales.

-Pero, señor Denver, el acusado es su hermano -insistió.

-No hay ninguna diferencia. Ha cometido un delito y el jurado lo ha considerado culpable. Ahora, si me disculpan -se excusó Dan mientras recogía su portafolios.

-Señor fiscal, una pregunta más.

Sin prestar atención al periodista, dio media vuelta y salió de la sala. En las escaleras del edificio, Mike y Scarlett intentaban abrirse paso entre los periodistas.

-Señor Sullivan, sólo una pregunta -dijo uno rubio.

-Lo siento, señores, tenemos prisa -contestó Mike abriéndose paso.

-Señor Sullivan, ¿qué siente en este momento por su socio el señor Denver? ¿Cree que ha sido justa la condena?

-El señor Denver ya no es mi socio -dijo secamente-. Todo el mundo sabe que...

Mire amigo, Denver, en la actualidad es sólo un violador de niños, y en cuanto a su pregunta de si creo que la condena es justa, le diré que no. Ninguna pena, por muy alta que sea, es justa para un violador, y más si es un violador de niños. Espero que se pudra en la prisión, eso es todo. Ahora, si me perdonan, mi hija me necesita -sus palabras fueron tajantes.

-Señor, una pregunta más: ¿Y su hija?

La pregunta no recibió respuesta. Un coche gris llegó a la escalinata, y Scarlett y Mike subieron en él. El vehículo se puso en marcha dejando atrás decenas de flashes disparándose.

Black Island, una pequeña isla de unos seiscientos kilómetros cuadrados, situada a quinientas millas de la costa este del país, era considerada el penal más duro del Estado. Su población reclusa se componía de brutales asesinos y psicópatas, allí eran encerrados los llamados enemigos públicos número uno. Todos los días de la semana los reclusos eran llevados de seis a tres de la tarde al pantano del sur de la isla para trabajar allí. El resto del tiempo, hasta las nueve de la noche, los reclusos podían moverse libremente por la isla. No había miedo de que alguien intentara huir, pues era imposible; agua alrededor de la isla, treinta oficiales y diez perros adiestrados, era suficiente para los más de doscientos reclusos. No había huida ni escondite y ellos lo sabían, así que por muy lejos que se hubieran alejado del campamento, éstos regresaban puntualmente a las ocho, hora de la cena.

El helicóptero aterrizó en medio de una planicie, acondicionada para ello. Era el único medio de transporte que existía para comunicarse con el continente, y a través de él llegaban los víveres, así como los condenados.

El condenado Mathew Denver, junto a cuatro más, bajaba las escalerillas. Fue el último en salir del aparato, ayudado por un oficial de recios bigotes negros.

Mathew llevaba puesta la misma ropa que en el juicio, hacía ya siete días. Al pie de las escalerillas aguardaban dos agentes, uno de ellos sujetando la correa de un gran Pastor alemán de pelo corto, que miraba con gran atención a los recién llegados.

-¡Hola, Sam! -saludó el policía de recios bigotes.

-¿Qué tal, Frank? ¿Qué me traes esta semana? -preguntó un oficial de gafas oscuras. Frank se acercó a él y le entregó un sobre cerrado, al tiempo que le hacía firmar el recibo de entrega.

-Te dejo dos atracadores con homicidio, un asesino de viejas uno que mató a su madre, y un violador de menores.

-¿Violador? -preguntó el agente.

-Sí, el pelirrojo. Violó a una niña de seis años. Son todos tuyos ¿no tienes nada para mí?

-No, hasta dentro de quince días salen dos.

-Bien, pues nos vamos. Nos vemos el martes -se despidió dándole la mano.

-¡Nos vemos! -contestó.

-¡Ah, Sam! -gritó Frank desde la puerta del helicóptero-, el tipo pelirrojo.

-Sí, ¿qué pasa con él?

-Ese tipo es ciego -le informó entrando en el aparato y cerrando la puerta.

¿Ciego? se preguntó en voz alta.

-Frank, ¿qué quieres decir? ¿Frank? Espera.

Los motores del helicóptero se pusieron en movimiento y la hélice empezó a girar. Se elevó, provocando un fuerte viento. Sam se quedó mirando el cielo hasta que el aparato desapareció.

-¿Has oído eso, Sloan? -dirigiéndose al que sujetaba al perro.

-Sí, teniente -asintió mirando a los recién llegados, con especial atención al pelirrojo.

El teniente se acercó a los cinco hombres que permanecían en fila esposados. Los miró uno a uno a la cara con curiosidad. No tenían aspecto de ser criminales, pero era mejor no tropezar con ninguno de ellos. A la altura de Mathew se detuvo. Le miró de arriba a abajo; la barba de varios días le cubría la cicatriz de su mejilla.

-¿Eres ciego? -preguntó el teniente, un hombre joven y rubio que no superaba los treinta y tantos años, y unos diez centímetros más bajo que Mathew.

-Sí, lo soy -respondió en un susurro.

-Sí, lo soy señor -rectificó con autoridad el teniente.

-Sí, lo soy señor -volvió a responder, ahora con más fuerza, el reo.

-¿Por qué te han traído aquí?



-por... por violación, señor.

-¿Así que tú eres el violador de menores?

-Señor, yo no...

-¡Silencio!, no me gustan los enfermos sexuales, y mucho menos los que violan niños. Pareces un señorito de ciudad, ¿de dónde vienes?

-San Francisco, señor -su respuesta fue lánguida.

-San Francisco -repitió el teniente-, ¿a qué te dedicabas antes de llegar aquí?

-Soy... -dudó-, era abogado, señor.

-Así que abogado, ciego y abogado, muy bien. Entérate, esto no es un club de recreo, y que seas ciego no va a significar que vayas a tener privilegios. No me gustan los violadores -le dio la espalda y se acercó a Sloan, que prestaba atención a todo lo que decía el teniente. Se cruzaron unas palabras en voz baja.

-Muy bien, preparados para dar un paseo -informó Sloan-, no quiero juegos, les advierto que Jack -acariciando al perro- está adiestrado para matar si es preciso.

Los siete hombres emprendieron el camino. El teniente, en cabeza de la fila.

Mathew seguía siendo el último de los reclusos; detrás de él, a unos dos metros de distancia, Sloan y Jack atentos a cualquier imprevisto.

Se adentraron por un estrecho sendero a cuyos lados había una espesa vegetación, de matorrales altos y árboles. Era fácil engancharse con algún matorral espinoso. Mathew seguía a los demás Por el ruido de sus pisadas. Sus pasos eran inseguros. Los matorrales se enganchaban una y otra vez en su ropa, así que el camino se hacía mucho más lento de lo habitual.

Llevaban recorridos apenas dos kilómetros con el sol del mediodía calentando con todas sus fuerzas. A Mathew le empezaba a molestar el suéter. Tropezó con una raíz no fue avisado, cayendo al suelo. Fue a parar sobre una piedra, golpeándose la frente. Empezó a sangrar copiosamente. Todos se detuvieron. Jack ladró dos veces en actitud de ataque. El agente lo calmó acariciándole el lomo. Mathew intentó levantarse sin conseguirlo, la rama le tenía atrapado el pie.

-¡Está bien! Tú -gritó el teniente en tono indignado, señalando al que estaba delante del invidente-, ayúdale a levantarse y preocúpate de que no vuelva a tropezar de nuevo. Ya vamos con demasiado retraso. ¡Un ciego! ¿A quién se le ocurrió la gran idea de enviar aquí a un ciego? -dijo aún más indignado. Todos miraron cómo se ayudaba a levantar al caído-. Vamos, en marcha No quiero más contratiempos -amenazó el teniente, que continuó la marcha.

Mathew seguía sangrando. El corte era bastante profundo. La sangre caía por sus mejillas; con las manos esposadas intentó limpiarse, ensuciándose aún más la cara.

Treinta minutos después de que se cayera el invidente llegaron al campamento, compuesto por cuatro barracas con rejas en las ventanas y puertas, dos más pequeñas sin protección, una en la que se leía ?Enfermería? y la otra indicaba

?WC, Duchas?. Al lado de la enfermería, dos cabañas; en una de ellas se leía

?Alcaide Tommas Walder?. En la puerta de la otra decía ?Teniente Samuel Twix?, y un poco más alejada de ellas, otra cabaña mayor que las anteriores, destinada a los agentes. El teniente dio la orden de detenerse enfrente de la barraca del alcaide. Sam Twix subió los tres peldaños que conducían al porche; llamó con los nudillos a la puerta y entró.

En la espera, los recién llegados miraban con curiosidad el penal que se encontraba semidesierto. Tres guardias hablaban entre ellos Cerca de uno de los pabellones destinado a comedor, otro agente con un pastor alemán hacía guardia.

Otro hombre con bata blanca estaba sentado en la entrada de la enfermería y miraba a los nuevos con curiosidad. Todos los hombres, excepto el médico, portaban pistola en el cinturón y sendos rifles de precisión. A los diez minutos de espera la puerta del alcaide se abrió. Salió un hombre de mediana

estatura, moreno, peinado con raya en medio. Vestía unos pantalones negros y una camisa blanca desabrochada de los dos botones superiores. A pesar de sus ya superados cincuenta años, se veía en muy buena forma física. Detrás de él, el teniente.

Por unos instantes, el alcaide miró a los cinco recién llegados, con una especial atención al pelirrojo, que había dejado de sangrar.

-Ése es, señor -indicó Twix señalando con la cabeza al herido.

-¿Qué le ha pasado?

-Tropezó en el camino, se cayó sobre una piedra, señor.

-¿Cómo han podido enviar aquí a un tipo ciego? -preguntó indignado.

-Eso quisiera saber yo, señor, creo que va a ser un problema.

-Sí, eso me temo Twix -confirmó el alcaide-. Están en el penal de Black Island -

informó levantando la voz a los nuevos internos-, y como ya deben saber, es la prisión más dura del Estado. Ya lo comprobarán. Como han podido ver, no hay muros ni rejas que les limiten el paso, pero eso no quiere decir que puedan tener una huida fácil. Los perros están adiestrados para atacar en caso de resistencia. La isla está llena de pantanos y arenas movedizas, así que les recomiendo que no se alejen mucho del campamento. Por otra parte, está el mar.

Nos encontramos a más de quinientas millas del continente, así que desistan de huir a nado. No encontrarán ningún bote ni nada por el estilo en toda la isla.

Cumplan su condena sin crear problemas. De lo contrario la pasarán mal -su tono pareció un reto a los reclusos. Dio media vuelta y entró de nuevo a su despacho, seguido por el teniente. La habitación era sencilla: una mesa de despacho enfrente de la puerta, papeles esparcidos encima de ella, un cuadro con un paisaje marino en la pared frontal, y al lado otra puerta que conducía a las habitaciones Privadas.

-¿Señor? -dijo el teniente esperando respuesta.

-Twix, haga la rutina de siempre, después lleve al ciego a la enfermería.

-Bien, señor -se dispuso a marchar. Se detuvo-. ¿Señor ¿Qué haremos con el ciego?

-Sí, eso será un problema. Tráigamelo cuando esté listo.

-Sí, señor -se dispuso a salir.

-¡Twix! Antes de que se me olvide.

-Diga, señor -contestó volviendo la cabeza hacia el alcaide.

-Ordenes de arriba. Denver no recibirá correspondencia del exterior.

-¿Censurado, señor? -preguntó sorprendido.

-Sí, encárguese usted mismo de destruir todo lo que llegue de fuera y lo que él pueda enviar.

-Señor, ¿se da cuenta de que infringiremos las leyes?

-Ya me ha oído, Twix, son órdenes.

-Bien, señor, si no ordena nada más...

-Puede marcharse, Twix, después hablaremos.

Twix salió del despacho.

Los cinco hombres fueron llevados a la barraca de duchas. Allí los liberaron de las esposas. Uno de los oficiales les mandó quitarse la ropa, y uno a uno se fueron desposando de cada una de sus prendas. Dos de los guardias que antes estaban hablando fuera los miraban con indiferencia. El tercero portaba en la mano una larga y gruesa manguera acoplada a un grifo de la pared. En el pabellón no había nada, del techo colgaban duchas, y en el suelo había desagües. Uno de los guardias apartó las prendas que habían dejado los reclusos. Cuando éste se hubo alejado lo suficiente de ellos, el que sujetaba la manguera abrió la llave de paso. Salió un chorro de agua a alta presión, junto con un fuerte olor a desinfectante, directo sobre los cuerpos desnudos de los cinco hombres.

La presión del agua hizo que los reclusos fueran impulsados hacia atrás. Mathew cayó al suelo

por lo inesperado de la ducha, no se dio cuenta de las intenciones de los guardias, y nadie le avisó de ello. Intentó levantarse un par de veces, pero la fuerza del agua lo hacía caer de nuevo. El guardia parecía divertido por la situación e insistía con la manguera sobre el invidente. Por fin, cesó la presión y Mathew logró levantarse. El agua desapareció.

-pónganse en fila -dijo el oficial que tenía sujeta la manguera.

-Tú ¿A qué esperas? ponte con los otros -señalando al pelirrojo-. Tú, ¿qué eres, sordo? -preguntó irritado.

-Soy ciego, señor.

-¿Ciego? ¿Qué broma?

-ES cierto, Jamenson, se lo oí decir a Sloan -informó el agente que había recogido la ropa. Indignado por lo oído, se acercó a Mathew, levantándole la barbilla con la porra.

-Muy bien, niño guapo, eres ciego, pero no es una excusa para no obedecer mis órdenes -de un empujón lo acercó hacia los otros-. Ahora arrodíllense y abran bien la boca ordenó.

Obedecieron. El guardia que informó a Jamenson que era ciego, se colocaba en las manos unos guantes de látex blancos, mientras el otro oficial, que había estado observando, se acercó a los cinco hombres, que, desnudos y con la boca abierta, daban una imagen cómica. Empezando por Mathew, miró detenidamente en el interior de su boca ayudado por una pequeña linterna. Le ordenó que extendiera los brazos, con las manos abiertas, y seguidamente examinó el interior de sus orejas. Después de haber revisado detenidamente a cada uno de ellos, se alejó al otro extremo del pabellón.

-¡Se pueden levantar! -dijo Jamenson-, y con los pies bien separados inclinen el cuerpo hacia adelante.

El oficial que se puso los guantes, se acercó detrás de los reos, e introdujo el dedo en el recto. El que había ayudado a Mathew cuando éste tropezó con la raíz parecía estar acostumbrado y no parpadeó cuando sintió la penetración en su cuerpo. Mathew, en cambio, dio un respingo de sorpresa.

-Estáte quieto, si no quieres que te meta la porra -dijo secamente el oficial con el dedo todavía dentro del cuerpo de Mathew.

Mathew sintió como si el mundo se le cayera encima, sintió ganas de vomitar, se contuvo, su intimidad era violada y no podía hacer nada. De sus ojos azules empezaron a caer lágrimas que intentó contener sin lograrlo. El policía terminó la exploración y sacó inmediatamente el dedo, se quitó los guantes y los tiró a un lado de la pared. Salió del pabellón y a los pocos segundos entró con cinco bolsas de papel, que dio a cada uno de los cinco hombres desnudos.

-Pónganse eso -ordenó sin mirarlos.

Mathew abrió la bolsa sin apenas fuerza. Dentro de cada paquete había un par de pantalones grises, dos camisas del mismo tono, dos pares de calcetas de un gris más oscuro y dos pares de zapatos.

Empezó a vestirse lentamente, al tiempo que se preguntaba cuándo despertaría de esta terrible pesadilla. Una pesadilla que no parecía tener fin. Lo último que se puso fueron los zapatos; todo le venía a la perfección, como si se lo hubieran hecho a la medida. Cuando terminó de vestirse el último de los reos, Jamenson ordenó que volvieran a separar los pies.

¿Y ahora qué? pensó tristemente Mathew. Instantes después oyó ruido de llaves.

¿Qué pasa ahora? ¡Oh! Dios, haz que despierte ahora, que todo no sea más que un maldito sueño. Dios, te lo ruego sus ruegos se vieron interrumpidos al notar en su tobillo derecho el frío acero de un arete que le puso Jamenson en su pie.

-Esto les acompañará día y noche, hasta que salgan de aquí. Para su información, este arete que les he puesto, lleva un microchip transmisor. En el caso de que alguno de ustedes decidiera jugar al escondite, será localizado al instante, así que ya se pueden ir acostumbrando a ello -les advirtió-. Procuren conservar la ropa, no se les volverá a dar otra hasta dentro de cinco meses. ¡Ah! y otra

cosa; no tenemos servicio de lavandería, así que se la lavarán ustedes mismos -

informó con desprecio-. Ahora pueden ir al patio hasta que lleguen los demás del pantano. Tú, ciego, quédate aquí. Te llevaremos a la enfermería; acompáñalo, Travis -dijo al que le examinó la boca.

-Tú, sígueme -cogiéndole del brazo con brusquedad. La enfermería era un recinto de sesenta metros cuadrados con diez camas, todas ellas vacías, un armario con dos puertas blancas cerradas por un candado, un botiquín y una mesa que hacía las veces de mesa de operaciones.

-Acuéstese aquí -la voz del médico era grave. Le acercó tomándole del brazo, a la mesa-. ¿Cómo se lo ha hecho? -preguntó al oficial.

-Tropezó y se golpeó con una piedra.

-Estese quieto, esto le dolerá; le tengo que poner unos puntos.

Mathew notó cómo el doctor limpiaba la herida con alcohol. Después sintió unos pinchazos en la frente. Apenas notó dolor.

-Bien, Creo que con cinco puntos bastará -le informó. La intervención duró apenas quince minutos.

Mathew se encontraba de pie enfrente de la mesa del alcaide. Éste tenía los codos apoyados sobre el escritorio y hablaba por teléfono.

-Bueno, déjalo ahí hasta que yo vaya, no tardaré -colgó el auricular, echó una mirada al invidente con ojos aceros e inexpresivos. Tomó la carpeta que tenía apartada debajo del pisapapeles, la abrió y sacó varios folios. Los estuvo leyendo con gran atención y, después de leerlos, los dejó encima de la mesa-.

Mathew Denver, por lo que he leído perteneces a una familia muy importante y respetada. Me satisface comprobar que eso no ha sido un obstáculo para hacer justicia, pero discrepo de que envíen a un ciego a este penal. Sinceramente, pienso que este lugar no es apropiado para un ciego; puedes crear complicaciones. Sé que eres el hermano del fiscal de San Francisco, pero no te confundas, no vas a tener ningún tipo de privilegio por ello -Mathew dejó de oír al alcalde, el discurso de éste le aburría y ¡lo había oído tantas veces!-

¿Cuántos años tienes? -oyó sacándole de su estado ausente.

-Veinticinco, señor.

-Eres joven. Cuando salgas tendrás treinta y cinco y podrás volver a incorporarte a la sociedad. Espero que entonces hayas reflexionado y aprendido una lección: violar niñas es muy grave y aquí los violadores no gustan a los internos ni a los que trabajamos en este lugar, así que espero cumplas la condena sin crear problemas. Cumple con tu trabajo y con las normas del penal y tu estancia aquí será llevadera. De lo contrario, la pasarás mal ¿has entendido?

-Sí, señor -respondió tímidamente.

-Bien, ahora puedes marcharte. He ordenado a un oficial que te ayude a conocer la situación del campamento. Si necesitas un bastón, dímelo ahora; te lo conseguiré. ¿Y bien?

-No, señor, no hace falta. Me las arreglaré solo.

-Como prefieras, pero que conste que, como excepción, te he ofrecido ayuda. No volverás a tener otra oportunidad, serás tratado como un recluso más, piénsalo antes de salir de mi despacho.

-No, gracias, señor. Estoy acostumbrado a no llevar bastón como guía.

-Muy bien, como quieras -el alcaide se levantó y fue hacia la puerta y la abrió.

Detrás de ella, un oficial alto de pelo moreno tomó el brazo de Mathew y lo acompañó al exterior.

El sol del atardecer hacía que los reclusos estuvieran, en su mayoría, en el exterior de los pabellones. La brisa a esas horas era agradable. Otros reclusos preferían estar en el pabellón destinado al ocio. Un televisor, en el que apenas podían sintonizarse dos o tres emisoras, una biblioteca con un centenar de libros, una mesa de billar, y unas cuantas mesas y sillas plegables, era todo el mobiliario que componía la sala de diversión. Mathew había pasado toda la tarde con el oficial destinado a enseñarle el lugar. Sólo necesitó una hora para saber dónde estaban cada una de las barracas, y la composición del campamento, pero el oficial insistió en que debería recordarlo bien, pues era la única vez que se lo explicaría. A las seis, los oficiales hacían el cambio de guardia, así que el oficial dio por concluida su explicación y llevó a Mathew hasta su litera.

Estaba sentado sobre la cama. Desde que llegó nadie le había dirigido la palabra; tampoco él demostró interés por hacerlo. Un grupo de cuatro reclusos hablaban entre ellos y dirigían miradas al recién llegado. El más alto, de pelo rubio, parecía el cabecilla. Se acercó a él.

-¡Oye, tú! -su tono fue de desprecio. Mathew levantó la cabeza preguntándose si era a él a quien se dirigía-. Tú, el niño bonito -insistió.

-¿Es a mí? -preguntó tímidamente.

-Sí, tú, ¿es que estás sordo?

-No, no lo estoy. ¿Qué quieres? -preguntó, ahora enérgicamente.

-¿Es cierto que estás aquí por violar a una niña?

-No, me acusaron. Eso es todo.

-Sí. Todos los cerdos como tú dicen lo mismo -su tono fue mucho más despreciativo-. ¿Sabes una cosa, niño bonito?

-¿Qué? -preguntó con desgano.

-No me gustan los niños bonitos que tienen cara de honestos y luego violan a menores.

-Yo no... titubeó.

-¡Eh! Carl -gritó otro del grupo, pequeño con barba negra y espesa.

-¿Qué pasa, Loy? -preguntó el rubio.

-Uno de los muchachos me ha dicho que este tipo es ciego -estaba nervioso al explicarlo.

-¡Ciego! -exclamó Carl.

-Sí, y agárrate a la noticia: ¿a qué no sabes quién es su hermano? -parecía disfrutar al preguntar.

-¿Su hermano? No tengo ni idea.

-No lo vas a creer, Carl.

-Venga, mierda. Suéltalo ya de una vez -dijo impaciente.

-Su hermano es Denver.

-¿Denver? -pareció no entender.

-¿No comprendes? Su hermano es Dan Denver, el cabrón que te envió aquí. ¿Lo entiendes ahora? -le dijo con una amplia sonrisa.

-¿Quieres decir que este tipo es el hermano del fiscal de San Francisco? ¿El hermano de Denver? -su asombro aumentó.

-Sí, el mismo. Y me han dicho que fue su propio hermano quien le envió aquí -su risa parecía la de una hiena.

-Esto es muy interesante -dirigiéndose a Mathew-, sí, muy interesante. ¿Así que eres el hermano de ese cabrón de Denver. -sus ojos azules brillaban como centellas-. Y bien, ¿qué me dices? ¿Eres su hermano? -preguntó tomándolo por la camisa.

-Sí, lo soy -susurró.

-¡ que eres su hermano. Muy bien, ¿sabes lo que me hizo ese cabrón de mierda?

¿Lo sabes? -lo zarandeó con fuerza.

-No .., no lo sé -contestó abrumado.

-pues ese hijo de puta me...

Al oír esas palabras Mathew se reveló contra él. Soltándose de sus manos, se puso en pie, le tomó la camisa por donde se pensaba que estaba? y lo golpeó en el estómago.

-Mi madre no es ninguna puta -le gritó mientras golpeaba insistentemente en el estómago.

Los otros, al ver la disputa, se lanzaron contra él, y le pararon un golpe que iba dirigido a la mandíbula de un sorprendido Carl. Afuera, dos guardias oyeron el bullicio, entraron para ver qué ocurría. Al ver al pelirrojo en acción de ataque, arremetieron contra él, intentando separarle del aturdido rubio.

-¡Está bien!, sepárense, ¿qué ha pasado aquí? -preguntó el que tenía agarrado a Mathew con las manos en la espalda.

-Señor -respondió confundido, Carl-, este tipo se lanzó contra mí y empezó a golpearme sin motivo.

-Sí, es cierto -ratificó Loy-, estábamos hablando, cuando Carl le preguntó por su nombre, y se lanzó a dar puñetazos.

-Está bien, Loy, cállate -le ordenó el oficial-. Pero señor, es cierto. Sólo intentábamos ser amables.

-He dicho que te calles Loy. Ya los conozco a ti y a Carl. Sé como son de amables -miró al pelirrojo-. Tú, apenas llevas unas horas aquí y ya te has metido en líos. Empiezas mal, muy mal, amigo. Irás a ver al teniente, y tú, Carl, por esta vez te libras, pero no quiero más peleas, ¿me oyes?

-Pero señor, le juro que yo no...

-Está bien, silencio. Salgan todos al patio, no quiero ver a nadie aquí dentro -

los casi veinte reclusos empezaron a salir de la barraca. Carl, con una sonrisa irónica. Loy le puso el brazo sobre el hombro y le dijo algo al oído. Se rieron ambos echando un último vistazo al detenido.

-Bueno amigo, acompáñanos -tomado por ambos brazos, Mathew fue llevado al despacho del teniente. Su cabaña era idéntica a la del alcaide, con la diferencia del cuadro; éste tenía un mapa de la isla colgado en la pared.

-Me han dicho que has buscado pelea, ¿es cierto?

-Yo, señor...

-¿Te has peleado o no? -le increpó, mirándole a los ojos.

-Sí, señor, pero...

-No quiero excusas. Una de las reglas de este penal es no buscar pleito. Serás castigado por ello. Llévatelo al columpio, hasta nueva orden -se dirigió al oficial que lo había separado de Carl.

-Sí, señor. Enseguida.

Mathew fue llevado al centro del patio, donde se habían concentrado un buen número de reclusos, entre ellos Carl y Loy. Todos miraban al recién llegado con curiosidad, pensando casi lo mismo. No era bueno que alguien en el primer día fuera castigado Si llamaba demasiado la atención del teniente, la pasaría muy mal. Carl sonrió plácidamente, Loy seguía con su risa de hiena.

Del centro del patio se levantaba un grueso mástil de unos diez metros de altura. En la punta, y en forma de cruz, dos gruesas crucetas de acero. De cada extremo sobresalía un anillo, que sujetaba una caja negra metálica, parecida a una caja fuerte. Uno de los vigilantes sacó una llave de su bolsillo, y abrió una pequeña caja gris acoplada al mástil a un metro y medio de altura. Dentro de ella, dos interruptores, uno verde y otro rojo. Pulsó el primero y un mecanismo interno hizo bajar una de las celdas. Cuando ésta tocó el suelo, Mathew fue obligado a entrar. Su tamaño reducido hizo que al incauto castigado le costara trabajo poderse acomodar dentro de ella. Apenas tres metros cuadrados era lo que medía cada una de las dos celdas de castigo. A no ser por las pequeñas ranuras a ambos lados de la celda, sería una caja hermética. A su lado pusieron una cantimplora con agua y un trozo

de pan. Mathew se acomodó como pudo.

-No te bebas el agua de un trago. No beberás más hasta que salgas -le informó el guardia. Cerró la puerta y pulsó el botón rojo, la celda subió lentamente, hasta llegar al final.

El grupo de reclusos se dispersó. Uno de los reclusos que había estado observando todo lo ocurrido desde el principio, encendió un cigarrillo que desde hacía cinco minutos sostenía entre los labios. Su aspecto era de un tipo duro, con anchas espaldas, alto, de pelo castaño y ojos pardos. No parecía tener amigos.

El toque de sirena avisó la hora de cenar. Los pocos reclusos que quedaban en el patio, se dirigieron al comedor. Aspiró varias veces el cigarrillo y lo tiró al suelo. Luego se encaminó con paso firme al comedor. Mathew sintió por primera vez un gran deseo de morir.

Estoy en una especie de caja -pensó-, apenas tengo comida y agua. Cumpla una condena por violación. Oh Dios, quiero morir. No podré aguantar esto. Apenas he llegado y ya tengo enemigos. Al teniente no le caigo bien, y ese Carl me odia por ser el hermano del fiscal, ¡Dios! ayúdame, te lo suplico, ayúdame -rogó en voz alta mientras rompía en llanto.

## CAPÍTULO 7

Un ruido de rejas abriéndose despertó a Mathew. Deben ser alrededor de las cinco, pensó. Estaba sentado con las piernas cruzadas, el cuerpo arqueado hacia delante. Intentó mover las piernas, pero las tenía dormidas. Tomó la cantimplora, bebió un poco y recordó lo que le dijo el agente; no bebería más hasta terminar el castigo. ¿Cuándo sería eso? ¿Cuánto tiempo lo tendrían aquí encerrado? Intentó pensar en otra cosa. La noche pasada estuvo llorando hasta que se durmió.

-¿Cuánto tiempo estaré aquí? -pensó-. ¿Un día? ¿Unas horas? ¿Una semana? ¡Oh, Dios! -se desesperó-. Me voy a volver loco, me estoy volviendo loco -susurró-.

¿Cómo he llegado aquí? -el abatimiento se apoderó de él-. Tengo que calmarme, he de pensar en otra cosa, pero ¿en qué? Mi vida pasada ya no existe, mi presente es patético, y mi futuro, ¡Dios! Mi futuro es peor. Sí, mamá. Pensaré en mamá, en su piel, su perfume, su dulce voz. Todos me acusaron, todos menos tú mamá.

¡Oh! mamá, cuanto te echo de menos. Si pudiera estar contigo, tocar tu suave piel. ¡No! ¿Pero qué digo? -pensó asustado-. No, no podría soportar que me vieras tal como estoy ahora, aquí encerrado, como si estuviera en época de galeras. Tengo miedo, tengo tanto miedo -rompió de nuevo en llanto.

-Sí alcaide, tuve que encerrarle en el columpio -informaba Twix a su superior en el despacho del primero. Ambos hombres estaban de pie. El alcaide, con los brazos hacia atrás, mirando las celdas de castigo, que entre la población del penal se conocía como el "columpio".

-No debemos dejar que los internos piensen que tenemos atenciones especiales por ser ciego o hermano de un fiscal.

-Sí, tiene razón, estoy de acuerdo con usted -se giró hacia Twix-, pero ya conoce a Carl, siempre intenta provocar situaciones conflictivas.

-Lo sé, señor, pero los chicos sorprendieron a Denver golpeando a Carl, y ya conoce las reglas.

-Sí -asintió de mala gana-, ¿cuánto tiempo le tendrá allá arriba?

-El reglamento dice tres días, señor.

-No aguantará tanto, no está acostumbrado -fue terminante-. El sol es muy fuerte al mediodía. Téngalo ahí arriba hasta la hora de cenar, después bájelo.

-Como ordene, señor -las palabras del alcaide disgustaron a Twix, que parecía no estar de acuerdo con él.

-Puede retirarse Twix, y otra cosa; que esto no sirva de precedente. Soy benévolo por esta vez. Si

Denver vuelve a crear problemas el castigo se cumplirá en su totalidad.

-Sí, señor -el teniente cerró la puerta satisfecho con las palabras del alcaide.

El sol estaba en lo más alto del cielo y dentro de la celda el calor era asfixiante. Denver había cambiado de posición, ahora estaba doblado con la cabeza sobre las rodillas.

-¿Dios, debemos estar a más de cuarenta grados?, -pensó. Tenía la boca seca, esperaba beber más tarde pero no sabía cuánto tiempo estaría encerrado. Debía alargar al máximo el agua. Creyó que se iba a desmayar. Decidió beber un trago corto; no bebería más hasta que bajase el sol. El pan estaba intacto. Sabía que, si comía, después tendría más sed.

En el patio, los prisioneros iban saliendo del comedor y la mayoría iban sin camisa. Carl y su grupo habían hecho un círculo alrededor del mástil. Loy estaba encendiendo el cigarrillo que tenía entre los labios. Carl miró hacia donde estaba encerrado Denver. soltó una bocanada de humo y sonrió.

Al otro extremo, protegiéndose del sol, se encontraba apoyado en la pared de la enfermería el recluso de pelo castaño y ojos pardos. Observaba a Carl, al tiempo que miraba hacia la celda donde se encontraba Denver. Tomó un cigarrillo del bolsillo de su camisa y se dirigió adonde estaba Carl y los suyos.

-Dame fuego -le ordenó a Loy con voz amenazante. Éste, nervioso buscó un cerillo. Con mano temblorosa le encendió el cigarrillo. Una vez encendido regresó de nuevo y se sentó en uno de los bancos de la enfermería. Miró atentamente al grupo.

-¿Un tipo duro? ¡Eh! Carl -éste no contestó; se limitó a bajar la mirada al suelo-. ¿Qué piensas, Carl? -preguntó con expectación.

-En cómo nos vamos a divertir con ese cabrón de ahí arriba.

-¿Qué tienes pensado? -preguntó el que estaba al lado de Loy.

-Verán, ese tipo es el hermano del Fiscal. Pues bien, tengo una idea para cuando baje de ahí...

El sol se había puesto. Denver estaba adormecido cuando le despertó el balanceo de la celda.

¿Viento? -se preguntó-, no, me están bajando. -Notó como la celda se posaba en el suelo firme. Oyó la cerradura al abrirse, la puerta fue abierta y alguien lo tomó del brazo.

-Bien, Denver, puedes salir -oyó la voz del teniente, que lo miraba impasivo mientras el oficial le ayudaba a salir de la pequeña celda. Al intentar ponerse de pie sus piernas se aflojaron y tuvo que sostenerlo el oficial para que no cayera-. Has tenido suerte. El alcaide ha sido compasivo contigo y ha acortado el castigo, pero es la última vez. La próxima no habrá clemencia. No me gustas Denver. no me gustan los niños de papá. No me gustas Denver -repitió el teniente, dándole la espalda y dirigiéndose a su despacho.

Denver, haciendo un esfuerzo, pudo por fin controlar sus Piernas. El oficial le soltó.

-Denver, la vas a pasar mal. Al teniente no le gusta que nadie contradiga sus órdenes, ni siquiera el alcaide y eso lo vas a pagar -le informó el oficial alejándose de él.

Denver, por unos minutos, se quedó apoyado en el mastil. Después de comprobar que sus piernas volvían a funcionar bien. Se dirigió con paso inseguro hacia los dormitorios. Su litera era el número veinticinco del pasillo central. El gran murmullo de voces se apagó ligeramente al entrar él. Los hombres lo miraron un instante y después continuaron con lo que hacían. Faltaba media hora para que se apagaran las luces, y cerraran las rejas. Denver llegó a su cama, y se estiró cuan largo era. Carl tenía la litera frente a la suya. Se levantó al verlo acostarse y fue hasta él.

-Así que el alcaide ha tenido compasión de ti... -su tono irónico no hizo que contestase el aludido-. Tu hermano está muy lejos de aquí para protegerte.

-Mi hermano nunca me ha protegido -replicó secamente- Además, fue él quien me envió aquí.

-Sí, claro. Ya conozco la historia, el fiscal finge acusar a su hermano para ganar más votos, pero le sale mal el truco y tú te quedas aquí. Tu hermano sabe el favor que nos ha hecho.



-No te entiendo -susurró.

-Ya lo entenderás, ponte de pie.

-Carl, el campo está libre -informó Loy, después de comprobar que no hubiera ningún oficial cerca de la puerta.

-Ponte de pie, te he dicho -le ordenó al ciego.

-¿Por qué?

Uno de los hombres de Carl, de pelo largo y rubio, se acercó por detrás del invidente, que se había incorporado sentándose en la cama. Carl y Loy estaban enfrente de él. Carl hizo una señal con la cabeza, y los tres hombres se abalanzaron sobre el ciego. Éste, sorprendido, opuso resistencia, pero entre los tres lo pusieron de pie.

-Será mejor que te estés quieto -le dijo el de pelo largo, que lo sujetaba por el cuello. Loy le desabrochó el pantalón.

-¿Qué? ¿Qué van a hacer? -preguntó intentándose soltar. Car y el rubio lo sujetaban con los brazos apoyados en la litera superior. Loy le bajó los pantalones junto con los calzoncillos, de una patada le separó los pies, y el ciego casi resbaló.

-¿Qué van a hacer? -preguntó histéricamente.

-Tranquilo chico tranquilo. No te va a pasar nada, sólo queremos divertirnos un rato -le contestó el rubio- Ya verás qué bien nos la pasamos.

Carl se desabrochaba los pantalones, mientras los otros reclusos miraban con desigual interés. Denver intentó liberarse, pero sólo recibió un golpe en la espalda propinado por Loy. Carl se acercó por detrás de Denver, y éste notó como el pene de Carl lo penetraba.

-¡Nooo! -su grito heló el aire. El dolor por la penetración se agudizó, y algo en su corazón se le desgarró. El grito continuó, intentó soltarse de nuevo y Loy le tomó de los cabellos dándole un puñetazo en el mentón.

-Estáte quieto, maricón. Carl no ha terminado -su risa de hiena se confundía con el grito de Denver.

-Venga, Carl, termina de una vez, que te estamos esperando -se oyó una voz de entre los curiosos.

Denver intentaba poner resistencia, soltarse, pero las fuerzas lo habían abandonado. Después de más de veinticuatro horas metido en un reducido espacio, bajo un sol abrasador, sin comer, sin apenas beber, estaba débil. Pero tenía que hacer algo, lo que fuera. Lo estaban violando. Intentaba soltarse, pero ya no le quedaban fuerzas, ni tan sólo para seguir gritando. Sólo se oía el jadeo de Carl confundido con la risa de hiena de Loy. Finalmente, Carl terminó. Un brillo de placer asomaba en sus ojos. Se apartó de Denver, subiéndose la cremallera del pantalón.

-Ahora tú, Loy -le dijo.

-No, déjame a mí primero -le avisó el rubio, apartando a Loy.

Cuando Loy hubo terminado, Carl ordenó que lo soltaran, obedeciendo al instante.

Denver cayó al suelo como un saco de patatas.

Unos segundos después sonó la sirena, avisando que las luces y las puertas se cerraban. Uno de los oficiales entró antes de cerrarse la puerta.

-¿Qué pasa aquí? ¿Por qué tanto ruido?

-Nada oficial, uno de los nuevos que no sabe aceptar una broma -informó uno de los reclusos que estuvo vigilando que no viniera nadie.

-Esta bien, no quiero más alborotos -la reja se cerró.

El pabellón se quedó a oscuras, penetrando por las ventanas enrejadas los rayos de una luna llena. Todos se acostaron. Carl encendió un cigarrillo, lo exhaló y diez segundos después expulsó el humo con placer, dibujando en su cara una sonrisa de satisfacción.

Denver seguía en el suelo, sin apenas respirar, sin moverse, con los pantalones bajados. Quería

llorar, pero no podía, quería gritar, pero no podía, quería morir, pero no podía, sólo podía sentir el dolor que sintió cuando Carl lo penetró; odio y rabia sobre si mismo. Se odiaba por no haber hecho nada, por haberse dejado violar; se odiaba y sólo quería morir.

## CAPÍTULO 8

Las noches de invierno en San Francisco son largas especialmente ahora, pensaba Mellen, que miraba desde la ventana de su habitación la lluvia que caía sobre el estanque del jardín. Demasiado largas, desde que empezó esta pesadilla. Hacía dos días que Mathew había sido trasladado a Black Island. Todo parecía una película de esas tan malas, con protagonistas también malos.

-¿Qué le pasa a Matt? -pensó- ¿Cómo puede dar crédito a las palabras de una niña mal criada y caprichosa? Es nuestro hijo, su hijo, ¿cómo puede creer que su hijo sea capaz de haber hecho algo así? ¿Violar?, ¡por Dios!, Mathew es incapaz de hacer daño a alguien -sus ojos se llenaron de lágrimas y desesperación-. Mathew, hijo, ¿podrás soportar todo esto?

El ruido de una puerta al abrirse la sacó de sus pensamientos. Fue hasta el tocador, tomó un pañuelo de papel y se secó las lágrimas que caían por sus mejillas. La puerta de su habitación se abrió.

-¡Mellen! Estabas aquí, te andaba buscando -susurró dulcemente Matt.

-Hola, no te había oído llegar, has llegado temprano.

-Estaba cansado de oír a Johnnie quejarse del tiempo, así que le he dicho que me esperabas.

-La lluvia es interminable -suspiró Hellen.

-¿Qué hacías?

-¡Oh! Nada importante, sólo pensaba en... -la mujer irrumpió en llanto. Matt se acercó a ella y la abrazó con cariño.

-Sé lo que sientes, Hellen, es duro pero debes aceptarlo -Hellen se soltó bruscamente del abrazo de su marido.

-¡Aceptarlo! -gritó-, aceptar ¿el qué? Aceptar que mi hijo está en prisión condenado a diez años de trabajos forzados en la prisión más dura del país, ¿eso quieres que acepte?

-¡Hellen! Mathew cometió un delito, abusó de nuestra nieta.

-¿Abusó, dices? Y tú te crees lo que dice una niña fantasiosa. Mathew es incapaz de eso, y tú lo sabes. ¿Por qué creer a una? niña ¿Por qué no le das el beneficio de la duda a Mathew?

-¡Hellen!

-¿Le preguntaste tal vez si había tocado a la niña?

-Yo...

-No, Matt, ni tan sólo lo quisiste escuchar, ni tú que eres su padre, ni nadie,

¿y tú dices ser abogado? -la amargura se apreciaba en sus palabras-. En una ocasión me dijiste que no te condenara sin previo juicio, y tú Math, has condenado a tu propio hijo sin juzgarle, y eso, Matt, no te lo voy a perdonar

¡nunca!

-Hellen, tal vez crees que todo esto no me duele. Mathew es mi hijo, y me duele; si hubiera tenido la más mínima duda de su culpabilidad, yo mismo hubiera ido ajuicio, pero...

-Ni tus palabras, ni tu dolor me consuelan, y tampoco ayudan a mi hijo -le contestó indignada.

-Hellen, cariño -tomándola por los hombros-, te quiero, no deseo que esto nos separe. Sí realmente crees que nuestro hijo es inocente, lo investigaré -los ojos de la mujer se iluminaron.

-¿De verdad lo harás? ¿Sacarás a nuestro hijo de la prisión.

-Si es inocente tal como piensas, lo haré. Averiguaré todo lo que sucedió, te lo prometo.

-¡Oh! Matt -la mujer se abrazó con fuerza a su marido.

-Mañana mismo hablaré con Mike y Scarlett. Haré que sometan a Linda a un reconocimiento más profundo -Hellen se abrazó a su marido aún con más fuerza, y éste la besó en la cabeza.

## CAPÍTULO 9

Las sirenas sonaron a las cinco de la mañana, como cada día. El sol penetraba tímidamente por entre las rejas, los hombres se iban levantando, algunos con pereza, otros, de un salto, ponían los pies sobre el áspero cemento. Carl y Loy, como siempre, permanecían de pie junto a la puerta esperando a que ésta fuera abierta. Hablaban entre ellos y Loy reía a lo que él le decía.

Denver no se había movido desde la noche anterior, seguía en el suelo con la cabeza reclinada sobre su cama. No durmió, sus pensamientos se habían evadido de la realidad, vagando toda la noche, lejos del penal, lejos del país, lejos de la tierra, lejos del mundo. Se perdió en el infinito y ahora la sirena lo había devuelto de nuevo al presente, a la realidad, al infierno.

-¡Eh, tú! Levántate -oyó al tiempo que le zarandeaban el hombro.

Denver reaccionó, se puso en pie apoyándose en la litera. Todo su cuerpo le dolía, su corazón le dolía, su alma le dolía, su vida le dolía. Pero tenía que seguir. No se rendiría, no se dejaría vencer, aún estaba vivo, su padre le enseñó a no rendirse. ¿Lucha hijo, no te rindas, no dejes que tu ceguera te venza, no te rindas jamás?, -fueron las palabras que le dijo su padre cuando él todavía era pequeño, de eso hacía ya un millón de años. Su cuerpo alto y ahora desmesuradamente delgado se levantó, y con paso vacilante, se dirigió a la puerta. La mayoría de los hombres habían salido y se encontraban en el pabellón de aseo. Denver entró. Nadie le prestó la menor atención. Encontró un lavabo libre; abrió el grifo, se lavó la cara; tanteando, encontró el jabón de afeitar y una maquinilla. Su barba de varios días impedía ver la cicatriz de la mejilla.

Tomó el jabón y la maquinilla. Su cara recién rasurada se veía ahora más delgada. Junto a los otros reclusos se dirigió al comedor y se sentó al lado de un hombre pequeño con la cara picada de viruela. El desayuno estaba servido: cereales y leche era todo lo que había. Denver rechazó la leche. No le gustaba.

Ya de pequeño, su madre nunca consiguió que se la tomara.

A las cinco y cuarenta y cinco, volvieron a sonar las sirenas. Todos se levantaron de los bancos y salieron hacia el patio. Cuatro camiones esperaban en el centro con los motores en marcha. Los hombres fueron subiendo en ellos. El recluso de pelo castaño y ojos pardos se acercó a él.

-Soy Steve Rogers -se presentó-, te he estado observando, desde que llegaste, y creo que tienes problemas.

-Hola -contestó confundido-, soy Mathew Denver.

-Sí, ya sé quien eres. Ven, sígueme, si no quieres pasar varios días en el columpio.

-¿Columpio?

-Sí, tu primera noche. Le llaman así por el vaivén que tiene cuando hace viento.

El alcaide dio la orden de que te bajaran y a ese cabrón de Twix no le gusta que le contradigan sus órdenes. ¿Por qué estás aquí?

-Me acusaron de violación -contestó cansinamente.

-¡Ah! sí, ya oí decir que eres el hermano del fiscal Denver. Carl te cepilló anoche...

-¿Cepillar, dices? -levantó la voz con indignación-, ese cabrón y los suyos me violaron, y nadie hizo nada por impedirlo.

-Ya llegamos. Luego hablaremos, ahora ponte a mi lado, no hables en toda la jornada, excepto para pedir agua, y sobre todo no bajes el ritmo de trabajo, de lo contrario volverás al columpio -le

informó Rogers.

Los camiones se pararon. Los hombres fueron bajando. Denver al lado de Rogers, y ante ellos un extenso pantano; su trabajo era extraer tierra para volverla a depositar al otro extremo del pantano.

Rogers le alcanzó una pala y le indicó dónde tenía que empezar a cavar.

El agua pantanosa les llegaba hasta las rodillas. Las horas fueron pasando lentamente, el sol estaba en lo más alto del cielo. Durante las cinco horas que habían pasado, Denver no pidió agua, al contrario que su compañero Rogers, que lo hizo en tres ocasiones.

En este tiempo Denver resbaló un par de veces. Los oficiales miraban con indiferencia a los reclusos. Las siguientes tres horas pasaron para Denver lentas y muy duras: su falta de visión le hacía retrasarse con respecto a los demás. El hecho de que desde pequeño practicara la natación, hacía que Denver no desfalleciera en ningún momento. Por fin sonaron los silbatos; la jornada había terminado. Los hombres empezaron a caminar en dirección a los camiones, dejando las palas en los contenedores dispuestos para ello.

-¿Cómo te ha ido? -preguntó Rogers que caminaba a su lado, indicándole el camino.

-Supongo que bien -contestó cansado. Ambos hombres subieron al camión acomodándose entre los demás.

Cuando hubo subido el último de los reclusos, un oficial dio la orden y los motores se pusieron a rugir. Comenzaron a moverse en dirección al campamento. El recorrido duró veinte minutos. Los reclusos, en su mayoría, se dirigían a las duchas y retretes, para después ir al comedor. Denver, guiado por Rogers, entró en el recinto. Veinte largas mesas, ya ocupadas, ruidos de platos y vasos, murmullos de voces, olor de comida, inundaban los sentidos del Ciego. Rogers vio un par de sitios libres en la mesa del pasillo central y ambos hombres se sentaron. Los platos estaban servidos: un guisado de patatas y carne, agua, pan y fruta, era todo lo que había. Denver tanteó la mesa buscando los cubiertos.

Rogers le acercó el agua y ambos comieron sin intercambiar palabras.

A medida que los hombres terminaban de comer salían al patio. Algunos se quedaban charlando, otros entraban en el pabellón de recreo. Carl y Loy, junto con otros dos, hablaban en el mástil central. Rogers les vio desde la puerta del comedor, chasqueó los dedos y miró al ciego.

-Carl está tramando algo -le dijo volviendo a mirar a Carl.

-¿Por qué lo dices?

-Conozco bien a ese cabrón y sé cuándo planea algo. ¿Cómo estás Denver? - preguntó con interés.

-Si me preguntas cómo estoy físicamente, estoy mal, pero si te refieres a psíquicamente te diré que peor -le contestó.

-Mira Matt, sé cómo debes sentirte, pero no debes dejar que esos cabrones de Carl y los suyos piensen que eres débil; de lo contrario te joderán todo lo que puedan.

-¿Joderme dices? Esos hijos de su madre me violaron anoche y yo no pude... -sus ojos se inundaron de lágrimas.

-Conozco a Carl y a muchos de ellos y, Matt, créeme, no será la última vez que lo hagan. Aquí sólo hay hombres, así que si encuentran a alguien que no les cae bien o es un marica, se lo cepillan. Buscan siempre al más débil.

-Si intentas decirme que soy débil, te equivocas. Soy ciego, pero no estoy indefenso, lo de ayer fue..., me tomó por sorpresa, pero no volverá a suceder.

-Matt, sé lo que digo, y no dudo que seas fuerte, hoy lo has demostrado. Nadie hubiera aguantado en el pantano, después de haber estado castigado en el columpio y haber sido violado. Pero sigues siendo ciego y eso es un problema hasta para ti. Tú eres uno y ellos son todos, ni tan sólo un vidente podría evitar lo ocurrido anoche. Lo siento Matt, pero yo... yo no te voy a poder defender ante ellos.

-Yo no te lo he pedido dijo enojado, tienes razón, soy ciego, pero si vuelve a ocurrir, los guardias...

-Denver, despierta, estás en un penal, cumples una condena. Aquí las cosas se resuelven entre nosotros. No querrás ser un soplón. Además, los guardias dejan pasar todo esto. ¿Acaso crees que no lo saben? Ellos también se llevan por la noche a alguien para divertirse.

-¿Te han violado? -preguntó tímidamente.

-No, ni se atreverían.

-¿Por qué?

-Saben con quien se enfrentan. Mira, Denver, aquí hay tres grupos: los muy peligrosos y respetados, los tipos duros, que dicen ser muy machos y se cogen al primero que se les ponga delante.

-Y tú ¿en qué grupo estás?

-En el primero. Me temen y no se meten conmigo.

-¿Por qué estás aquí Rogers?

-por asesinato; maté a cinco hombres.

-No me pareces un asesino.

-Ni tú pareces un violador.

-¿Quieres decir que no mataste a esos hombres?

-Yo no he dicho eso. ¿Acaso tú no violaste a una niña?

-No -contestó levantando la voz-, yo jamás he tocado a ningún menor.

-Parece difícil de creer. Oí que tu padre no te quiso defender en el juicio y tu hermano llevó personalmente la acusación.

-Sí, es cierto, pero yo no violé a Linda. Es una niña, mi sobrina, ¿Cómo podría yo...?

-¿Sabes una cosa, Matt? Te creo. No te pareces en nada a un perverso. Lo que no entiendo es, ¿por qué tu padre, uno de los mejores abogados del país, no te creyó?

-Ni yo tampoco, Rogers, ni yo tampoco lo entiendo -dijo hastiado-. No entiendo cómo mi padre pudo creer esa aberración de mí -el silencio envolvió a los dos hombres-. Me cuesta creer que seas un asesino. Soy... era abogado y tú no te pareces a ninguno de los que he tratado.

-Verás, Matt. SOY un asesino puesto que maté a unos hijos de puta, pero no soy un psicópata. Soy arquitecto y hace tres años yo vivía junto a mi mujer y mi hija en San Diego. Un grupo de chicos bien pasaban sus horas bebiendo y destrozando todo aquello que se cruzaba en su camino, como buzones, faroles, ya me entiendes. Un día irrumpieron en el jardín de casa; mi hija jugaba con la bicicleta, ella... ella tenía cuatro años. De un empujón la tiraron al suelo, y le destrozaron la bicicleta. Jane, así se llamaba mi esposa, al verlo corrió junto a Elizabeth, mi hija, la tomó en brazos y los amenazó con llamar a la policía si no se marchaban del jardín, pero ellos no hicieron caso y siguieron destrozando el jardín. Jane tomó a la niña y entró en casa con la idea de llamar a la policía. Uno de ellos la siguió al interior de la casa y la golpeó. Los otros entraron a continuación y empezaron a romperlo todo. Jane tomó un jarro y golpeó a uno de ellos en la cabeza. Los demás se abalanzaron sobre ella y la golpearon hasta que perdió el conocimiento. Mi hija lloraba sin comprender nada. Entonces, uno de ellos la tomó y la lanzó contra la chimenea. Mi hija murió desnucada. Después apuñalaron a mi esposa, para encubrirse y simular que entraron para robar -Rogers cerró los puños con rabia.

-Lo lamento, ¿qué ocurrió después? -preguntó en un susurro.

-La policía me llamó al despacho. Cuando llegué a casa, vi a Jane en el suelo en un gran charco de sangre y mi pequeña en la chimenea; en aquel momento no sé lo que sentí, el dolor me invadía. Después, no recuerdo nada más. Creo que perdí el conocimiento. La policía investigó y arrestó a los cinco, pero llegó el juicio y todos tenían una coartada. Nadie los vio en la escena del crimen. Aquel día los cinco habían pasado todo el día de campamento fuera de la ciudad, junto a otros dos amigos

que lo juraron ante el tribunal. Fueron absueltos.

-Puede que no fuesen ellos.

-Sí, yo también lo pensé. Eran unos vagos, pero nunca habían matado a nadie.

Sólo destrozaban cosas pequeñas, nunca habían entrado en ninguna casa. Así lo creí unos meses, hasta que un día, por casualidad, oí decir a uno de los que testificaron a favor de ellos, que Peter, el cabecilla del grupo, les había pagado una buena cantidad de dinero para que testificaran ante el tribunal que aquel día los cinco estaban con ellos. No lo pensé, compré un arma, y me dirigí al lugar donde solían reunirse. Tuve suerte. Estaban los cinco en el viejo almacén de Bill. Los maté allí mismo. Después me entregué a la policía, y aquí estoy, trece años, por homicidio premeditado. En el juicio, los dos muchachos rectificaron su declaración anterior y explicaron lo sucedido. Fueron condenados a cinco años por perjurio y encubrimiento, y a mí me rebajaron la condena de cincuenta años por atenuantes. ¡Ja, que risa! -dijo con sarcasmo.

-Debió ser muy duro.

-Sí. Lo fue, pero no me arrepiento, no me arrepiento de nada. Volvería a matarlos de nuevo.

-Está la justicia, debiste acudir a ella.

-¡Vamos Denver!, tú ya sabes que no se puede juzgar dos veces un individuo por el mismo delito. Además, no seas iluso, ¿por qué estás tú aquí? Tú mismo dices que eres inocente, ¿quién miente? Tú o la justicia? La justicia es una mierda.

-Tú mismo te entregaste. Algo debes de creer, ¿no te parece?

-Sí, me entregué, pero no me quedaba otra opción.

-Puede que no, pero no obstante lo hiciste, te entregaste, en vez de huir e intentar salir del país.

-Sí, puede, y tú Denver ¿crees en la justicia?

-Sí -fue rotundo-, sí, creo, aunque parezca una contradicción. A ti te condenaron por algo que hiciste, la justicia no se equivocó contigo. Ni con los que mataron a tu familia. Ellos fueron absueltos.

-Sí, pero basándose en el testimonio falso de unos testigos.

-El jurado no puede saber si mienten o no. Dictaron la sentencia que era justa en ese momento. Si alguien te jura ante Dios que esos hombres estaban con él, el jurado tiene la obligación de creerlo.

-Está bien, pero y tú, ¿no se equivocó la justicia?

-¿Yo? -preguntó confuso.

-Sí, tú. Estás cumpliendo una condena por algo que según tú no hiciste. ¿Fue justa contigo?

-Sí. Yo fui condenado por algo de lo que fui culpado, no pude demostrar mi inocencia, y el jurado dictó sentencia ante lo expuesto. La justicia no se equivoca, somos los hombres quienes nos equivocamos.

-No te entiendo, Denver, estás aquí condenado por algo que dices que no has hecho, y todavía defiendes a la justicia.

-La justicia es buena, somos los hombres los que la aplicamos mal.

Los dos hombres permanecían sentados en el suelo apoyados en la pared de la barraca de recreo. Rogers levantó la vista y echó una ojeada al patio como si buscara a alguien. Se detuvo cuando vio a Carl, sentado en las escaleras de la enfermería. Fumaba un cigarrillo, junto a Loy y otros tres tipos, uno de ellos, el rubio que violó a Denver. Durante varios minutos, ambos hombres estuvieron en silencio. Matt, con sus ojos ciegos perdidos en el horizonte, y Rogers observando a Carl, que no dejaba de hablar, al tiempo que miraba de vez en cuando al ciego y se reía. Rogers permaneció un par de minutos más mirándolo.

Después apartó la vista, miró a su compañero, que había reclinado la cabeza sobre las rodillas. Las luces del campamento se encendieron. Rogers levantó la vista hacia el cielo; estaba despejado, ninguna nube se interponía en el ocaso de la tarde.

-No tardarán en llamar para la cena -rompiendo el silencio, Matt levantó la cabeza como si

estuviera confundido.

-¿Cómo? ¿Qué hora es?

Rogers dirigió su mirada a la torre de vigilancia situada en la entrada principal. En lo alto de ella, un reloj con una gran esfera blanca indicaba la hora.

-Las siete y media -contestó volviendo a mirar al invidente-. Pareces cansado.

-Lo estoy.

-No me sorprende, desde que has llegado apenas te he visto comer y no creo que hayas dormido mucho.

-Tienes razón. Lo cierto es que desde que empezó todo esto, no he dormido y no tengo apetito.

-Pues yo que tú empezaría a comer. Ya has comprobado que esto no es un centro de recreo y si te empiezan a fallar las fuerzas vas a probar en carne propia cómo se paga esto.

-Rogers.

-¿Sí?

-¿Por qué eres tan amable conmigo? Desde que he llegado aquí sólo he encontrado enemigos. Sin embargo, tú parece ser el único que quiere hablar conmigo.

-Mira, Denver, cuando uno lleva aquí dos años rodeado de asesinos, psicópatas, y demás tipos raros, se agradece que venga alguien más o menos normal. Cuando te vi no me pareció que fueras maniaco sexual. Te estuve observando desde el primer día y vi cómo esos animales te violaron. Pensé que tal vez necesitarías a alguien con quien hablar.

-¿Por eso te acercaste a mí?

--Sí, y porque vas a necesitar a alguien a quien teman. Mira, a mí me respetan, me temen, saben que maté a cinco tipos a sangre fría y piensan que puedo hacerlo de nuevo. Yo dejo que se lo crean. Mientras tú estés a mi lado nadie se meterá contigo. Eres, por decirlo de alguna manera, mi protegido.

-¿Tu protegido? No lo entiendo.

-Es sencillo, aquí todo el mundo tiene su grupo. Cada uno con su cabecilla, es la ley del más fuerte. Yo estoy con los más temidos y respetados. Escojo a mi gente y te he escogido a ti. Pienso que necesitas mi protección.

-No soy ningún niño, no necesito que nadie me proteja -contestó enojado.

-Te equivocas, Denver, eres ciego, y como te he dicho antes, esto te convierte en un recluso débil, aunque no lo seas. Estás en desventaja, lo que te pasó anoche volverá a ocurrir, tal vez hoy, o quizá mañana, pero te aseguro que eres el objetivo de varios tipos a los que les gustaría joderse al fiscal que los metió aquí. Qué mejor que sea su hermano, que lo tienen a mano; te volverán a violar, y ni tú ni nadie puede hacer nada contra un grupo de hombres sedientos de sexo y venganza...

-No, no pasará -interrumpió levantando la voz-, no dejaré.

-Matt, despierta, ¿dónde crees que estás? Esto es una prisión, y una de las más duras. Aún no conoces este entorno. Aunque no fueras ciego, sólo por el hecho de violar a una niña y ser el hermano del fiscal, tendrías a todos en tu contra.

-¡Yo no violé a nadie! -dijo enojado-, ella mintió.

-Eso qué importa. Ellos piensan que sí, y estás aquí por ello.

-No, aquí hay leyes, hay guardias.

-Esos son los peores y, si dijeras algo, sería peor. Créeme Matt, necesitas a alguien que te proteja, quiero ser tu amigo...

-Está bien -dijo suspirando-, el que quieras ser amigo me gusta, me caes bien, pero ¿protegerme?

-Mira, tú sólo deja que los demás crean que estás bajo mi protección. Nadie se meterá contigo durante el día, pero por la noche es distinto, yo duermo al otro extremo del pasillo central. Si esos tipos quieren jugar contigo, no podré hacer nada para ayudarte.

La sirena inundó el silencio de la noche, anunciando la hora de la cena. En el patio apenas quedaban unos diez hombres. Todos los demás se adelantaron al aviso y se encontraban en el comedor. Matt y Rogers se levantaron del suelo y fueron al comedor.

-Veo que te desenvuelves muy bien, como si pudieras ver.

-Soy ciego de nacimiento; para mí es fácil asimilar las cosas, y el resto de mis sentidos están más desarrollados que en las personas videntes.

-Es admirable, otro en tu lugar ya se hubiera derrumbado.

El comedor estaba repleto. Se sentaron en el mismo sitio que en la comida. La cena consistía en un plato de verduras con pollo asado, pan, agua y la habitual pieza de fruta. Eran las ocho y media cuando Matt terminó de cenar. No tenía apetito, pero se lo comió todo, recordó lo que le dijo Rogers referente a lo de las fuerzas. Los dos hombres se levantaron. En el comedor todavía quedaban unos pocos reclusos. Rogers salió primero y unos pasos detrás, Matt. El uniforme nuevo contrastaba con el ya raído de Rogers. Éste aspiró el aire y lo mantuvo por unos segundos en sus pulmones. Después lo soltó de golpe.

-Bien, Matt. Será mejor que vayamos a los dormitorios, no tardarán en avisar.

-¡Oye Steve!, lo que dijiste antes de volver a violar, ¿crees que lo harán?

-He estado observando a Carl esta tarde, y conociéndolo estoy casi seguro de que sí. Me desagrada decirte esto, pero...

-Sí, ¿qué pasa?

-Verás, no eres el primero ni serás el último, pero si lo intentan esta noche no pongas resistencia. No serás menos hombre por ello.

-¿Qué intentas decirme? ¿Qué me deje coger? -sus ojos se crisparon.

-Matt, lo he visto hacer decenas de veces. Créeme, es mejor que te dejes. De lo contrario, sólo conseguirás que te den una paliza, y te violarán de todas maneras.

-Me sorprendes, Rogers. Pensé que querías ser mi amigo, pero ahora veo que lo único que pretendías es convencerme para que me deje coger. Tal vez es lo que tú también quieres, ¿no es eso? -le preguntó enojado.

-Te equivocas, sólo es un consejo, un consejo de amigo. Tómallo como quieras, y en cuanto a cogerte, no lo necesito. Si estoy caliente, me doy una ducha o simplemente me masturbo -le informó molesto.

-Steve, perdona, no quería decir eso, es que todo es tan nuevo para mí, lo de anoche me ha trastornado.

-Te comprendo, y sé cómo debes de sentirte. Lamento no poder ayudarte, sólo pretendía...

-Sí, te entiendo, pero no puedo dejar que vuelvan a violarme, no debo consentir que esos tipos vuelvan... -ambos entraron en el dormitorio. Rogers puso la mano en el hombro del ciego.

-Aquí nos separamos, recuerda lo que te he dicho.

Matt no contestó. Se dirigió a su litera. Varios hombres que hablaban entre ellos dejaron de hacerlo cuando pasó delante de ellos. Carl estaba sentado en la cama y al verle se levantó. Se puso de pie apoyado en la litera de Matt. Cuando el ciego pasó por delante, Carl le puso la pierna entre las suyas y éste cayó a lo largo del suelo. Loy, que tenía la litera superior de Carl, empezó a reír.

Los demás se volvieron y se sumaron a las risas de éste. Matt intentó levantarse, pero Carl le puso bruscamente el pie sobre su espalda.

-¡Eh! Loy, ¿creíste que el ciego iba a pasar de largo sin saludarnos? -preguntó con ironía.

-Claro que no Carl, anoche se la pasó muy bien, y ahora venía a pedirte que lo repitiéramos.

-Quítale el pie de encima -ordenó Rogers, que había agarrado a Carl por el brazo.

-¡Rogers! -exclamó sorprendido-, sólo pretendíamos divertirnos, no quería hacerle...

-Está bien, Carl, ahora me escucharás, y no volveré a repetírtelo. Deja a Denver tranquilo, es cosa



mía -Carl apartó el pie del ciego. Rogers miró por unos instantes los ojos de Carl con actitud amenazante.

-Sólo... sólo era una broma -titubeó Carl.

Rogers soltó el brazo de Carl y se agachó para ayudar al invidente a levantarse.

Las sirenas volvieron a sonar avisando que se apagaban las luces.

-¿Te encuentras bien, Matt?

-Sí, gracias -el ciego se incorporó y fue hasta su litera.

-No quiero que te metas con Denver, ¿me oyes Carl? -le amenazó Rogers.

-Okay, okay, no sabía que era tu niño.

-Bien, pues ahora ya lo sabes, así que avisa a tus amigos. Hoy no habrá diversión, quiero a Denver para mí, ¿lo has entendido?

-Okay, Rogers, no necesitas enfadarte -Rogers le miró de nuevo a los ojos, sin decir nada más dio la vuelta y regresó a su litera.

Las luces se apagaron, al tiempo que se cerraban las rejas. Carl se acostó en su litera y encendió un cigarrillo.

-¡Eh! Carl, ¿no vamos por Denver? -preguntó Loy desde su litera superior.

-Vete a la mierda, Loy, déjame en paz -contestó con rabia.

## CAPÍTULO 10

La noche transcurrió tranquila. Matt tardó varias horas en conciliar el sueño.

La mañana fue apacible. Nadie lo molestó, nadie le dirigió la palabra. Matt pensó en lo cierto de las palabras de Rogers el día anterior. Todos le temían.

Habían bastado unas palabras y nadie osó molestarlo, pero, ¿cuánto tiempo duraría?

-Por la noche no te podré ayudar-, esas fueron sus palabras. -Sin embargo, anoche lo hizo. Carl tuvo miedo, tuvo miedo de Rogers-, pensó Matt, que después de ducharse y comer, estaba acostado en su litera. Sus pensamientos se desviaron al pasado. Un pasado que ahora parecía muy lejano, de cuando él vivía en San Francisco, de cuando era abogado y tenía una vida, una familia. Pero eso ahora quedaba lejos, demasiado lejos. Ahora no tenía nada, se lo habían quitado todo: no era abogado, no tenía amigos, ni tan sólo una familia.

-Rogers pensó, él dice ser mi amigo, pero apenas hace unos días que lo conozco.

Sí, pero ha demostrado ser amigo mío. ¡No!, debe pretender otra cosa de mí.

Quizá lo que quiere es acostarse conmigo. Le dijo a Carl que era cosa suya. Sí, eso quiere, acostarse conmigo, es amable para después poderme coger. Claro, ahora lo entiendo, por eso es tan amable, me quiere para él solo, eso es lo que dijo, pero ¿qué digo? No, no, he de quitarme esos pensamientos de la cabeza.

Rogers no es como los otros. Es mi amigo, mi único amigo en este lugar. Mike, tú fuiste mi amigo durante tantos años. Eras como un hermano, ¿cuánto me debes odiar! Hasta es posible que disfrutaras al saber cómo estoy, saber que yo también he sido violado. Seguro que piensas que es justo castigo para un violador como yo. ¡Oh, Dios! Ayúdame, necesito tanto tu ayuda, te lo suplico

¡Dios!, ayúdame, haz que despierte, te lo ruego-?. No pudo evitar que lo invadiera el miedo y la impotencia y en sus ciegos ojos empezaron a aparecer lágrimas.

-Hola, Matt, ¿qué haces aquí solo?

-¡ Ah! Hola, Steve, no te había oído. Estaba pensando, ¿dónde estabas? -preguntó mientras se incorporaba, y se sentaba en la cama.

-En el pabellón de recreo, escribiendo una carta a mi hermano.

-¿Tu hermano? -preguntó extrañado.

-Sí, lleva el negocio mientras yo estoy aquí. Tengo una compañía en sociedad con él y no debo descuidarla, pese a que esté encerrado.

-¡Eres sorprendente! -exclamó Matt, que se había puesto de pie.

-Y tú, ¿en qué pensabas?

-Nada importante, en el pasado, en cómo había llegado hasta aquí. Por cierto, no he tenido la oportunidad de darte las gracias.

-¿Gracias?, no entiendo.

-Por lo de anoche, de no haber sido por ti, Carl...

-¡Ah! No tiene importancia, ahora ya saben que eres mi protegido. No se meterán contigo, aunque lo de ayer fue pura suerte.

-¿Suerte?

-Sí, mira. Ya te dije que por el día nadie se meterá contigo, pero la noche es diferente. Lo de ayer fue fanfarronear, me salió bien. No creo que mi amenaza dure mucho tiempo. ¿Por qué no salimos al patio? El sol ha bajado.

Los dos hombres se encaminaron al exterior. El resto del día fue sosegado. Ambos hablaron sobre temas generales, de sus vidas antes de la prisión, de sus gustos, de mujeres. La cena consistió en pescado, pan, fruta y agua.

Hacía varias horas que se apagaron las luces. Matt no había conseguido conciliar el sueño, cuando sintió varias respiraciones cerca de él. Se sobresaltó.

Entonces sintió que alguien lo agarraba por los hombros.

-Bien, muñeco, se terminó el descanso -era la voz de Carl.

-¿Qué quieres?

-Será mejor que te estés quieto, y no grites, si no quieres pasarla mal. -le dijo Loy, mientras lo levantaba tomándolo por la camisa.

Otros dos hombres le ayudaron a bajarle los pantalones.

-¡No, no, déjenme en paz! -gritó.

-¡Cállate, cabrón! -Loy le dio un golpe en la cabeza. Matt se inclinó sobre sí mismo.

-Yo primero -dijo Carl, que ya se había bajado los pantalones, se encontraba encima del ciego, que intentaba soltarse de las garras de los otros tres, y lo tenían agarrado por brazos y piernas-. Cállate, cerdo, y estate quieto -Carl le golpeó la espalda y éste cayó de rodillas. Matt volvió a sentir como de nuevo era violado.

-Nooo.

-Cállate, hijo de puta -Loy le tapó la boca con la mano. Al oír el grito la mayoría de los reclusos se despertaron, haciendo caso omiso a lo que ocurría.

Una voz se oyó entre los dormidos.

-Venga, Carl. Termina de una puta vez, queremos dormir.

Rogers se incorporó, miró hacia la litera de Matt y distinguió las sombras de varios hombres, uno de ellos de rodillas y, encima, otra, la de Carl. No dijo nada, volvió a acostarse, cerró los puños con rabia.

-¡Bien, ya está! -dijo Carl con satisfacción.

-Ahora me toca a mi -dijo el que le había bajado los pantalones. Habían transcurrido quince minutos cuando el último de los cinco se subía los pantalones.

-Vamos a dormir -ordenó Carl. Loy, con una risa burlona, se quedó mirando al invidente, que estaba en el suelo sin camisa y con los pantalones bajados hasta las rodillas, le escupió en la cabeza y se fue.

Pasaron todavía veinte minutos más antes de que Matt intentara levantarse. Sus piernas le fallaron

y volvió a caer. Lo intentó de nuevo apoyándose en la cama y con esfuerzo lo logró. Se subió los calzoncillos y los pantalones y se acostó en la cama. Las lágrimas corrían por sus mejillas, como un río desbordado. Por primera vez en su vida, maldijo su ceguera. Nunca se había sentido tan impotente como ahora. Jamás se había sentido tan solo y desvalido. Cerró los ojos con fuerza, y se dio media vuelta en la cama.

Al día siguiente, los ojos de Matt estaban irritados de haber llorado durante toda la noche. No se afeitó, ni siquiera probó el desayuno. Rogers lo estuvo observando durante el desayuno.

-Matt, siento lo de anoche, no pude hacer nada -no contestó en sus ojos aún se apreciaba el brillo de las lágrimas-. Deberías comer algo. Seguramente no habrás dormido. Necesitas fuerzas para continuar el día -Matt seguía sin contestar, los camiones rugían afuera esperando a sus pasajeros para llevarlos al pantano-.

Vamos, -Matt lo tomó del brazo tirando de él-, tenemos que subir al camión.

Nadie dijo nada en todo el trayecto. A media mañana, Matt resbaló en el lodo y cayó de espaldas. Intentó levantarse y de nuevo resbaló. Un vigilante alto, con gafas oscuras, lo observaba atentamente.

-Tú, Denver, deja de jugar y ponte de pie de una vez -le gritó.

Por fin, pudo poner los pies firmes. Continuó cavando, bajo la atenta mirada del agente, que todavía lo estuvo observando cinco minutos más.

-Deberías pedir agua -le susurró Rogers, atento a que no lo oyera ningún vigilante.

Este hizo caso omiso del consejo y continuó. Una hora más tarde volvió a resbalar.

-Es la última vez que te aviso. Si vuelves a dejar de trabajar irás a ver al teniente -le amenazó el oficial. El ciego se puso de pie, el lodo cubría todo su cuerpo.

-¡Maldita sea, Denver! Pide agua -insistió Rogers, pero parecía como si Matt no lo escuchara.

Rogers, con voz alta y clara pidió agua. En el par de minutos que tardaba el encargado en traerla, éste podía permanecer parado en espera de ella. Era un breve descanso. El portador del agua llegó trotando hasta la orilla del pantano.

Allí lo esperaba Rogers, que sin perderlo de vista bebió de la cantimplora, dejando caer sobre su cara el resto del agua fresca. Rogers volvió a su puesto al lado del invidente, que seguía cavando con la mirada puesta en el horizonte.

El resto de la jornada terminó sin que volviera a caer, y sin haber hecho caso a Rogers pidiendo agua.

En las duchas, los hombres lavaban primero sus ropas y después se duchaban. Matt se lavó primero el cuerpo, después intentó lavar el lodo de su uniforme. En el comedor apenas tomó dos bocados de la comida, huevos y papas fritas. Bebió agua pero la fruta la dejó. Se dirigía a los dormitorios, cuando Rogers con paso ligero lo detuvo, poniéndole la mano sobre el hombro.

-Espera un minuto, Matt.

-¡Déjame!

-Matt, quiero hablar contigo -insistió.

-No tengo ganas de hablar, déjame en paz, quiero estar solo.

-Mira, Matt, sé cómo te sientes...

-¿Qué? -se volvió hacia donde pensaba que estaba su cara-. No, no puedes saber cómo me siento, cómo vas a saberlo si nunca te han violado -sus palabras sonaron con furia y dolor.

-Matt, quiero ayudarte.

-No, no quiero tu ayuda, sólo quiero que me dejes en paz. -Rogers lo tomó del brazo y tiró de él fuera del campamento. Cuando vio que se encontraba lejos, se paró-. ¿Dónde me has llevado?

-Fuera de la vista de curiosos.

-¿Qué pretendes? -preguntó con temor.

-No temas, no voy a hacerte nada, sólo quiero hablar.

-¿Hablar? ¿Para eso me has alejado del campamento?

-No es lo que piensas, no temas nada -sus palabras intentaban tranquilizar al invidente, sin conseguirlo-. Matt, tienes que escucharme, sólo intento ayudarte, estás al borde de una crisis nerviosa, y estás a punto de derrumbarte.

-Por eso quieres cogerme, ¿no?

-¡No! Matt, no, escucha. Sé que estás en un lugar desconocido para ti, eres ciego, y eso te convierte en el centro de atención de muchos. Lo que te ha pasado a ti no es una excepción, me hubiera podido pasar a mí.

-Yo... lo siento Steve, perdona. Sé que quieres ayudarme, pero anoche -las palabras se entrecortaban-, anoche volvieron a violarme, y no pude hacer nada por impedirlo. Me sentí tan impotente, tan indefenso...

-Sí, Matt, lo sé, pero cuando las luces se apagan, la ley del sexo impera y nadie puede hacer nada contra ello.

-Yo, yo no quiero morir, pero tampoco quiero vivir así.

-Matt, Matt, si tienes ganas de llorar, llora, si quieres gritar, grita, y llora todo lo que quieras, pero no dejes que la flaqueza te gane la batalla -Rogers lo miró a sus ojos vidriosos.

-Necesito tanto llorar, Steve -Rogers lo abrazó con fuerza- Matt, llora, llora todo lo que quieras. Soy tu amigo, y puedes apoyarte en mí todo cuanto necesites.

Ambos hombres se abrazaron y Matt lloró, lloró como un niño perdido en el bosque que acaba de ser encontrado por sus padres. Rogers no dijo nada, no había nada que decir, sólo lo abrazó todo lo fuerte que le permitían sus fuerzas. Así estuvieron hasta que el ruido de unas ramas rompiéndose al ser pisadas les llamó la atención.

-Será mejor que volvamos -dijo Rogers, que seguía abrazado a Matt.

-Sí, -afirmó el ciego.

-¿Cómo te encuentras?

-Ya estoy mejor, te lo agradezco, eres un buen amigo.

-No tienes que agradecerme nada, ven, te guiaré -Rogers tomó de nuevo el brazo de Matt y regresaron al campamento.

El patio estaba semidesierto. La mayoría de los reclusos se encontraban en el pabellón de recreo o en los dormitorios. Había tres hombres apoyados en el mástil central hablando. Rogers condujo a Matt hasta el largo banco situado en la pared del comedor. Ambos se sentaron. El primero levantó la vista hacia el reloj de la torre; eran las seis. Estiró la cabeza hacia atrás apoyándola sobre la pared. Matt tenía la vista en el suelo. Después de unos minutos de silencio, levantó la cabeza, exhaló el aire y lo expulsó.

-¿Está oscureciendo? -preguntó.

-No, pasan diez minutos de las seis, ¿por qué?

-No noto el sol.

-Se está nublando, ¿puedes sentir el sol?

-Claro, el calor del sol me dice si es de día o no.

-Por supuesto, perdona. Olvidé que tus sentidos están más aguzados.

-Sí, nosotros percibimos las cosas a través de los otros sentidos y los desarrollamos más.

-¿Cómo es que eres ciego? -preguntó tímidamente.

-Nací ciego, mis padres me llevaron a los mejores especialistas, pero todos coincidieron: mi ceguera es irreversible.

-Debe ser terrible sentirse atrapado en la oscuridad.

-Yo no he visto nunca la luz, así que no puedo echar de menos algo que no conozco.

-Tengo entendido que eres uno de los mejores abogados de San Francisco.

-No creas todo lo que digan. Además, ahora ya no soy abogado, me retiraron la licencia.

-Eres muy joven, ¿cuántos años tienes?

-Veinticinco, ¿y tú?

-Treinta, ¿estás casado Matt?

-No, estuve a punto de hacerlo, pero ella me dejó plantado en el altar -su respuesta parecía un sarcasmo.

-¿Lo dices en serio? -preguntó incrédulo.

-Sí, no bromeo. Estaba esperándola en la iglesia y lo único que llegó fue una nota que decía: ? Mathew, te quiero mucho, pero no puedo casarme contigo, lo siento pero no puedo casarme con un hombre ciego, perdóname, Nancy?.

-Eso es terrible. ¿Cómo puede alguien ser tan cruel con una persona y decirle al mismo tiempo que la quiere? Debió de ser muy duro para ti.

-Imagínatelo. Estuve durante largo tiempo deprimido, dejé de trabajar, realmente estaba hundido. De no ser por mi familia y mis amigos, creo que no lo hubiera podido superar.

-Entiendo lo que quieres decir, ¿te acuerdas aún de ella?

-A veces, recuerdo su voz, su piel suave como el terciopelo, su perfume, su risa, ¡ja, su risa! -dijo con sarcasmo.

-Si quieres que te diga la verdad, creo que es mejor que no te casaras con ella.

No hubieras sido feliz, Matt. Una mujer así no vale la pena.

-Sí, pienso que tienes razón, pero en aquel momento no era eso lo que importaba.

¿Eres creyente Steve? -preguntó de pronto.

-¿Quieres decir que si creo en Dios o algo por el estilo?

-Sí, ¿crees en Dios?

-No, no sé, nunca me lo he planteado, ¿y tú?

-Sí, soy cristiano. Fui educado bajo la fe católica, creo en Dios.

-Me parece que tu Dios te ha abandonado.

-No -fue terminante, no me ha abandonado Dios está siempre conmigo, si no fuera así, creo.... creo que estaría muerto.

-Dios no ha sido muy generoso contigo.

-¿Por qué lo dices?

-Naces ciego, tu novia te deja, te acusan de violación. Tú mismo eres carne de buitres: eso no es mucha generosidad ¿No crees?

-Dioses justo.

-¿Ha sido justo contigo Matt?

-Yo...

-Sí, Matt, dime, ¿ha sido Dios justo contigo?

-Dios es justo, incluso conmigo. Él no me abandonará, lo sé -en sus palabras se notaba cierto enojo hacia Rogers.

-Está bien, Matt, pienso que estamos tomando una conversación muy profunda para esta hora de la tarde.

-¿Por qué está Carl aquí? -preguntó de pronto Matt.

-¿Carl? Atraco a mano armada. Es un fanfarrón. Él y Loy entraron en una tienda de licores y mataron a un cliente por accidente. No es un tipo duro, sólo lo pretende, ¿por qué me lo preguntas?

-No sé, pensé que le gustaban los hombres.

-¿Los hombres? No, no creo, pero si lo dices por lo de anoche, no hagas caso.

Aquí la mayoría se consuelan unos a otros y no por eso se sienten menos machos.

No hay mujeres, así que, a menos que te des una ducha fría, o usas la mano, o encuentras a

alguien que le guste poner el culo, pero siempre hay alguno como Carl que se encapricha con alguien. Esta vez te ha tocado a ti, y ser e hermano del fiscal no te favorece nada.

-Sí, pero yo estoy aquí igual que ellos, y encerrado por mi propio hermano.

-Quizá, pero eso no quiere decir nada. Sigues siendo el hermano del fiscal.

-Seguirán violándome, eso es lo que quieres decir, ¿verdad?

-Por desgracia, sí. Hasta que se cansen de ti. Por eso es mejor que crean que eres mi distracción, aunque anoche no pude hacer nada, pero si estás conmigo durante el día no te molestarán.

-¿Así que debo dejar creer que lo haces conmigo?

-tú deja que ellos lo crean, y no se meterán contigo. Hoy mismo, cuando hemos salido Carl y su grupo nos han visto. Lo primero que han pensado es que te iba a follar. Será mejor que vayamos al comedor, están a punto de sonar las sirenas -

dijo mirando el reloj de la torre.

Se levantaron y entraron en el pabellón. Instantes después sonó la sirena y en esta ocasión Matt sí que comió. Carl pasó detrás de éste y le hizo un guiño a Loy, que caminaba a su lado. Rogers se dio cuenta del detalle, se levantó, y lo miró retándolo con la mirada. Carl bajó la vista y continuó hacia la puerta.

Rogers los siguió con la mirada y se acercó a Matt.

-Espérame aquí, Matt, ahora vuelvo.

-¿Adonde vas?

-Un minuto y regreso.

Rogers salió a toda prisa hacia el patio, localizó a Carl y Loy apoyados en el mástil central; éste último, encendiendo un cigarrillo, se acercó a ellos.

-¡Ho... hola, Rogers! -saludó titubeando Carl.

-¡Lárgate, Loy! -le ordenó Rogers.

-¡Eh! Rogers, sólo...

-He dicho que te largues -lo miró a los ojos y éste se alejó al instante-. Bien ahora que estamos solos, vamos a hablar tú y yo.

-Rogers, no te he hecho nada -dijo con temor.

-Ni me lo harás si sabes lo que te conviene. Te dije que quería a Denver para mí solo. Si vuelvo a verte a ti o a alguno de los tuyos cerca de él, te juro que vas a desear pasarte un mes encerrado en el columpio, así que avisa a tus chicos. La próxima vez no te avisaré, ¿me has entendido Carl?

-Claro, Rogers. Claro, perdona, pero es que pensaba que no te iba... No te preocupes, no volverá a suceder, te lo juro -su voz asustadiza mostraba el temor y respeto que sentía hacia él.

-Eso espero. Ahora lárgate, y avisa a los tuyos.

-Sí Rogers, tranQuilo, ahora les aviso -se alejó a toda prisa, temiendo QUE Rogers le fuera a matar allí mismo. Éste le siguió mirando hasta que entró en los dormitorios, donde lo esperaba Loy apoyado en la puerta.

Rogers regresó al comedor. Sólo quedaban ocho hombres sentados todavía, y cuatro más recogiendo los enseres. Se acercó a Matt, que seguía sentado.

-Ya estoy aquí Matt.

-¿Adonde has ido?

-Tenía que resolver una cuestión.

-¿Una cuestión? -preguntó desconcertado.

-Vamos, Matt, no tiene importancia. Quería aclarar un par de cosas, y ya están aclaradas -Matt se levantó y ambos salieron al patio. En el reloj daban las ocho y cuarenta y cinco.

-Será mejor que vayamos a los dormitorios, dentro de quince minutos avisan para dormir.

-Steve, ¿crees que esta noche volverán por mí?

-No lo sé, Matt, no creo, pero si lo intentan, y es sólo un consejo, procura no oponer resistencia. Ya has comprobado lo que pasa. Sé que es duro, pero por lo menos no te harán daño.

-No puedo dejar que me violen, no puedo -contestó sobresaltado.

-Está bien Matt, no te alteres, sólo es un consejo -en la puerta del dormitorio, Matt se paró-. ¿Qué te ocurre Matt?

-Tengo miedo, tengo miedo de entrar, tengo miedo de Carl.

-¿Carl? Por ése no te preocupes, no creo que vuelva a acercarse a ti, y por los demás, si no tienen ganas no te molestarán. Te olvidarán en cuanto dejes de ser novedad.

-¿Por qué dices que Carl no me molestará?

-Carl sabe que ahora eres mi chico. No te molestará, ni él ni ninguno de los suyos. Puedes estar tranquilo por eso, no se meterá contigo. Ahora entremos y que no te vean nervioso -Matt entró por fin, Rogers lo acompañó hasta su litera; al pasar junto a a Carl, éste bajó la vista, y Rogers lo volvió a retar con la mirada.

Las sirenas aullaron e instantes después las luces se apagaron. Aquella noche no pasó nada y Matt pudo dormir. Después de haber pasado dos largas horas esperando a que alguien se acercara, por fin el sueño llegó.

## CAPÍTULO 11

Los siguientes dos meses fueron tranquilos. Nadie se metió con Denver. La advertencia de Rogers a Carl surtió efecto, y éste evitaba encontrarse con él o con el invidente. El rumor había corrido por toda la población reclusa: Denver era el chico de Rogers.

Este último se encontraba en la sala de recreo escribiendo una carta a su hermano, mientras Matt estaba acostado en su cama. Tenía barba de varios días.

Desde que llegó al penal tomó la costumbre de afeitarse dos veces por semana. A pesar de estar despierto permanecía con los ojos cerrados. Oyó pasos, y por el sonido supo que era un guardia. Se detuvo en su litera.

-¡Tú, Denver! Levántate y ponte la camisa. El alcaide quiere verte.

-¿Verme? -preguntó mientras se levantaba y tomaba su camisa de los pies de la cama. La ropa le venía ligeramente ancha; su pérdida de peso era notoria.

-Ya me has oído, date prisa.

El oficial tomó el brazo del invidente y lo condujo hasta la oficina del alcaide.

Rogers, que en aquel momento salía del pabellón les vio y los siguió con la mirada. Dio media vuelta y fue hasta el mastil central. Dos hombres con pelo negro y recogido en una cola, estaban allí apoyados. Rogers les miró a los ojos.

-Fuera. Quiero estar solo. -los dos individuos se fueron a toda prisa y este se sentó en el suelo apoyando su espalda en el mástil y la vista Puesta en la puerta del alcaide.

Lo primero que sintió Matt al entrar en el despacho fue un característico perfume y pensó en Dan. Su hermano usaba una loción de afeitar de la misma marca. Detrás de él oyó salir al oficial que lo había traído. Por unos segundos, creyó ser observado. Sabía que había alguien en el despacho, pero nadie hablaba.

-Pasa, Denver -oyó la voz del alcaide. Matt creyó notar un tono diferente más amable, pero ¿por qué?? se preguntó. ?

-Entra, Denver, siéntate -le acercó una silla. El invidente tanteó y se sentó.

Estaba confundido. No era normal que el alcaide llamara a un recluso a su despacho y menos que le cediera una silla-. Bien, te preguntarás por qué te he hecho llamar.

-¡Señor! -asintió.

-Como ya sabes, este penal es el más duro del país.

-Sí, lo sé, señor.

-No sólo se considera el más duro por sus condiciones, sino por las severas normas que rigen el penal -durante unos segundos la sala se llenó de un silencio que incomodó al invidente-. Bien, una de esas normas -la voz le vino de atrás y se sobresaltó; no había oído los pasos del alcaide- es que ningún recluso puede recibir visitas externas. Lo que quiero decir es que esta vez, y por motivos excepcionales, permitimos que un recluso tenga una visita del exterior.

-No le entiendo, señor -dijo tímidamente.

-Ahora lo comprenderás. Te dejo a solas con tu visitante. Con su permiso, si necesita algo estaré en la otra habitación.

Matt oyó al alcaide dirigirse a alguien, que se encontraba en el despacho. El alcaide salió cerrando la puerta y en el despacho quedó Mat, que se había levantado, y su visitante. El invidente no dijo nada; esperaba a que su interlocutor empezara a hablar.

-¡Hola, Mathew! -la voz de Dan retumbó en la cabeza de Matt.

-¿Dan? ¿Eres tú?

-Estás muy cambiado Mathew. Has perdido peso, y vas sin afeitar.

-Estoy de vacaciones, no hay razón para que no pierda peso y en cuanto a la barba, comodidad.

-Sí, ya veo.

Dan dio una vuelta alrededor de su hermano. Lo miraba incrédulo. No podía creer que ese hombre fuera Mathew. Con aspecto descuidado y el uniforme de presidiario parecía un hombre derrotado. Por unos instantes sintió compasión de él; levantó la mano para ponerla sobre su hombro, dudó. La retiró de inmediato. Le vino a la mente los años en que ambos eran estudiantes en la universidad, d lo muy unidos que siempre habían estado, la cantidad de veces que le describía la puesta del sol, y las muchas ocasiones que le leía algún libro que no estaba transcrito al Braille. Sintió ganas de abrazarlo, de llevárselo de ahí. Entonces recordó a Linda y lo que le había hecho. Su hermano había abusado de una niña y tenía que pagar su delito.

-¿Y bien? ¿Cuál es el motivo para que te permitan verme?

-Mathew, si hubiera tenido alguna duda de tu culpabilidad no estarías...

-¿Qué quieres decir? -interrumpió con tono indiferente.

-Quiero que sepas que si estás aquí es por tu propia culpa. Cometiste una atrocidad, puede que estuvieras trastornado, pero eso no te disculpa.

-¿Has venido hasta aquí sólo para decirme que hiciste bien, y que yo tengo que pagar mis culpas? -preguntó con ironía.

-No, no he venido para esto. Sólo quería dejarlo claro -fue rotundo.

-Muy bien, señor fiscal, ya lo has dejado claro. Ahora dime lo que quieres -  
levantó el tono de voz.

-Verás, Mathew. Hace unos meses, antes de que empezara todo esto, tu llevabas un caso de fraude.

-Sí, el asunto Parker.

-Sí, ése. Según Mike conseguiste todas las pruebas para demostrar que fué una trampa que le tendieron a Parker.

-¿Cómo sabes todo eso? Se supone que Mike y yo teníamos que...

-Bueno. Tú llevabas el caso personalmente. Mike estuvo buscando esas pruebas en tu despacho y en casa, pero no las hemos encontrado. Si no se presentan antes de cinco días será condenado un hombre por un Delito que no cometió. Un hombre puede ir a prisión.

-¿Por qué vienes tú? ¿Por qué no vino Mike? Después de todo tú eres el fiscal.

Se supone que tú eres el que tiene que acusar no buscar pruebas para defender a alguien.



-Yo... bueno, Mike no quiere verte. Me pidió que viniera yo. Necesita esos documentos.

-¿Te pidió que vinieras? ¡Ja, ja, ja! -su risa fue fría, fría e irónica-. ¿No tiene valor para verme, y te envía a ti?

-Mike te odia y supuso que no le dirías dónde están esos documentos.

-¡Vaya! Por lo que veo últimamente todo el mundo piensa por mí. Precisamente eso pensaba yo.

¿Por qué decírtelo? Qué me importa que condenen a un inocente, ¿por qué tiene que importarme?

-Mike tenía razón, me dijo que intentarías vengarte. Dijo que era una estupidez venir aquí y pedirte esos papeles y veo que tenía razón. Eres tan miserable como dice Mike. Lamento haber venido, ¿y sabes por qué? Porque he perdido mi tiempo con un degenerado como tú que aprovecha la más mínima ocasión para vengarse. Me das pena Mathew, me das pena y vergüenza de que seas mi hermano. Eres un ser mezquino y miserable que por vengarte eres capaz de enviar a prisión a un inocente. Espero que te pudras en este lugar -Dan se encaminó hacia la puerta de la habitación contigua, se paró en seco, se giró y miró al prisionero, que seguía de espaldas a él en el centro del despacho. Hizo un gesto de desprecio y se giró de nuevo tomando la perilla de la puerta.

-Yo no he dicho que no te ayudaría.

-¿Cómo? -se volvió cerrando la puerta de nuevo.

-Nunca te dije que no te ayudaría.

-¿Por qué? -le preguntó poniéndose delante de él.

-¿Qué por qué te ayudo? Es obvio, ¿no? No soy un miserable tal como piensan todos. No deseo que ningún inocente vaya a la prisión -su voz bajó a un susurro.

-Pensé..., creía..., que no querías...

-Sí, ese fue tu error. Pensaste por mí, todos piensan por mí, ni siquiera me dan el privilegio de pensar por mí mismo.

-Lo siento Mathew. Pensé que nos guardarías rencor, por enviarte aquí, y te vengarías de esta manera.

-No soy tan mezquino, aunque se los parezca. Puede ser que guarde rencor, pero no lo pagará un inocente, no, si lo puedo evitar. Esos documentos que buscan están en el cajón de mi mesa en casa, dentro de un sobre.

-Busqué en tu mesa y no vi ningún sobre,

-En el cajón hay un libro titulado ?Génesis?, dentro de sus hojas está.

-¡Cielo santo! No abrí el libro.

-Lo guardé ahí porque pensé..., da igual, está ahí.

-Bien, margracias de nuevo -se dispuso a marchar.

-¿Dan?

-¿Sí?

-¿Cómo está nuestro padre?

-Muy apenado. El dolor que le has causado no te lo podré perdonar nunca.

-Yo..., yo no...

-¿Qué vas a decirme? ¿Que no sabías lo que hacías?

-No, eso no, pero yo nunca...

-Cállate, Mathew. No nos merecíamos esto. Papá no se merecía lo que hiciste. Tú sabías cuánto te quería, sabías que eras su hijo preferido. Sólo deseo que todo el dolor que le has causado, lo sufras en tu propia carne.

-Dile... dile que lo siento, dile que lo quiero.

-Olvídalo, Mathew. Has muerto para todos nosotros, y en especial para papá.

Adiós Mathew.

-Espera, espera un momento por favor.

-¿Qué quieres? Me haces perder el tiempo.

-Y mamá ¿cómo está?

-Fue muy duro también para ella, pero ahora ya lo está superando.

-¿Sabía que venías?

-Sí, se lo dije.

-¿No te dio ningún mensaje para mí? -preguntó con voz temblorosa.

-No, lo siento -fue conciso. Se dispuso a salir.

-¡Espera Dan! ¿Quieres decir que mamá no te dijo nada para que me comunicaras?

-No, ya te he dicho que mamá la pasó muy mal, y no tiene nada que decirte.

-Pero mamá..., ella, creía... yo pensé... -el dolor aumentó en su voz.

-Pensabas que habías convencido a mamá de que eras inocente. Las pruebas la convencieron de todo lo contrario. Adiós Mathew.

Matt se quedó solo en el despacho. Estaba quieto, inmóvil, sin decir nada.

-¿Mamá? ¿Ella cree que soy culpable? No, mamá no, ella no puede, mamá no puedes creer que yo... Nooo...

Su grito se oyó en todo el campamento. Inmediatamente entraron dos guardias, seguidos por el alcaide y Twix. Se podía ver a Dan desde la ventana como se alejaba del campamento con paso ligero y firme acompañado por un oficial. No volvió la cabeza al oír a su hermano gritar, ni siquiera aminoró la marcha.

-Adentro, -los dos oficiales intentaron calmar al prisionero sin conseguirlo.

Twix se acercó y le dio un golpe en la nuca con la porra. Éste cayó inconsciente hacia adelante. Los guardias lo sujetaron por los brazos.

-Y bien, señor, ¿qué hacemos con él? -preguntó Twix.

-No sé lo que le habrá dicho el fiscal, pero lo ha dejado trastornado. Creo que será mejor llevarlo a la enfermería.

-Perdone que discrepe, señor, pero no creo que sea buena idea.

-¿Qué propone Twix?

-Creo que sería mejor llevarlo al columpio.

-¿Al columpio? ¿Por qué? No ha hecho nada excepto gritar.

-Sí, lo sé señor. Pero si se acostumbra a ello, puede que lo tome por costumbre, para que lo lleven a la enfermería y librarse del trabajo.

-Sí, puede, pero no me parece que este hombre...

-Con su permiso, creo que dos días en el columpio, lo calmarán.

-Bien, me ha convencido. Que lo encierren hasta mañana a la hora de cenar.

-Muy bien, señor. Al columpio con él. Pan y agua para un día. -Los dos oficiales arrastraron el cuerpo inconsciente hasta el patio. Rogers estaba ahora de pie apoyado en el mástil, vio salir a los tres hombres. Carl, sentado al pie de la escalerilla de la enfermería junto a Loy, ambos con una amplia sonrisa al ver al invidente ser llevado al columpio.

-¡Tú, Rogers, apártate! -ordenó el agente alto y rubio, que sostenía uno de los brazos del invidente. Rogers se apartó unos metros, sin dejar de mirar los movimientos de los guardias, que dejaban el cuerpo inerte en el suelo.

-¿Qué ha hecho? -preguntó.

-Nada que te importe. Lárgate, si no quieres hacerle compañía en el otro columpio -amenazó el rubio. Rogers miró unos segundos, dio la vuelta, y se encaminó a los dormitorios.

Las piernas de Matt estaban dormidas. Cuando recuperó el conocimiento no necesitaba ver para saber dónde estaba. Lo último que recordaba eran las palabras de su hermano diciendo que su madre ya no creía en él. Después oyó un grito, un grito desgarrador de alguien, que parecía estar muy

lejano. Durante todo el día que estuvo encerrado, lloró, se sentía solo.

-Todos me han traicionado pensó, todos son mis enemigos. Esperan que me quede dormido para cogerme. Sí, Mike, siempre deseó acostarse conmigo, y Dan, sí Dan también, todos maquinan, traman en mi contra, desean que me doblegue ante ellos, pero no lo conseguirán, no dejaré que esos cerdos me cojan.

Cuando por fin lo bajaron. Matt parecía estar tranquilo, sereno, sus ojos azules transmitían paz. Salió de la pequeña celda ayudado por el guardia rubio. Rogers estaba a unos metros. Se acercó en cuanto los guardias se alejaron. Matt estaba apoyado en el mástil para no caer. Sus piernas estaban dormidas.

-¿Necesitas ayuda? -preguntó.

-¿Quién?

-Soy Rogers, ¿acaso te has olvidado de mí?

-¿Rogers? ¿Qué quieres?

-¿Qué te pasa, Matt? ¿Te encuentras bien?

Matt no contestó. Rogers se le quedó mirando preguntando qué le ocurría a su amigo. Parecía no reconocer a nadie. Se frotó la barbilla cuidadosamente rasurada. Matt, finalmente, se puso derecho y empezó a caminar en dirección a los dormitorios. Rogers lo siguió con la mirada.

-¡Eh, Matt, espera! -gritó corriendo detrás de él. Éste no escuchó y siguió su paso-. ¡Matt! Espera, ¿qué te ocurre compañero? -tomándolo por el hombro.

-Lo siento, Steve, sólo es..., estoy confundido..., ¿qué hora es? -Rogers levantó la cabeza hacia la torre.

-Las siete, ¿qué pasó en el despacho del alcaide?

-Nada, nada importante.

-¿Nada? ¿Y aquel grito? Todo el campamento te oyó gritar, y después eres castigado. Todo eso, ¿por nada?

-Pues es cierto. No pasó nada.

-¿Quién era el tipo que salió del despacho?

-¿Quién? ¡Ah! Mi hermano. Mira, Rogers ahora no tengo ganas de hablar. Si no te importa me voy a acostar -se disculpó.

-Está bien, como quieras, ya hablaremos -Rogers lo siguió con la mirada, hasta perderlo de vista.

Esa noche Matt no fue a cenar. Se quedó dormido nada más al acostarse y no despertó hasta el día siguiente cuando sonaron las sirenas. La mañana transcurrió agradable en el pantano. El cielo cubierto de nubes ayudó a no pasar calor. Después de ducharse, pasó al comedor sentándose al lado de un tipo pequeño con cara de sapo, que había sido condenado por haber matado a su madre.

Después de terminar de comer, fue a los lavabos, donde se afeitó la barba de cinco días. En su cara recién rasurada se podía ver la cicatriz en la mejilla.

En el patio, las nubes habían dejado paso al sol. Se dirigió a uno de los bancos contiguos a la pared de las duchas. Se sentó, sintió cómo el calor del sol le daba en la cara: lo hacía sentirse vivo. Ya de niño, le gustaba poder sentir el sol. Oyó pasos, por el sonido, un recluso.

-¡Hola, Matt!

-¡Rogers!

-¿Sorprendido?

-pensé que estabas molesto conmigo.

-¿Molesto? ¿Por qué?

-No sé, por lo de ayer, supongo.

-¡Va! Olvídalo. ¿Cómo estás hoy? -preguntó interesado.

-Bien, ¿sabes una cosa, Steve?

-Dime.

-El otro día cuando vino mi hermano, por un instante, sólo por un instante, pensé que venía a sacarme de aquí, que venía para decirme que todo estaba aclarado y pensé, bien, vuelvo a casa, la he pasado mal, pero ahora vuelvo a casa. No importa lo ocurrido, voy a aceptar las disculpas de Dan, las de todos.

Perdonaré a todos y a todo, volveré a mi vida. ¡Ja! Iluso, ¿sabes qué quería mi hermano, Steve?

-No, Matt, no lo sé, ¿qué quería? -preguntó apesadumbrado.

-Dan sólo vino a pedirme unas pruebas con las que se demostraba la inocencia de un cliente mío, ¿y sabes lo más gracioso de todo esto?

-No -sus respuestas eran cautas.

-Que creyó que sería tan miserable y mezquino que me negaría a dárselas, ¿te das cuenta Steve? No sólo me consideran un pervertido y violador, sino también me creen un cabrón, que lo único que quiere es vengarse, a costa de un inocente, ja, ja, ja... -Matt se rió, se rió como un niño, y su risa se iba convirtiendo en un sollozo. Paró de pronto. Steve no decía nada; sólo escuchaba-. Debió de ser divertido ver su cara, cuando le dije donde estaban esos documentos. Deseé tener vista para poder ver su cara. Me dio las gracias por ayudar a un inocente

-rió de nuevo-. Y yo, ¿qué soy? -hizo silencio unos segundos-. ¿Sabes por qué grité, Rogers?

-No, Matt, ¿por qué?

-No grité porque no viniera a buscarme. Ni siquiera porque me creyera un cabrón, no, por eso no. Grité porque mi madre ha dejado de creer en mí. Por eso grité, porque ahora lo he perdido todo, completamente todo -un silencio frío inundó a los dos hombres.

Rogers no supo qué decir, ni creyó tener nada que decir.

## CAPÍTULO 12

-¿Has pensado en lo que te dije ayer, Mike?

-Sí, y me parece buena idea. Podemos salir de aquí el sábado.

Los dos hombres estaban de pie junto a la chimenea apagada. En la sala se encontraban Matt Denver y su socio Johnnie, hablando cerca de la ventana. Hellen y Scarlett ojeaban un pesado libro y Deb estaba sentada en el sillón, atenta a lo que hacían las otras dos mujeres.

Como cada año, las tres familias se reunían en casa de los Denver, para celebrar el aniversario de bodas de Matt y Hellen.

-¿Dónde está Linda? -preguntó Hellen a la más joven.

-En casa de su amiga Lizt. Desde que ha cumplido doce años, no hay quien la haga venir con nosotros.

-Es natural -respondió Dan, que se había unido a ellas-, tiene sus amigos y prefiere estar con ellos, no con mayores que sólo hablan de leyes.

-¡Ah! Mira que bien -exclamó Hellen-, entonces nosotras dos, que no somos abogados, tenemos que soportar día y noche sus enredos legales.

-Vamos, Hellen, si a ti todo esto te gusta -contestó su esposo, que junto a Johnnie se acercó a ellas.

-¿Me gusta? Sí, claro a la fuerza. Estoy casada con la enciclopedia jurídica y además mi hijo es fiscal general, es el sueño de mi vida -Matt se acercó y le dio un beso en la mejilla.

-¿Has decidido lo que vas a hacer, Dan?

-Sí, papá, saldremos el sábado. Linda, se quedará con Deb y así ahorramos tiempo.

-¿Tienen agarrado a Martinelli? -preguntó Johnnie.

-Ya lo creo, va a saltar toda la mafia de California -contestó Dan-. Juré cuando tomé mi cargo que

limpiaría este país de toda esta mierda y lo estoy cumpliendo.

-Ya lo creo que lo cumples Dan, el hampa te teme. Cuando condenaste a Mathew, te ganaste las simpatías del pueblo, al demostrar que un fiscal no se vendía por los sentimentalismos fraternales.

-Tienes razón Mike. Hoy no estaría aquí si no me hubiera mostrado duro con Mathew, pero tengo una cosa clara, hice lo que tenía que hacer. Él era culpable y como fiscal tenía que enviarlo a prisión.

-Estoy completamente de acuerdo contigo -sentenció Mike.

-¿Sigue teniendo pesadillas Linda? -preguntó Dan.

-Sí, el doctor Williams dice que es normal. El despertar de la pubertad le hace al subconsciente recordar el pasado; por las noches se despierta gritando.

-Todavía no entiendo cómo mi propio hijo pudo hacer algo así.

-Sé que es tu hijo, pero ese cabrón tenía engañado a todo el mundo. No me extraña que Nancy lo dejara -le contestó Mike.

-Creo que sería mejor cambiar de tema -interrumpió Hellen-, están olvidando que Mathew es mi hijo, y me duele que hablen así de él. Hiciera lo que hiciera. A pesar de todo es mi hijo y lo sigo queriendo -Hellen salió de la habitación con lágrimas en los ojos.

-Perdóname, Hellen, a mí también me duele -le dijo Matt saliendo detrás de ella.

Ambos subieron al dormitorio. Matt cerró la puerta y abrazó a su esposa con fuerza.

-Te quiero, Hellen -le susurró al oído.

-¡Oh, Matt!, si por lo menos supiera algo de él, ¿cómo está? Duele tanto no poder ver a tu hijo, no saber nada de él.

-Lo sé cariño, a mí también me duele...

-Hace años me prometiste que intentarías sacarlo de aquel penal.

-Te juro que lo intenté, tú lo sabes. Hice todo lo que estaba en mis manos para trasladarlo de lugar, pero el juez no quiso escuchar.

-Si por lo menos pudiera verlo.

-¡Hellen! Ya lo hemos hablado en otras ocasiones; todas las peticiones de visita que he hecho me han sido denegadas.

-Lo sé, Matt, lo sé -contestó soltándose de su marido-, pero, ¿por qué no recibo respuesta a todas las cintas que le envío?

-No lo sé, te juro que me gustaría saber por qué no escribe, pero no tengo respuesta para ello.

-Matt, ¿crees que estará enfermo?

-No, eso sí que lo sé seguro, la semana pasada volví a hablar con las autoridades del penal y me aseguraron que estaba perfectamente. Me confirmaron que todos los reclusos, sin excepción, recibían y enviaban correspondencia.

-No me habías dicho que habías vuelto a insistir -dijo sorprendida.

-Lo siento, querida, no quería hacerte de nuevo daño.

Mientras tanto, en el salón, Dan y Mike hablaban.

-Sé que no debería haber mencionado el tema delante de tu madre, pero cada vez que me despiertan los gritos de Linda, pienso en lo que le hizo tu hermano y entonces desearía matarlo.

-Mike, se supone que estás al lado de la ley.

-Sí, lo sé, Dan, pero el dolor que ha causado Mathew, a tanta gente, quisiera que sufriera como lo hacemos nosotros.

-Puedes estar seguro de que lo está pagando con creces, créeme Mike.

-Ojalá no saliera nunca de Black Island, una condena demasiado leve para un delito atroz -sus palabras fueron de odio hacia el que había sido su mejor amigo durante tantos años-. Creo que es hora de irnos.

-Nos vamos, Dan, despídenos de tus padres y dile a Matt que nos veremos mañana en el tribunal -

dijo Johnnie.

-Se lo diré, adiós, Scarlett -éste besó a la mujer.

-Acuérdate: el sábado a las siete, no me hagas esperar.

-Tranquilo, Mike. Seré puntual.

## CAPÍTULO 13

El sol era insoportable en esa época del año. Los treinta hombres que como cada verano eran escogidos para picar piedra en la cantera, se encontraban sentados encima de las rocas. El trabajo era más duro que en el pantano, y bajo el sol de julio era habitual hacer una parada de quince minutos al llegar el mediodía.

Como hacía ya ocho años, Matt y Steve eran elegidos junto a otros para trabajar los cuatro meses de verano en la cantera. Durante ocho horas, bajo un sol abrasador, los hombres más fuertes del campamento eran enviados allí. Carl y Loy siempre se libraban; el primero fingía ponerse enfermo, y Loy no era precisamente un hombre corpulento.

Matt estaba estirado encima de una gran roca, con el sol en la cara. Su torso, igual que los otros, desnudo y bronceado. Steve se acercó con una cantimplora de agua en la mano.

-Toma, bebe, está fresca -se la acercó a las manos.

-Gracias, Steve -Matt se incorporó y bebió. El resto del agua se la echó por la cabeza y dejó la cantimplora en el suelo-. Hace calor hoy, debemos estar a más de 40 grados.

-¿Sí, y sin una sola nube. Cómo envidio a los del pantano.

-Sí, en la sombra y bañándose como si estuvieran de vacaciones. Venga, no te quejes. Ellos no pueden presumir del bronceado, Ja Ja, ja -ambos hombres se rieron, abierta y francamente. Matt estiró los brazos; en su ancha espalda se apreciaban cicatrices de haber sido lacerado.

El sonido del silbato les informó que el descanso terminaba, debían seguir trabajando. Los hombres tomaron sus picos y continuaron con el trabajo. Dos horas después, volvió a sonar el silbato. El fin de la jornada había llegado.

Dejaron las herramientas en el suelo y se dirigieron al único camión, que bastaba como transporte. Los hombres que trabajaban en la cantera terminaban su jornada una hora antes que los del pantano. El sol era muy fuerte y a esas horas del día no se podía soportar.

Ya en el campamento, Matt, junto con los otros, se dirigió a las duchas. Dejó que el agua fresca cayera sobre su cara tostada por el sol, inundando con ella la boca. Después tomó uno de los ásperos jabones depositados en las repisas, se enjabonó su pelo pelirrojo cubierto por el polvo blanco de caliza de la cantera.

En estos años que Matt llevaba en Black Island, aprendió a conocer la isla; su paso ahora era firme. Conocía a la perfección hasta el más mínimo detalle del campamento. Su falta de vista pasaba a menudo casi desapercibida. También aprendió las leyes de los reclusos, su estancia en el penal lo había convertido en una persona fría. Apenas mostraba sentimientos. Los dos primeros años lloró y mostró debilidad ante Steve, que siempre lo protegió. Carl y Loy no volvieron a meterse con él, pero era acosado por otros. Cuando llegaba la noche, la ley del sexo se imponía y Matt, junto con algún otro, era violado. Pero eso ahora ya no era importante. Decidió hacer caso a Steve y no ponía resistencia. Por otra parte, estaban los guardias. En más de una ocasión era llevado al dormitorio de éstos que lo sometían a vejaciones. Uno de los juegos favoritos de los oficiales era la ruleta rusa. Ordenaban a Matt desnudarse y le introducían el rifle.

Después disparaban. El arma estaba descargada, pero eso Matt no lo sabía.

Asimismo, estaba Twix. No participaba en esos juegos, pero estaba al corriente de ello. Odiaba a

Denver. No se sabía el porqué, pero estaba claro que lo odiaba. Aprovechaba cualquier ocasión para castigarlo, encerrarlo en el columpio o mandarlo azotar en el trapecio del patio. La última vez, hacía un mes, cuando Rogers fue enviado junto a otros cinco reclusos a trabajar en una zanja al otro extremo de la isla. Carl aprovechó para provocar una pelea en que Matt se vio involucrado. Twix mandó colgarlo en el trapecio y fue castigado a veinte azotes.

Lo mantuvo atado ahí veinticuatro horas. Cuando Rogers se enteró a su regreso agarró a Carl y le propinó una brutal paliza. Carl terminó en la enfermería con un par de costillas rotas y Rogers fue castigado a tres días en el columpio.

En otra ocasión, mientras Rogers estaba en las duchas, uno de los reclusos insinuó algo acerca de la madre de Matt. Éste lo atacó rodando los dos por el suelo. Dos guardias corrieron abriéndose paso entre la multitud que se había formado alrededor de ellos. Intentaron separarlos, pero Denver tenía fuertemente agarrado al otro por el cuello. Después que lograran separarlos fueron llevados ante Twix.

-¿De nuevo aquí, Denver? -preguntó el teniente mirando al otro.

-Señor, yo...

-Estoy cansado de ti, Denver. Y tú Morton, ¿qué?

-Verá, señor, yo no hice nada...

-Silencio, seguro que estabas tranquilo y Denver te agredió. Ya nos conocemos Morton. ¡Jerry! -gritó llamando al oficial que aguardaba afuera, la puerta se abrió y éste entró.

-Señor.

-Encierra a Morton en el columpio hasta mañana.

-Bien, señor -tomó a Morton por el brazo, y lo empujó al exterior.

-En cuanto a ti, Denver, ya sería hora de que aprendieras a no caer en las trampas de tus compañeros. De una vez por todas, te voy a enseñar a contenerte, cuando alguien se meta con tu familia. ¡Jerry! -volvió a gritar. Éste entró de nuevo-. Hasta nueva orden, Denver permanecerá en el patio de rodillas y con las manos sobre la Cabeza. Todo aquel que esté a menos de dos metros de él será castigado a dos días en el columpio.

-A la orden, señor -Jerry de un empujón sacó al invidente al despacho del teniente y lo llevó cerca de unos de los mástiles del Patio-. Arrodíllate y pon las manos sobre la cabeza -Matt obedeció, ante la atenta mirada de los reclusos.

Rogers, que se enteró de la pelea por uno de los internos, estaba sentado en las escalerillas de la enfermería, atento a lo acontecido.

Twix tuvo a Denver castigado durante cinco días, bajo un sol abrasador. Incluso el día que estuvo lloviendo torrencialmente, sólo se le permitía un descanso de un cuarto de hora para comer y para ir a los servicios. Matt no desfalleció. Los años en prisión lo habían endurecido. De su boca no salía ninguna queja por más duro que fuera el castigo.

Hacía dos horas que habían terminado de comer. Steve se encontraba sentado en un banco de la pared de las duchas y observaba unas gaviotas volar sobre el campamento.

-¿Steve?

-Hola, Matt. No te había visto, ¿cómo sabías que estaba aquí?

-Te vi desde la ventana, ¡ja, ja! -se rió-. Pregunté a Curtís y me dijo que estabas aquí sentado, ¿qué haces?

-Nada, miraba unas gaviotas.

-He oído que han llegado dos nuevos, ¿los has visto? -le preguntó mientras se sentaba a su lado.

-Sí, estaban, hace un rato, sentados ahí delante.

-¿Cómo son?

-Uno de ellos, alto y moreno, dicen que atracó una joyería y se echó a los dueños. El otro, un

chaval joven. Atracó a varias personas y mató a una mujer que forcejeó con él; por cierto, ahí viene.

-¿Se dirige hacia nosotros?

-Sí, eso parece.

-Hola, me llamo Tom Martín -saludó el recién llegado, un chico joven de mediana altura, moreno, con ojos oscuros.

-¡Hola! Soy Matt Denver, y éste es mi amigo Steve Rogers.

-Sí, lo sé, ya lo conozco. Usted es Mathew Denver, abogado, ¿verdad?

-Sí, ¿cómo lo sabes?

-No sé si se acordará, pero hace años usted llevó la defensa de mi hermano. Lo acusaron de robar en una tienda de licores. Usted demostró que lo confundieron con otro chico.

-Sí, lo recuerdo. Tu hermano era Peter Martin, lo confundieron con otro muchacho de la misma edad.

-Sí, gracias a usted, no está en prisión.

-¿Qué hace ahora tu hermano?

-Está terminando de estudiar, quiere entrar en la universidad.

-Eso es estupendo, pero ¿y tú?

-Bueno, me metí en líos de apuestas. Necesitaba dinero, pero tuve la mala suerte de que esa mujer intentó tomarme el arma, se me disparó, y aquí estoy.

-¿Cuánto tiempo? -preguntó Rogers.

-Cinco años.

-Veo que el juez no fue duro contigo.

-Tuve un buen abogado. De no ser así, me hubieran caído veinte años.

-Eso es mucho.

-El fiscal quiere hacer limpieza, así que las condenas suelen ser fuertes.

-¿Quién es ahora el fiscal general? -preguntó Steve con curiosidad.

-¿Es que no lo saben?

-No -contestó Matt.

-¡Vaya! señor Denver, el fiscal es su hermano Dan Denver.

-¿Mi hermano es el fiscal general?

-Pensé que lo sabría. Dos años después de que usted fuera condenado, se presentó a las elecciones, barrió.

-Parece que tu hermano es un tipo listo. Sabe aprovechar las oportunidades -le dijo Steve.

-Sí, eso parece -contestó en un susurro.

-Oiga, señor Denver.

-Llámame Matt, soy un recluso como tú.

-Ok, pues verá Matt, quería decirle que me cuesta creer todo eso que se dijo de usted. Después de defender a mi hermano pienso que usted es el mejor tipo del mundo.

-No es para tanto; estoy aquí.

-No, es verdad, usted fue el único que creyó en la inocencia de mi hermano. De no haber sido por usted, ahora estaría en la calle o peor aún, en la cárcel, como yo. Cuando salió en los periódicos lo de usted, no lo creí, y sigo sin creerlo.

-Te agradezco la confianza, pero tutéame. Aquí no agrado mucho a la gente, y si oyen que me llamas señor, no la voy a pasar bien.

-Perdona, pero te mereces mi respeto.

-Yo aquí soy un recluso más, y por desgracia el hermano del fiscal; eso no gusta y menos que me llamen señor Denver.

-Bien, lo recordaré.



-¿Antes has dicho que tuviste un buen abogado? -preguntó Rogers.

-Sí, convenció al jurado de que la muerte de aquella mujer fue accidental. Yo no la quería matar.

Además, era mi primer delito.

-¿Había testigos? -preguntó Matt.

-Sí, por suerte, varias personas vieron lo ocurrido.

-¿Quién fue tu abogado?

-Tu socio, el señor Sullivan, bueno, quiero decir tu exsocio, claro.

-Tuviste suerte, amigo.

-Ya lo creo Steve, pero ahora lo tengo claro. Cuando salga de aquí, me olvidaré del juego y las apuestas. Quiero llevar una vida decente.

-Eso me parece estupendo. Ahora, si me perdonas, me marchó.

-Por supuesto, Steve.

-¡Ah! Otra cosa -dijo levantándose-, llámame Rogers.

-¿Qué mosca le ha picado? -preguntó sorprendido.

-No le gusta la gente, así que un consejo, no lo irrites. Mató a cinco tipos a sangre fría -advirtió Matt.

-¡Uf!. Un tipo duro, ¿eh? -sopló.

-Sí, lo es.

-Tú pareces ser amigo de él.

-Lo soy, ya irás conociendo los grupos que hay, y a los solitarios.

-¿Dónde encajas tú?

-Ya te enterarás -se levantó-, nos vemos más tarde.

-Sí, adiós, Matt.

-Hasta la vista amigo, y buena suerte aquí.

Aquella noche Matt fue llevado a las habitaciones de los oficiales. Estaba de pie en medio de la habitación, dos camas a cada lado i la pared, tres guardias delante de él, dos de ellos altos y rubios, sin camisa. El otro moreno y algo más bajo, con una porra en la mano, miraban al invidente con aire despreciativo.

-Bien, Denver, esta noche queremos diversión -dijo el moreno-, así que ya te estás desnudando - Matt no dijo nada, sólo obedeció las órdenes-. Arrodiállate -le ordenó el rubio de pelo largo. Matt obedeció.

-Inclínate -volvió a ordenar el moreno.

-¿Qué les parece el maricón de mierda? Está deseando que le demos por el culo - se rió el de pelo largo.

-Sí, todos estos hijos de puta son iguales. Hacen ver que no les gusta y en el fondo están deseando que se los cojan, ¿no es cierto maricón? -se dirigió a Matt; éste no contestó-. Te estoy preguntando a ti, hijo de puta -le gritó al tiempo que le levantaba la cabeza tirándolo del cabello.

-No, no señor -susurró.

-No, señor, ¿qué? ¿No te gusta que te den por el culo? o ¿te gusta que te den?, dime -seguía tirando del cabello; lo soltó de golpe.

-No, no me gusta que me den por el culo, señor.

-¿Has oído, Pete? Este maricón dice que no le gusta que se lo cojan, ¡ja, ja, ja!

-Has entendido mal Rex, este marica lo que ha querido decir es que no le gusta tu pito, es demasiado pequeño.

-Claro, es eso, ¿quién lo tiene más largo? -preguntó Rex.

-Pienso que yo, pero igual a este maricón no le gusta y lo encuentra pequeño -

dijo Pete-, así que pienso que una porra le gustará más. John, dame tu porra.

-¿Por qué la mía?

-Porque es la más grande -John se la acercó y Pete le penetró la porra. El invidente dio un respingo de dolor.

-¡Eh! Pete, acuérdate que luego voy yo. No quiero que me lo abras mucho. Si no parecerá que me cojo a una puta.

Durante quince largos minutos, Matt no dijo nada, aguantó quejarse todas las vejaciones a las que fue sometido.

-Este maricón parece tener calor, ¿qué les parece si le dam una ducha? -preguntó Rex.

-Sí, venga, a sacar sus mangueras, y a ducharle -respondió Pete.

Los oficiales se desabrocharon de nuevo la bragueta y orinaron encima del sodomizado ciego.

-Levántate, maricón, vístete -ordenó el moreno. Matt se levantó despacio y empezó a vestirse cansinamente.

-Puedes marcharte -le dijo el de pelo largo.

-Vamos, marica -Rex lo empujó, y el invidente se tambaleó.

Eran cerca de las doce cuando Matt se acostó dolorido. Nunca le habían penetrado algo del tamaño de una porra. Sólo recordaba ese dolor. La primera vez que fue violado estuvo despierto varias horas, hasta que el sueño llegó pasadas las tres de la noche.

-¡Hueles mal!

-No me extraña, anoche visité la habitación del sargento.

-No me di cuenta.

-Era tarde, los muy cerdos me orinaron encima después de penetrarme con una porra.

-¡Hijos de puta! -exclamó con rabia Rogers-, y el alcaide en las nubes, como siempre. Sólo ve lo que quiere Twix. ¿Te hicieron daño?

-¿Cómo?

-Con la porra.

-¡Ah! sí, no puedo sentarme.

-Es que me pareció verte esta mañana muy estirado.

-¿Te ríes?

-Lo cierto es que sí, estás cómico.

-Pues yo no veo lo gracioso, ya me gustaría verte a ti -dijo enojado.

-Perdona, Matt, no quería burlarme de ti -ambos hombres se rieron.

El silbato del oficial anunció el fin del descanso. Los dos amigos cogieron sus picos y continuaron trabajando. El cielo empezó a Abrirse de nubes, así que la jornada se hizo más llevadera.

Lo primero que hizo Matt al llegar al campamento fue ir a las duchas, sin pasar antes por los servicios, como acostumbraba hacerlo. El olor que despedía su cuerpo era molesto. Después de ducharse, se dirigió a los dormitorios y se acostó unos minutos. Se sentía cansado, tenía sueño y aún faltaban veinte minutos para la comida.

-¡Matt! ¡Eh, Matt! Despierta -la voz insistente de Rogers lo despertó.

-¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? -preguntó sobresaltado.

-Te has quedado dormido -le informó.

-¡Oh! Steve, eres tú. Estaba cansado, ¿qué hora es?

-Las seis en punto, te has perdido la comida.

-¡Una gran pérdida! -exclamó con ironía. Se levantó haciendo una mueca de dolor.

Al sentarse en la cama, se estiró abriendo la boca-. Salgamos, Steve. Quiero tomar el aire - salieron al exterior; el sol brillaba de nuevo. Se encaminaron al exterior del campamento.

-¿Dónde vamos, Matt? -preguntó siguiendo los pasos del primero.

-A alejarnos un rato de aquí, me siento agobiado. -Anduvieron unos diez minutos, ninguno de los

dos habló. Finalmente, Matt se detuvo en una explanada rodeada de matorrales y plantas secas. Tanteó el suelo con los pies y se sentó, esta vez sin Apresar dolor. Rogers lo miró y lo imitó.

-Bien, Matt, ¿qué te pasa? Te veo deprimido.

-Nada, lo cierto es que tenía ganas de estar solo.

-Perdona entonces.

-¿Por qué?

-Te he seguido, pensando en que querías que lo hiciera.

-Sí claro, quería estar solo, en tu compañía. ¿Sabes algo? Hoy es mi cumpleaños.

-¿De verdad?

-Sí, cumpla treinta y tres. Hace ocho años que estoy encerrado -sus palabras fueron languideciendo-. Antes, cuando me despertaste, soñaba en mi casa, con mi familia. Estábamos celebrando el cumpleaños de mi hermano y el mío. No te lo había dicho nunca, pero Dan y yo somos mellizos. Yo soy el mayor. Había un gran pastel en la mesa con muchas velas encendidas e intenté apagarlas, pero no pude.

Dan las apagó de un soplo. Todo el mundo traía regalos para él, nadie se acordó de mí. Entonces llamaron a la puerta. Era Linda. Me traía un regalo. Lo abrí.

Era una jaula con un pájaro dentro, muerto. Todo el mundo se reía y yo quería morir. Después desperté.

-Si fuera psiquiatra diría que el pájaro eras tú.

-Sí, eso creo.

-No sabía que pudieras soñar.

-¿Por qué no voy a poder soñar? -preguntó sorprendido.

-Bueno, lo que quiero decir es que..., pensé que un ciego de nacimiento, que nunca ha visto la luz, no podría ver en sueños.

-Cuando duermo no puedo ver, eso está claro. Sigo siendo ciego. Experimento las mismas sensaciones que cuando estoy despierto, yo no vi el pastel, ni las velas, ¿me entiendes?

-Creo que sí, sientes los estímulos que notarías al estar despierto.

-Sí, exacto. Yo no puedo ver un pastel, pero percibo su agradable olor a dulce, el calor de las velas encendidas, todas esas cosas.

-Por supuesto, volví a olvidar el resto de tus sentidos.

-Bueno, todo fue un sueño, no hay pastel, no hay regalos, y tampoco Linda llama a ninguna puerta.

-Linda sí te hizo un regalo. Te trajo aquí. ¿Crees que todavía se acordará de todo lo que pasó?

-No sé. Pero si fuera así, diría la verdad, diría que no la toqué.

-Quizá no se atreve a decir la verdad, después de tantos años.

-¡No! -gritó de pronto Matt-. Ella dijo la verdad, soy yo el que está equivocado. Violé a Linda, sólo que no lo recuerdo. MI padre no me hubiera enviado aquí de no ser cierto -estaba alterado al decir esas palabras.

-¿Qué quieres decir Matt?

-Que quizás sí fui yo quien violó a Li...

-¡Pero! ¿qué dices, Matt? ¿Te has vuelto loco? -le interrumpió bruscamente.

-No, quizá estuviera loco antes. No es la primera vez que alguien comete un delito y después lo olvida. Estoy seguro de que es eso, yo abusé de Linda. Sí, ahora lo recuerdo, luego, simplemente lo borré de mi memoria. Ahora lo veo todo claro. Todo el mundo tenía razón, Dan, Mike, papá, sí papá. Él lo sabía, por eso no me defendió, y luego mamá también lo vio claro. Perdí la razón y violé a Linda. Eso es, todo el mundo tiene razón, yo estoy equivocado -Matt estaba exaltado al hablar. Su

compañero escuchaba atónito todo lo que decía.

-Matt, por Dios, reacciona. Tú no violaste a nadie. Recuerda que me lo dijiste al llegar aquí.

-Te mentí, les mentí a todos.

-¿Cuándo empezaste a engendrar esos pensamientos?

-No sé, creo, creo que siempre lo supe, sólo que me lo ocultaba a mi mismo. Soy culpable, merezco lo que me pasa.

-No, Matt, tú no has violado a nadie.

-Sí, lo hice, por eso estoy aquí.

-¡Oh! Matt, debes desechar esas ideas, por favor Matt. Reacciona, no te dejes vencer por esos pensamientos. Yo sé que tú nunca harías daño a nadie.

-Y tú, ¿por qué estás tan seguro?

-Porque te conozco. Durante todos estos años, he aprendido a conocerte, tú no eres ningún perverso.

-¡Steve! -suspiró-, todo el mundo sabe que soy culpable. Si no ¿por qué crees que Nancy me abandonó? Ella sabía que era un depravado.

-Matt, ¡oh! Matt, no te das cuenta de que estás desvariando. Nancy te dejó por algo muy distinto, mucho tiempo antes.

-No, ella me dejó porque sabía cómo era, y yo me vengué en Linda. Soy un ser despreciable, todo el mundo lo sabe. Twix, el sargento, los oficiales, todos me dicen lo mismo, que soy un perverso sexual. Por eso todos abusan de mí.

-¡Matt! Matt, amigo mío, ¿qué te han hecho? -Steve abrazó a su amigo con compasión.

-Tú mataste a cinco hombres. Por eso estas aquí. Eres culpable

-No, no, Matt -lo abrazó con más fuerza-, ¿cómo es que no me he dado cuenta de lo que te estaba pasando? Debí pensar que toda la presión que tienes que soportar es demasiado para un hombre. Estás enfermo, necesitas ayuda médica. No te hundas, por favor, cree en tu Dios, aférrate a él.

-¿Dios? El también lo sabe. Sabe que soy culpable, por eso me castiga. Dios me ha abandonado.

-Dios no te ha abandonado y sabe que tú eres inocente.

-¿Qué sabes tú de Dios? No crees en él.

-Puede que no crea, pero sí sé que él no abandona a ninguno de sus hijos, y tú eres demasiado creyente para cometer algo tan atroz como violar.

-¡Es tarde! Debemos volver -cortó en seco Matt.

-Está bien, pero antes prométeme que apartarás esos pensamientos de tu cabeza, eres inocente.

-Mira, Rogers, da lo mismo que sea culpable o inocente. Lo realmente importante es que ambos estamos encerrados cumpliendo una condena y eso no lo cambiará nada, ni nadie. Es más llevadero sabiendo que eres culpable, y yo lo soy, ahora lo sé -fue determinante.

Steve lo miró a los ojos y pensó en cómo una inocente niña puede destruir a un hombre con tan sólo una palabra. Durante el regreso al campamento ninguno volvió a hacer comentarios. Steve no dejaba de darle vueltas a las palabras de Matt, intentando averiguar cuándo empezó a derrumbarse su amigo. Si fue el primer día en que llegó o quizá cuando su hermano le dijo que su madre ya no creía en su inocencia. Tal vez fue cuando Matt dejó de llorar, y se hizo fuerte en apariencia, pero en su interior empezó a resquebrajarse. No sabía cuándo había sucumbido a sus pensamientos, ni por qué.

En la cena hubo un incidente con uno de los reclusos drogadictos. Tenía el síndrome de abstinencia, cuando, en medio del ruido de platos y vasos, se levantó de la mesa, gritando como un loco. Los guardias se apresuraron a detenerlo, pero éste se soltó de ellos y corrió hacia la puerta. En su desesperado correr, tropezó con la pata de una silla, cayendo sobre dos reclusos altos y robustos, que de un empujón lo tiraron al pasillo. Dos guardias, con sendas porras, cayeron sobre él golpeándolo en la cabeza hasta que perdió el conocimiento. Lo arrastraron de los pies hasta el patio.

Todos sabían lo que ocurriría ahora, así que no prestaron atención y continuaron cenando. Sería llevado ante Twix y éste ordenaría que lo encerraran en el columpio hasta que se le pasara la locura.

Desde hacía dos años, la heroína en el penal era habitual. Una tercera parte de la población reclusa era drogadicta. La droga llegaba a la isla por medio del helicóptero de transporte. Los encargados del aparato estaban sobornados por Cooper, uno de los jefes de la droga y la prostitución en New York. A pesar de llevar tres años encerrado en prisión continuaba con su negocio en el exterior, y ahora lo había introducido en el penal.

## CAPÍTULO 14

El trabajo en la cantera había terminado. Matt, junto con Steve, estaban de nuevo en el pantano. La estación de las lluvias se había echado encima; prácticamente todos los días amanecía lloviendo, hasta el mediodía, cuando volvía a salir el sol. Ahora los reclusos llevaban puestos unos pantalones azul marino y camisa del mismo tono. Los uniformes eran cambiados con la llegada del cambio de estación. Matt iba sin camisa, como la mayoría de los reos, a pesar de estar en noviembre. En ese apartado lugar del océano la temperatura no bajaba más de veinticinco grados en pleno invierno.

Estaba parado. Segundos antes había pedido agua. El encargado se la acercó, bebió dos tragos largos y uno corto; este último lo mantuvo en la boca y después lo escupió. Devolvió la cantimplora al oficial y continuó cavando. Rogers se encontraba a unos cinco metros delante de él. En los últimos meses, desde que le confesara que era culpable de violación, había intentado convencerle de lo contrario, pero éste no quiso escucharlo. Argumentaba que, de ser inocente, no estaría cumpliendo una condena. Rogers llegó a hablar con el médico del penal y exponerle sus temores de que Matt estaba perdiendo la razón. Lo único que consiguió fue la palabra por parte del médico de reconocerlo, pero no podía hacer gran cosa. La Psiquiatría no era su especialidad. Con la excusa de una revisión, el doctor Will tuvo al invidente tres días en la enfermería y le hizo varios reconocimientos físicos y psíquicos. En lo primero, lo encontró bastante bien, pero, sin embargo, notó cierta anomalía en la mente. Sólo pudo recetarle vitaminas, ya que no convenció al alcaide de que sería mejor trasladarlo a un penal psiquiátrico. A pesar de ello, los comprimidos que le recetó el doctor tuvieron un efecto positivo, notándose una mejoría. Aunque se sentía culpable de violación, ya no desvariaba con respecto a su familia, ya que había llegado a pensar que él había violado a su hermana e incluso a su hermano Dan.

La jornada terminó. Rogers, junto con Matt, estaban sentados en el patio en silencio. El invidente tenía los ojos cerrados. Rogers, atento a los movimientos de Carl y sus amigos: tramaban algo, lo notaba, le gustaría poder leer los labios para saber qué era lo que urdían. Carl no dejaba de mirar al invidente y reír junto con los otros cinco, entre ellos, Loy.

-¿Qué tramarán? -dijo para sí, en voz alta.

-¿Qué?

-Nada, Matt. Me preguntaba qué están hablando Carl y los suyos. Hace rato que no dejan de mirarte y eso no me gusta, no me gusta nada.

-Querrán lo de siempre, ¡cogerme!

-¿Cuánto tiempo hace que no se meten contigo?

-No sé, no recuerdo bien, creo..., creo que hace un mes.

-¿Te pidieron algo especial?

-Lo de siempre, que les hiciera una mamada. Pero te juro que el día que me metan su pene en la boca, se los arranco de un mordisco.

-No me gusta nada todo esto. Carl ha estado hablando con Cooper. Quizá no sea nada, pero estéte

atento esta noche.

-¿Por qué? Si vienen será a lo mismo.

-No lo sé, pero hay algo raro en el ambiente. Puede que Carl te busque hoy.

-¿Carl? Desde la última paliza que le diste no ha vuelto a molestarme.

-Sí, lo sé. Pero, por si acaso, ándate con cuidado, se ha hecho muy amigo de Cooper, y ése es muy influyente aquí.

Esa noche, tal como temía Rogers, Carl se acercó a la cama del ciego, acompañado por Loy y tres tipos más.

-Venga, muñeco, despierta -lo zarandeó Carl.

-¿Qué quieres, Carl? Déjame en paz.

-Vaya, el chico mono quiere que lo dejemos en paz. Ya sabes lo que quiero, Denver. Hace mucho tiempo que no te cojo y hoy tengo ganas de diversión, así que me lo vas a poner duro, ¡chúpamelo!

-Déjame en paz, cerdo, si me pones tu pene en la boca, te dejo sin él.

-¿Has oído, Loy? El chico dice que me dejará sin él.

-¡Eh Carl! ¿Por qué no lo dejamos nosotros a él sin pene? Para lo que lo usa...

-No es mala idea. Dime, Denver ¿quieres que te capemos?

-Suéltame, maldito hijo de puta.

-Venga, Denver, si a ti te gusta que te cojan. ¿Para qué quieres un pene?

Haremos una cosa, te lo cortamos y luego te cogemos con él, ¿qué te parece Denver?

-Carl, si no me sueltas te juro que te...

-¿Qué me harás? ¿Hacerme una mamada? ¿Eso me harás, Denver? Lo estoy deseando, chúpamela -le ordenó mientras los otros tres le tenían aprisionado en la cama.

Hizo una señal a Loy y este sacó una jeringa y se la clavó en la vena del brazo.

-¡Hijos de puta! ¿Qué me están inyectando?

-Ya lo sabrás, tesoro, ya lo sabrás -se rió, y a su señal lo soltaron.

Matt sintió que le ardía la cabeza, se vio volar en el aire fresco, y la noche se perdía en otra oscuridad, desconocida para él. Sintió a su madre que lo abrazaba, dándole besos, su padre venía a buscarlo. Linda también estaba, y confesaba que él nunca la violó. Todos estaban ahí, todos le pedían perdón.

Twix, de rodillas, también pedía perdón, y Carl le extendía una alfombra a sus pies.

Hacía cinco minutos que las sirenas habían avisado, pero Matt no podía levantarse, la cabeza le daba vueltas. Steve se acercó.

-Matt, ¿te ocurre algo?

-No -titubeó-, creo que no, sólo que estoy algo aturdido y la cabeza...

-¿Quieres que avise al médico?

-No, no, ahora me levanto. Deja que me despeje, he pasado una mala noche, tuve pesadillas -se incorporó, sentándose en la cama Tenía la sensación de haber pasado la noche bebiendo, sentía la boca áspera, con mal gusto. Creyó tener resaca.

-¡Eh, ustedes dos! Ya tendrían que estar con los demás -avisó el oficial Rex, desde la puerta.

-En seguida vamos, señor -le respondió Rogers-, vamos Matt, levántate.

-Ya me ha pasado, estoy bien -se levantó despacio y buscó la camisa; Steve lo levantó del suelo y se lo acercó a las manos.

La sensación de resaca aún permaneció diez minutos más. El agua fresca en la cara lo reanimó. El día en el pantano se le hizo largo. Su cabeza, de vez en cuando, le daba vueltas. Rogers no dejaba de observarlo. En tres ocasiones se tambaleó y Rogers pensó que se desmayaba allí mismo pero no llegó a suceder.

La jornada terminó sin más contratiempos. De regreso al campamento Matt apenas probó la

comida, Rogers seguía observándolo, sin decir nada. Ya en el patio ambos se sentaron en los bancos del exterior de la enfermería.

-¿No parece que tengas muchas ganas de hablar? -preguntó, rompiendo el silencio.

-Lo siento, Steve, no sé que me pasa hoy, estoy mareado.

-¿Quieres entrar a la enfermería?

-No, ya se me pasará.

-¿Ocurrió algo anoche?

-¿Qué?

-¿Qué si ocurrió algo fuera de lo normal?

-No, ¿por qué me lo preguntas?

-Ayer vi a Carl tramando algo y hoy amaneces mareado, ¿que pasó anoche con Carl?

-Nada, se acercó a media noche, y me pidió que le hiciera una mamada. Me negué, se enojó y se fue.

-¿Eso fue todo? Así, sin más, ¿se fue?

-¿QUé quieres decir, así, sin más?

-Vamos, Matt, no me vas a decir que Carl se marchó al negarte.

-Pues, aunque no lo creas, sucedió así. Le dije que si intentaba ponerme el pene en la boca se lo arrancaba.

-ESO me parece bien, pero me cuesta creer que ese cabrón se fuera sin antes intentar cogerte, ¿qué pasó Matt?

¡Uf! Rogers -el invidente suspiró-, ya te he dicho que nada, ni me cogió, ni insistió. Se largó, eso es todo. Noté un pinchazo y ya está.

-¿Que notaste un pinchazo? ¿Dónde?

-En el brazo, ¿por qué?

-Déjame ver ese brazo -de un tirón le agarró la muñeca de su brazo izquierdo; se veía un punto en medio de un pequeño derrame en la vena-. Esos hijos de puta, te drogaron.

-¿Cómo? ¡No puede ser! -exclamó incrédulo.

-Te inyectaron para que hicieras lo que te ordenaran. Esta noche se las verán conmigo -en los ojos de Rogers centelleaban estrellas de rabia y odio.

-¿Qué vas a hacer Steve?

-Tú déjame a mí. Esta noche cuando se apaguen las luces nos cambiaremos de litera.

-No, no podemos.

-Ya lo creo que podemos, y lo haremos -fue contundente.

-No, son capaces de confundirte conmigo e intentar violarte, no quiero...

-Matt, ¿no lo entiendes? Eso es precisamente lo que quiero.

-¿Quieres que te violen? -preguntó confundido.

-No, Matt, lo que quiero es que me confundan, ¿no comprendes? Anoche esos cabrones te drogaron para que los obedecieras, si dejamos que sigan inyectándote, acabarás siendo un yonki.

-¿Crees que ayer me violaron y ahora no lo recuerdo?

-Si sólo fuera eso. Estoy seguro de que hiciste todo lo que ellos Quisieron.

Desde que me cambiaron al otro extremo del pasillo, no Puedo verte, así que esos cabrones se aprovechan de ello. No quiero verte drogado, no quiero ver cómo te arrastras suplicando por piojosa dosis de polvo blanco. No, no lo voy a consentir.

Esa noche, después que se apagaron las luces, en silencio, Roger se cambió de cama con la de Matt, procurando no hacer ruido para no despertar a nadie. Tuvo que esperar más de una hora hasta que oyó la voz de Carl.

-Hola, muñeco, ¿me estabas esperando? -Rogers no contestó-. ¡Eh! Loy, el niño mimado está

dormido.

-Estará soñando contigo, Carl, con lo bien que se la pasó anoche -contestó con su risa de hiena.

-Bien, mejor, así no notará el pinchazo.

-Pero tú sí que vas a notar esto, ¡cabrón de mierda! -exclamó Rogers dándole un puñetazo en el estómago.

-¿Qué? ¿Cómo? -dijo Carl atónito, cayendo de espaldas.

-¿Qué diablos? Carl, este tipo no es Denver -informó estupefacto, Loy.

-No, malditos hijos de puta. No soy Denver -se levantó y le dio otro puñetazo a Loy, que cayó rodando sobre el todavía caído Carl.

-Vaya, así que eres tú, Rogers. Debí imaginar que volverías a proteger a ese marica de mierda -dijo Carl, levantándose del suelo y a punto de darle un golpe.

Rogers paró el impacto, con la mano derecha y con la otra lo volvió a golpear en la cara.

-Mira, cabrón, ya te advertí que no quiero que se metan con el ciego, es cosa mía y no lo quiero drogado, ¿me oyes? ¿Lo entiendes bien, escoria? -lo golpeaba sin darle tiempo a contestar a sus preguntas.

Carl empezó a sangrar por la nariz y la boca. Loy se acercó sigilosamente por su espalda. Rogers lo escuchó, se dio la vuelta y de un golpe seco le rompió la mandíbula.

La mayoría de los reclusos se despertaron con el alboroto. El clamor aumentó e hizo que los centinelas de afuera entraran para ver qué ocurría. Las luces se encendieron. Cuatro guardias medio dormidos corrieron al ver a Rogers, que, sentado sobre Carl, continuaba golpeándolo en la cara. Loy permanecía en el suelo inconsciente. Después de un forcejeo, lograron separar a Rogers de un Carl medio muerto.

-Está bien, todos ustedes a sus camas -ordenó el sargento, que entraba en ese momento con otros dos oficiales. Agarraron a los dos hombres inconscientes y los arrastraron por los pies al exterior. Rogers fue esposado con las manos hacia atrás y empujado hacia el patio. Después de comprobar que todo estaba de nuevo en orden, el sargento apagó las luces y cerró la reja. El detenido fue llevado al teniente.

-Rogers, me sorprende esta actitud tuya. Es la segunda vez, en pocos meses, que te ves involucrado en una pelea. Éste no es tu estilo, ¿qué te ocurre, Rogers?

-¡Señor!

-Eres amigo de Denver y por culpa de ese ciego te metes en líos, ¿no es cierto?

-Verá, señor, yo...

-Siempre fuiste un recluso ejemplar, sin meterte en líos, pero desde que llegó ese marica de Denver, no has dejado de defenderlo. ¿Te has peleado con Carl por culpa del ciego?

-Señor, Carl intentaba drogarlo.

-¿Y por eso te has peleado?

-¡Señor!

-Contesta -ordenó.

-Sí, señor.

-Me caes bien Rogers, pero desde que decidiste hacerte amigo de ese bastardo ciego, no dejas de meterte en problemas -dio una vuelta alrededor del detenido-.

Rogers, voy a tener que castigarte, ya conoces las normas, ¿no?

-Sí, señor.

-Mira, Rogers, como te he dicho, me caes bien. Eres un tipo duro, pero no eres como esa escoria de ahí afuera. Se que mataste a cinco hombres y no te voy a decir que hiciste bien, mentiría, pero comprendo que tal vez yo en tu lugar hubiera hecho lo mismo. Sé lo que se siente cuando pierdes a tu familia y de una manera tan brutal como le sucedió a la tuya, pero asesinaste a sangre fría y tienes



que pagar por ello -se detuvo, se dirigió hasta la ventana, miró a través de ella, vio que la luz de la enfermería estaba encendida y volvió sobre sus propios pasos. Se paró delante de Rogers-. Voy a castigarte, Rogers, y no lo voy a hacer porque violaras las normas del penal, ni tan sólo por pelearte con Ese bastardo se lo merece. Voy a castigarte, Rogers, por ser amigo y proteger a ese maricón de Denver. Ese cabrón no se merece nada y mucho menos que seas su protector. Sabes por qué está aquí ¿no es cierto?

-Sí, señor.

-Sabes que ese cabrón violó a una niña de seis años. No se merece mi respeto, odio a esos depravados sexuales, y odio a Denver. Te voy a dar un consejo, déjalo, deja que se busque la vida. Ya es mayorcito y lleva aquí el tiempo suficiente para saber defenderse. Si se quiere drogar deja que lo haga, si los demás se le cogen, que lo hagan, y si tú lo utilizas para lo mismo, me parece bien, pero que se busque la vida él solo -el teniente abrió la puerta dos oficiales entraron a la señal de éste.

-¿Teniente?

-Llévenlo a una celda. Mañana a primera hora será azotado delante de todos.

Siete días en el columpio.

-A la orden, señor, ¿cuántos azotes?

-Veinte.

-Sí, señor.

-Tal vez, ahora comprendas que no es bueno ser amigo de Denver -le dijo mirándolo a los ojos-. Llévenselo.

Rogers pasó la noche en una de las celdas individuales. Al amanecer, y tal como ordenó el teniente, fue atado al trapecio y azotado. No se oyó ningún lamento, ni desfalleció en ningún momento. Matt no podía ver el castigo, pero oía cada uno de los sibilantes azotes que chocaban contra la piel de su amigo. Se maldijo a sí mismo por todo el sufrimiento que causaba a aquéllos que lo querían. No debió consentir que Steve se cambiara por él, no debió permitirlo.

Ahora, Steve era azotado y de nuevo era por su culpa. Se oyó y deseó ser él quien estuviera en el trapecio, como otras tantas veces.

Los camiones llegaron y los reclusos fueron subiendo a ellos. Mientras tanto Rogers era desatado por dos guardias bajo la atenta mirada de Twix. Después de bajar el columpio lo encerraron en él. Su espalda lacerada le obligó a colocarse sentado acurrucado sobre sí mismo.

Al día siguiente, Carl y Loy fueron dados de alta, el primero con sendas magulladuras en la cara y varios puntos en la frente. Loy, con un collarín en el cuello. Matt, que no había sido molestado la noche anterior, no pudo decir lo mismo de ésta. Carl, lleno de rabia, se ensañó con él. La heroína que le pusieron aquella noche lo hizo volar aún más alto. Al día siguiente no recordaba nada. Sólo el sabor amargo en la boca y un dolor profundo en su ano. El olor nauseabundo que despedía su cuerpo le hizo comprender que volvió a ser un juego sexual para sus compañeros.

## CAPÍTULO 15

Cuando Rogers salió del columpio se encontró con Matt, que lo esperaba en las escalerillas de la enfermería. Al ver los ojos irritados del invidente, supo que no era por llorar ni por falta de sueño. El polvo blanco se había apoderado de él. Se sentó a su lado.

-Matt.

-¡Steve! ¿Cómo estás? Yo..., yo..., lo siento, siento todo esto, no debiste, no debí...

-Sí que debía, pero veo que no ha servido de nada.

-Ha sido culpa mía que te castigaran, lo siento Steve.

-No digas tonterías -dijo irritado-, enséñame tus brazos -le ordenó.

-¿Qué? ¿Para qué?

-Vamos, Matt. Quiero ver tus brazos -le dijo ásperamente.

Matt cruzó los brazos, intentando ocultarlos. Rogers le tomó bruscamente la mano y le estiró el brazo. Le subió la manga de la camisa. Lo que temía se confirmó: su brazo estaba lleno de señales. Se inyectaba y sus ojos ya lo habían delatado.

Matt se bajó la manga.

-Mira, Steve, no es lo que piensas. He estado enfermo, sí, eso es.

-Mat, cállate, cállate por favor. Apenas llevas una semana picándote y ya mientes. ¿no te das cuenta de lo que te han hecho?

-Yo... Steve... No pude evitarlo. Carl... todos... yo no podía. -sus palabras entrecortadas eran de súplica.

-Carl. siempre Carl. ¿Cuando salió?

-No lo castigaron. Estuvo un día en la enfermería.

-¿Twix no lo castigó? -preguntó incrédulo.

-No, le dieron un par de puntos y fuera.

-¿Cuándo te inyectaron?

-Esa misma noche.

-Ven, sígueme -lo tomó del brazo.

-¿Adonde?

-Vamos fuera del campamento -miró la esfera del reloj, faltaban diez minutos para las cinco. Matt lo siguió tirado por Rogers. Se alejaron unos diez minutos del campamento. Cuando Rogers vio que estaban en un lugar tranquilo, lejos de los ojos de algún curioso, se paró-. Matt, ¿no te das cuenta de dónde te has metido? Ese cabrón de Carl te debe estar vendiendo.

-No, Steve, no. Cooper me da la dosis. No quiere nada a cambio -Steve no podía creer lo que oía, estaba asombrado de las palabras de su amigo-. Ahora que tú has salido todo va a ser diferente. No necesitaré la heroína, pero Steve, tú estabas castigado por mi culpa y Cooper fue tan amable conmigo... Yo necesitaba...

-Calla, por favor. Matt, no digas nada más, ¡si pudieras verte el brazo! Te has inyectado más heroína en una semana que un yonki. ¿No te das cuenta de que simplemente te la dan para después poder prostituirte y pasarte factura?

-No, Steve, estás equivocado. Cooper no quiere nada, es mi amigo, pero ahora que tú has...

-Matt, ¡oh! Matt, que vamos a hacer ahora. ¿Cómo voy a ayudarte?

-No, ahora que has salido, ya no necesito la heroína. Volveré a ser tu protegido como antes, nadie se meterá conmigo -Rogers sintió compasión por su amigo, sabía que ahora sería muy difícil ayudarlo.

-Matt, Cooper es muy poderoso aquí, yo no sé si podré con él.

-Cooper no es como tú crees, es amable. Esta noche le diré que ya no quiero su heroína, que ya no la necesito. Ahora que estás aquí no la necesito -Steve miró a su amigo. Sabía que una prisión donde se pasaba la heroína con tanta facilidad no era un lugar adecuado para ayudarlo a dejarla. Por otra parte, pensó que eran pocos los días que se inyectaba y eso estaba a su favor. Pensó en Cooper. Éste no le dejaría marchar tan fácilmente. Matt había caído a un pozo negro y Rogers no sabía cómo sacarlo. Lo abrazó con fuerza-. Mat, Mat ¡Oh! Matt, no debí dejar que me castigaran. Perdóname, perdóname -por primera vez, de los ojos de Steve empezaron a caer lágrimas, lágrimas de impotencia y dolor.

En los meses siguientes, Steve Rogers comprobó cómo su amigo se hundía cada vez más en ese pozo negro y oscuro que era la heroína. Matt se arrastraba mendigando una dosis para poder picarse

en sus venas. Cooper lo había prostituido entre la población reclusa tal como pensó él. Todas las noches visitaba una litera vendiendo su cuerpo para poder seguir comprando a Cooper una dosis. La droga hizo mella en su mente y en su cuerpo. Sus castigos eran cada vez más frecuentes, su rendimiento en el trabajo había mermado notablemente. Eran muchos los días que se le castigaba en el columpio, donde la falta de heroína le hacía preferir ser azotado para poder regresar de inmediato a las barracas y venderse.

Por otra parte, su mente se había debilitado. Desvariaba continuamente sobre su familia, incluso llegó a ofrecerse sexualmente a Steve, a cambio de que éste hablara con Cooper para que le diera más polvo blanco.

Hacía quince minutos que se había inyectado la última dosis. Se sentía bien, con fuerzas renovadas; sentado en las escaleras de la enfermería, hablaba con Rogers.

-¿Qué harás cuando salgas, Matt? ¿Regresarás a tu casa?

-¿A mi casa? ¿Qué casa? No tengo hogar, no tengo nada -le contestó lánguidamente.

-Está tu familia.

-¿Mi familia? En todos estos años no he recibido ni una sola carta de ellos. Ni siquiera de mi madre. No tengo familia, ¿piensas, tal vez, que me recibirán con los brazos abiertos?

-No digo eso, pero es tu familia. Has cumplido la condena. Sólo te falta un mes para salir de aquí.

-Sí, ya he pagado mi culpa, pero sigo siendo un violador.

-Matt, ya hemos hablado de ello. Tú no has violado a nadie. Debes ir a tu casa y aclararlo. Será más fácil que te crean ahora que ya has cumplido tu condena.

-No, Steve, no pienso regresar a San Francisco y menos decir que soy inocente.

No es verdad.

-Como quieras, pero ¿ya has pensado en lo que harás?

-No lo sé. Todavía no he pensado en ello.

-Pues deberías hacerlo, Matt.

-¿Por qué?

-Eres ciego, no conoces otro mundo que no sea esta isla. Cuando estés ahí afuera, ¿qué harás? ¿Cómo te enfrentarás a tu nueva vida?

-Siempre he sido ciego y me he defendido bastante bien.

-Sí, en tu casa, rodeado de los tuyos. Aquí, ya ves, pero, ¿y en New York? Un lugar desconocido para ti, sin amigos, sin nadie a quien recurrir. Todo un mundo extraño para ti y lo que es más importante...

-¿Qué?

-Matt, eres drogadicto, ¿cómo piensas vivir?

-Eso ya lo he pensado. Cuando salga de aquí lo dejaré, me tienen que pagar el tiempo de trabajo realizado. Buscaré una habitación, un trabajo...

-¡Y te morirás de asco! Con lo que te den aquí, no tendrás ni para un par de dosis y si aquí con mi ayuda no has podido dejar esa mierda ¿cómo vas a lograrlo afuera sin que nadie te ayude?

-No, Rogers, trabajaré.

-¿Trabajarás? ¿En qué? ¿De qué? Eres ciego, nadie va a contratar a un ciego y menos sabiendo que acaba de salir de Black Island, y que además es drogadicto.

-No, te equivocas, Rogers. Voy a dejar la heroína, te lo juro. En cuanto salga, la dejaré, ya verás - sus palabras eran de súplica para que le creyera.

-Matt, ¿cuántas veces me has jurado lo mismo?, ¿y cuántas veces vuelves a picarte?

-Esta vez todo será diferente, aquí todo el mundo me obliga.

-Ya nadie lo hace, la tomas tú porque quieres, nadie te obliga a ello.

-No, Steve, de verdad. Dejaré la droga, encontraré un trabajo, cuando salgas de aquí el próximo

año, te esperaré y comprobarás cómo he cambiado.

-Ojalá sea así, Matt, pero sigo pensando que sería mejor que regresaras a tu casa. Estoy seguro de que tu padre te recibirá. Puede que al principio encuentres frialdad, pero en tu casa te ayudarán.

-¡No! -gritó-, no, mi padre no me quiere, no desea verme, me lo dijo.

-De eso hace ya muchos años. Se dice en momentos de desesperación, pero estoy seguro de que, si lo intentas, tu padre volverá a abrirte su corazón.

-No, Rogers, no puedo. Lo que hice fue muy grave, no quiero... no puedo regresar.

-Bien, Matt, no insistiré, aunque sigo pensando que te equivocas.

-No, Steve, mi vida entera es un error -su voz fue bajando a un susurro.

-¿Conoces New York?

-No, nunca he estado, ¿por qué me lo preguntas?

-¿Piensas quedarte allí?

-Sí, creo que sí.

-Bien, mira. Yo salgo dentro de un año y como tengo contactos allí, he pensado darte algunas direcciones de gente que me debe algunos favores. Siempre te podrán ayudar si vas de mi parte. Intenta sobrevivir hasta que yo salga, intenta dejar la droga. Si acudes a ellos, te ayudarán.

-¿Quieres que te espere?

-Quiero que salgas de esa mierda que llevas y quiero que vengas conmigo a San Diego, ¿crees que podrás arreglártelas durante ese tiempo?

-Sí, lo intentaré, te esperaré.

-Bien, Matt, sé que lo vas a intentar. Cuando yo salga de aquí, te llevaré conmigo y empezarás de nuevo una vida -miró el reloj. Eran las siete cuarenta y cinco-. Vamos Matt, es casi la hora de cenar. - Unas temblorosas manos se extendieron tanteando, y las manos firmes de Steve fueron a su encuentro.

## CAPÍTULO 16

Matt fue llevado ante el alcaide. Era habitual que todos los reclusos que terminaban su condena pasaran antes por él. Anteriormente, había pasado por las duchas, donde después de quitarle el transmisor del tobillo, se desnudó y tomó una ducha. Dentro de una bolsa de papel le fue entregada su ropa de calle, la misma que se quitara diez años atrás. Sintió sus pies extraños al ponerse las botas. El andar era raro; después de tanto tiempo usando zapatos, no se acostumbraba al cambio.

-Bien, Denver, dentro de una hora sales de aquí. Espero que el tiempo que has estado con nosotros haya servido para que reflexionaras sobre tus errores.

-Sí, señor.

-No puedo decir que hayas sido un prisionero ejemplar, puesto que has pasado casi la mitad de tu condena castigado, pero comprendo que tu inferioridad de condiciones haya motivado la Mayoría de los castigos. Espero que no tengas que volver aquí ni a ningún otro penal. Te deseo suerte en tu nueva vida.

-Gracias, señor.

-Puedes marcharte -el alcaide extendió su mano y estrechó la del tembloroso liberado.

Acompañado por un oficial salió al patio donde lo esperaba un Jeep, conducido por el sargento Lewis, un hombre corpulento de Mediana edad. Matt, ayudado por el oficial, subió a la parte trasera del vehículo. Detrás de él subió el oficial, que se sentó a su lado.

El jeep se puso en marcha y salió del campamento dejando una estela de polvo.

Diez minutos más tarde, llegó a la parte despoblada de la isla, donde, diez años antes, Matt había

llegado por primera vez. Estuvo esperando cinco minutos, hasta que se oyeron los motores de un helicóptero. Segundos después, se hizo visible a los ojos de los oficiales; su aterrizaje fue perfecto. Se abrió la puerta, bajaron dos policías y el piloto, el sargento se apeó del vehículo y fue hasta el aparato. Saludó a los dos hombres estrechándoles la mano.

-¿Cómo está el mundo, Joe? -preguntó el sargento al piloto

-Pudriéndose -respondió.

-¿Sólo me traes esto? -preguntó mirando los sacos que bajaban los dos policías.

-Sí, no hay gran cosa. Lewis, tú ¿qué me traes?

-Sólo el tipo ése -indicó con la cabeza.

-Vaya, no parece tener buen aspecto.

-Sí, ve con cuidado. Es drogadicto y está ciego.

-¿Ciego? Sí, ahora recuerdo que tenían a uno, condenado. -El sargento hizo una señal con la mano al oficial y éste se apeó del jeep.

-Vamos, Denver, la libertad te espera -Matt se apeó de un salto y, guiado por el oficial, subió al helicóptero-. Bien, Lewis, nos vemos el próximo día. Buen viaje.

El aparato se elevó y Matt fue acomodado en el asiento de cola.

Los dos policías estaban sentados al lado del piloto y hablaban entre ellos sin hacer caso al invidente.

Matt se sentía nervioso, no por falta de droga, pues se había inyectado antes de ducharse. Se perdió en sus pensamientos. El día anterior Steve se despidió de él, no sin antes hacerle prometer que se pondría en contacto con las personas que le ayudarían a dejar la droga, y encontrar un trabajo. También quedaron de acuerdo para volverse a ver dentro de un año, cuando Steve terminaría su condena. De repente, Matt notó un escalofrío, tuvo miedo; por primera vez en diez años volvería a estar en la civilización, volvería a ser un hombre libre.

Matt encontró una pensión bastante asequible. Estaba acostado en una vetusta cama, con los pies colgando a ambos lados de ésta.

Llevaba tres horas en libertad y no tenía necesidad de picarse.

Cooper le dio una dirección donde, a cambio de sexo, le suministrarían el polvo blanco, pero ¿no hará falta recurrir a esto? pensó?. Se había prometido a sí mismo y a Steve dejar la droga. Buscaría la dirección que Rogers le dio, buscaría un trabajo, lo que fuera, y empezaría una nueva vida. Sabía que era difícil, pero se lo prometió a Steve, y lo haría.

Pasaba algo más de la media noche, cuando notó cómo su cuerpo se convulsionaba.

Necesitaba una dosis. Trató de no pensar en ello, pero su cuerpo no lo dejaba.

Pensó en Steve, pero sus pensamientos se confundían, sólo podía pensar en la voz de Cooper, ¿ellos te darán toda la que necesites?.

¡No! gritó, no puedo, le prometí a Rogers..., pero la necesito tanto susurró.

¡Oh! Dios, ¿qué puedo hacer? Ayúdame. Sé que no lo merezco, pero ayúdame, te lo ruego. Iré a la dirección de Cooper, sólo esta vez. Mañana será todo diferente.

Sí, mañana, sólo por esta vez, lo juro.

De un salto se levantó de la cama, se puso las botas y salió de la habitación.

Preguntó al conserje por la dirección. Era un tipo bajo, regordete, con gafas, que leía una vieja novela de aventuras. Le dijo que tomara un taxi, pues la dirección que había apuntada en la nota estaba al otro extremo de la ciudad. Así lo hizo.

El edificio era de construcción moderna, de más de veinte pisos de altura. Entró en él y preguntó al portero por el nombre de la tarjeta. Éste le ayudó a entrar en el ascensor, presionando el botón del piso al que tenía que subir. Eran las dos de la madrugada, cuando una mujer rubia, con una sonrisa de oreja a oreja abrió la puerta. Matt sintió una bocanada de perfume, extremadamente fuerte para su

olfato. Había olvidado que existían olores tan penetrantes.

-Hola, querido, ¿en qué te puedo ayudar? -oyó una voz dulce y melodiosa.

-Hola soy... Cooper me dijo que aquí me darían Polvo de Estrellas -dijo con voz insegura.

-¿Ah sí, pasa. Tú debes de ser Denver, ¿no es cierto?

-Sí, ¿cómo lo sabe?

-Cooper nos dijo que pasarías por aquí, eres el tipo ciego.

-Sí, así es, pero...

-No tengas miedo, pasa, pasa -la mujer lo tomó del hombro, lo invitó a entrar.

Lo acompañó hasta una gran sala llena de cuadros rupestres y luces blancas. Lo acercó a un sofá de piel negro-. Siéntate, espera un momento, no tardo nada, querido.

Matt se quedó solo durante cinco minutos y notó cómo el corazón se aceleraba a causa de los nervios y la falta de heroína. Se mordió los labios en tono impaciente. Por fin, oyó abrirse la puerta.

-¿Así que tú eres Denver, el ciego? -preguntó una voz áspera de hombre.

-Sí, Cooper me dijo que aquí me ayudarían.

-Por lo que veo, necesitas una dosis.

-Sí -dijo ansioso-, la necesito ahora.

-Bien, aquí tendrás toda la que quieras, ¿te explicó Cooper como trabajamos?

-No, exactamente. Cooper me dijo que ustedes proporcionaban compañía a personas, y a cambio me darían lo que necesito -se impacientaba a cada palabra.

-Más o menos. Nosotros proporcionamos compañía, indiferentemente, hombres o mujeres, personas muy importantes. Lógicamente hacemos una selección muy minuciosa. Comprenderás que nuestros clientes piden lo mejor y sobre todo discreción. Bien, a cambio de estos servicios, tú recibirás toda la heroína que necesites, se te proporcionará ropa a la altura de las circunstancias y te daremos alojamiento en un hotel. Por supuesto, se te dará dinero para tus necesidades.

-Cooper nos ha dicho que tienes fama de ser muy complaciente -dijo una voz muy grave de hombre-. Me llamo Burton, soy el encargado de esto, y trabajo para Cooper. Me dijo que vendrías aquí cuando salieras de Black Island. Un hombre ciego como tú que no puede reconocer a sus clientes. Puede ser un diamante en bruto, muchos pagarán lo que sea para preservar su identidad, así que estás contratado.

-Bueno, yo necesito la heroína, pero sólo por esta noche. ¡Sólo hoy! -exclamó con sarcasmo-. Sí, mañana pienso dejarlo, sólo la necesito hoy -dijo suplicante.

-Sí, todos dicen lo mismo, pero ya hablaremos de esto en otro momento.

-No, solo Por esta noche -confirmó con seguridad.

-Muy bien, como tú digas. Las condiciones son éstas: al ser ciego, estarás en las listas de los clientes más influyentes. Éstos pagarán el máximo por un ciego, se te dará el polvo blanco, dinero para tus gastos, y habitación. Sólo una advertencia: trabajas para nosotros. No queremos que trabajes la calle haciendo horas extras y tampoco queremos que vayas a citas no concertadas antes con nosotros. Sáltate las normas y te verás en la calle con todos tus huesos rotos, ¿estás de acuerdo?

-Sí, pero sólo es por esta noche, mañana yo...

-Sí, sí, ya lo has dicho en varias ocasiones. Cristy -dirigiéndose a la muchacha-, prepara una dosis para nuestro nuevo amigo. Dale ropa nueva, que se arregle, apestá a prisión. Dentro de una hora tiene una cita.

La mujer fue hasta donde estaba el ciego, lo tomó del brazo y lo acompañó hasta la habitación contigua. Los dos hombres se quedaron a solas.

-Qué suerte hemos tenido con este tipo, Burton.

-Sí, cuando corramos la voz de que tenemos un ciego en la plantilla, nos van a faltar agendas para anotar las citas.

-¿Cómo es que ya tienes trabajo para él? Acaba de salir.

-Cooper me avisó de que lo soltaban hoy, así que hice un par de llamadas y ya tenemos su agenda cubierta para dos semanas.

-Eso es estupendo, pero..., pero ¿y si no hubiera venido?

-¿Bromeas?, es un yonki, necesita la mierda. Además, por qué preocuparse, ha venido, ¿no?

-Sí, pero ya lo has oído. Sólo por esta noche, quiere dejarlo.

-¿Dejar el qué? ¿La heroína? No puede, ni podrá.

-¿Cuál es su tarifa?

-Dos mil.

-¡Es estupendo! La de Tony no es tan alta.

-Tony no es ciego.

Después de que Matt se hubo duchado y vestido con una ropa nueva, fue llevado en automóvil al ? Hotel Sterior?, uno de los más lujosos hoteles del centro de la ciudad, cerca del Central Park. Allí lo dejaron en la puerta, con indicaciones concretas. Se acercó al vestíbulo, ayudado por un bastón blanco que le proporcionaron en la residencia de Burlón. La dosis que se inyectó le hacía sentirse seguro. Su corazón latía pausadamente.

-La habitación 5211 por favor. Me están esperando.

-Un momento, señor -el encargado de recepción tomó el teléfono y marcó un número. Después de hacer un gesto con la cabeza, colgó el auricular y se dirigió al invidente-. Sí, señor lo esperan. Ahora aviso al botones para que le ayude a subir.

-Gracias.

El agradable perfume de la habitación envolvió a Matt. Una voz firme masculina le habló.

-Así que tú eres ciego.

-Sí, señor.

-¿No será un truco?

-¿Cómo dice?

-Quiero decir que ¿no te harás pasar por un ciego, verdad?

-No señor, soy ciego de nacimiento.

-¡Ahora lo veremos! -exclamó, incrédulo-. Quédate donde estás, no te muevas.

-Bien, señor.

Matt se preguntó qué era lo que se proponía aquel individuo, que por su tono de voz debía de ser un hombre de unos cincuenta años, seguramente corpulento, por el ruido que hacía al andar. Esperó a que ocurriera algo y, de pronto, sintió una fuente de calor en su cara. Pensó que le había acercado fuego cerca de él.

-Bien. Veo que, efectivamente, eres ciego -dijo el hombre, mientras apagaba un foco que tenía encendido ante los ojos ciegos de Matt-. Tenía que comprobarlo.

He pagado mucho por ti. Además de ser ciego me han asegurado que eres muy complaciente -el hombre dio una vuelta alrededor del invidente-. Me gustas, eres atractivo, ciego y muy atractivo. Quítate la ropa -le ordenó y se dirigió hasta el bar-, ¿quieres beber algo?

-No, gracias, no bebo.

-Yo sí tomaré bourbon.

El hombre se sentó en el sillón de piel negro dando la espalda a la ventana. Con el vaso en la mano contemplaba al invidente cómo se desnudaba. Pareció complacerle lo que veía: un cuerpo alto, delgado, con anchas espaldas laceradas.

Le excitaba.

-Date la vuelta, quiero contemplarte mejor -Matt se giró lentamente. Lo hizo con naturalidad, pues estaba acostumbrado a ello. No sentía ningún tipo de pudor ante cualquier mirada-. ¿De qué son esas

señales que tienes en las muñecas?

-De la prisión.

-¿Así que has estado encerrado? ¿Dónde?

-Black Island.

-¡Black Island! Dicen que es muy dura, ¿por qué te encerraron?

-Violación -contestó suspirando.

-Veo que además de que te cojan, te gusta coger.

-No siempre.

-Bueno, basta de charla, quiero ver cómo te excitas. Delante tienes una cama.

Acuéstate boca abajo, y con las manos entre las nalgas, mastúrbate hasta que la tengas dura. Te quiero ver excitado -Matt obedecía cada una de las palabras del hombre, que miraba con placer al ciego. A través de los pantalones se apreciaba la excitación que éste le producía-. Pídeme que te coja.

-Cójame, cójame.

-Ruégamelo, suplicame que te coja.

-Por favor, cójame. Necesito que me coja, póngame su pene en mi culo, por favor.

-Sí, así, sigue. Ruégame mientras te masturbas.

El hombre se fue desabrochando los pantalones y se echó encima del invidente.

Matt se dio asco de sí mismo. Estaba vendiendo su cuerpo por una asquerosa dosis y ahora no había nadie que lo obligara a ello. Estaba en la calle y no había ningún Carl, ni ningún sargento que lo obligara a ello. Recordó lo que le prometió a Steve. Decidió no pensar en ello. Sólo sería por esta vez, mañana sería distinto.

## CAPÍTULO 17

No sólo fue al día siguiente a una nueva cita, sino que cada día desde hacía ya un año, tenía de tres a cuatro servicios diarios. Su popularidad aumentó en el ambiente gay, así que su agenda la tenía cubierta por más de un mes. El hecho de que no pudiera ver a sus clientes hacía que cada vez éstos pidieran servicios más raros y aberrantes.

Matt se convirtió en un culero de lujo, le proporcionaron una habitación en un hotel cerca de la Quinta Avenida, usaba ropa buena, disponía de dinero y, sobre todo, heroína. Tenía todo el polvo blanco que pudiera imaginar. Ya no pensaba en el pasado, ni siquiera en lo que había sido antes de Black Island. Todo eso quedó atrás. Mathew Denver había muerto. Ya sólo existía el prostituto Matt Foster, alias 'el ciego', que se limitaba a complacer las exigencias del cliente, como un autómatas. No importaba lo que le pidieran, él siempre obedecía.

Se convenció a sí mismo de que era justo castigo a lo que hiciera hacía años.

Violó a una niña y, por lo tanto, tenía que ser castigado por ello.

Matt se hallaba en una habitación de un hotel de Madison Square. El cliente le pidió que, desnudo, se pusiera a cuatro patas en el suelo e imitase a un caballo. El cliente, montado sobre su espalda y desnudo, llevando un látigo y botas con espuelas, golpeaba al que pretendía que fuera un potro desbocado.

-Bien, caballito. Tranquilo, relincha un poco -decía con voz chillona; Matt, así lo hizo y, después de varios paseos por la habitación, el cliente se apeó y se puso delante del invidente-. Ahora quiero que me lo chupes -éste obedeció y cuando el rechoncho hombrecillo notó que ya estaba a punto, se puso detrás del ciego y lo penetró. Terminó en un minuto. Su jadeo dejó de oírse-. Ahora caballito, estate quieto, eres buen chico -el hombre acercó su pene a la cabeza del ciego y lo orinó con una sonrisa de placer. Cuando acabó, le dio una patada en la nalga, y el ciego cayó de lado. Matt no hizo



ningún gesto de sorpresa, no era la primera vez que tenía una cita con ese cliente-. Ya puedes arreglarte -le ordenó. Matt se levantó del suelo y después de pedirle permiso para poder ducharse, se vistió.

-¿Puedo beber una copa? -preguntó mientras se calzaba las botas.

-Sí, ¿qué quieres?

-Bourbon solo.

El grasiento gordinflón le sirvió en un vaso largo y se lo acercó a su mano.

Éste, de un solo trago, bebió el licor y, después de que el cliente le diera una propina de cien dólares por su servicio, se fue.

Ya en la calle, aspiró el aire fresco del anochecer y llamó por teléfono desde una cabina: Cristy le confirmó que no tenía ningún servicio hasta el día siguiente. Se encaminó por la Quinta Avenida hasta llegar al Central Park. Allí se sentó en uno de los bancos cercanos al lago, sacó del bolsillo de su chaqueta unas gafas oscuras y se las puso. Plegó el bastón e inclinó la cabeza hacia atrás, como si intentara ver las estrellas de aquella serena noche de primavera.

Aspiró de nuevo la brisa, oyó pasar a una pareja riéndose; sintió envidia, envidia de no ser él quien paseara con una mujer, hablando, riéndose o, simplemente, besándose como dos enamorados. Matt no pudo reprimir un escalofrío al pensar en lo que se había convertido. No había pensado en ello desde hacía mucho tiempo. Ahora, esa pareja le había hecho recordar tiempos pasados, cuando sólo era un joven abogado con la simple ambición de ser el mejor en su profesión, ayudar a personas, nadar, ir a una competición, estar con la mujer amada. Pensó en ella y se dio cuenta de que ya había olvidado su voz. No recordaba la textura de su piel; y lo que era más importante, no recordaba el nombre de aquella mujer a quien una vez amó. Apartó rápidamente esos pensamientos de su mente. El recuerdo le hacía daño. Se sintió sucio; por unos instantes quiso morir. La necesidad de beber le hizo ponerse de pie de un salto y comenzó a andar con pasos cortos hacia la salida del parque.

-¿Necesita ayuda, amigo? -preguntó una voz de hombre joven.

-Sí, pero nadie puede ayudarme, gracias.

El joven se alejó y Matt cruzó la solitaria calle con dirección norte. A los quince minutos, llegó a un local con un letrero de neón: ?Copas?. Entró, el local era de estilo modernista, con pequeños cuadros con paisajes naturistas que cubrían las paredes blancas. Cuatro mesas en un extremo del local con apenas luz y una gran barra muy iluminada que iba de un extremo a otro de la pared frontal.

El invidente parecía conocer el lugar. Fue hasta la barra y el joven rubio con el pelo recogido en una cola se acercó a él con una sonrisa.

-¿Qué te sirvo?

-Lo de siempre -dijo escuetamente.

El joven camarero trotó hasta las botellas, tomó una botella de bourbon y le sirvió en un vaso corto.

-Deja la botella -le ordenó.

Éste obedeció, y se fue hacia otro cliente. Matt bebió el licor de un solo trago. Sintió cómo el líquido amarillo bajaba por su garganta, aliviando la repulsión que sentía de sí mismo. Tomó la botella, se sirvió de nuevo y volvió a beber, pero esta vez dejó el licor un minuto en su boca antes de tragárselo.

Tomó de nuevo la botella y el vaso con una mano y buscó una mesa donde poder estar tranquilo. Se sentó cerca de la ventana y se volvió a servir otro trago.

Éste se lo bebió más lentamente. Después de una hora se había bebido casi toda la botella de bourbon. Se levantó y fue a la barra, sacó un billete de cien y pagó la botella. El camarero le devolvió un billete de cincuenta.

-¿Qué hora es? -preguntó al camarero, que miró el reloj que había encima de una estantería.

-Las doce y cinco.

Sin decir nada, dio la vuelta y se dirigió a la salida. El aire frío. Se subió la cremallera de la chaqueta. Se sintió cansado. Tenía ganas de acostarse.

Siguió calle abajo cinco manzanas hasta su hotel.

La habitación era grande: una cama doble con una mesilla de noche cerca de la ventana, un armario con dos espejos, una mesa a su lado y una silla, además del cuarto de baño, era todo lo que componía aquella sencilla y limpia habitación.

Se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo de la silla. Luego se estiró en la cama sin quitarse la ropa. Se incorporó de nuevo. Se quitó las botas, dejándolas caer al suelo. Tanteó la mesilla, cogió una botella de bourbon, llena hasta la mitad, y se acostó de nuevo. Bebió el whisky de la botella, manteniéndolo en la boca. La luz de la luna entraba por la ventana acariciándole la cara. Después de casi dos horas y de haberse bebido todo el licor, se quedó dormido.

El sol penetraba por la ventana dándole en la cara. El calor lo despertó, con un fuerte dolor de cabeza y la boca áspera y espesa. Se desnudó y entró en la ducha. El agua fría le despejó la cabeza. Después de afeitarse se vistió. Unos pantalones tejanos, una camisa azul y un suéter del mismo color en un tono más oscuro, fue lo que escogió del armario. Agarró la chaqueta y salió de la habitación.

-Buenos días -saludó el portero.

-¿Qué hora es?

El portero miró su reloj de pulsera.

-Son cerca de las tres, señor.

No dijo nada. Salió del hotel, desplegó su bastón y se encaminó por la Segunda Avenida hasta la calle Seis. Tardó media hora en llegar a una cafetería, entre la calle Tres y la Cinco. Entró, se sentó en una mesa junto a una ventana. La camarera se acercó.

-¿Qué va a tomar? -preguntó con voz estridente.

-Un café muy cargado y un vaso de agua.

-Ahora se lo traigo -a paso ligero fue hasta la barra, regresando a los dos minutos con el pedido. Se lo dejó sobre la mesa-. ¿Quiere algo más?

-¿Qué hora es?

-Son las tres y cuarenta -le informó mirando el reloj que tenía prendido en su uniforme.

-Gracias -tomó la taza y bebió en tragos cortos el humeante café. Después bebió el agua de un solo trago. Tras diez minutos de esperar, oyó una voz conocida detrás de él.

-Denver, viejo amigo, ¿cómo estás?

-¡Rogers! Pensé que no vendrías -se levantó y ambos hombres se fundieron en un efusivo abrazo.

-Chico, te veo muy bien, buena ropa, buen aspecto. Parece que te va bien.

-Steve, no sabes lo que me alegro de volver a oír tu voz. ¿Cuándo has salido?

-Esta mañana, y ya ves, estoy aquí tal como quedamos. No esperaba verte.

-Lo mismo pensé yo. Creía que después de un año no recordarías nuestra cita.

-¿Olvidarlo? ¡Nunca! ¿Matt? -dijo apesadumbrado-. ¿Qué has hecho durante este tiempo?

-Bueno, tú lo has dicho, ya ves que estoy bien. Vivo en un hotel, tengo un trabajo, estoy bien.

-Matt... -se detuvo.

-Sí ¿qué?

-Lo que yo quiero decir es..., ¿qué pasó con la heroína?

Matt no contestó. Bebió un sorbo de café, la camarera se acercó de nuevo.

-¿Qué va a tomar?

-Tráigame un café solo.

-En seguida.

-Y bien, Matt, ¿qué contestas?

-Rogers, yo... -titubeó-. Steve no necesitó una respuesta. La inseguridad de su amigo le confirmó lo que sospechaba.

-Ya veo que sigues con esa mierda -le dijo lánguidamente.

-Lo siento, Steve, lo intenté, te juro que lo intenté pero no pude.

-¿Y las direcciones que te di?, ¿no fuiste?

-No sé, creo, creo que las perdí, lo siento -contestó con culpabilidad.

-¿Qué es lo que haces?

-Yo... -la camarera interrumpió la respuesta, trajo la taza de café.

-¿Matt?

-Steve, ya sabes que la pasé mal en Black Island. Cuando salí no sabía qué hacer, necesitaba la heroína...

-¿Qué quieres decir, Matt?

-Verás, Steve, yo, yo trabajo para una agencia de compañía.

-¿Qué quieres decir? ¿Qué te has prostituido? ¡Oh! Matt, ¿cómo has podido?

-¿No era lo que ya hacía en la prisión? ¿Qué diferencia hay en que me prostituya aquí o allí? Ahora gano dinero, tengo heroína, y por lo menos, cuando el cliente queda satisfecho me da una propina. En Black Island lo único que conseguía era una paliza y la burla de todos.

Steve miró a su amigo, viéndose reflejado en las gafas oscuras del invidente.

-Matt, amigo, ¿no te das cuenta en lo que te has convertido? Tú vales más que todo eso. Si hubieras acudido a mis amigos te habrían ayudado y ahora tendrías un trabajo digno. Te estás destruyendo y no te das cuenta. La maldita heroína te ha dejado más ciego de lo que eres en realidad.

-¡Steve! Yo ya estaba destruido. Lo hicieron cuando me acusaron de violación y después me pudrí en prisión, o ¿es que no lo recuerdas? Yo no valgo nada, allí todo el mundo me cogía, no importaba qué hiciera. Los internos me odiaban por ser el hermano de un fiscal y los externos, por ser un violador. Yo ya estaba corrompido, ahora por lo menos el cliente me dice: buen trabajo, volveremos a repetirlo.

-¿Eso es lo que quieres, Matt?, ¿realmente, eso te gusta?

-claro que no me gusta, no es lo que quiero, pero no tengo Otra cosa.

-Lo tienes, Matt, me tienes a mí. Ahora ya he salido, puedes venir conmigo a San Diego. Te ayudaré Matt, te ayudaré a dejar la droga, te llevaré a mi centro de rehabilitación y...

-No, Steve, no. No quiero volver a estar encerrado, ni siquiera en un hospital, no quiero que me encierren. No, otra vez, no. No quiero tu caridad ni tu piedad.

-¿Caridad, dices? Matt, yo te aprecio, durante estos diez años nos hemos tenido uno al otro, ¿por qué piensas que me acerqué a ti? Porque eras el único ser humano que había en aquel maldito lugar. Me apoyé en ti para poder seguir viviendo. De no haber llegado tú, hubiera enloquecido, me habría convertido en un ser tan despreciable como ellos, un psicópata, tal vez. Te necesitaba, Matt.

Eres mi amigo. Quiero que salgas de toda esa mierda. ¿Cuánto tiempo crees que podrás llevar esta vida? ¿Piensas acaso que tu cuerpo aguantará el desgaste?

-Yo..., no...

-Cuando ya no gustes a los hombres, ¿qué harás? Mendigar, arrastrarte por las calles, en los retretes de los cines baratos, intentando ligar por unos dólares,

¿eso harás Matt?

-Eso no sucederá. Lo siento Steve, me tengo que ir, tengo una cita -se levantó.

-Matt, espera -le agarró el brazo-, prométeme una cosa. Mañana tomo un avión para San Diego a las diez. He sacado dos Pasajes. Prométeme que pensarás en lo que te he dicho y vendrás conmigo.

-Bien, lo pensaré.

-¿Dónde vives?

-Te lo he prometido, lo pensaré.

-Pero ¡Matt!, ¿cómo sabré?

-¿Si decido ir? Si es así, estaré en el aeropuerto.

-¿Me prometes que estarás?

-Te prometo que lo pensaré, perdona pero se me hace tarde.

-Te estaré esperando -dijo tristemente Steve.

Ambos hombres se dieron un fuerte apretón de manos. Mat extendió su bastón, y se dirigió a la calle, siendo observado por su amigo.

Por los altavoces del aeropuerto, una voz femenina insistía en que era la última llamada para San Diego. Rogaba a los dos pasajeros que faltaban se dirigieran a la puerta de embarque. Steve todavía miró un par de veces antes de entrar.

Por la gran ventana del vestíbulo se podía oír cómo el avión que se llevaba a su amigo, empezaba a despegar. En sus ojos ocultos por gafas oscuras empezaron a caer lágrimas.

-Perdóname, Steve, perdóname -susurró. En la puerta de salida del aeropuerto.

-¿Taxi, señor?

-Sí, lléveme al hotel Great Emperor, aprisa. Llego tarde. Tengo una cita -el taxista ayudó al invidente a subir al vehículo y éste desapareció dejando atrás una nube de humo.

# Donde los angeles no duermen

## PARTE 2

### CAPÍTULO 18

El calor de aquel mes de agosto era insoportable. Matt estaba Solo en el bar de ligue Copas. Durante esos días de vacaciones apenas tenía servicios. Algún forastero perdido por la ciudad.

Era cerca de medianoche y ya se había bebido media botella de Bourbon. Un hombre joven, alto, de cerca de un metro noventa con el pelo castaño claro y ropa muy cara, entró en el local. Al principio pareció dudar. Echó una ojeada al ambiente y, después de vacilar unos instantes, se acercó a la barra. Un camarero se le acercó.

-¿Qué va a tomar?

-Whisky con hielo -respondió con voz profunda. El camarero le sirvió en un vaso largo un JB. El desconocido cogió el vaso y bebió un sorbo corto. Miró a su alrededor. Pareció no agradarle el ambiente. Se interesó por el pelirrojo. Se acercó a él.

-¿Te importa? -preguntó.

-¿Cómo? -preguntó sobresaltado.

-¿Digo que si te importa que me siente aquí?

-No, claro. Por supuesto -al invidente le gustó la voz y por el perfume y el ruido de la ropa supo que tenía dinero.

-¿Quieres otra copa?

-Sí -el recién llegado hizo una señal al camarero, para que sirviera lo mismo.

Este lo preparó y lo llevó al instante.

-No conozco tu voz, ¿es la primera vez que vienes aquí?

-¿Mi voz?

-Soy ciego.

-Perdona, no me di cuenta. Sí, es la primera vez que entro en un lugar como éste.

-Ya lo había notado.

-No parece encajar en este ambiente.

-¿Por qué?, ¿porque soy ciego?

-En parte, pero no te parece a ninguno de estos tipos.

-No sé cómo son.

-Olvidalo, he dicho una tontería.

-¿Quieres ir a un hotel?

-Vas al grano.

-Es mi trabajo.

-Iremos a mi casa.

-¿Tu casa? Bien, como quieras -se levantó.

-Pareces sorprendido.

-No es habitual que alguien me lleve a su casa.

-No veo por qué no. Eres ciego. Qué mas da dónde vayamos.

-Tienes razón, soy ciego, no veo y no te podré reconocer cuando me tropiece contigo en la calle -

le dijo con ironía.

Después de que el desconocido pagara la cuenta, salieron y tomaron un taxi.

-Madison Square, 35.

Matt pudo notar la suntuosa mansión de su nuevo cliente, pensó que debía ser alguien importante. Éste le hizo entrar en una sala donde el invidente percibió el olor particular de libros, seguramente una biblioteca.

-¿Quieres tomar algo?

-¿Tienes bourbon?

-¿Lo tomas con hielo?

-No, solo -el desconocido tomó del mueblebar una botella nueva y la sirvió en un vaso corto. Se la acercó a su mano.

-Gracias, le has dicho al taxista la dirección. Ya no estoy tan ciego, sé donde localizarte.

-No pareces el tipo de hombre que se dedique a chantajear a la gente. A tu izquierda tienes un sillón, siéntate, si quieres.

-Gracias -Matt se sentó-. Ciertamente no me dedico a chantajear a nadie.

-¿Cómo te llamas? -preguntó el desconocido, sentándose en el sillón de enfrente de él.

-Me conocen como el ciego.

-¿Y te llamas? -insistió.

-¿Importa?

-No me gustan los apodos, yo me llamo Dick -le dijo esperando a que el invidente contestara.

-Puedes llamarme Matt. Bien. Ahora que hemos hecho las presentaciones ¿dónde está la habitación?

-¿La habitación? ¿Para qué?

-Supongo que no me has traído aquí para hablar; querrás cogerme en la cama, ¿no?

-No.

-¿No? ¿Quieres algo especial?

-No, no te he traído aquí para coger, como tú dices. Simplemente, quiero hablar.

-¿Hablar? Nadie me paga por hablar.

-Pues yo lo haré.

-Mi tarifa es alta.

-No importa.

-Cobro dos mil, me cojas o no.

-Da igual, te pagaré.

-¿Estás seguro de que quieres compañía masculina?

-Sí, tenías razón antes.

-¿Antes, cuándo?

-En aquel bar. Es la primera vez que voy en busca de un hombre.

-Ya comprendo, quieres variar.

-Siempre he sentido atracción por los hombres, pero nunca me he atrevido a estar con ninguno.

-¿Eres un reprimido homosexual?

-Eso me temo -suspiró-. Hoy, cuando he ido a ese local me sentía deprimido.

Acabo de estar con una mujer, y como siempre no me ha llenado. Quiero que me atraigan, pero no sucede. Mi cuerpo las rechaza.

-¿Y por qué tanta represión? Hoy no tiene ninguna importancia ser homosexual.

-Sí, lo sé. Pero ya desde pequeño me lo negaba a mí mismo Siempre luchando contra mis propios instintos. Hoy, después de dejar en casa a la dama en cuestión, empecé a caminar sin rumbo fijo, hasta encontrarme allí. Así que entré para ver cómo eran esos lugares. Me disponía a retirarme, cuando te

vi. Me gustaste y me acerqué a ti.

- ¿Nunca has estado con ningún hombre? -preguntó incrédulo.
- No, nunca.
- ¿Por qué me explicas a mí todo esto? Yo sólo soy un culero.
- No lo sé, creo que me das confianza, o quizá porque eres ciego y sé que mañana no me reconocerás. ¿Por qué te dedicas a esto? Tú, un hombre ciego.
- Por lo mismo que un vidente, por dinero.
- Ya, claro, ¿pero cómo puedes? Eres..., ¿eres ciego!
- El ser ciego ¿significa que no me puedan coger?
- No, claro. No quiero decir eso, pero ¿un ciego trabajando en la calle?
- El hecho de ser ciego es lo que me hace ser tan caro. La gente paga para que no los reconozca, sobre todo los casados. ¿Me das otra copa?
- Sí, claro -se levantó y fue al bar.
- Que sea esta vez doble, si no te importa -Dick le acercó el vaso y volvió a sentarse en el sillón-.

¿Quieres que vayamos a la habitación?

- No, creo que no. No me siento todavía seguro de querer acostarme con un hombre.
- Como prefieras, pero si no lo haces, toda tu vida serás un reprimido.
- Dame tiempo, necesito estar seguro.
- Tu mismo, pero yo te podría enseñar mucho sobre sexo masculino. Sólo sexo - recalcó.
- Lo pensaré, ¿hace tiempo que te dedicas a esto?
- He perdido la cuenta.
- ¿Cuántos años tienes?
- Haces demasiadas preguntas.
- Perdona, pero me gusta conocer a las personas que trato, yo tengo treinta y siete.
- Más o menos los mismos que yo, pero yo que tú no daría ningún dato más. No creo que mañana, cuando despiertes, te guste la idea de dar tu carnet de identidad a un culero y, como consejo, no expliques tu vida ni traigas a tu casa a otro.

Nunca se sabe con lo que puedes encontrarte en la calle.

- Sí, lo sé, pero como te dije antes, das confianza.
- Ni aun así, nunca te fies de alguien como yo y menos si es un yonki. ¿Sigues sin querer acostarte conmigo?
- Hoy no, tal vez el próximo día. Hablas bien para ser un culero.
- ¿Qué quieres decir?
- Que no pareces uno de ellos. Diría que tienes estudios superiores.
- He leído mucho, eso es todo.
- Será mejor que te marches. Empieza a amanecer. Te pediré un taxi.
- No gracias, prefiero caminar.
- ¿Estás seguro? A estas horas las calles están muy solitarias y hay muy poca luz.
- Yo no necesito luz.
- Perdona, olvidé que eres ciego -Dick fue hasta el perchero de la entrada, agarró la chaqueta y sacó del bolsillo interior una billetera. Tomó dos billetes de mil y se los acercó a sus manos-. Toma.
- ¿Qué es?
- Tu dinero.
- No lo puedo aceptar.
- ¿Por qué no? Es lo convenido.
- No me he acostado contigo, yo no cobro por hablar con alguien.

-Te ruego que lo aceptes, te he hecho perder el tiempo. No quiero que salgas perjudicado, tómallo -se lo puso en la mano y le cerró el puño.

-Bien, como quieras, pero luego no me denuncies por robarte.

-No digas tonterías, ¿dónde te puedo volver a encontrar?

-No trabajo en la calle, si es a lo que te refieres. Estoy en una agencia. Lo cierto es que si se enteran de que he salido con alguien sin una cita previa con ellos no les va a gustar. Te daré el número de teléfono.

-No quiero intermediarios.

-Suelo ir al local de hoy por las noches, allí me puedes localizar.

-Dame tu teléfono, prefiero no volver por allí.

-No, si la agencia se entera de que hago servicios privados, me lo harán pagar.

-No te preocupes por eso, nadie se enterará.

-No, lo siento. No quiero correr riesgos, pero yo suelo ir a cenar a un restaurante de la calle Tres, se llama ?Rino?s?. Si quieres, allí me puedes encontrar.

-Lo haré, me alegro de haberte conocido. Necesitaba hablar con alguien. Gracias por escucharme.

-No tiene importancia, pero pienso que si no rompes tus miedos seguirás toda tu vida perseguido por tus fantasmas sexuales. Si no mantienes una relación homosexual nunca sabrás tus verdaderos sentimientos. Si me acercas mi bastón...

-Sí, claro, toma -Dick le abrió la puerta y el invidente, después de estrecharle la mano, bajó los tres escalones lentamente. Dick cerró y apartó un poco el visillo de la puerta. Vio como el ciego cruzaba la calle.

Matt no volvió a pensar en aquel individuo. Sabía que no se lo volvería a encontrar. Un tipo así era un caso excepcional. Seguramente, al día siguiente cuando despertara, se habría arrepentido de toda aquella conversación con un culero, y se alegraría de no haberse acostado al final con él. Lo más seguro es que seguiría siendo un reprimido para toda la vida, intentando convencerse de que le tenían que atraer las mujeres y fingiría amor a alguna ilusa, que caería cautivada por sus encantos.

Con la llegada del mes de septiembre, la agenda de Matt aumentó de nuevo. Volvía a tener varios servicios al día y por suerte Burton no se enteró de su salida con Dick.

Faltaban todavía dos horas para su próxima cita, así que decidió ir a cenar algo, antes de ir a la dirección que le dio Cristy.

Aquel día Riño?s estaba abarrotado de gente y eso no le agradaba a Matt. Se sentía incómodo ante el murmullo de voces y ruido de platos. Acababan de traerle el primer plato, cuando una voz conocida pronunció su nombre.

-¿Matt? Hola, ¿puedo acompañarte? Soy Dick.

-¡Dick! -dijo sorprendido-, no esperaba volver a encontrarte.

-He estado fuera de la ciudad. Se me presentó un asunto urgente. ¿Qué tal se come aquí?

-No está mal, siéntate.

-¿Siempre está así de lleno?

-No, vengo aquí por lo tranquilo del local. El ruido me pone nervioso.

Un regordete hombrecillo con finos bigotes se acercó a la mesa.

-¿Qué va a cenar el caballero?

Dick ojeó el menú.

-Cenaré lo mismo que él.

-Muy bien, señor. Ensalada de queso y carne con salsa, en seguida le sirvo.

-He estado pensando en lo que me dijiste la otra noche.

-¿Sí?

-Tienes razón, tengo que experimentar una relación con un hombre. Si no seré toda mi vida un



reprimido sexual.

-Cuanto antes lo hagas, antes podrás aclarar tus instintos y liberarte.

-Mira, ya sé que ser homosexual no tiene importancia, pero es que..., -se detuvo un instante-, yo nunca lo he aceptado.

-Te haces daño a ti mismo. No puedes ir en contra de tu naturaleza.

-Sí, la otra noche, me lo hiciste ver.

-Su cena, señor -interrumpió Rino-, que le aproveche.

-Verás, lo que yo quiero decir es que sé que soy gay ¿e,? quiero estar con un hombre, pero tengo miedo.

-¿Miedo de qué?

-No lo sé, ¿tú aceptaste tu homosexualidad?

-¿Quién dice que lo sea? -preguntó desafiante.

-¿No lo eres? Pensé...

-Pensaste que porque me acuesto con tipos, tengo que ser. Sólo lo hago por dinero -hubo un silencio entre ambos hombres.

-Te debe..., quiero decir que elegir este trabajo debió de ser difícil.

-No lo escogí, sucedió.

-Oye Matt, ¿quieres que vayamos a mi casa?

-Como ya te dije, trabajo para una agencia. Dentro de una hora tengo un servicio y no puedo dejarlo.

-Comprendo.

-Si quieres, este servicio no me ocupará más de una hora. Conozco al cliente y puedo reunirme contigo después, en tu casa.

-Me parece bien, ¿sabes dónde vivo?

-Sí, lo recuerdo. Pero ¿estás seguro de que quieres acostarte conmigo?

-Sí, tengo que hacerlo, necesito hacerlo.

-Piensa que soy un culero, yo sólo te daré sexo, nada más, y como ya te dije, no es lo mismo que si te acuestas con una persona querida.

-Quiero estar contigo, me gustas.

-Como prefieras. Estaré en tu casa a medianoche -se levantó-. Tengo que irme, disfruta de la cena -sacó la billetera.

-Déjalo, pago yo.

-Gracias, hasta la noche.

-Adiós, Matt.

## CAPÍTULO 19

Las citas con Dick se convirtieron en una costumbre. Era un buen cliente y el dinero que le pagaba era limpio, no tenía que pasar cuentas con la agencia. Era arriesgado pero valía la pena. Además, no era sólo el dinero. Dick no era como los otros con quien se acostaba. Dick era diferente. No sólo no le pedía juegos extraños, sino que además lo trataba como a una persona, como a un ser humano.

En la cama se limitaba a hacerle el amor. No sabía por qué, pero Dick estaba enamorado de él. Se notaba, en cada una de sus caricias, en cada una de sus palabras, en sus cálidos besos sobre su piel lacerada. Y Matt, sin darse cuenta, se había dejado envolver por el amor de aquel hombre dulce y tierno, que un día apareció en su vida, enseñándole algo que ya había olvidado y que era el amor.

Matt se dejó besar, se dejó acariciar, se dejó amar. No importaba que fuera un hombre, lo

realmente importante era que una persona le ofrecía amor y él lo aceptó, porque se dio cuenta de lo mucho que necesitaba que alguien lo amara y no importaba de qué sexo fuera.

-¡Oye, Matt! ¿Por qué no dejas la agencia? -preguntó Dick que estaba sirviéndole una copa.

-No es tan fácil. No te dejan libre con tanta facilidad. De hecho, si algún día se enteran de mis encuentros contigo, la voy a pasar mal.

-Si es por eso, no te preocupes. Tengo suficiente poder para enviar a la mierda a esos proxenetas.

-No los conoces.

Donde Los Ángeles No Duermen María Teresa Colominas © 1999 PAPA EDICIONES Art, 88  
152

María Teresa Colominas

DONDE LOS ANGELES NO DUERMEN

Donde Los Ángeles No Duermen María Teresa Colominas © 1999 PAPA EDICIONES Art, 88  
153

-Quien no me conoce eres tú, Matt.

-¿Qué quieres decir?

-¿Qué sabes de mí? ¿Quién soy? No conoces ni mi nombre

-Sé lo que tú quieras que sepa, tengo suficiente.

-No, Matt, no es suficiente. Nos conocemos desde hace tres meses y nunca me has preguntado quién soy, o cuál es mi profesión.

-No me importa.

-Bien, pues a mí sí me importa. Me llamo Richard Channeng, ¿te dice algo mi nombre?

-No, ¿debería?

-Soy el ayudante del fiscal general, ¿entiendes ahora lo que quiero decir? -Matt se turbó cuando oyó eso-. ¿Te ocurre algo, Matt?

-¿Trabajas..., trabajas para Dan Denver? ¿Eres su ayudante? Si lo hubiera sospechado yo no... -susurró.

-Matt, que más da que sea el ayudante del fiscal, nada cambia nuestra relación, puedo hacer que...

-Lo siento, tengo que irme -se levantó bruscamente.

-Pero, ¡Matt! ¿Qué te ocurre? ¿Por qué reaccionas así?

-Perdona, Dick, pero ahora recuerdo que tengo una cita. No puedo quedarme -fue hasta la puerta rápidamente y tomó su bastón que tenía apoyado junto al jarrón de la entrada. Dick fue tras él.

-Espera, Matt, ¡tienes que explicarme qué...!

-No, ahora no puedo, tengo que irme -estaba completamente turbado.

-¿Vendrás mañana?

-No sé, no creo, tengo varias citas, ya te llamaré.

Abrió la puerta y salió aprisa, casi resbaló en los escalones. Dick lo miró desconcertado, no comprendía por qué había reaccionado así, pareció como si hubiera nombrado al diablo. Entró de nuevo en casa, pensativo.

Matt estuvo deambulando durante dos horas por calles estrechas donde la venta de sexo a esas horas de la madrugada era habitual. Necesitaba una dosis pero ahora no disponía de ella ni tampoco podía ir a la agencia. Había dicho que estaba enfermo para poder pasar la velada con Dick. Si iba y descubrían la verdad, no sabía lo que podría ocurrir. Cerca de allí había un local donde podría encontrar polvo de estrellas de la mejor calidad, pero salió tan rápido de casa de Dick que dejó la chaqueta sobre el sofá. No disponía de dinero. Se acercó a uno de los locales de ligue de aquella calle. Entró. El ambiente estaba cargado, el humo confundía el olfato del invidente. Se acercó a la barra y preguntó algo al oído al camarero. Éste le señaló con la cabeza. Cuando se dio cuenta de que no podía ver, le indicó algo en voz baja. Matt se dirigió al otro extremo de la barra, donde un

individuo de mediana estatura, de unos sesenta años, con pelo negro y largo, estaba bebiendo algo que por el olor parecía ginebra. Se acercó a él.

-¿Quiere compañía amigo? -preguntó Matt.

-Lo miró de arriba a abajo, se lamió sus babosos labios. Pareció complacerle.

-Claro, amigo, claro -su voz era estridente. Tomó al ciego por el hombro y salieron del local.

-Aquí cerca hay una pensión -dijo Matt.

-Vamos donde tú quieras, muñeco. Llévame donde tú quieras.

A unos cien metros había un ruinoso edificio con un rótulo: ¿Se alquilan habitaciones desde veinticinco dólares?. Matt entró primero.

-¿Amigo, tienes una habitación? -preguntó el individuo al portero de piel oscura.

-Sí, son treinta dólares.

El hombre sacó una billetera vieja del bolsillo de la chaqueta y le dio tres billetes de diez.

-Gracias, la primera a la izquierda -le dio la llave. Ambos hombres entraron a una decadente y sucia habitación. Una cama ruinoso, una silla, y un lavabo sucio era todo lo que había. Las paredes estaban llenas de números de teléfono invitando a llamar.

-Desnúdate -le ordenó. Matt, así lo hizo. Mientras tanto, el delgaducho hombre se quitaba los zapatos sentado en la silla y lo contemplaba-. Eres un yonki, seguro que necesitas una dosis.

-Sí -dijo escuetamente.

El hombre se desabrochó los pantalones.

-Estoy sentado delante de ti. Ven, acércate, pónmelo duro. -Matt se acercó, se arrodilló delante de él y metió el pene en su boca. Después de varios minutos lo consiguió-. Ya basta. Ponte sobre la cama boca abajo -el ciego obedeció. El hombre se acabó de quitar los pantalones y penetró a Matt. A los cinco minutos consiguió eyacular. Se apartó del ciego y tomó de nuevo los pantalones. Se los puso-. Ya he terminado, puedes vestirte -avisó a Matt.

Matt comenzó a vestirse lentamente.

-¿Qué te debo?

-Trescientos -respondió lacónicamente.

El individuo sacó su cartera y dejó sobre la cama los tres billetes de cien.

-Ahí encima los tienes -sin decir nada más, se marchó dando un portazo.

Matt terminó de vestirse. Tanteó la cama y tomó los billetes. Instantes después, salió. En la calle preguntó a un chico de color que se hallaba apoyado en el portal de un edificio. Éste pareció discutir algo. Por fin, hubo intercambio de manos. Matt le pasó dos billetes y a cambio el chico le dio un sobre blanco.

Después, se dirigió a una farmacia que estaba abierta las veinticuatro horas, una calle más arriba. Pidió una jeringuilla. Entró de nuevo en el bar de ligue, se dirigió a los baños, ligeramente sucios, y se encerró dentro de uno de ellos.

Sacó los polvos y con manos temblorosas preparó la dosis. Con un pañuelo de su bolsillo improvisó un torniquete en su brazo derecho. Con las yemas de sus dedos buscó la vena y se inyectó. Al cabo de cinco minutos salió de los baños, mucho más tranquilo y relajado. Fue hasta la barra, pidió una botella de Jack Daniels y se sentó cerca de una ventana. Después de casi una hora, se había bebido media botella. Se acercó un hombre calvo, bajo, de mediana edad y le dijo algo al oído.

Inmediatamente se levantó, tomó la botella y junto al nuevo cliente, salió del local.

La cabeza le daba vueltas. Intentó levantarse, pero desistió. Por el sol que rozaba su cara supo que debían de ser las tres de la tarde. No recordaba nada de la noche anterior, excepto que estuvo bebiendo, y mucho, en el local donde acostumbraba buscar clientes. Hacía ya dos meses que dejó de encontrarse con Dick. El hecho de que fuera el ayudante de su hermano le aterrorizó. Desde entonces le fue de mal en peor. Aparte de los clientes de la agencia, trabajaba en la calle. Había aumentado la

dosis de heroína, su decadencia física empezó a hacerse evidente y bebía dos botellas diarias de bourbon cuando se sentía deprimido, que era siempre. En la agencia, empezó a bajar su agenda de citas.

Los clientes ya no querían a un yonki borracho por muy invidente que fuera.

Dos de los chicos de Burton fueron a visitarlo aquel día.

-Vamos, ciego, levántate -alguien lo zarandeaba. Oía la voz de Olson. Matt sabía que si Burton enviaba a sus chicos no era para nada bueno.

-El jefe quiere verte -dijo la otra voz, que pertenecía a Set.

-¿QUÉ es lo que quiere? -preguntó mientras intentaba levantarse.

-Ya lo sabrás. Vístete -tomó la ropa del suelo y se la tiró por encima. Después de vestirse, agarraron al ciego por los dos brazos y lo sacaron arrastrando de la habitación. En la calle, un coche azul metálico los esperaba.

Matt aguardaba en la sala de recepción de la agencia, cuando oyó que la puerta se abría. Por el perfume supo que era Burton.

-Matt, me han dicho cosas de ti que no me han gustado. Claro que he pensado que no eran ciertas - lo tomó por el hombro.

-¿Como qué Burton?

-Matt, dicen que tienes clientes propios.

-No..., yo...

-Matt, amigo. ¿No te hemos tratado siempre bien?, ¿acaso no tienes dinero, no vas bien vestido, y sobre todo, no tienes todo el polvo blanco que necesitas?,

¿por qué nos haces esto?

-Verás, Burton... Sólo fue en una ocasión, necesitaba heroína...

-¡Mientes! -gritó-, ¿por qué me mientes, Matt? Llevas más de dos meses yendo al local de Rocky y allí haces servicios. Aparte que me quedo sin la comisión, me estás dejando mal, muy mal. Tus clientes pagan un buen dinero por ti, y tú te dejas coger en la calle por trescientos dólares. Tu agenda ha bajado. Ya nadie te quiere como compañía. Estás todo el día ebrio y eso a los clientes no les gusta. Te advertimos, ¿verdad? Te dijimos que te abstuvieras de tener contactos fuera de la agencia. ¿Sabes lo que va a pasar ahora? ¿Lo sabes, Matt?

-Mira, Burton, no lo volveré a hacer. Te lo juro. De verdad, dejaré de beber.

-No, Matt, se acabó. No queremos mierda en esta casa y tú lo eres. Me has hecho perder mucho dinero y lo vas a pagar, lo vas a Pagar muy caro.

-Por favor, Burton. Espera un momento. Dame una oportunidad. Verás cómo no vuelvo a salirme de la agencia. Haré cualquier cosa que me pidan, te lo juro.

Podrás pedir por mí mucho más.

Olson llamó. Éste entró esperando órdenes.

-Ya saben lo que tienen que hacer, llévense esta basura de aquí.

-Por favor, Burton, escúchame, yo...

Olson hizo una señal a Set y entre ambos se llevaron al invidente agarrado por los brazos.

En uno de los callejones de Manhattan, el coche azul metálico, sin detener la marcha, abrió la puerta y dejó caer el cuerpo inerte del invidente. Amanecía cuando recuperó el conocimiento. Intentó levantarse, pero no pudo. Por el dolor supo que tenía alguna costilla rota. La cara estaba ensangrentada. Las palmas de sus manos le ardían. No necesitaba ver para saber que lo habían marcado con fuego. Era la señal que les hacían a los culeros que se saltaban las normas.

Ahora todo el mundo sabría lo que era. Todo aquel que viera sus manos, lo sabría. Se arrastró como pudo por la calle, hasta llegar a unos cubos de basura.

Se apoyó en ellos intentando levantarse. Tuvo cuidado de no apoyar sus manos, el dolor era

demasiado intenso. Avanzó un par de pasos, apoyándose en la pared. El esfuerzo era gigantesco, ya que alguna costilla rota le iba cortando por dentro.

Empezó a sangrar por la boca. Por fin, llegó a la esquina de la calle. Se apoyó en el semáforo del crucero. La luz verde daba paso a los vehículos. Matt cruzó la calle a través de ellos.

-¡Eh, miren a ese loco, lo van a matar! -gritó un peatón.

-¡Tú, desgraciado, apártate de ahí! -dijo otro, que conducía un Ford.

-¡Dios Santo, John! Para, para, lo vas a matar -gritaba la mujer histérica, al ver cómo se le cruzaba el hombre. El coche no tuvo tiempo de frenar y lo golpeó, haciéndolo saltar por encima del toldo-. Sigue John, sigue, no te detengas, ese vagabundo nos puede buscar complicaciones.

El vehículo volvió a acelerar y Matt quedó tendido en medio de la calle, donde ya empezaba a caer nieve, como aviso de que febrero sería un mes muy largo y frío.

## CAPÍTULO 20

Lo primero que sintió Matt al despertar fue olor a cloroformo y alcohol de hospital. Después, oyó las campanas de una iglesia y pensó que se debía hallar cerca de una. Alguien le había curado sus heridas y alimentado. Se preguntó,

¿quién? y ¿dónde estaba? Oyó voces de mujer.

-Hermana María, ya ha despertado.

-¡Gracias a Dios! -contestó una voz dulce-. ¿Cómo te encuentras?

-Bien, ahora bien, ¿dónde estoy?

-Estás en el hospital de San Rafael. Nos tuviste muy preocupados. Te trajeron agonizando -su voz era todavía mucho más dulce y entonces recordó a su madre.

-¿Quién eres? ¿Quién me trajo aquí?

-Soy la hermana María y te trajo una patrulla de policía. Te debieron de atropellar en la calle y se dieron a la fuga.

-Sí, ahora lo recuerdo.

-La policía no encontró tu documentación. Debieron de robarte cuando estabas inconsciente. No hemos podido avisar a tu familia.

-No, hermana, no tengo familia. ¿Ha sido usted quien me ha curado?

-Sí, has estado cerca de dos semanas con fiebre. Delirabas constantemente, ¿cómo te llamas?

-Matt, Matt Foster, hermana.

-Muy bien, Matt. Mira, ahora llega el doctor Lemmon.

-Veo que nuestro paciente ya ha recobrado el conocimiento.

-Sí, doctor. La fiebre empezó a bajar esta noche.

El doctor le tomó el pulso y tomó de su bolsillo superior una linterna pequeña.

Se la acercó a sus ojos.

-Esto le molestará un poco, mire la luz.

-Soy ciego -avisó; el doctor miró a la hermana María con sorpresa.

-Lo siento, no me había dado cuenta. Bien, parece que ya está mejor. Sus costillas ya están en su sitio, la pulmonía ha cedido, y el síndrome de abstinencia, parece que también. ¿Qué toma?

-¿A qué se refiere, Doctor?

-Usted es un toxicómano, y además bebe en abundancia.

-Sí, heroína, y demasiado bourbon.

-Tiene que dejar ambas cosas si quiere vivir más tiempo. Hermana, siga dándole el medicamento tres días más. Que coma suficiente, y dentro de una semana como nuevo.

-Así lo haré, doctor -éste se marchó-. ¿Desde cuándo eres ciego?

-Toda la vida, nací ciego.

-Por eso no nos dimos cuenta de tu ceguera, y al ver esas marcas que tienes en las manos, no pensamos que fueras ciego. Te hemos tenido que suministrar pequeñas dosis de heroína para atenuar la necesidad en tu sangre. ¿Cómo es que un hombre joven como tú y ciego ha estado en prisión?

-¿Cómo lo sabe?

-Conozco muy bien las marcas que dejan las esposas cuando uno es castigado.

Muchos hombres, como tú, han estado encerrados y han terminado aquí, ¿por qué estuviste en prisión? -insistió.

-Hermana, la vida es así.

Matt estuvo una semana más en el albergue recuperándose de sus heridas. Entabló una relación con la hermana María, que lo atendió en todo momento, preocupándose de darle de comer y lavarlo. En su despedida, Sor María le dio cien dólares que Matt no quiso aceptar. Pero ella insistió, diciéndole que era sólo un préstamo, que se lo devolviera en cuanto pudiese.

Matt estaba de nuevo en la calle. Se sentía bien, sus costillas ya no le dolían, pero tenía la necesidad de beber un trago. En las tres semanas que estuvo convaleciente no probó el alcohol, y ahora lo necesitaba. Además, su cuerpo le pedía heroína. Tenía que conseguirla pero no tenía suficiente dinero. Con lo que le dio la hermana apenas alcanzaba para una botella de bourbon. Decidió buscar una pensión barata. Se aseo, se afeitó la barba de todos estos días, e iría a buscar algún cliente.

En uno de los barrios más deprimentes de la ciudad encontró una pensión barata.

Después de ducharse y afeitarse, decidió salir en busca de algún nuevo cliente.

Sabía que su tarifa habría bajado. Su estado físico había empeorado notablemente y ahora, además, estaban las marcas de sus manos. Nadie pagaría mucho dinero por alguien que había sido marcado por una agencia. Buscó en su bolsillo. Después de pagar la habitación por dos días, sólo le quedaban cincuenta dólares. Los suficientes para unas copas en algún bar de ligue. Decidió ir a ? Copas?. Los hombres que concurrían aquel local solían ser de clase media. Tomó un taxi, ya que el local estaba al otro extremo de la ciudad. Había perdido su bastón cuando los chicos de Burton lo dejaron tirado en la calle.

El local estaba vacío. Era temprano. No solía llenarse hasta pasada la media noche. Matt se sentó en una mesa cerca de la ventana. Sólo había tomado dos copas de bourbon. No tenía suficiente dinero para una botella. Eran cerca de las once cuando un individuo se le acercó. Después de haberle estado observando durante quince minutos, se sentó enfrente de él.

-¿Quieres otra? -preguntó con voz ronca.

-Sí, gracias.

El hombre hizo una señal con la mano y el camarero trajo un par de vasos más.

-¿Eres nuevo aquí?

-No, ya he estado en otras ocasiones.

-No te había visto -a Matt le pareció por la voz un hombre mayor.

-No te habrás fijado.

-¿Cuánto?

-Trescientos.

-¿Trescientos? Ni pensarlo, eres muy caro.

-Valgo eso, y además, además soy ciego.

-¿Ciego? Ni hablar chico, por muy ciego que seas y por muy bueno, yo no te pago ese dinero, y menos a un yonki de mierda

Matt se dio cuenta de que sus ojos lo delataban y no podía perder el cliente.

Pensó rápidamente.

-¿Cuánto estás dispuesto a pagar?

-Bueno, por ti y por hacerte un favor, cien.

-¿Cien dólares? Por eso no te hago ni una mamada.

-Como quieras. Lo tomas o lo dejas -Matt pensó un segundo. Necesitaba la heroína y no podía perder más tiempo. Quizá no tuviera otra oportunidad, pero la heroína costaba ya casi doscientos, tendría que hacer otro servicio más.

-Está bien, ¿dónde vamos?

-Aquí mismo, a los baños, es más barato.

-¿Los baños? Bien, como quieras. Venga, levántate, tengo prisa.

Dentro del retrete, el olor a orina y semen envuelto por la droga era nauseabundo para el olfato de Matt.

-Date prisa, bájate los pantalones -dijo ansioso el hombre. Matt así lo hizo-.

Vamos, dame un par de mamadas y date la vuelta -Matt obedeció. La excitación del individuo era máxima y Matt creyó que eyaculaba dentro de su boca-. Date la vuelta, aprisa. -El ciego lo hizo y se inclinó apoyándose en la pared. Notó cómo, apenas al penetrarle, el hombre eyaculó-. Por poco, creí que no llegaba.

Tu lengua es muy buena. ¿Debes mamar muchos penes?

-¡Dame el dinero! -le pidió impaciente.

-¿No te fías de mí?

-Sí, pero ya me has cogido, quiero cobrar.

-Toma, muchacho, tus cien dólares -y éste sacó del bolsillo de su pantalón dos arrugados billetes de cincuenta. Se los puso en la mano.

Matt se guardó el dinero, se subió la cremallera de sus jeans y salió del retrete. En el lavabo se lavó la cara, bebió un poco de agua enjuagándose la boca, la escupió y volvió a salir al bar seguido por el hombre canoso, que le dio un par de palmadas en la espalda, y se marchó precipitadamente. El ciego regresó a su mesa y bebió el resto de bourbon que quedaba en su vaso. Pidió una nueva copa, a la espera de un nuevo cliente. Pensó en Steve, en la razón que tuvo cuando le dijo que se vería tirado en la calle, vendiéndose por unos pocos dólares. Su declive había llegado, llevaba dos años en la calle Y lo único que había hecho era dejarse coger, beber y meterse heroína. Ahora ya no tenía ni dinero, ni una maldita dosis para picarse. ¿Dios, la heroína! Cuánto la necesito pensó. Si no se acerca pronto alguien, no creo que pueda...?

-¿Cuánto quieres? -preguntó una voz aguda.

-Doscientos -lo pensó antes de contestar.

-Me parece bien. ¿Tienes habitación?

-Aquí cerca alquilan por cincuenta dólares.

-De acuerdo, vamos allá.

En las siguientes semanas, Matt pasó de una agencia donde su tarifa era de dos mil, a trabajar en las calles por trescientos dólares. No importaba el lugar, bien podía hacerlo en algún apestoso retrete, o en una pensión de mala muerte.

Su nombre de el ciego corrió por las calles más decrepitas. En muchas ocasiones se le podía ver apoyado en alguna pared esperando a que se le acercara algún cliente sediento de sexo.

## CAPÍTULO 21

La primavera llegó tras un largo y frío invierno. Matt se despertó aquel día a las seis de la tarde,

después de haberse acostado pasadas las siete de la mañana. Se había trasladado a una pensión, cerca de la calle Ocho, por comodidad. Su zona de trabajo le quedaba mucho más cerca, aunque nunca llevaba allí a ningún cliente. En la habitación de al lado vivía una prostituta, con la que había entablado amistad. La conoció un día en la calle, cuando ella le increpó por haberle quitado un cliente. Después, se enteró de que era ciego, y se compadeció de él. Comenzaron a hablar y supieron entonces que compartían la misma pensión. Ella le explicó que tenía dieciocho años recién cumplidos.

Llevaba en la calle desde los catorce, por lo que le estuvo explicando. En su casa faltaba dinero y el ambiente era muy malo, así que decidió dejar de estudiar, marcharse a la gran ciudad y encontrar un trabajo. Pero cuando llegó, todas sus esperanzas se vieron truncadas. No encontró ningún trabajo por ser menor de edad, así que un día un hombre le ofreció dinero por acostarse con él y ella aceptó. Matt intentó convencerla de que volviera a su casa. Siempre sería mejor que dejar que unos babosos hombres se acostaran con ella, pero ella contestó que nunca volvería. Estaba reuniendo el dinero suficiente para salir de allí, marcharse a otra ciudad menos podrida, y empezar de nuevo.

-Matt, ¿estás despierto? -la voz de una mujer joven preguntaba al tiempo que golpeaba la puerta.

-Sí, entra, Juli, está abierto.

-¡Uf! Matt, esto apesta a alcohol.

-No lo había notado -dijo Matt, que todavía seguía acostado cubierto por una amarillenta sábana.

-Abriré un poco la ventana, para que entre el aire fresco ¿Has visto, Matt?

Perdona, quería decir...

-Juli, como ya te he dicho, olvida que soy ciego. No tienes que disculparte siempre.

-Lo siento Matt. Vaya, ya lo he vuelto a decir. Bueno, lo que quería decir es que en la calle ya se respira la primavera.

Matt puso sus pies descalzos sobre el frío suelo y se incorporó. La sábana cayó al suelo y Juli se apresuró a recogerla. La extendió sobre la cama, se sentó sobre ella.

-Llegaste tarde, anoche, bueno esta mañana -su voz infantil delataba la edad de aquella niña con pelo largo y rubio, que intentaba disimular su corta edad cubriéndose la cara con un espeso maquillaje.

-Sí, tuve una noche agitada.

Fue hasta el lavabo. En un rincón de la pequeña y sucia habitación, se echó agua en la cara, llenó el vaso y bebió dos veces ansiosamente. Su mano temblorosa derramó agua sobre la raída alfombra. Juli lo miraba mientras recogía del suelo una botella de Jack Daniels vacía. La dejó junto con otras en el bote de basura que había debajo de la mesilla de noche.

-¿Matt?

-Sí -contestó, mientras se calzaba las botas sentado en la única silla que había en la habitación.

-Matt, tienes que dejar de beber.

-Soy alcohólico, ya lo sabes -encontró una camisa arrugada en el cajón del armario y se la puso.

-Matt, ¡por el amor de Dios!, ¡te estás matando!

-No se perderá gran cosa -contestó hastiado.

-Una persona no puede aguantar mucho tiempo el ritmo de vida que llevas, ¿no te das cuenta?

-Me gusta beber.

-¿Y la heroína también? -no contestó-. Cada noche sales a la calle buscando clientes para poderte pagar esa mierda y el alcohol. Apenas comes, y no dispones de dinero para pagar la habitación. Sólo trabajas para el maldito vicio.

-Olvidé pagar el alquiler -dijo.

-No te preocupes, ya lo hice yo.

-Gracias, Juli, pero no tenías por qué. Yate devolveré el dinero.



-No hace falta. Mira, Matt -se acercó a él cariñosamente-, yo sólo quiero que dejes de beber y dejes esa mierda que te metes en la sangre. Por lo menos reduce la cantidad.

-Juli, agradezco tu interés por mi salud, pero no te metas en mi vida -le dijo enojado.

-Está bien, Matt, como quieras, yo sólo pretendía...

-Perdona, Juli, estoy nervioso, no quería..., necesito...

-Sí, ya sé lo que necesitas -miró al ciego de arriba a abajo-, ¿no pretenderás salir así a la calle, verdad, Matt?

-¿Por qué? ¿Qué pasa?

-Matt, vas hecho un desastre. Quítate esos pantalones arrugados y esa camisa.

Pareces un pordiosero -fue hasta el armario con un espejo que deformaba la imagen y lo abrió. Las tres camisas que encontró estaban igual de arrugadas y el otro par de pantalones presentaban mejor aspecto. Intentó escoger, decidió llevárselo todo-. Esta camisa es la más limpia. Te la plancharé ahora. Las otras te las lavaré, junto con los jeans que llevas puestos. Toma, ponte de momento éste, mientras te voy a planchar la camisa.

-No tienes por qué hacerlo.

-Matt, si sales con ese aspecto, lo único que conseguirás es que te confundan con un mendigo y te den una limosna. Dame la camisa que llevas -Matt no dijo nada más y obedeció-. No tardo nada.

Juli salió de la habitación con toda la ropa. Mientras tanto, Matt buscó en la basura alguna botella que contuviera todavía algo de bourbon. Entre las cuatro, encontró una con un resto en el fondo de la botella y lo apuró en un movimiento rápido. Hizo una mueca y los músculos de su cuello saltaron como rollos de alambre.

Matt se sentó sobre el marco de la ventana abierta, con los hombros desnudos.

Dejaba que el aire fresco de la tarde le golpeará su cara. La pared exterior perfiló oscuramente su silueta a lo largo de los ladrillos negros. En grandes letras blancas se leía ?Hotel Charleston?. Debajo, en letras más pequeñas,

?habitaciones desde veinticinco dólares?.

Matt oyó abrirse la puerta. Reconoció a Juli por su perfume que entraba con una camisa recién planchada.

-Matt, te traigo tu camisa -éste se levantó, fue hasta ella, tomó la camisa y se la puso abrochándose los botones lentamente.

-Gracias, Juli.

-No tienes por qué dárme las. Lo que no he visto en el armario es tu ropa interior.

-¿Ropa interior?

-Sí, calzoncillos, calcetines, todo eso.

-¡Ah! Sólo tengo los que llevo puestos.

-¡Matt!, eres completamente un desastre, te tienes abandonado, ¿cómo has podido dejarte tanto?

-No me preocupo por esas cosas.

-Ya veo que no te preocupas, y como te dije antes, tampoco tienes dinero para ello. Después, cuando salga te compraré algo de ropa interior y un par de camisas. Las que tienes están raídas.

-No, no te molestes.

-No es molestia. Mira, Matt, ya sabes que estoy ahorrando dinero para largarme de aquí, así que tengo mis ahorros.

-No quiero que te gastes el dinero por mí.

-Unos cuantos dólares no es gastarme el dinero y, además, lo hago con gusto.

Esta noche no pienso salir, tengo la regla, así que vamos a hacer una cosa.

-¿Qué?

-Nos vamos a ir a cenar. Necesitas comer algo. Estás muy delgado, y tienes que llenar el

estómago antes de volver a agarrar la botella. Iremos a unos almacenes y te compraremos algo de ropa.

-No puedo -dijo secamente.

-¿Por qué no puedes?

-He de salir esta noche, necesito dinero.

-Necesitas esa maldita mierda que te metes.

-Sí, ¿y qué? ¿Por qué te metes tanto en mi vida? ¿Por qué juegas conmigo a ser mi esposa? No te pertenezco, no necesito tu compasión, ni tu caridad, déjame en paz, ¿quieres? ¡Oh, Dios!, necesito una dosis.

Juli no dijo nada. Sabía que era debido a la resaca. Matt, desesperado, buscó en el cajón de la mesilla alguna dosis. Sabía que le quedaba una, pero no recordaba dónde la dejó. Se desesperaba más y más. Juli vio la dosis caída en el suelo junto a la basura.

-¿Matt, es necesario que pases por todo esto?

-Déjame en paz, Juli -le contestó más irritado. Juli se acercó a la basura y recogió la dosis.

-Toma, esto es lo que buscas.

Las manos temblorosas del invidente no acertaban a preparar la mezcla, la jeringuilla se le cayó al suelo. Estaba demasiado ansioso. Se hizo un torniquete en el brazo con una goma elástica, pero no conseguía encontrar la vena.

-¡Dios! -suspiró.

Juli lo observaba desde la ventana atónita. Se preguntaba ¿cómo un ciego se podía desenvolver tan bien? ¿Cómo podía encontrar sus venas, con tan sólo el tacto de sus dedos?

Por fin, Matt se inyectó. Su corazón empezó a relajarse, ya no sentía escalofríos. Ahora lo que necesitaba era un trago, pero eso podía esperar.

-Matt, me das pena, y no porque seas ciego. Me das pena por lo que eres -se acercó a él que se había sentado sobre la cama-. Matt, de verdad, ¿no quieres ir a comer algo?

-Ahora ya me siento mejor. Tengo unos cuantos dólares. pago yo.

-Muy bien, pelirrojo, acepto el -invidente se levantó y Juli lo tomó del brazo.

Ambos salieron.

## CAPÍTULO 22

Aquel día, Matt se levantó temprano. La noche anterior tuvo pocos clientes. No le preocupó demasiado, puesto que tenía suficiente droga y bourbon para pasar varios días. Un cliente le pagó una buena cantidad de dinero por un servicio especial, muy especial, y él se lo gastó de inmediato comprando heroína y alcohol. Decidió dar un paseo por el parque. Hacía tiempo que no iba. Echaba de menos sentir el sol y las palomas picotear entre sus pies. Se había sentado en un banco cerca del lago. Le gustaba oír a los niños jugar con sus barquitos a control remoto en el agua. La ropa que le compró Juli le sentaba a la perfección: camisa azul claro, unos jeans, y lo que era mejor, podía llevar unos calzoncillos y calcetines limpios.

El sol le acariciaba la cara, se sentía bien. Sus ojos azules reflejaban un cierto aire de alegría. ¿No sabía por qué, pero se notaba ligeramente feliz.

Quizá fuera por la heroína, que le hacía sentirse eufórico, o tal vez por Juli.

Alguien se preocupaba por él, por primera vez desde hacía tiempo, alguien se preocupaba. Aunque pensaba que no se merecía las atenciones de Juli. Unos niños reían y una voz infantil preguntó.

-Susi, ¿me dejas un rato el control?

- No, que me lo rompes.
- Vamos, Susi. Te juro que no te lo rompo.
- No quiero, déjame en paz.
- ¡Te dejo mi avioneta!
- ¿Tu avioneta? Está bien, toma.

Era agradable sentir la vida. Estaba tan acostumbrado a vivir de noche, que olvidó que había un mundo diferente a la luz del día. Unos hombres pasaron detrás de él. Hablaban entre ellos de trabajo o algo parecido. Una de las voces le pareció conocida, pero oía tantas... Quizá algún antiguo cliente de cuando trabajaba en la agencia.

-¿Estás seguro de que lo cazaremos?

-¿Bromeas? Caerá con las cuatro patas -respondió la voz profunda que creía reconocer-. Si me perdonas, te dejo. He olvidado algo.

-Sí, por supuesto, nos vemos en el despacho. ¿Matt? ¿Eres tú, Matt? -preguntó la voz-, ¡Matt, cielo santo! pensé que habías...

-¿Quién? -preguntó sobresaltado.

-¿No reconoces mi voz? Soy Dick.

-¡Dick! -dijo sorprendido. El hombre se sentó a su lado.

-¿Por qué te fuiste, Matt? ¿Por qué te marchaste tan precipitadamente aquel día?

¿Por qué desapareciste? Te estuve buscando por todas las agencias de compañía y locales de ambiente. Nadie sabía nada de ti. Te busqué en Rino?s. Pensé que te había ocurrido algo y busqué en los hospitales. ¿Qué pasó, Matt? -preguntó desconcertado.

-Dick, no esperaba verte a encontrar -Matt estaba confundido, no sabía qué decir.

-¿Por qué la huida, Matt? ¿Qué te pasó? ¿Qué te dije para que huyeras de mí?

-Dick, todo es muy complicado. Soy un yonki, ya lo sabes. No puedes fiarte de ninguno, desaparecemos de circulación continuamente.

-Pero, Matt, tú eres diferente.

-No, Dick, yo soy como todos. ¿Ya has superado tus complejos sexuales? -preguntó cambiando la conversación.

-Matt, te he echado de menos, no sabes cuánto, y si te refieres a que si voy con otros hombres, la respuesta es no. Cuando desapareciste, me desesperé, me di cuenta de lo mucho que estaba enamorado de ti. No he vuelto a buscar compañía masculina. Sólo te busqué a ti.

-Dick, todavía no te has dado cuenta que soy un vulgar culero, no valgo nada.

-Tal vez seas un culero, pero dentro de ti hay otra persona, una persona que ha sufrido y que sigue sufriendo, una persona con sentimientos nobles, yo amo a esa persona que tú te empeñas en esconder.

-¡Estás equivocado! Yo no soy nada de todo eso que dices, no me conoces, sólo soy basura, nada más que eso.

-Matt, ¿por qué no me acompañas a casa y hablamos?

-¿Hablar de qué?

-De lo que pasó aquella noche, que es lo que te dije para que decidieras alejarte de mí.

-No pasó nada, me cansé de ti, eso es todo.

-No lo creo, Matt. Algo te dije para que huyeras.

-Bueno, no tienes por qué creermme.

-Tu aspecto ha empeorado. Tu ropa es barata, tu cara está demacrada y en tus ojos puedo ver el fuego de la heroína con la que te picas cada día.

-Yo cobro por ir a una casa.

-Está bien, te pagaré, ¿cuál es tu tarifa?

-¿Mi tarifa?

-Sí, ¿porque no me vas a decir que sigues siendo caro, con tu aspecto?

-No, claro. Depende de lo que quieras, trescientos.

-¿Tres...? ¿Tan bajo has caído? Matt, ¿estás en la calle, verdad? No estás en ninguna agencia.

-¿Quieres mi servicio o no? -preguntó desafiante.

-Está bien, vamos a mi casa, tomaremos un taxi -ambos se levantaron y salieron del parque.

Matt volvió a sentir aquel particular aroma de la biblioteca en casa de Dick. Le vinieron a la mente recuerdos que le hacían daño. Dick hablaba por teléfono con alguien con quien se disculpaba porque no podría ir a la cita convenida. Según él, se habían presentado problemas de última hora.

-Muy bien, te llamaré mañana. Ya me dirás cómo ha ido todo. Adiós -colgó el auricular.

-¿Cita de trabajo?

-No, tenía una cita para ir a comer con mi jefe.

-¿Tu jefe? ¿Quieres decir, el fiscal Denver?

-Sí, Dan Denver. Fue por eso que te marchaste aquella noche porque mencioné que era el ayudante del fiscal, ¿no es cierto? ¿o quizá por que pronuncié su nombre?

¿Qué es lo que te asustó? Dime la verdad.

-¿Quieres la verdad, Dick? ¿Realmente la quieres?

-Sí.

-Bien, te la contaré. Es una historia larga.

-No importa, hay tiempo. Acabo de cancelar una cita muy importante por ti.

-Cuando me dijiste quién eras me asusté. La gente no contrata a un tipo como yo y luego le explica su vida. Soy ciego, y por eso me pagaban más. Yo podía mantener el anonimato. Seguro que no los reconocería en ningún diario o en la televisión. Ya te conté que estuve en prisión, allí pase diez años.

-Sí, pero nunca me dijiste por qué te enviaron.

-Eso no importa. Cometí un error y lo pagué. No interrumpas. Bien, iba diciendo, tenía veinticinco años cuando fui acusado y juzgado. El fiscal del distrito, que en aquel momento era Dan Denver, pidió la pena máxima para mí. Me condenaron a diez años en Black Island, y eso, eso fue peor que si me hubieran condenado a muerte. Allí me violaron, me..., hicieron conmigo todo lo que quisieron... -Matt fue relatándole con toda clase de detalles su estancia en Black Island, omitiendo decir que él era el hermano del fiscal y por qué fue a prisión-.

Cuando salí no sabía qué hacer ni a quién recurrir, así que, sin darme cuenta, ya estaba prostituido.

-Es terrible Matt. No sé cómo pudiste soportarlo. Yo no hubiera podido.

-Sí, yo también pensé que no lo podría soportar, y ya ves, aquí estoy. Pero sigamos: cuando oí que decías que eras el ayudante de Denver, me asusté. Pensé que si el fiscal se enteraba de mi relación contigo me volvería a enviar a Black Island y, Dick, yo no podría soportar estar de nuevo encerrado.

-pero, ¡que tonterías dices! ¿Por qué el fiscal te tendría que enviar a prisión por acostarte conmigo?

-¿Sabe el fiscal que eres homosexual?

-No.

-¿Por qué no se lo has dicho?

-Nunca se lo he mencionado a nadie. Sólo tú lo sabes, ¿por qué?

-Curiosidad.

-Pero no entiendo, ¿por qué le tienes miedo al fiscal? Ya cumpliste tu condena.

-Puede.

-No te entiendo, ¿qué te pasó después de que te marcharas aquella noche?

-La agencia se enteró de mis correrías nocturnas y, después de darme una paliza, me arrojaron a un callejón. La policía me recogió y me llevó a San Rafael. Allí estuve tres semanas con dos costillas rotas y una pulmonía de haber pasado la noche bajo la nieve.

-Por eso no te encontré. Y ahora, ¿qué haces?

-¿No tienes una copa? Estoy seco de hablar -dijo de pronto.

-Sí, claro. Ahora te la sirvo -le sirvió en un vaso largo, y bebió un trago-.

Sigue, Matt, ¿qué haces ahora?

-Tú lo has dicho. Trabajo en la calle, frecuento las calles Siete y Ocho. Ése es lugar de operaciones -se rió sarcásticamente.

Dick lo miró. En su expresión no había risa sino amargura.

-Matt, ¿quieres quedarte conmigo?

-¿Contigo?

-Sí, vivir conmigo. Te ayudaré a dejar la heroína y el alcohol.

-¿Quieres vivir con un culero?

-No, quiero vivir con el hombre al que amo.

-Te olvidas de que no soy gay. No me acuesto con nadie si antes no me pagan.

-Si te quedas aquí, no tendrás necesidad de que te paguen. Puedo ayudarte a dejar la droga y no tendrás que mamarle el pene a ningún viejo baboso.

-¿Y qué sentido tendría que dejara la droga? Si no necesito dinero, ¿por qué acostarme contigo?

-Porque yo te quiero, y sé que tú te dejas amar por mí.

-Te equivocas, te equivocas en todo. Yo sólo lo hago por dinero..., hasta fingir que me gusta estar contigo.

-Sé que no es cierto. Conmigo nunca has fingido. Puede que al principio lo hicieras, pero después no.

-Tu propuesta es muy tentadora, pero no puedo aceptar. Eres el ayudante del fiscal. ¿Qué le vas a decir? ¿Cómo le vas a explicar que tienes a un culero en tu casa, y que, además, es tu amante?

-No tiene por qué saber lo que hacías antes.

-¿No? ¿Piensas que le va a gustar saber que vives con alguien que envió a la cárcel por... -se paró.

-¿Por qué fuiste a prisión, Matt? Y, además, ¿acaso crees que se acordará de ti después de tantos años? Enviamos a demasiadas personas a la cárcel para acordarnos de todos.

-De mí si que se acordará.

-¿Por qué? ¿Qué hiciste para que se acuerde de ti? Ahora estás ciego. Cómo te va a relacionar con...

-¿Quién te ha dicho que yo hubiera perdido la vista? Soy ciego de nacimiento.

-Lo siento, pensé que habrías sufrido algún accidente. Pero ¿cómo es posible que enviaran a un ciego a Black Island?

-Ya ves, me enviaron.

-Es por eso que sabes que Dan Denver se acordará de ti. Envió a prisión a un hombre ciego.

-Sí, se acercaban las elecciones y mi juicio le vino muy bien. Condenar a un ciego a Black Island, que además era...

-Sí, ¿era qué?

-Nada, quería decir, que era su trampolín para saltar a la fama por condenar a un ciego.

-¿Por qué no me dices qué delito cometiste? ¿Mataste a alguien?

-Yo... -Matt lo pensó antes de contestar-. Sí, maté a un hombre, maté a un hombre

-bueno. ¿Deliberadamente?

-Creo..., creo que no -su voz fue decayendo-. ¿Qué hora es? -preguntó de pronto.

Dick miró su reloj Cartier de oro.

-Las siete y media.  
 -Tengo que irme -se levantó del sillón.  
 -Espera un momento, Matt. ¿Qué hay de lo que te he dicho?  
 -No, no daría resultado. Yo no puedo sentir nada por ti, te mereces a alguien mejor, y yo sólo te haría daño.  
 -Valdría la pena intentarlo. Sólo por el hecho de dejar la heroína, ya es importante.  
 -Puede que tengas razón, y la tienes, tendría que dejarla pero estoy demasiado sucio para poder soportar mi vida sin ella. Lo siento, Dick. No te merezco, llevo demasiado tiempo en el estiércol para poder salir ahora.  
 -Podríamos vernos, como antes.  
 -Me quieres contratar.  
 -Sí, quiero que vengas.  
 -Muy bien, como antes, pero sólo como cliente.  
 -De acuerdo, espera, te pagaré.  
 -No, esto no ha sido ninguna cita. Te lo dije para que me dejaras en paz.  
 -Da lo mismo, toma. Lo necesitarás.  
 -Hoy no Dick. Quizá otro día sí que te lo pida, pero por favor, hoy no.  
 -Como quieras, Matt. Dónde te puedo localizar.  
 -Ya lo haré yo.  
 -No, esta vez, no. No quiero volverte a perder. Dime dónde te alojas.  
 -En el Hotel Charleston, pero yo que tú no me acercaría. No es un lugar seguro para un hombre que calza zapatos de mil dólares.  
 -¿Cómo sabes...? ¡Va!, olvídalo. ¿Vas a trabajar en la calle?  
 -No, hoy no.  
 -Te veo mañana.  
 -Como cliente, sí.  
 -De acuerdo. Te espero a las siete.  
 -¿Por qué tan temprano?  
 -¿Y por qué no?  
 -Sí, ¿por qué no?

## CAPÍTULO 23

-Oye, pelirrojo. No te oí llegar ayer -el reflejo del sol sobre su cara recién lavada le hacía parecer más niña. Sus ojos sin maquillaje revelaban su verdadera edad.  
 -No quise despertarte.  
 -Tonto, ven aquí y abrázame.  
 Matt, que había dormido en el sofá, se levantó y fue hasta la cama donde estaba acostada Juli. Éste la besó dulcemente en los labios.  
 -¿Cómo te encuentras hoy?  
 -Hummm, estoy perfectamente. Me comería un trozo de carne bien grande.  
 -Estupendo, el doctor dijo que ya podías salir un poco si te apetece.  
 -Entonces, ¿qué esperamos? Salgamos. Busquemos un restaurante y... -se paró un instante dudando-, ¿tenemos dinero?  
 -Por supuesto, para ir al mejor de la ciudad, si lo prefieres.  
 -No pelirrojo, me conformo con uno pequeño que conozco cerca de Central Park. Es muy

acogedor y preparan la mejor carne que hayas probado nunca.

-¿Crees que estás suficientemente fuerte para ir hasta allí?

-Claro, gracias a ti estoy completamente recuperada.

-¿A mí? Será gracias al doctor y a las medicinas. Yo no he hecho nada.

-No, pelirrojo. Si tú no hubieras estado aquí cuidándome no estaría deseando comerme una vaca

entera -Juli se levantó, tomó una toalla y se la colocó alrededor de su pequeño cuerpo desnudo. Abrió la puerta-. Voy a darme una ducha.

En seguida regreso.

-Bien; mientras, me afeitaré.

Cuando oyó cerrarse la puerta, buscó en el cajón del armario una caja metálica azul que había contenido bombones. Le servía ahora para guardar la droga y varias jeringuillas. Se apresuró a preparar la mezcla. Cuando ya la tuvo, se inyectó rápidamente y lo guardó con cuidado todo en la caja intentando no dejar ninguna evidencia de que se había picado. Juli, que había olvidado el jabón, lo vio todo. Abrió la puerta sin apenas hacer ruido y Matt no se dio cuenta. Hizo como si acabara de entrar.

-Pelirrojo, me he olvidado el jabón. ¿Has tropezado con él?

-¿Qué? No, no, Juli. Mira si está en el lavabo -dijo sobresaltado.

-¡Ah! Sí, cariño, aquí está. Gracias, no tardo nada, ponte muy guapo.

-Lo intentaré -dijo, todavía sobresaltado.

Matt le prometió a Juli, antes de compartir la misma habitación, que intentaría dejar la heroína, o por lo menos se inyectaría menos. Ella nunca lo creyó. Sabía que se inyectaba las mismas dosis. Llevaban cinco meses viviendo juntos y Juli se había enamorado de él. Matt se dejaba querer. Hicieron una especie de trato.

Él intentaría dejar la heroína y beber menos y, a cambio, ella dejaba la calle.

Juli lo cumplió, pero no Matt; bebía menos, pero seguía con la misma frecuencia de piquetes. Por mediación de Dick, Juli encontró un empleo de telefonista en uno de los despachos de un abogado amigo de él. Por otra parte, Matt apenas trabajaba en la calle. Su único cliente era Dick, que le seguía pagando por sus servicios, aunque ambos sabían que su relación era muy especial. Dick no consiguió convencer a Matt para que fuera a vivir con él pero, a cambio, no trabajaría en la calle. El conocía la relación que tenía con la mujer y eso le provocaba, en cierto modo, celos que nunca manifestaba. Comprendía que Matt estuviera con una mujer, después de todo, no era homosexual, pero sabía que, en el fondo Matt no rechazaba sus caricias. Se dejaba amar por él y, sin darse cuenta, entre los tres crearon un trío amoroso, en el que el centro era Matt.

-Pelirrojo, ¿ya te has puesto guapo? -preguntó al tiempo que abría la puerta.

-¿Cómo estoy?

-Guapísimo. Tengo el novio más guapo que hay en el mundo -se abalanzó de puntillas sobre él, dándole un beso en los labios, y la toalla se deslizó entre sus piernas-. Me visto, me maquillo y nos vamos enseguida.

-¡No!

--¿No?

-No te maquilles. Eres mucho más hermosa sin todos esos polvos y cremas que te pones en la cara.

-Lo dices porque no me puedes ver, pero cambiarías de idea si pudieras verme sin maquillaje.

-Te veo, Juli. Te veo con mis manos y mis manos me dicen que eres hermosa. Mis dedos me dicen que eres suave, con una piel fresca y joven, y eso sólo lo puedo sentir sin todas esas cremas. Y a mí me gusta sentir la piel limpia.

-Matt, nunca me habías dicho tal cosa. A partir de hoy no me maquillaré. Sólo estaré bella para ti,

para tus dedos. -Se abrazó a él y lo besó de forma apasionada.

Después de comer en el restaurante de ?Mama Candy?, ambos fueron a dar un paseo por el parque, tomados de la mano como dos enamorados. Paseaban sobre unas hojas amarillas que anunciaban la llegada del otoño.

-Juli, creo que tendríamos que regresar, debes estar cansada.

-No, me siento bien. Creo que podría pasear toda la tarde.

-El doctor dijo que no te esforzaras. Acabas de pasar una gripe y aún estás débil.

-Tonterías, me encuentro mejor que nunca. Pero, como no quiero discutir, iremos a casa.

-¡Me parece buena idea! -exclamó Matt.

-Hace una tarde tan hermosa. Ojalá pudieras verla, el sol se refleja en el lago y le da unos tonos dorados... Sentémonos un rato antes de regresar -ambos se sentaron cerca del lago, donde podía ver cómo el sol se ocultaba entre los altos edificios de acero y cristal. Juli apoyó la cabeza sobre el hombro ciego, sus grandes ojos castaños radiaban felicidad, y ahora su cara sin maquillar dejaba ver la belleza real de aquella mujer, que había crecido anticipadamente.

-¿Por qué tan callado, pelirrojo? -Sentía el otoño, su aroma, su brisa su voz era melancólica-. ¿Estás triste, Matt?

-No, sólo es que... -se detuvo.

-Sí, ¿qué pasa, Matt?

-Sólo que me he acordado de mi..., de mi madre. Cuando era niño mi madre nos llevaba a un parque como éste.

-¿Nos llevaba?

-¿Qué?

-Has dicho que los llevaba, a ti y a quien más.

-¡Ah! A mi hermano.

-¿Tienes un hermano, Matt? -preguntó sorprendida-. Nunca lo has mencionado. Es la primera vez que mencionas a tu familia. Pensaba que no tenías a nadie.

-Sí, tengo una familia..., quiero decir que tenía una familia.

-Quieres decir, ¿que han muerto?

-No. Yo he muerto para ellos.

-¿Por qué dices eso, Matt?

-Cometí un error y..., será mejor que regresemos, hace frío -se levantó de golpe-. ¿Qué hora es?

Juli miró su reloj de pulsera.

-Las siete y quince.

-Tenemos que darnos prisa. Tengo una cita esta noche.

-Matt -Juli le estiró el brazo-, ¿qué pasó?

-¿Cuándo?

-Con tu familia. Por qué dices que cometiste un...

-Olvídalo. Olvida lo que te he dicho. Lo cierto es que no tengo a nadie, regresemos.

De vuelta a la pensión ninguno de los dos habló. Juli notó que a su compañero le había invadido la melancolía y no quiso forzarlo hablar. Ella sabía que nada más al llegar a la habitación, él buscaría una excusa para poder quedarse a solas y poderse inyectar. Efectivamente, Matt le pidió que le fuera a buscar una cuchilla para feitar. Ella sabía que él compró un paquete hacía dos días, pero no dijo nada. Se limitó a obedecer, y en cuanto Matt oyó la puerta cerrarse, volvió a buscar la caja azul y se inyectó. Sin embargo, esta vez la tristeza que había en él no desapareció. Necesitaba salir, ahogar los recuerdos que le invadían. No podía ir a casa de Dick; estaba fuera de la ciudad.

?Dick, él si lo comprendía, lo hacía sentirse bien. Juli era demasiado joven.

¿Cómo explicarle lo que sentía?? Ese sentimiento de culpabilidad que le ahogaba, los recuerdos



le hacían daño... Sintió ganas de morir. Esta vez el polvo blanco no le hacía sentirse mejor. Tenía sed, necesitaba beber, necesitaba ser castigado por sus errores. Agarró del armario una camisa limpia, se la puso, tomó la chaqueta que había dejado sobre la cama, y se dispuso a salir.

-¡Eh!, pelirrojo, ¿dónde vas tan deprisa? -preguntó Juli que en ese momento entraba.

-Tengo que irme.

-Espera, Matt, te he traído...

-Lo siento, Juli. Encontré una, gracias.

-¡Pero, Matt!, ¿qué te ocurre?

El hombre no respondió. Desplegó el bastón blanco y salió a toda prisa. Juli se le quedó mirando confusa, pensó en lo que le dijo en el parque, y que eso le había afectado.

Matt estaba sentado en su mesa habitual en ?Copas?. La botella de Jack Daniels vacía que había sobre la mesa delataba que se la había bebido en menos de dos horas. Era temprano. El local comenzaba a ambientarse a partir de las doce y aún faltaban veinte minutos. El camarero se acercó llevándole en una bandeja otra botella de bourbon. La dejó sobre la mesa y recogió la vacía.

-Hacía tiempo que no venías por aquí -le dijo.

-¿Qué hora es?

-Las once y cuarenta y cinco.

Pasaron treinta minutos hasta que alguien se acercó a él.

-¿Eres tú el ciego? -preguntó una voz aguda de mujer.

-Lo soy.

-El camarero me ha dicho que estás disponible.

-No para mujeres.

-No es lo que piensas, ¿puedo sentarme? -él le hizo un gesto con la cabeza. Se sentó. La mujer vestía unos pantalones tejanos ajustados a su esbelta figura. Su pelo corto y rubio acentuaban unos grandes ojos negros-. El camarero me ha dicho que trabajas para hombres.

-Así es.

-Bien, según me han dicho eres muy complaciente por una buena cantidad de dinero. Estoy dispuesta a pagarte cinco de los grandes.

-¿Y qué tengo que hacer? -preguntó con interés.

-Sólo dejarte coger.

-Dejarme coger y me pagas cinco mil, ¿dónde está el truco?

-¿Te interesa?

-El dinero sí, pero no está claro lo de cogerme.

-Te lo explicaré. Unas amigas y yo vamos a preparar una despedida de soltera, pero queremos que sea algo diferente. Buscamos a un tipo que se deje coger por mujeres, y que haga exactamente lo que le pidamos.

-¿Un esclavo?

-Sí, eso, exacto. Queremos un tipo que esté dispuesto a todo.

-Entre ese todo, ¿está también que yo me coja a alguien?

-Más que alguien, algo.

-Capto la idea.

-¿Qué contestas?

-¿Cuándo será la fiesta?

-El sábado.

-¿Van a filmarme?

-¿Por qué?

-Me gusta saber si mi culo va a ser visto por mucha gente.

-Eres muy listo.

-Que sea ciego no quiere decir que sea estúpido. Nadie paga cinco de los grandes y monta una orgía para una despedida de soltera, a menos que quieran grabar la escena para después vender la película.

-Veo que no te puedo engañar.

-No me tomes por idiota. No me gusta que jueguen conmigo.

-Está bien, veo que no aceptas -se dispuso a levantarse. Él la agarró del brazo.

-Yo no he dicho que no acepte -los ojos de la mujer se iluminaron.

-Entonces aceptas.

-No tan rápida, la cantidad no me parece justa.

-¡Son cinco de los grandes!

-Ya sé que son cinco de los grandes, pero tú vas a sacar mucho más por esa película, quiero diez.

-¡Diez, tú estás loco! Buscaré a otro.

-¡No!, tú me buscabas a mí, buscabas al ciego. Sabes que cualquier actor porno te haría el papel, pero tú buscas al ciego de verdad. El camarero me dijo que llevas varios días viniendo aquí y preguntando por mí, así que me pagas ese dinero y por anticipado, o le tapas los ojos a tu actor y te hace de cieguito.

-Eres más inteligente de lo que pensé. Creí que te podría engañar con lo de la fiesta. Está bien, tú ganas. Te pagaré los diez mil, pero después del trabajo.

-Ni hablar, antes, si no hay trato.

-La mitad ahora, y el resto después.

-No.

-Está bien, pero aquí no tengo tanto dinero. Además, quién me dice que después no te largarás con el dinero.

-Puedes estar tranquila, yo no salgo nunca de la ciudad. Te sería muy fácil localizarme. Quiero el dinero mañana. Estaré aquí a la misma hora.

-Muy bien, mañana lo tendrás, pero tú no me falles -se levantó-, mañana traeré el dinero y la dirección.

-Aquí estaré.

La mujer se marchó, dejando en el ambiente un delicado perfume francés, que hizo que Matt volviera a recordar a su madre. Se sintió de nuevo mal. La ansiedad se adueñó de él. Se sirvió una copa y bebió el licor de un solo trago, volvió a servirse, bebiendo de nuevo. Un hombre con aspecto rudo se acercó a él.

-Quiero compañía -dijo ásperamente.

Matt se levantó, sacó del bolsillo de sus ajustados jeans un billete de cien, y lo dejó sobre la mesa. Ambos hombres salieron del local y se perdieron por uno de los callejones apenas iluminados de aquel lugar.

Matt despertó con un amargo sabor en la boca. Sus pies sobresalían de aquella vieja cama. En su cuerpo desnudo, todavía podían apreciarse las cicatrices que le dejó su estancia en Black Island. Intentó recordar dónde estaba, y sólo consiguió que el hedor de semen y alcohol le hiciera vomitar sobre la deshilachada alfombra. Su cuerpo se convulsionó y volvió a vomitar el resto del amargo licor que le quedaba en su estómago. Estuvo unos minutos con la cabeza caída fuera de la cama. Después intentó incorporarse, pero el mareo que sentía se lo impedía. Lo último que recordaba era el tipo con el que se acostó, tenía una voz estridente. Le dio unas píldoras con las cuales, según él, se sentiría mejor. Después, todo era confuso. Alguien lo ató de pies y manos, mientras el hombre de voz estridente le hablaba. No recordaba nada más, pero no creyó necesario hacer memoria. Por fin, el mareo desapareció. Se levantó lentamente, puso los pies en el suelo, con cuidado de no ponerlos por

el lado en que había vomitado. Tanteó el lugar, buscando la pila del lavabo. Abrió el grifo y se echó agua sobre la cabeza. Después se lavó la cara y con las manos bebió. Se enjuagó la boca. El espejo reflejaba el deterioro que estaba causando en él la heroína.

Sus ojos azules despedían estrías rojas que confirmaban un abuso del alcohol y las drogas. Buscó su ropa pero no recordaba dónde la había dejado. Tanteando la pared tropezó con una silla. En ella se encontraba su bastón. Lo agarró. A unos dos metros cerca de la ventana, esparcidos por el suelo, estaban los pantalones y la camisa, y unos pasos más allá, las botas. No logró encontrar los calcetines ni los calzoncillos, así que se vistió sin ellos. No era la primera vez que lo hacía. Recordó que la chaqueta la había dejado en el perchero de la puerta.

Después de ponérsela, abrió la puerta y salió de la miserable habitación.

En recepción, una mujer de unos cincuenta y muchos años con el pelo teñido de rojo le mostró una amplia sonrisa.

-Hacía días que no pasabas por aquí. Una buena fiesta la de anoche.

-¿Con quien estuve?

-¿No lo recuerdas? No me sorprende, estabas dopado hasta las cejas. Viniste con un tipo pequeño con gafas, parecía el clásico vicioso que no se atreve a salir porque su mamá no lo deja, era repugnante. Perdona no quería decir...

-Tranquila, Smitty, ya sé lo que quieres decir; ¿no hubo nadie más en la habitación?

-¡Hummm! No, llegaron los dos solos. El tipo se marchó en cuanto amaneció.

-Hablando de amanecer, ¿qué hora es?

-Las seis, has dormido un buen rato.

-Sí, Juli debe estar preocupada.

-¿Cómo está?

-Bien, tuvo gripe, pero ahora ya está bien.

-Juli ha tenido suerte en conocerte.

-¿Suerte?

-Sí, si no fuera por ti, todavía estaría en la calle. Tú la has sacado de este ambiente.

-Sí, tienes razón. Ahora lo que tendría que hacer es volver a su casa, tomar los libros y estudiar.

Vivir conmigo no es sano; adiós, Smitty.

-Adiós, Matt, cuídate. Tienes mal aspecto.

-Lo intentaré. ¡Ah, Smitty! Manda limpiar el cuarto, te lo he puesto de lo peor.

He vomitado, lo siento -se sonrojó.

-No hay cuidado, cosas peores he tenido que limpiar.

-Sí, adiós, Smitty.

## CAPÍTULO 24

Matt se bajó del taxi, frente al 115 de la Quinta Avenida. Un lujoso edificio.

El portero le abrió la puerta, preguntó por el piso, y lo acompañó hasta el ascensor. Pidió el piso doce. Al cerrarse las puertas, una melodía de fondo se oyó por los altavoces del techo. Matt llegó al piso, y según las instrucciones que le dio la mujer que lo contrató, siguió el pasillo a la derecha. Unas lujosas alfombras cubrían el corredor; en las paredes, cuadros de pintores conocidos. Llegó a la puerta 1212. Con las yemas de los dedos se cercioró de que estaba en la habitación correcta. Llamó y a los diez segundos el repiquetear de tacones le indicó que alguien se acercaba para abrirle. Oyó girar la llave y la puerta se abrió.

-Llegas puntual -dijo la mujer, que vestía un elegante vestido largo en lame plateado.

-Me gusta la puntualidad.

-Pasa, te acompañaré a una habitación, para que puedas desnudarte. Aún falta gente por llegar.

-¿Gente?

-Tú ya me entiendes, amigas.

Si en aquel lugar había cámaras, estaba claro que estaban ocultas. Seguramente, para no incomodar a las mujeres que allí se encontraban. No obstante, a Matt eso le tenía sin cuidado. No podía verlas, estuvieran o no a la vista.

-Mira, quiero que quede claro. Nosotras no somos profesionales. Es un regalo que queremos hacerle a una persona muy especial.

-No necesito que me des más explicaciones. Dime dónde me puedo duchar.

-Me gustas, no das rodeos. Bien pasa, a tu derecha tienes el baño, enfrente tuyo una cama. Puedes dejar la ropa sobre ella. T avisaré cuando esté todo preparado.

Matt tuvo que esperar media hora hasta que la mujer le avisó. En la sala había veinte mujeres, y el cuerpo desnudo del hombre desentonaba frente a las mujeres, que estaban ataviadas con elegantes vestidos de noche.

La fiesta empezó, las mujeres comenzaron a beber, dando vueltas alrededor del ciego, haciendo comentarios sobre su físico, etc. Una mujer joven con el pelo largo y negro, se acercó a él.

-Me gustas, amigo, eres muy atractivo. Lástima que sólo se te pueda joder, porque de lo contrario puedes estar seguro que eso que tienes entre las piernas iría a mi boca -la mujer le acarició sus genitales, al tiempo que le susurraba algo al oído.

-Martina, ¿ya te estás poniendo a tono?

-Este pedazo de macho me excita.

-Pues que no te excite demasiado, sólo nos lo podemos coger. Tú qué dices -

dirigiéndose a él-, ¿quieres que te cojamos?

-Sí.

Loise -dirigiéndose a la mujer que lo contrató-, ¿cuándo empezamos?

-¡Chicas, la fiesta ya ha empezado!, pueden hacerlo cuando quieran, es todo nuestro.

-¡Bien! -gritaron dos que parecían hermanas. Las mujeres empezaron a beber y a inhalar coca, los vestidos fueron cayendo al suelo.

Loise se acercó al invidente.

-¿Quieres?

-¿Qué es?

-Coca.

-No acostumbro inhalar, pero, dame -la mujer le hizo una raya.

-Bien, así estaremos todos mejor. Ya he visto que tú prefieres inyectarte.

Matt tomó la coca e inhaló el polvo blanco. Alguien le dio un vaso largo de whisky. Se lo bebió de un solo trago; prefería el Vurbon, era más fuerte. Varias mujeres salieron de la habitación contigua desnudas, y con unos prepotentes penes colocados a modo de cinturón. Matt estaba a cuatro patas, y encima de él dos mujeres que jugaban a domar al caballo.

-Dejen el caballito -dijo una de las mujeres que llevaba puesto el artilugio-, quiero cogérmelo ahora -las dos mujeres se bajaron de la espalda del invidente-.

Ven, caballito -dijo-, estáte quieto, no voy a hacerte nada -la mujer se puso detrás de él y lo penetró.

Matt dio un respingo de dolor. Después no notó nada.

Las mujeres se fueron pasando la prótesis, sodomizando al ya extenuado ciego.

Loise fue la última. Entró en la habitación donde se había cambiado Matt, y cuando salió estaba ataviada con unas botas de cuero y una gorra a juego. El pene que se había colocado era algo más

pequeño que los anteriores, pero sus puntas le habrían hecho temer a Matt; si éste las hubiera podido ver.

-¡Loise, eres sensacional! -dijo una de las histéricas mujeres-. Bien, ciego, ahora veremos lo macho que eres. Voy a cobrarme el dinero que te di.

Matt apenas entendía lo que le decía. La coca y el alcohol no le dejaba comprender lo que sucedía; claro que tampoco quería saberlo; se repugnaba a sí mismo. Cuando sintió la penetración dio un grito de dolor. Notó como si le desgarraban por dentro. Las mujeres a coro instaban a Loise para que no parara.

Matt intentó soltarse de la mujer, pero ésta lo tenía sujetado por el cuello, con el látigo. Al final cedió y Loise se separó de él. Matt se dejó caer agotado.

Las mujeres gritaban histéricas, algunas se besaban entre ellas. Loise volvió a la habitación, regresando a los dos minutos con un Perro pastor alemán de pelo negro.

-Amigas, ¿no les gustaría ver un espectáculo no apto para Oprimidas?

-Loise, te quiero -dijo una con el pelo corto y rojo. Loise ató al perro en la terraza, se acercó al ya muy abatido ciego, que se encontraba arrodillado cerca de una de las ventanas.

-¿Cómo estás? -él no contestó-. Toma, inhala. Te hará de nuevo bien. -Matt tomó el papel con la raya blanca e inhaló. Después tosió varias veces.

-Necesito beber algo.

-Ahora te lo traigo -la mujer fue a la barra, tomó una botella de Four Roses y sirvió una buena cantidad en un vaso largo; se lo llevó-. Toma, es bourbon.

Matt bebió con ansiedad. Comenzaba a sentirse algo mejor aunque el dolor no desapareció.

-Ahora que ya estás mejor, quiero que lo hagas con un perro.

-¿Un perro? ¡Estás loca!

-¡Oye, amigo!, te he pagado una muy buena cantidad de dinero para que obedezcas y calles.

-Sí, me has pagado, y me han cogido todas. Tú me has desgarrado, estoy todavía sangrando. Además, si quieres decirme que tengo que cogerme a un perro, olvídalo, no se me pondría duro ni usando almidón.

-Pues tendrás que esforzarte, para ponértelo duro. Queremos ver cómo te coges al perro, así que ya puedes empezar a meneártelo.

-¿Tú crees que después de beber y meterme coca voy a poder levantármelo?, estoy tan borracho y mareado, que no logro ponerme en pie.

-Mira, marica de mierda. Quiero que vayas al centro de la habitación y te cojas a ese maldito animal y no me importa cómo lo hagas.

-En mi chaqueta hay un tubo de crema, tráemelo.

-¡Cabrón, venías preparado!

-Conozco sus juegos. De no ser porque necesito el dinero, no hubiera aceptado, me dan asco.

Loise se levantó y fue a la habitación, buscó en los bolsillos de la chaqueta.

No encontró nada, buscó en el bolsillo interior y encontró un pequeño tubo azul.

Lo tomó y salió.

-Loise, querida, ¿cuándo va a seguir la fiesta?

-En seguida, sólo faltan unos pequeños detalles.

-Toma, ¿es esto lo que pedías?

-Sí, dame.

Matt abrió el tubo y se dio un masaje con la crema en el pene y genitales. A los pocos minutos el pene se puso en erección. Matt se levantó ayudado por la mujer y lo llevó al centro de la sala.

-¡Uf!, que aparato, chicas, miren esa maravilla -dijo una de ellas.

-¡Oh!, chico, ojala me lo metieras a mi -comentó otra. Una de las mujeres se acercó a él

arrodillándose, se puso delante y le besó el pene.

-Eli, apártate. Quedamos en que nadie se humillaría delante de él -le gritó Loise, que se acercaba con el perro.

-Ya lo se, Loise, pero es que no me he podido resistir.

-Bien marica, aquí tienes al perro. Cógetelo -le ordenó-, no tengas miedo, es muy dócil.

Matt se acercó al animal con cierto respeto. Después de acariciarlo, se masturbó, intentando mantener la erección. Se puso detrás del animal y lo penetró, ante las miradas de mujeres sedientas de sexo y llenas de coca y alcohol. El animal ladró varias veces. Matt intentaba eyacular, pero le resultaba imposible; después de cerca de diez minutos lo consiguió. Las gotas de sudor caían por su cuerpo torturado. Se dejó caer en el suelo completamente extenuado, y se volvió a sentir repugnante. No podía caer más bajo, necesitaba heroína. Las mujeres miraban complacidas, la histeria había invadido aquella habitación.

-Bien, chicas, y ahora, para terminar, esto se lo dedico a nuestra futura señora Thomson. ¡Strack! -gritó, e inmediatamente el pastor alemán se levantó y fue hasta su dueña, que le acarició el lomo. Bien, mierda -dirigiéndose al ciego-.

Ya casi terminamos. Arrodíllate y abre bien ese culo que tienes -el hombre con esfuerzo obedeció-. ¡Strack! -volvió a gritar, y el perro seguidamente se montó encima del hombre.

Matt notó de nuevo cómo era penetrado, el dolor se hizo más agudo, seguía irritado por la penetración de Loise. Matt no se quejó, ya no podía sentir nada.

Sólo los gritos lejanos de unas descontroladas mujeres que alentaban al animal a que no parara.

## CAPÍTULO 25

Matt, estuvo vagando por las calles durante seis días, de bar en bar, de hombre en hombre. De los diez mil dólares que le pagó Loise, ocho se los dio a Juli, para que regresara a su casa y comenzara una nueva vida. El resto se fue casi todo en bourbon y heroína. Su decadencia era dramática, no podía soportar la idea de que en alguna época de su vida había sido una persona. Se sentía tan repugnante y culpable, que necesitaba autocastigarse, y el mejor modo de hacerlo era dejándose vejar por hombres viciosos.

Matt despertó entre cubos de basura. Sólo recordaba al individuo de la noche anterior. Lo llevó a un callejón, seguramente en el mismo que se encontraba ahora, y le pagó cincuenta dólares para que se masturbara mientras él lo miraba.

Notó el sol en la cara, pensó que sería cerca del mediodía. Se levantó torpemente. Había perdido su bastón, así que se apoyó en la pared y empezó a caminar. Tropezó varias veces con los cubos de basura. Necesitaba picarse. Buscó en su bolsillo de la chaqueta. Seguía teniendo los únicos quinientos dólares que le quedaban. Llegó hasta la puerta de la pensión de Smitty y entró.

-¿Smitty?

-¡Cielo santo! -exclamó la mujer al ver el estado lamentable del invidente-, ¿qué te ha ocurrido?

-Necesito ayuda, Smitty, necesito heroína.

-¡Matt! ¡Dios mío!., ven conmigo -la mujer le hizo entrar a un pequeño cuarto detrás de la recepción-. Juli ha estado aquí en varias ocasiones, preguntando por ti -le ayudó a sentarse en un sillón viejo de piel.

-¿Juli?, por favor, no le digas que me has visto.

-Está bien, como quieras, ¿quieres comer algo? Te traeré algo caliente, voy a llamar a un médico.

-¡No! -gritó-, no gracias, no quiero nada, sólo necesito picarme y en seguida estaré bien,

ayúdame.

-¿Cómo te puedo ayudar? Yo no tengo heroína.

-Sí, lo sé Smitty, lo sé. Mira -sacó de su bolsillo los cinco billetes-, por favor ve con Tommy, él te la dará. Yo no puedo -la mujer miró compasiva al invidente y después de pensarlo unos instantes, dijo:

-Bien, lo hago porque eres tú -tomó el dinero-, no tardo, espera aquí.

-Smitty, trae también una jeringuilla.

Juli estaba desesperada. Nadie le había dado noticias de Matt desde que acudió a aquella cita del sábado. No sabía a quién acudir, no conocía la dirección del hombre con quien se encontraba Matt habitualmente. Sólo conocía el nombre de pila de Dick, pero nada más. Matt nunca quiso hablar de él y ella respetó sus deseos. Entonces, llamaron a la puerta.

-Sí, ¿qué desea?

-Hola, ¿tú debes de ser Juli?

-Sí, lo soy ¿y usted?

-Verás, soy amigo de Matt, ¿puedo pasar?

-¡Oh! sí, claro. Perdona -el hombre entró-, ¿decía que es amigo de Matt?

-No sé si te habrá hablado de mí. Me llamo Dick.

-¡Oh!, gracias al cielo. Es usted su amigo, perdona, pero estaba tan preocupada, ¿le ha pasado algo a Matt?

-Por eso he venido, hace días que no sé de él, tenía que haber venido a mi casa, el lunes pasado.

-Señor, desde el pasado sábado no sé nada de él. Tengo miedo de que le haya ocurrido algo.

-Tranquila, Juli -la abrazó-; conociéndolo estará bien. ¿Sabes adonde fue el último día que lo viste?

-Lo cierto es que llevaba varios días deprimido.

-Sí, yo también lo noté, ¿te dijo por qué?

-No, sólo sé que fue el día que me habló por primera vez de su familia.

-¿Su familia?

-Sí, de su madre. También mencionó que tenía un hermano.

-Recuerdo que en alguna ocasión me mencionó a sus padres, pero nunca me dijo que tuviera un hermano. Es un hombre muy reservado y no le gusta hablar de sí mismo, ¿te dijo algo más?

-No, le pregunté si habían muerto y entonces fue cuando me dijo que él había muerto para ellos, dijo algo de un error.

-¿Qué error?

-No me lo dijo. Le pregunté pero no quiso contestar y fue entonces cuando noté que se deprimía. ¿Sabe usted a qué se refería con lo del error?

-No estoy muy seguro. Matt tampoco fue muy explícito en ello. Parece ser que mató a alguien de su familia.

-¡Eso es terrible! No lo puedo creer. Matt es incapaz de hacer daño a alguien, es un hombre bueno.

-Eso precisamente dijo Matt, que mató a un hombre bueno. Pero pienso lo mismo que tú, Matt es incapaz de hacer daño a nadie. Matt, me dijo que estuvo en prisión, pero nunca me dijo por qué, y parece ser que allí se prostituyó, pero ahora lo que me preocupa es saber si le ha ocurrido algo ¿Dónde dices que fue el último día?

-Tenía una cita, no me dijo con quién. Sólo sé que le dieron mucho dinero, porque me dio ocho mil dólares. Me dijo que los agarrara, me fuera de la ciudad y empezara una vida nueva, tomando los libros y volviendo a estudiar. Le pregunté si es que pensaba dejarme; él me dijo que no, pero que no era la persona apropiada para mí.

-¿Sabes dónde era esa cita?

-No, sólo sé que era en el centro. Se compró ropa nueva y cara, ¿cree que estará bien?

-Sí, estoy seguro. No ha aparecido ningún cadáver esta semana.

-¿Y si estuviera enfermo? Toma tanta heroína, que a veces Pienso que va a estallar.

-No te preocupes, Juli, lo encontraré. Buscaré en todos los hospitales y albergues de la ciudad, lo encontraré. ¿Todavía se mueve por los ambientes de siempre?

-Desde que se veía con usted, no solía ir, pero desde que mencionó a su madre, cambió.

-Bien, empezaré buscando por los bares de ligue y en las pensiones que frecuentaba.

-Ya lo hice yo, fui a la pensión de Smitty. Es una vieja amiga de Matt y mía.

Acostumbrábamos alquilar allí la habitación. Me dijo que hacía días que no lo veía.

-Volveré, puede que Matt haya ido estos días. Toma -sacó una tarjeta de su bolsillo-, es mi teléfono. Si hubiera alguna novedad, me llamas. Ya te avisaré yo también si sé algo.

-Gracias, señor, yo... -la muchacha se desvaneció.

-¡Juli! -Dick la tomó en sus brazos antes de que cayera-, ¡Juli! ¿Qué te ocurre?

-la llevó hasta la cama.

-¡Oh!, no es nada, ya estoy bien.

-¿Estás segura de que te encuentras bien?

-Sí, verá. Aún no lo sabe nadie, ni Matt. Estoy embarazada.

-¿Estás emba..., embarazada? -preguntó sorprendido.

-Sí, es usted la primera persona a la que se lo digo. Pensaba decírselo a Matt, cuando viniera de aquella cita, pero...

-¿Has ido al médico?

-Sí, me ha dicho que tengo que descansar. Soy diabética ¿sabe?, así que el bebé y yo necesitamos reposo.

-Recuerdo que Matt me mencionó algo de ello. ¿No crees que es muy arriesgado tener un niño en tu estado?

-¡Va! Tonterías, lo único que debo tener es reposo. Me desagrada porque usted me había encontrado un trabajo y lo tendré que dejar.

-Por eso no te preocupes. Lo importante eres tú y el bebé. Ahora quédate en la cama, no pienses en nada, yo buscaré a Matt. Estoy seguro de que estará en alguna de sus habituales depresiones, intentando superarla con bourbon.

-Señor, gracias por todo.

-Llámame Dick.

-Es usted tal como me lo había imaginado, todo un caballero. No me extraña que Matt lo aprecie tanto.

-¿Estás segura de que ya te encuentras mejor?

-Sí, no se preocupe, es el clásico mareo de las embarazadas, ¿me avisará si sabe algo de Matt?

-Sí, volveré a pasar para ver cómo te encuentras, ¿no necesitas nada?

-No, de verdad, váyase -insistió la muchacha.

-Bien, vendré mañana. No dejes de llamarme si necesitas algo.

-Adiós, Dick, gracias, gracias por todo. -Dick salió de la habitación. Abajo en la calle lo esperaba un automóvil. Subió.

-Bien, señor, ¿adonde vamos?

-¿Conoce la zona vieja de la ciudad?

-Sí, señor.

-Bien, quiero que vayamos allá, hay una pensión llamada Smitty.

-Conozco el lugar, pero no creo que sea un buen lugar para un tipo como usted.



-No le he pedido su opinión, sólo lléveme.

-Como quiera, usted manda.

El conductor puso en marcha el vehículo. A los escasos veinte minutos llegaron al barrio más frecuentado por prostitutas y culeros. Allí se encontraba todo tipo de personas, desde proveedores de droga hasta vendedores de auténticos relojes Rolex y Cartier. A cualquier hora se podía ver a hombres y mujeres ofreciendo su cuerpo, aunque sin duda era por la noche cuando más ambiente había. Heroína, coca, éxtasis, cualquier sustancia relacionada con las drogas se podía comprar, si uno tenía la cartera bien llena de dólares.

-Éste es el lugar que me indicó.

-Espéreme.

-De acuerdo.

Dick echó una ojeada al desmantelado edificio de cinco plantas. En la puerta había un letrero de neón: ?Pensión Smitty?, y en letra pequeña, ?Se alquilan habitaciones por horas?. Entró en la pensión. Smitty estaba detrás de la barra de recepción, ojeando una revista de modas. Levantó la vista y esbozó una amplia sonrisa.

-¿En qué puedo ayudarle, amigo?

-Estoy buscando a una persona, ¿es usted Smitty?

-Ya me ha encontrado, porque usted no es policía ¿verdad?

-No, no lo soy. Me dijeron que usted podría ayudarme a encontrar a un hombre.

-Le informaron mal, yo sólo alquilo habitaciones. La pareja la ha de traer usted.

-No, no me refiero a eso. Busco a un hombre en concreto es ciego, se llama Matt.

-Lo siento, amigo, no conozco a nadie ciego. Busque en otra pensión -siguió ojeando la revista. Dick se acercó a ella y puso la mano encima de la revista.

-Mire, señora, sé que usted conoce a ese hombre. Vengo de parte de Juli, la mujer que vive con él. Fue ella la que me dio sus señas. Hace días que él no aparece por su hotel y Juli me dijo que suele venir aquí para alquilar habitación.

-Mire, no sé de qué me habla. No conozco a ningún ciego y mujeres vienen muchas, así que busque en otro lugar y déjeme en paz.

-Veo que no me cree. Trabajo para el fiscal general, así que empiece a recordar o le cierro esta appestosa pensión, usted decide.

-¿Cree que me da miedo?

-Puede que no, pero le cierro el negocio, de eso puede estar segura.

-¿Por qué busca a ese hombre? -preguntó interesada.

-Es amigo mío. Juli está preocupada. No sabe nada de él desde hace dos semanas.

-¿Cómo puedo saber que no lo busca para encerrarlo?

-Le he dicho que Juli me envió a usted. Dice que la conoce desde que trabajaba en la calle y que usted es amiga de Matt. Ella estuvo aquí hace varios días -la mujer se quedó dudando.

-Creo que dice la verdad. No huele a poli y recuerdo que Juli me dijo en cierta ocasión que Matt tenía un cliente fijo muy importante, debe ser usted.

-Sí, efectivamente.

-¿Y por qué un hombre como usted se preocupa por un culero yonki?

-Como le dije antes, no sólo soy cliente, es mi amigo y...

-Ya le entiendo, para usted es algo más que un culero, y no me extraña. Ese hombre tiene algo especial en sus ojos que hace que sientas por él algo diferente: no sé si me explico.

-Sí, sé que quiere decir, ¿y bien?

-No sé, le prometí que no diría nada a Juli.

-Lo ha visto ¿verdad?

-Sí, no sé si hago bien. Verá, estuvo aquí hará una semana, más o menos. Su estado era lamentable, me dijo que necesitaba, bueno usted ya me entiende, quería un piquete. Estaba tan débil que no tenía ni fuerzas para comprar esa maldita mierda, así que me dio dinero y me dijo que le hiciera el favor de enviar a alguien a por ella. Verá, yo no acostumbro hacer ese tipo de favores, pero, como ya le he dicho, el ciego me cae bien y además, bueno, me da lástima.

Así que envié al chico, le preparé la mezcla y le ayudé a inyectarse. Le di algo de comer y después subió a una habitación. Estuvo durmiendo todo el día, hasta la medianoche, cuando me dijo que lo despertara. Me hizo prometer que no diría nada a Juli. Me dijo que se sentía sucio, que estaba demasiado corrompido para ella y que sería mejor que ella lo olvidara. Después se marchó y no he vuelto a verlo.

-¿No le dijo adonde iba?

-¿Bromea? A esas horas sólo podía ir a un lugar, la calle. Iba a buscar clientes, aunque, por su aspecto, dudo de que encontrara a alguien que quisiera acostarse con él. No ha venido por aquí pidiendo una habitación, así que seguro que estará buscando clientes en los urinarios de algún cine de la calle Start.

-¿Sabe a qué locales suele ir?

-Normalmente a ?Copas?, pero dudo mucho que se haya acercado por allá. Yo que usted empezaría buscando por la calle Start -la mujer observó al hombre-. Aunque antes me cambiaría de ropa, intentaría llamar menos la atención.

-¡Gracias, Smitty!

-¿No me va a cerrar el negocio?

-Era un gancho.

-Lo sabía -la mujer le guiñó un ojo.

-Tenga -le dio una tarjeta-, si apareciera por aquí llámeme a cualquier hora.

-¡Eh! ¡Usted es Richard Channeng, el ayudante del fiscal! No me imaginaba que el ciego tuviera clientes como usted.

-Guárdeme el secreto -y le guiñó el ojo.

-Descuide, soy muy discreta.

-Sí, lo sé, no se olvide de llamarme si sabe algo.

-Lo haré, adiós señor Channeng.

-Adiós, Smitty.

Dick subió de nuevo al automóvil.

-Bien, señor, ¿adonde vamos ahora?

Miró su reloj, era la una y quince. Pensó durante unos segundos.

-¿Cree que llevo ropa apropiada para la calle Start?

el joven conductor se volvió.

-¿Bromea? Si entra en esa calle con esa ropa, no dura ni cinco minutos.

-Sí, eso pensaba, vamos a casa.

-En seguida, señor.

Cuando Dick salió de su casa, pasaban diez minutos de las diez. Vestía unos jeans ajustados a un cuerpo atlético, y un suéter gris, por donde sobresalía el cuello de la camisa azul. Se calzó unas botas usadas y una chaqueta tejana a tono con los jeans. Dejó su reloj de oro sobre la mesita y llevaba puesto uno metálico con correa de piel. El automóvil de alquiler estaba esperando en la puerta.

-Bien, señor, ¿y ahora adonde vamos?

-Esta mañana me dijo que conocía bien la zona vieja de la ciudad.

-Sí, señor, como la palma de mi mano.

-Bien, pues vamos a la calle Start. Lléveme por los lugares que suelen frecuentar los culeros

baratos.

-¿Está seguro?, no creo que a usted le vayan ese tipo de hombres.

-Lo he contratado para que me lleve, así que no me dé consejos.

-Bien, no se moleste. Pero nunca imaginé que un hombre como usted fuera a buscar compañía en lugares tan miserables.

-Está bien. Para su información, estoy buscando a una persona desaparecida y por mis informaciones es muy posible que esté por allí, ¿de acuerdo?

-¡Perdone, señor!, ya me imaginaba yo que usted no podí... en seguida llegamos.

La calle Start apenas estaba iluminada. La mayoría de los faroles estaban rotos y, los que no, con las bombillas fundidas. El principio de la calle estaba concurrido por prostitutas y a partir de la mitad era zona de culeros. El automóvil recorría despacio la larga calle, intentando localizar al desaparecido.

-Señor, si me dijera cómo es la persona que buscamos, quizá podría ayudarlo.

-Tiene razón, buscamos a un hombre alto, un metro noventa y cinco, pelirrojo. Es ciego.

-¿Ciego? ¿Un tipo ciego por aquí? Bueno, creo que será fácil, no creo que haya muchos.

-¡Espere! Pare un momento -alertó Dick, que vio dentro de un bar llamado

?Tango?, a alguien que se le parecía-. Voy a mirar ahí dentro.

-¿Quiere que lo acompañe, señor? No parece un sitio muy acogedor.

-No, usted quédese aquí.

El local estaba iluminado por luces azules y rojas. Toda la clientela era masculina, no parecía que hubiera ningún travestí. Dick se acercó al hombre, se puso delante de él. No se parecía en nada, excepto por el color del pelo. Se acercó a la barra, pidió un whisky con hielo y le preguntó algo al oído del camarero. Éste, con la cabeza negaba lo que él preguntaba. Pagó la copa y salió.

-Veo que no ha habido suerte.

-No.

-Hemos recorrido toda la zona, ¿cree que deberíamos seguir? Llevamos tres horas dando vueltas, por estas calles, y nada.

-Daremos una vuelta más, ¿sabe de algún lugar donde se ligue sin necesidad de pagar mucho dinero?

-Déjeme pensar, creo que hemos ido a todos los..., espere. Hay un cine donde sólo van maricas. Suelen ir para que les hagan una mamada, rápido y barato. Pero no creo que usted quiera...

-Lléveme.

-Tiene muy mala reputación, si lo vieran entrar...

-Aquí nadie me conoce, además yo no voy a entrar.

-¡Oiga!, ¿no pretenderá que entre yo?, porque para eso nome paga.

-¡Jerry!, ¿quiere hacer el favor de llevarme?

-Está bien, ahora lo llevo. Pero después no me diga que no le he avisado.

A dos manzanas de allí llegaron al cine ?Cinevision?, y tal como le dijo Jerry, no era un lugar donde debiera entrar Dick. Proyectaban dos películas: una era

?Dos hombres? y la segunda ?El estrecho?, aunque lo más seguro es que a nadie le interesara la calidad de las películas.

-Bien, señor. Éste es, ¿qué hacemos?

-Espere un momento.

-Señor ¿no pretenderá entrar ahí?

-¿Quiere entrar usted?

-¿Yo? Ni pensarlo, y usted tampoco debería.

-No pienso entrar, sólo voy a preguntar.

-Entonces, espere aquí. Ya iré yo a preguntar.

-No, iré yo. Esté atento por si lo necesito.

-Muy bien, señor.

Dick bajó del vehículo. Se dirigió a la taquilla y tuvo que esperar en la cola cinco minutos. Un hombre mayor de piel oscura expedía las entradas.

-Son diez dólares, -informó secamente.

-No quiero ninguna entrada, sólo quiero saber si hay un hombre ciego en el local.

-Oiga, amigo, si no quiere entrar, no moleste.

-Mire, es muy importante. Busco a un hombre. Es posible que esté ahí dentro, sólo quiero que me diga si algún ciego le ha comprado un boleto.

-¿Para qué diablos iba a venir un ciego a ver una película?

-Usted ya sabe para qué vienen aquí sus clientes así que conteste de una puta vez -le dijo irritado.

-Es usted poli, ¿verdad?

-Sí, lo soy, y si no quiere que le cierre el local por una temporada, responda.

-Sí, hay un tipo, creo que es ciego. Pero no estoy seguro de que haya venido hoy.

-¿No lo recuerda o no me lo quiere decir?

-Mire, amigo, no siempre me fijo en quien entra. Puede que esté ahí dentro, no lo sé, puede entrar y echar una mirada.

-Si lo hago, esté seguro de que le desalojo el cine, así que entre y averígüelo, ahora.

-No sé como.

-¡Averígüelo! -dijo amenazante.

-Bien, espere.

La cola empezó a alargarse; algunos se ponían nerviosos.

-¿Pero qué coño pasa? -preguntó un hombre rechoncho.

-¿No hay nadie despachando? -preguntó otro.

El propietario tardó cinco minutos en salir.

-El portero me ha dicho que está dentro, ¿quiere una entrada?

-¿En qué parte está?

-¿Y cómo quiere que lo sepa? Ahora están pasando la película, no puedo saber dónde está sentado, ¡y no querrá que vaya preguntando de uno en uno!

-No es mala idea -dijo irónicamente-, ¿a qué hora termina la película?

-Amigo esto es un cine de sesión continua, y si lee verá que pone abierto las veinticuatro horas.

-Bueno, pues hoy será una excepción. Ya puede ir cerrando el local, por película en mal estado.

-¡Oiga! Usted no puede hacer eso, si no tiene una orden Judicial.

-Ya lo creo que puedo; o consigue que salga ese hombre; o saldrán todos y para siempre.

-¡Maldito polizone! Espere, voy a ver si consigo localizarlo -volvió a entrar maldiciendo.

La cola se prolongaba hasta la esquina; cada vez estaban más nerviosos los que esperaban. Al cabo de un par de minutos salió de nuevo el dueño.

-Espere un momento, ahí -señalando el vestíbulo.-, uno de mis chicos lo ha encontrado en los baños, ahora lo traen -en ese momento un chico alto de unos veinte años salió llevando tomado por el brazo a un decadente y patético Matt.

Dick se abalanzó sobre él.

-¡Dios mío, Matt! ¿Por qué?

-¿Dick? ¿Eres tú, Dick?

-Matt, ¿por qué todo esto? Necesitas ayuda, necesitas un médico.

Jerry bajó del coche y ayudó a entrar al invidente al vehículo.

-¿Dónde vamos, señor?

-A casa y rápido, ¡Dios mío! Matt, estás... -Dick no podía creer lo que veía. Su amigo se encontraba en un estado decrepito, su ropa estaba sucia y arrugada, barba de días. Su olor era repulsivo, olía a alcohol agrio, mezclado con sudor y semen-. ¿Por qué, Matt? ¿Por qué? ¿Por qué no acudiste a mí?

-Dick, me encuentro mal, no puedo más, sólo quiero morir -dijo en un susurro.

-No, Matt, no digas eso. Te ayudaré, te ayudaré a recuperarte, no importa cuánto cueste, pero te ayudaré. Te lo juro, te lo juro por tu Dios.

## CAPÍTULO 26

Matt recuerda lo que su madre le enseñó de pequeño sobre las drogas y los agujeros negros, estrellas brillantes que un día dejan de brillar y se desmoronan hasta que se deshacen y no queda nada de ellas. Él no lo entendió, para él todo era negro, no había estrellas, tampoco había luz, pero ahora ese agujero negro que lo destruye todo viene por él e intenta llevárselo. No importaría nada, si no fuera porque los poderosos brazos de Dick lo sostienen aquí. Intenta gritar, pero de su garganta sólo sale un grito sofocado y piensa en lo que se ha convertido. Enajenación mental, eso dijo su abogado al jurado, el tribunal lo condenó y su vida terminó. Sólo le quedó sobrevivir, pero eso fue de mal en peor. Matt vendió su cuerpo, su alma, su dignidad, si es que le quedaba algo de ella. La vendió en aquella fiesta, cuando aceptó que un animal le fornicara y filmaran la escena. Fue entonces cuando perdió lo poco que le quedaba de ser humano. No le quedaba nada.

¿No digas eso, no has perdido nada?, dijo Dick cuando él se lo contó, y Dick lo abrazó. Él siempre está aquí, con sus fuertes brazos, que lo protegen de ese agujero que se lo quiere llevar. Lo besa, le habla con palabras dulces y siempre apropiadas, lo hace comer, y sabe cómo hacerlo dormir. Otra noche sin dormir.

Aún era temprano, tuvo tiempo de desayunar. Antes de ir al despacho le dijo a su jefe y amigo Dan Denver que necesitaba unas vacaciones. Se sentía fatigado, así que tomó tres semanas, para irse, según él, a un crucero por el Caribe. Era la primera vez que mentía a su mejor amigo. Se conocieron en la universidad, cuando ambos compartieron habitación en el campus. Allí nació una gran amistad, que todavía perduraba. Cuando Dan Denver fue elegido fiscal general d Nueva York, le pidió a él que fuera su ayudante, y así fue hasta ahora. Siempre a su lado, siempre su mano derecha. Pero, a pesar d su amistad, nunca se atrevió a confesarle a su amigo su tendencia homosexual. Quizá por miedo a que éste lo rechazara. La familia de Denver también sentía un gran aprecio por él, aprecio al que Dick correspondía del mismo modo.

El despacho de Dick estaba en la décima planta del edificio Lincoln en el East Side. Desde sus grandes ventanas se podía ver Central Park. Su secretaria, una mujer de unos treinta años con pelo corto y moreno, estaba despachando la correspondencia atrasada de las últimas tres semanas.

...y por último, el señor Denver dijo que vendría a recogerlo para ir a almorzar.

-Bien ¿a qué hora? -la chica miró la agenda.

-A las doce en punto -miró su reloj-. Sólo faltan cinco minutos señor.

-Gracias, Rose. Es todo de momento. Cancela todas mis citas para esta tarde.

-¡Pero, señor Channeng!, tiene una cita a las cinco con el fiscal del distrito.

-Pues anúlala, hoy estoy ocupado. No me comprometas la agenda. Hasta dentro de una semana, no estaré ninguna tarde.

-Muy bien, señor, ¿qué hago con el almuerzo del señor Denver?

-No he dicho que anules los almuerzos, sólo las tardes.

-Así lo haré, aunque el fiscal Reno se enfadará. Es la tercera vez que le cancelo la cita.

-Sé buena chica, busca una excusa.

-Ya veremos qué le digo. ¡El señor Denver! -le anunció Rose.

-Dick, viejo truhán, ¿cómo te ha ido? -se dieron un efusivo apretón de manos-, no estás muy moreno, ¿qué pasa?, ¿te ligaste a alguien y estuviste todo el crucero en el camarote?

-Más o menos, ¿cómo te va, Dan?

-esperando que llegaras de una vez. No vuelvas a dejarme colgado.

-perdona, Dan. Sé que fue algo precipitado, pero se presentó asíLo cierto es que necesitaba estos días.

-Te lo merecías, la campaña ha sido muy dura. Pero si quieres que te diga lo que pienso, parece más que hayas estado en una batalla campal que en unas vacaciones, estás ojeroso.

-¡El amor!, querido amigo. El amor apenas me ha dejado dormir.

-Eres un viejo zorro. ¿Qué te parece si vamos a comer? He reservado una mesa en en el Hamilton. Tenemos que hablar.

-Cuandoquieras -le cedió el paso.

-Detrás de ti, como siempre.

-Tú nunca estás detrás de mí, Dick, siempre a mi lado. Tenlo presente.

-Era una manera de hablar -dijo.

El Hamilton estaba en la Quinta Avenida. A pesar de su nombre servían exquisita cocina francesa, con camareros muy bien parecidos y diestros en el oficio. El comedor era espacioso, de ladrillo y madera natural, aliviado por paneles de moqueta. El fiscal y su ayudante habían terminado de comer y un camarero les servía café.

-¿Cómo vamos a llevar el caso? -preguntó Dick.

-Había pensado en buscar un señuelo. Franciosa no podrá resistirse.

-Dan, Franciosa no será tan estúpido como para caer en una trampa tan tonta.

-Por ese motivo, Dick, ¿no lo comprendes? Es tan simple, que Franciosa caerá de cuatro patas.

-Sí, puede que tengas razón, ¿quién será el cebo?

-He pensado en Léster, ¿qué opinas?

-¿Léster? -frunció el ceño-, sí definitivamente, creo que servirá.

-Estupendo, ahora que tenemos el tema resuelto, vamos a otro asunto.

-¿Qué otro asunto?

-Dick, nos conocemos hace años y no me engañas. A ti te ocurre algo, te marchas precipitadamente, según tú, a un crucero, pero cuando regresas no hay ni por asomo un poco de bronceado en tu piel. Tus ojeras te llegan hasta los pies. No te creo que hayas estado toda la travesía encerrado en tu camarote, ¡por muy bien que estuviera la chica!, ¿qué pasa Dick?

-Dan, ¿eres mi amigo?

-Tú ya lo sabes.

-Entonces, como amigo, te ruego que no me preguntes, en este momento no te lo puedo explicar. Es cierto, no he ido a ningún crucero y te pido perdón por esa mentira. Sólo te diré que una persona muy importante en mi vida necesitaba mi ayuda y fui a dársela.

-Respeto tu intimidad, pero en otra ocasión sé sincero conmigo, ¿está bien, socio?

-Sí, lamento haberte engañado, pero entonces no se me ocurrió otra cosa -Dick miró su reloj. Faltaban cinco minutos para las tres. Sacó de su billetera una tarjeta de American Express y el camarero recogió la bandeja con el ticket y la tarjeta. Dos minutos después regresó con ella. Dick firmó el comprobante-. Debo marcharme, estos días estaré ocupado por las tardes, así que no cuentes conmigo

-ambos hombres se levantaron.

-De acuerdo, aunque espero que me expliques todo este misterio.

-Sí, lo haré, descuida.

-Voy hacia Madison Square, ¿te llevo?

-No, gracias. No voy ahora a casa. Tengo que hacer una visita, nos vemos mañana

-se despidieron a la puerta del Hamilton y Dick tomó un taxi.

-¿Adonde, señor?

-Lléveme a la calle Leroy, Hotel Princes.

-En seguida, señor.

La habitación era pequeña y muy limpia. A través de la ventana se podía ver el mar. Dick convenció a Juli de que se cambiara de hotel. El ambiente del anterior no le gustaba. Este barrio estaba cerca del puerto, pero era más tranquilo, su gente trabajaba en el puerto.

-¿Cómo te encuentras, Juli? -la muchacha estaba sentada llevando puesta una bata entreabierta que dejaba ver un camisón largo de algodón, en tonos rosa y celeste.

-Bien, pero dígame antes, ¿cómo está Matt?

-Lo peor ya ha pasado. Le dejé esta mañana durmiendo, no creo que despierte antes de las seis.

-No sé cómo agradecerle lo que ha hecho por nosotros, por Matt.

-No tienes que agradecer nada, ¿te ha visto el médico?

-Sí, esta mañana. Dice que siga teniendo reposo. ¿Cuándo podré verlo?

-Juli, creo que será mejor que de momento no lo veas. Él no está preparado y aún está con el síndrome de abstinencia. Dame unas semanas más, no quiero que Matt salga a la calle todavía. Volvería a recaer y yo todavía no le he dicho que esperas un bebé. No está preparado para recibir la noticia. Ahora lo importante es que tú tengas reposo y Matt supere su adicción a la heroína y el alcohol.

¿Cómo estás de dinero?

-¡Oh!, bien. Tengo en el banco lo que me dio Matt y aún me queda el que me dio usted el lunes.

-¿No necesitas más?

-No de verdad, gracias.

-Bien, entonces, me marchó. Dejé a Matt esta mañana y no quiero que despierte y no me encuentre. Vendré a verte dentro de tres días. Si necesitas algo no dudes en llamarme.

-Lo haré. De nuevo, gracias.

-Cuídate y cuida a ese bebé.

Matt estaba solo cuando despertó, pero ¿no importa? pensó. ¿Dick, ¿por qué haces todo esto por mí? No lo merezco. Como siempre, hago daño a las personas que me quieren. Papá, mamá, después Steve y ahora tú, Dick. Eres dulce, amable, fuerte, no merezco tu amor, ni el de nadie?, y se durmió de nuevo.

Dick llegó a su casa de Madison Square cerca de las seis de la tarde. Abrió la puerta de la habitación donde dormía Matt, intentando no hacer ruido.

-¿Eres tú, Dick?

-Perdona, no quería despertarte.

-No pasa nada, ¿qué hora es?

-Pasan unos minutos de las seis, ¿cómo te encuentras? -se acercó y se sentó al borde de la cama.

-Ahora, bien, gracias a tí, sólo que tengo sed.

-Te traeré un vaso de agua.

-No, espera. No te vayas todavía, ¿por qué haces todo esto? por mí?

-¿No lo sabes ya? Te quiero.

-¡Pero, Dick! Soy un culero, no valgo ningún esfuerzo que hagas por mí, ¿cómo puedes querer a un tipo como yo? No sabes quién soy...

-Sé lo suficiente. Eres un hombre tierno, delicado, posees mucha sensibilidad, aunque lo intentas

disimular bajo esa máscara de heroína y alcohol que te has puesto. Intentas esconder tu vida interior, ocultas el daño que alguien te ha hecho y te niegas a aceptarlo, pero tu ¿yo? te traiciona y grita, y sale de ti intentando pedir ayuda. Ése es el hombre al que yo amo, el hombre que tú te empeñas en esconder, ¡te amo, Matt!, y todo lo demás no importa.

-Yo no soy así, Dick. Sólo soy un desgraciado que lo único que ha hecho en su vida es herir a las personas y dejar que me coja cualquiera que tenga dinero para pagarme. Mereces a una persona que te corresponda, alguien mejor que yo, no a un toxicómano borracho.

-¡Shhh! Calla -le tapó la boca con la mano-, no digas nada.

-Tengo tanto miedo, Dick. Tengo miedo de vivir, miedo de enfrentarme a la vida, no creo que pueda.

-No tengas miedo Matt, yo estoy a tu lado, yo te ayudaré a recuperar tu vida, lo conseguirás.

-Pero tengo tanta necesidad de la heroína.

-No pienses en ello, lo peor ya ha pasado. Ahora queda lo más fácil. Te quiero, Matt, y no dejaré que naufragues de nuevo -Matt se abrazó a él y los fuertes brazos de Dick rodearon su cuerpo agitado, en espera de una nueva y larga noche.

## CAPÍTULO 27

-Señor, si no me necesita me iré a casa.

-No Rose, que pases una Feliz Navidad.

-Gracias, igualmente.

Dick se levantó de su escritorio y miró a través de la ventana. La nieve caída la noche anterior había cubierto totalmente el parque. El cielo estaba blanco, presagio de que volvería a nevar. Le gustaba ver caer la nieve, le recordaba cuando era niño, salía a la calle, y junto a sus amigos hacían un gran muñeco de nieve, que luego destrozaban, lanzando bolas de nieve. En aquella época su familia no tenía dinero. Su padre trabajaba como conductor del metro y su madre era secretaria en una pequeña compañía de licores. Vivían en una casa pequeña pero confortable en el Soho. Su padre se esforzó para que él pudiera ir a la universidad, así que estudió duro, para que su padre se sintiera orgulloso de él. Fue el segundo de su generación. Cuando se graduó, los más prestigiosos bufetes de la ciudad se lo disputaron, y así, él escogió entrar a trabajar en uno de los más importantes bufetes de Manhattan. Lo primero que hizo cuando ganó lo suficiente, fue comprar una casa a sus padres en las afueras de la ciudad. Su padre se sentía orgulloso de él. Siempre que podía sacaba a relucir que su hijo era el mejor abogado de New York, y él era feliz porque sus padres también lo eran. Años más tarde, cuando Dick les regaló para su aniversario de bodas aquel viaje para la vieja Europa, él se sintió dichoso de ver que sus padres por primera vez harían el viaje de sus sueños y su madre no dejaba de hablar de lo que haría cuando llegase a Venecia.

Dick los fue a esperar al aeropuerto. Miraba desde la terraza la llegada de los aviones. Por los altavoces, informaron de que el vuelo procedente de París acababa de sufrir un accidente; las personas que desearan más información podían pasar por el mostrador de atención al pasajero. No hubo supervivientes. Dick se sintió morir. Fue él quien les regaló el viaje, fue él quien llevó a sus padres a la muerte. De no ser por su amigo Dan, que lo convenció de que todo era causa del destino, hubiera enloquecido. La amistad y el cariño que le dio la familia de Dan le ayudó a superar la pena y el dolor por la muerte de sus padres, y como todos los años en estas fechas, Dick viajaba hasta San Francisco para pasar las Navidades con la familia Denver, que lo acogió como a un hijo más.

-¿Dick? ¿Dick?

-¡Oh! Dan, perdona. Estaba distraído, no te he oído llegar.



-¿Estás listo?

-Sí, Dan, podemos marcharnos cuando quieras.

-Estupendo, el avión sale dentro de una hora.

Dick apagó la pantalla de la computadora, tomó el teléfono y marcó un número. No habló, colgó después de escuchar.

-Comprobaba si tenía algún mensaje en casa -le informó, y ambos hombres salieron del despacho.

Todos los años, la Navidad se celebraba en casa de Matt Denver. Allí se reunían todas las familias, Johnnie y su esposa Debby, Mike y Scarlett con su hija Linda, que se había convertido en una bella jovencita de diecinueve años, Dan quien, junto con Dick, llegaban siempre el día de Noche Buena, y por supuesto Hellen y Matt, junto a su hijo menor, David, que nació al año siguiente de que Mathew fuese enviado a Black Island.

Todos estaban en el salón tomando café, excepto David y Linda que se encontraban en el jardín haciendo un gran muñeco de nieve. Era la primera vez en trece años que nevaba y estaban locos de alegría.

-¿Cuándo piensan ir a New York, papá? -preguntó Dan.

-El 25, estaremos dos días y después iremos a Boston.

-Me alegro de que hayas decidido acompañarlo, mamá -Hellen permanecía tomada del brazo de su marido.

-Sí, hacía tiempo que no salías. Eso te sentará bien querida.

- No sé cómo me he dejado convencer. Tú vas por cuestión de trabajo, voy a estar sola todo el tiempo.

-No, señora Denver, tendré mucho gusto en acompañarla en su estancia en New York.

-Dick, eres un verdadero encanto. Si no fuera por ti..., estos hombres sólo piensan en juicios y arrestos.

-La entiendo, hace diez años que trabajo con Dan y para él sólo existe el código penal.

-Deben ser los genes -dijo Scarlett, que se había unido al grupo.

-No sé por qué hablas tanto Dick, tú no eres precisamente el hombre más divertido del mundo. Apenas sales, no se te conocen romances... Yo por lo menos salgo de vez en cuando con alguna mujer. Tú careces de vida social.

-Discreto, querido amigo, soy discreto. No me gusta salir en la prensa amarillista.

-Sea como sea -interrumpió Hellen-, lo cierto es que la mayoría de los abogados son unos aburridos. Todavía recuerdo cuando Dan era divertido y contaba chistes.

Salía todas las noches con mujeres. Ahora es más serio que su padre.

-Hellen, cariño, no es para tanto.

-¿Que no?, a ver, cuéntanos un chiste.

-¿Un chiste?, no sé, no se me ocurre ninguno.

-No, Matt, ni ahora ni nunca; no sabes.

-Saben aquel de un juez... -Johnnie se unió a la conversación.

El mes de enero es muy frío en New York y Central Park estaba semidesierto. Matt tenía la costumbre, después de salir del trabajo, de sentarse en un banco cercano al lago. Su aspecto había mejorado notablemente, sus ojos ya no despedían fuego; había conseguido dejar la heroína y el alcohol, gracias a Dick, que le había conseguido un trabajo en un almacén de embalaje, y un pequeño apartamento cerca del almacén, en Upper West Side, calle Ochenta y tres. Juli, tal como le recomendó el médico, estaba en cama, haciendo reposo. El bebé venía bien, pero ella estaba débil. Faltaban cuatro meses para que naciera la pequeña.

Él se sentía feliz, pues, por primera vez, tendría algo suyo, algo realmente suyo. Cuando Dick le

contó que Juli estaba embarazada, al principio no lo creyó y después sintió temor, pero cuando, por fin, vio que su recuperación era real, sintió alegría. Dick comprobó como el hombre al que amaba se alejaba de su vida, ya que, desde que Matt dejó la droga, no habían mantenido relaciones sexuales, cosa que ya suponía Dick antes de ayudarlo a recuperarse. Aun así, lo amaba demasiado y no importaba. Prefirió que Matt lo considerase su amigo antes que perderlo del todo.

Matt extendió su bastón. El aire helado lo hizo estremecer, se levantó y se dirigió a la salida del parque. Un hombre de pelo moreno y complexión recia se acercó a él. Sus ojos negros indicaban sorpresa. Se paró a unos tres metros de él.

-¿Mathew? ¿Eres tú Mathew Denver? -Matt se turbó cuando oyó el nombre. Hacía mucho tiempo que nadie lo llamaba por su nombre completo; ni tan sólo Dick conocía su verdadero apellido, ya que utilizaba el de soltera de su madre, Foster-. ¿No eres tú Mathew Denver? -se acercó a él.

-Me... me temo que se confunde -dijo aturdido.

-¡No! ¡Eres Mathew! ¿No recuerdas mi voz? Soy Albert Heston, vivíamos en San Francisco.

-¿Albert? -dudó unos instantes-, sí, éramos amigos, te recuerdo.

-No pensé que te encontraría en esta ciudad -le extendió la mano.

-Vivo aquí, ¿y tú? Pensaba que vivías en Europa.

-Sí, vivo en Londres, de hecho estoy de visita, ¡chico! ¿Qué pasó? Perdimos el contacto.

-¿No lo sabes?

-¿Saber qué?

-Es igual, olvídalo.

-No, Matt, dime, ¿qué es lo que debería saber?

-Nada, ahora iba para casa.

-¿Qué te parece si vamos a tomar una copa y hablamos?

-Verás, Albert..., estoy recuperándome, soy alcohólico.

-Lo siento, podemos ir a aquella terraza y tomar un café.

-Como quieras.

Entraron en una cafetería, la terraza estaba cubierta por una lona blanca.

Pidieron dos cafés.

-¿Qué te ha pasado, Mathew?

-Me sorprende que no lo sepas, salió en todos los periódicos.

-Estaba en Europa, ¿recuerdas?

-Sí, claro. Me acusaron de violación y me condenaron a diez años en prisión.

Ahora vivo y trabajo aquí.

-¡Me tomas el pelo!, ¿no es cierto? Eras uno de los mejores abogados.

-¿Crees que te engaño? No soy abogado, trabajo en un almacén empaquetando libros.

-¡No te lo puedo creer! -sus ojos incrédulos no daban crédito a lo que oían sus oídos-, tú no puedes haber violado a nadie.

-Han pasado muchos años, no me conoces, no somos los mismos, hemos cambiado.

-Puede que hayan pasado muchos años, pero sí que conozco al hombre que estudió conmigo hace veinte años, y ese hombre no violaba a nadie.

-¡Pues ya lo ves! Yo lo hice.

-¡Estarías enfermo!

-Eso dijo mi abogado. ¿Por qué has venido a América?

-La próxima semana hay un congreso de abogados en Boston, así que he decidido pasarme antes por aquí para ver a antiguos amigos. Por cierto, esta noche cenaré con tu hermano y tus padres, ¿irás tú también?

-¿Mis padres están aquí? -se turbó de nuevo.

-Sí, ¿no lo sabías?

-No, desde que salí de la prisión, no he vuelto a saber nada de ellos.

-No sabía que te fuera tan mal con tu familia.

-Albert, por favor no les digas que me has visto.

-Pero ¿por qué? Después de tanto tiempo se alegrarán de saber de ti.

-¡No! -gritó-, no deben saber que estoy aquí. Prométeme que no les dirás nada, ¡por favor!

-Pero, si Dan supiera que tú...

-¡No! A él menos, fue él quien me envió a prisión, me odia.

-Mathew, creo que exageras.

-No, prométeme que no le dirás a nadie que me has visto, prométemelo por nuestra antigua amistad.

-Está bien, si es tan importante para ti, te lo prometo. Nadie sabrá que te he visto.

-Gracias..., gracias, Albert. Ahora, si me disculpas, tengo que irme. Vivo con una mujer, y si me retraso pensará que me ha pasado algo, o peor, que estoy bebiendo.

-¿Te has casado, Mathew?

-No, todavía no. Sólo vivo con ella. Esperamos un bebé. ¿Te has casado?

-Sí, me casé con la hija del jefe, ¡el mejor modo de subir el escalafón! No, bromas aparte, me casé hace diez años con la hija del socio principal del bufete. No ha querido acompañarme, no le gusta viajar.

-¿Tienes hijos?

-No.

-Lo siento.

-No importa, no pierdo la esperanza

salieron del local,

-¿quieres que te lleve?

-No, gracias, vivo aquí cerca.

-Mathew, me alegro mucho de verte, aunque lamento lo sucedido. ¿Necesitas ayuda?, quiero decir..., ¿necesitas dinero?

-¿Tan mal me ves que quieres darme caridad?

-No, perdona, sólo que pensé que tal vez necesitarías un préstamo.

-No te preocupes, mi orgullo de universidad ha desaparecido, pero de todas formas, gracias. No necesito dinero, te lo agradezco.

-Si necesitas algo estoy alojado en el...

-¡No!, será mejor que olvides que me has visto.

-¿Olvidar? ¡Nunca! Fuiste mi mejor amigo durante mucho tiempo, eso no se puede olvidar.

-Por favor, no menciones que me has visto.

-Descuida, nadie lo sabrá por mí. Cuídate -ambos hombres se dieron un abrazo.

Matt se encaminó hacia su casa. Su cabeza no dejaba de dar vueltas a lo que le había dicho Albert. Sus padres estaban en la ciudad, lo que quería decir que su madre estaba a pocos kilómetros de distancia. ¿Sería tan fácil poder hablar con ella pensó, pero no, no debía dejar que ella lo viera?. Aunque ya se encontraba mejor, su aspecto todavía era de un hombre con problemas de drogas. Estaba seguro de que Albert se dio cuenta, pero no dijo nada por educación. No debía permitir que su madre supiera que era un toxicómano. De pronto, sintió una fuerte necesidad de beber. Se contuvo, debía pensar en otra cosa, sí, ahora estaba el bebé. No quería que su hija tuviera un padre borracho. Empezó a caminar más aprisa. A los pocos minutos llegó al apartamento. Juli estaba sentada cerca de la ventana.

-¡Por fin, pelirrojo! -dijo suspirando-, estaba preocupada.

-Entonces tranquilízate, cariño, estoy bien. Sólo que un poco retrasado -se le acercó y la besó en la frente-. Encontré a un amigo, me entretuvo. ¿Cómo te encuentras?

-Bien, algo cansada, pero me encuentro bien.

-Deberías estar en la cama.

-Sí, ya lo sé, pero me acabo de levantar, estaba nerviosa. ¿No has bebido, verdad?

-No, claro que no. Acuéstate y descansa.

Al día siguiente, después de salir del trabajo, y como le dijo a Juli, se dirigió a Madison Square para visitar a su amigo. Estaba nervioso. La noche anterior no pudo dormir; el saber que sus padres estaban en la ciudad le había alterado. Necesitaba saber dónde estaban, necesitaba poder oír sus voces, oler el perfume de ambos, sentir su presencia. Tenía que averiguar como fuera en qué hotel se alojaban. Se lo tenía que sacar a Dick, sin que sospechara que él era el hijo de Matt Denver.

-Te veo pensativo, Albert. Desde ayer, pareces haber visto fantasmas -dijo Dick.

-Perdona, chico, pero es que ayer me encontré con un amigo de universidad y me dejó helado. ¡Oye! Tú conocías a Mathew, ¿verdad?

-¿Mathew qué?

-Mathew Denver, el hermano de Dan.

-No, nunca lo llegué a conocer, ¿por qué?

-Verás, ayer le pregunté a Dan por su hermano. Me extrañó que no estuviera aquí para ir a la convención y no quiso contestar. Pareció molestarle la pregunta, sobre todo a Mike.

-El hermano de Dan es tema tabú.

-¿Qué quieres decir?

-Dan y su familia nunca lo mencionan, así que yo paso del tema, ¿por qué te interesa?

-Mathew era amigo mío, muy buen amigo. Cuando llegué a San Francisco, no conocía a nadie. Tú ya sabes lo que es entrar en la universidad por mediación de una beca. ¡Chico, no te puedes imaginar cómo era esa universidad! Todos, niños de papá, así que no era fácil para un chico de la Cocina del Infierno ser aceptado por todos esos niños bien. Mathew fue el único que en mi primer año de clases me ofreció su amistad. Gracias a él, los demás me aceptaron. Cuando terminé la carrera, tú ya lo sabes, me trasladé a Londres. Allí continuamos manteniendo el contacto hasta que un día dejó de comunicarse conmigo. Su línea privada de Internet fue cancelada.

-Si quieres que te diga la verdad, no conozco muy bien cómo fue la cosa, en su casa nadie habla de ello. Dan tampoco ha querido nunca contarme nada. Lo cierto es que cuando Dan y yo estudiábamos en Harvard parecía estar muy unido a su hermano. Siempre me contaba sus proezas.

-Si lo hubieras conocido habrías podido comprobar que efectivamente era un hombre especial. Casi todo lo que hacía era perfecto, amigo de sus amigos, siempre ahí, dispuesto a ayudar a cualquiera que se lo pidiera, intentando superarse a sí mismo.

-No debería ser tan perfecto cuando años más tarde se descubrió que tenía por su sobrina un cariño muy especial.

-¿Muy especial? ¿Qué quieres decir?

-Ya me entiendes lo que quiero decir, le gustaba besarla, tocarla, todo eso.

-No sé lo que pretendes decirme.

-Ese tipo que todo el mundo decía que era tan perfecto, abusó y violó a una niña de seis años.

-¿Qué? ¿Mathew? Imposible, no lo conoces. Nunca habría hecho daño a nadie y menos a una niña.

-¡No, si daño no hacía! -exclamó sarcásticamente-. La niña contó a sus padres cómo su tío la tocaba y besaba cuando se quedaba a solas con ella.

-¡Es imposible! No lo creo.

-¿No sé por qué te cuesta creerlo? Después de todo, tú te marchaste y su familia, que lo conocía

mejor, lo consideró culpable. Mathew fue juzgado y condenado.

-¿Dónde fue llevado?

-No lo sé, sólo sé que fue condenado a una prisión a trabajos forzados.

-¿Trabajos forzados? Pero, ¿cómo pudieron enviar a Mathew a trabajos forzados?

-Y ¿por qué no?

-¿Cómo es que su padre permitió tal cosa?

-No lo creyó inocente. No lo defendió.

-¡No! Yo conocía muy bien a Mathew. Él era incapaz de hacer algo así, sólo se me ocurre que se volviera loco, y aun así, me cuesta creerlo.

-Creo que su abogado argumentó enajenación temporal. Eso lo salvó de una pena mayor.

-Pero, aunque fuera cierto, ¿por qué lo enviaron a trabajos forzados? Él no podía...

220

María Teresa Colominas

DONDE LOS ÁNGELES NO DUERMEN

Donde Los Ángeles No Duermen María Teresa Colominas © 1999 PAPA EDICIONES Art, 88

221

-Y ¿por qué no? ¿Es que las personas importantes no pueden ser condenadas a trabajos forzados?

-¿Quizá tú te puedes imaginar a un hombre ciego haciendo carreteras?

-¿Qué quieres decir, un hombre ciego? -preguntó confundido.

-Mathew es..., era ciego, ¿no lo sabías?

-No, Dan nunca comentó que su hermano fuera ciego -el desconcierto aumentó.

-Dan tenía esa costumbre, no mencionaba el detalle. Nunca tratamos a Mathew como a un minusválido. Se desenvolvía tan bien que pasaba muchas veces desapercibido.

Por eso Dan, en la universidad, te hablaba de las ?proezas? de su hermano. Todo era excepcional para un ciego.

-¡Dios mío! -Dick se dejó caer en el sofá.

-¿Qué te ocurre Dick? ¿Te encuentras mal? Te has quedado pálido -preguntó alarmado.

-Pero, pero, el hermano de Dan... ¿no era su gemelo?

-Sí, ¿por qué lo preguntas?

-Si son gemelos, eso quiere decir que son muy parecidos físicamente, ¿no?

-No necesariamente. Mathew y Dan no se parecían en nada.

-¿Cómo era Mathew? ¿Cómo era físicamente?

-Se parece a su padre. Pelirrojo, ojos azules, alto. Pero ¿por qué me lo preguntas?

-Ahora entiendo, ¡Dios!

-Pero ¿qué te pasa? ¿Estás enfermo? ¿Aviso a un médico?

-No, no, estoy bien -contestó Dick. En aquel instante llamaron a la puerta.

-Voy a abrir -dijo Albert.

-No, déjalo, ya voy yo. Estoy esperando a alguien -Dick se levantó totalmente desconcertado, salió de la biblioteca cerrando la puerta tras él. Miró a través de la puerta apartando un poco los visillos, abrió al ver la figura de su desconcertante amigo.

-¿Matt? -se le quedó mirando como si no lo conociera.

-Dick, ¿ocurre algo?

-Ven -lo tomó del brazo y lo empujó hasta su despacho-. ¿Quién eres?

-¿Quién soy? ¿A qué viene esa pregunta? Ya sabes quién soy -dijo sorprendido.

-No, Matt. Quiero decir..., creo..., creo que no te conozco, ¿quién eres tú?

¿Cuál es tu verdadero nombre?

-Ya lo sabes, Matt Foster.

-¿Foster? ¿Ése es realmente tu nombre?

-No te entiendo, ¿qué te pasa? -preguntó, aún más sorprendido.

-¿No es ese el apellido de soltera de tu madre, Mellen Foster?

-¿No sé qué quieres decir? -Matt estaba completamente aturdido.

-Eres Mathew Denver, el hijo de Matt Denver.

-¡No! ¿Cómo..., cómo puedes decir eso? ¿De dónde has sacado esa tontería?

-¿Cómo no me di cuenta antes? ¡Pero qué idiota soy! ¡Pero si te pareces a tu padre! Ahora comprendo aquella noche cuando te mencioné al fiscal, no huíste por temor a él, te marchaste porque mencioné a tu hermano. ¡Dios Santo, Matt! ¿Por qué no me dijiste la verdad? ¿Por qué no me dijiste quién eras en realidad?

-Yo..., yo no soy...

-Calla, cállate, Matt. Siempre con mentiras, maldita sea, Matt. ¿Por qué no me dijiste que eras el hijo de Denver? ¿Por qué? ¿Me dijiste que mataste a un hombre? Toda tu vida es una mentira -le dijo gritando.

-No, Dick, perdona, cuando supe que eras amigo de Dan me asusté. Él me odia, tuve miedo y huí. Luego, cuando me encontraste Y me preguntaste, pensé que si te decía la verdad se lo dirías a mi hermano y éste me enviaría de nuevo a prisión.

Tenía miedo Dick, tenía miedo de que me rechazaras y que le dijeras a mi hermano lo que era.

-¡Me he acostado con el hermano de mi mejor amigo! ¡No lo Puedo creer!

-¿Cómo te has enterado? -preguntó en un susurro.

-Casualidad, en la biblioteca hay alguien que fue amigo tuyo.

-¿Albert?

-Sí, ¿cómo lo sabes?

-Me lo encontré ayer, él te ha dicho que me vio.

-¡No! No me ha dicho que te viera, sólo me preguntó por lo que le pasó a Mathew Denver, y cuando mencionó que era ciego te relacioné y me di cuenta de que hablaba del mismo hombre que había sido mi amante.

-Yo, yo, lo siento Dick, de verdad lo siento -Matt empezó a retroceder y tropezó con una silla que cayó al suelo.

-Matt, espera, espera, no quería..., no pretendía... -Dick se dio cuenta de que Matt se estaba hundiendo e intentó calmarlo-, perdóname tú a mí -se abrazó a él, que se había arrodillado-, no tenía derecho de hablarte así. Lo siento, pero el saber que eres el hermano de Dan me ha dejado aturdido, perdóname Matt, perdóname -y Matt comenzó a llorar como un niño.

Después de lograr que se calmara, Dick le pidió que lo esperara en el despacho.

Hacía más de media hora que había dejado solo a su invitado y tenía que disculparse.

-Perdona, Albert.

-¿Ocurre algo?

-Un amigo tiene problemas y tengo que ayudarlo, así que no podré acompañarte, me disculpas, ¿verdad?

-Por supuesto, no hay problema.

-Disculpa que no te lo presente, pero está muy nervioso.

-No te preocupes, lo comprendo. Será mejor que me marche o se hará tarde, pero dime, ¿tú te encuentras bien? Antes me dejaste preocupado.

-Lo siento, disculpa, no fue nada. Olvídalo.

-De acuerdo, amigo, nos vemos mañana.

-Adiós, Albert, y disculpa de nuevo.

Dick llevó a Matt a la biblioteca cuando Albert hubo marchado.

-Bien, Matt, ¿cómo te encuentras ahora?

-Bien, de verdad.

-Cuando me llamaste parecías nervioso, ¿has vuelto a beber.

-No, no es eso, te llamé porque necesitaba que me ayudaras, aunque ahora ya no importa.

-Explícate, ¡Dios Santo, eres el hijo de Denver! -exclamó de pronto-. Perdona, Matt, ¿qué querías?

-Ayer, cuando me encontré con Albert, me dijo que mis padres están aquí en la ciudad.

-Así es.

-¿Dónde?

-En casa de Dan.

-No sé dónde vive -le informo.

-¿Piensas ir a verlos?

-¿Qué? No, claro que no..., no puedo, sólo es que... -se detuvo.

-¿Por qué no puedes?

-Sabes lo que soy, cómo quieres que me presente ante ellos. Sólo quería oír sus voces, aunque fuera de lejos. Volver a oír la dulce voz de mi madre, recordar la fuerte personalidad de mi padre, sentir de nuevo su presencia, sus consejos.

Sólo quiero volverlos a recordar, aunque tenga que hacerlo a escondidas, porque Dick, mi mente está olvidando sus voces, sus aromas; ya no recuerdo ni el tono de sus voces.

-Te llevaré...

-No, no quiero que me vean, violé a una niña, nunca me lo perdonarán.

-Matt, ¿de verdad violaste a una niña? Me cuesta creerlo.

-¿No fui condenado por ello?

-Que alguien sea condenado, por desgracia, no significa que sea culpable. No te imagino abusando de una niña, ¿por qué no me cuentas tu versión de los hechos?

-No hay ninguna versión, lo que se dijo, sucedió.

-Matt, no me convences, te acusaron, se dijo, ella dijo, pero..., y tú, ¿qué dices?

-No puedo decir nada, porque no lo recuerdo.

-¿Me estás diciendo que no recuerdas nada de lo que pasó?

-Si todo el mundo coincide en que abusé de..., de Linda, lo más razonable es que ellos tengan razón. Mi abogado dijo que sufría una especie de locura temporal y después olvidaba lo ocurrido - Dick lo miró desconcertado, seguía sin creer que Matt hubiera podido abusar de una menor.

-Matt, deberías ver a tu padre, hablar con él.

-No, él no quiere verme, no me quiere.

-¿Cómo lo sabes? Han pasado muchos años. Tú has cumplido tu condena con creces.

Estoy seguro de que tu padre querrá saber de ti.

-No, no puedo. Soy un culero de mierda, que además es toxicómano y alcohólico, ¿crees que un padre se alegraría de ver a un hijo así?

-Matt, todo eso ya lo has dejado atrás. Estás casi recuperado, estoy seguro de que tu padre te volverá a abrir sus brazos; inténtalo.

-Para ti es muy fácil decirlo, pero yo violé a su nieta y eso no se perdona.

-No conoces a tu padre, él cree en la reinserción de las personas. Si da otra oportunidad a un desconocido, ¿por qué no se la va a dar a su propio hijo?

-Porque su hijo hizo algo que no se puede perdonar, y porque no quiero que sepan lo que soy, lo que he sido. Si me amas, no les dirás que me conoces, no les mencionarás que vivo aquí. Lo más seguro es que me crean muerto, y es lo mejor.

-No creo, ni por un momento, que tu padre piense que estás muerto, pero aunque fuera así, no piensas en tu madre, ¿qué me dices de ella?

-¿Qué pasa con mi madre?

-Tu madre sufre, y eso sí que lo sé bien. En una ocasión me dijo que daría la vida por saber de ti.

No podía soportar la idea de.

-¿No podía soportar qué?

-Tu madre está enferma. Me dijo que no podía soportar la idea de morir sin antes verte o sólo saber de ti.

-¿Mi madre está enferma? ¿Qué tiene?

-Lo siento, no te lo quería decir. Sólo lo sabe la familia. Pero ella tiene cáncer de pleura, los médicos no dan muchas esperanzas.

-¡Noo! -un grito escalofriante salió de la boca de Matt. Dick lo abrazó.

-Lo siento, Matt, lo siento. Pero creo que tenías que saberlo. No dejes que tu madre muera sin saber de ti, no es justo.

-Mamá, mamá -sollozaba-. Pero Dick, no puedo dejar que me vea así, alcohólico, drogadicto...

-Matt, si tú no le dices nada, ella no tiene por qué saberlo, y tu aspecto ha mejorado mucho. Matt, no dejes que siga sufriendo sin saber si estás vivo o muerto. Si no quieres, no veas a tu padre, pero ella..., ella necesita saber de ti, te quiere.

-¿Cómo puedo encontrarme con ella? -preguntó secándose las lágrimas que corrían por su cara.

-Creo que puedo arreglarlo. Mañana tengo que acompañarla a una exposición, entonces se lo diré, le diré que estás vivo y que quieres verla. La traeré aquí.

-Pero ella verá..., notará mi estado. Todavía se me notan las huellas que han dejado en mí las drogas y el alcohol. Además están mis manos, verá estas marcas y, ¿qué le diré?

-No te preocupes, esas marcas sólo las conocen los que se mueven en ese ambiente. Puede que todavía tengas ojeras pero con unas gafas oscuras o, simplemente, diciendo que has pasado una mala noche, no se dará cuenta.

-Estoy excesivamente delgado.

-Es cierto, pero eso no te ha de preocupar.

-¿Qué le diré cuando me pregunte por mi vida?

-La verdad, dile que trabajas en un almacén, que vives con una mujer, que vas a tener una niña.

-¡No, eso no! No quiero que sepa que vivo con alguien. Querrá conocerla, y al ver que es mucho más joven que yo pensará que no he cambiado, que sigo siendo un perverso.

-Pero, ¿qué tontería dices? Juli es mayor de edad.

-Juli es una niña.

-No, Matt. Juli estaba en la calle desde los catorce años. Tú sólo la recogiste y la sacaste de allí. No es ninguna niña, ella te ofreció amor y tú lo aceptaste. Y eso ocurrió cuando ella ya tenía diecinueve años. No es ninguna niña, es una mujer.

-Da igual, no quiero que mi madre sepa que vivo con una mujer, y mucho menos que va a tener un bebé mío.

-Bueno, como prefieras -Dick cambió su voz a un tono tierno-. No quiero que todo esto te afecte. Ahora ya estás casi recuperado. Prométeme que no te hundirás, que no dejarás que te invada la depresión.

-Te lo prometo, Dick. Ahora que ya te he contado la verdad sobre mí, me siento mejor.

-Te acompañaré a casa.

-¿No te fías de mí?

-No es eso, me apetece salir y deseo saludar a Juli.



Hellen Denver esperaba en la sala del apartamento la llegada de Dick, que le prometió acompañarla a una exposición de pintura en Tito's. Llevaba puesto para la ocasión un traje negro de dos piezas, con un cinturón entallado a su estrecha cintura, y en la solapa un broche de esmeraldas y rubíes en forma de corazón.

-¡Eres puntual, Dick!

-Cuando una hermosa dama me espera, no me gusta hacerme rogar, ¿está usted bellísima! -su corta melena dorada realzaba aún más sus bellos ojos verdes.

-Gracias, Dick, tú siempre tan amable.

-¿Y su marido, ya se ha ido?

-Hace un cuarto de hora.

-¿Estamos solos?

-Sí, ¿por qué? ¿Me vas a hacer una proposición indecente? -preguntó bromeando.

-No, Hellen, venga aquí, siéntese. Quiero hablarle de algo muy importante.

-Dick, me asustas.

-Verá, lo que tengo que decirle es algo..., ¿cómo se lo diría?

-Te lo digo en serio, me empiezas a preocupar. ¿Qué ocurre?, ¿ha pasado algo?

-No, no se alarme, sólo es que tengo que decirle algo, y no sé cómo decírselo, para que no se ponga nerviosa.

-Pues estás consiguiendo lo contrario, ya lo estoy.

-Está bien, se lo diré sin rodeos, pero antes prométame que no se alterará.

-¡Por Dios, Dick! Dímelo de una vez -dijo impaciente.

-Su hijo Mathew está bien, y quiere verla -se lo dijo de golpe.

-¿Qué dices? ¿Math..., Mathew, mi hijo, está aquí? -la fuerte impresión hizo que la mujer estuviera a punto de desvanecerse.

-¿Señora Denver? ¿Mellen, se encuentra bien? -le tomó las manos.

-Sí, sí, sólo es un mareo. ¿Mathew, dices que mi hijo está aquí? ¿Dónde está?

¿Cómo está? Quiero verlo ahora.

-Tranquilícese, Mellen, su hijo está bien. Está en mi casa, nos está esperando.

-¡Vamonos! -se levantó precipitadamente-, vamos, Dick, llévame a tu casa.

-Cálmese, Mellen, antes quiero decirle que Matt...

-¿Qué pasa? ¿Está enfermo?

-No, no, sólo quería decirle que Matt..., Mathew no está como usted lo recuerda, quiero decir que ahora está mucho más delgado. La prisión lo ha cambiado. Mire, le prometí a su hijo que no le diría nada, pero lo ha de saber. Matt se está recuperando de su adicción al alcohol y a las drogas, su aspecto todavía es muy malo. Por favor, no le haga ver que se da cuenta, eso lo hundiría.

-¿Qué mi hijo es drogadicto?

-Matt la pasó muy mal en prisión. Ahora está recuperando su vida, no quiere que usted se preocupe. Sólo se lo he dicho porque Matt, emocionalmente, aún está débil. Si se da cuenta de que usted nota su decadencia, se hundirá y es lo último que quisiera.

-¿Tan mal está?

-Digamos que no está como la última vez que usted lo vio. No pretendía hacerle daño, pero tampoco quiero que Matt sufra, ahora no.

-Dick, ¿desde cuándo conoces a mi hijo?

-Es una larga historia, se la cuento por el camino. Matt nos espera, y tengo un taxi esperando abajo en la puerta. ¡ Ah!, otra cosa. Supongo que Mathew se lo dirá, pero él no quiere que su marido ni Dan se enteren de que está aquí.

Matt estaba sentado frente a la chimenea encendida. La noche anterior no logró conciliar el sueño, estaba nervioso; iba a volver a oír la voz de su madre.

Después de tantos años, volvería a oler su perfume, a oír su grave y melodiosa voz, una voz que se había borrado de su memoria, pero que ahora volvería a oír.

Por un momento se entristeció, recordó lo que le dijo Dick: su madre estaba enferma. No podía soportar la espera, tenía sed, necesitaba beber. Se levantó de un salto.

-¡No! No puedo beber, no después de tanto trabajo por dejar la bebida, he de pensar en otra cosa - dijo en voz baja. Oyó la puerta abrirse. Sintió un escalofrío que le corría por toda la espalda-. ¡Dios!, ya está aquí, ayúdame -

rogó.

La puerta del salón se abrió. Una impaciente Mellen entraba tomada del brazo de Dick. Se soltó al ver a su hijo, la emoción la invadió y las lágrimas empezaron a caer de sus grandes ojos verdes, corrió hacia él.

-¡Mathew!, hijo mío.

-¡Mamá!

Ambos se fundieron en un poderoso abrazo. Mellen besó a su hijo cada centímetro de su cara. Dick, que contemplaba emocionado el encuentro, dio la vuelta y cerró la puerta del salón, dejándolos solos.

-Mamá, cuánto te he echado de menos, cuánto te quiero.

-Mathew, déjame que te vea, deja que te mire la cara. ¡Dios! estás tan delgado, ¿no comes?

-¿Eh? Sí, claro mamá, yo estoy bien. Un poco delgado, pero nada más. Pero deja que te vea con mis manos, ¿cómo estás mamá? -sus manos acariciaron el rostro lloroso de la mujer-. Sigues siendo igual de bella que antes, y todavía usas el mismo perfume, ¡te quiero mamá! -y la besó de nuevo.

-Ven, sentémonos, hijo -se secaba los ojos de lágrimas-. Tienes tanto que contarme, quiero saber tanto de ti, ¿por qué no llamaste cuando saliste de prisión? ¿Qué haces? ¿Dónde vives? ¡Oh, quiero saber tanto!

-Tranquila, mamá. No hay gran cosa que contar, en la prisión todo es rutina.

-¿La pasaste mal?

-No, mamá -intentó disimular el dolor al recordar, y ella se dio cuenta-, pero eso ya está olvidado, no vale la pena recordar.

-Hijo, ¿por qué no contestaste nunca a mis cintas?

-¿Cintas? -preguntó perplejo-. Jamás recibí correspondencia del exterior.

-¡Dios Santo! No puede ser cierto. Todas las semanas durante diez años te envié una cinta grabada.

-No las recibí mamá. De haberlas recibido, puedes estar segura de que te hubiera escrito. Siempre pensé que no querías saber ya nada de mí.

-¡Hijo! -la mujer abrazó con fuerza a su hijo-. Lo siento, lo siento, hijo.

-Ya no importa, mamá. Ahora estás aquí, y eso es lo importante.

-¿Por qué no me llamaste cuando saliste? Yo esperaba que lo hicieras.

-No podía, no podía llamar a casa. Sabes que no hubiera sido bien recibido.

Papá, ¿cómo está él?

-Papá, cuando sepa que tú...

-No, papá no debe saberlo. No tiene que saber que me has visto -dijo excitado.

-No digas eso, tu padre sufre. No dice nada, pero lo sé, él esperaba que cuando salieras de prisión, llamaras. Nunca me dijo nada, pero sé que sufrió por tu silencio.

-No mamá, desengáñate. Papá lo dejó claro, no quería volverme a ver nunca más.

Prométeme que no le dirás que me has visto.

-Está bien, hijo, te lo prometo -Dick entró en aquel momento.

-Tengo que salir. Regresaré dentro de tres horas.

-Gracias, Dick, muchas gracias. No sé cómo podré agradecerte todo lo que has hecho.

-No tiene que agradecerme nada, lo que lamento es no haberlos reunido antes.

-Gracias, Dick -le repitió el invidente.

-Matt, nos vemos.

Durante las casi tres horas que pasaron juntos, Hellen y su hijo no dejaron de hablar y besarse, Mathew, contándole verdades a medias, y Hellen, haciendo ver que no notaba el aspecto desmejorado de su hijo.

-¡Mathew! -suspiró-, estoy tan feliz, que no sé si podré disimular delante de tu padre.

-Lo harás, mamá -y la besó en las manos.

-¿Sabes qué he pensado?

-¿Qué?

-Tu padre se marcha, bueno, nos teníamos que ir a Boston mañana. Le diré que prefiero quedarme aquí. Así podremos estar juntos una semana.

-Eso sería maravilloso, pero...

-¿Qué ocurre?

-¿No se extrañará de que no lo acompañes?

-Quizá, pero le diré que no quiero estar toda la semana sola. Aquí está Dick, y él siempre es muy atento. Le diré a tu padre que me ha prometido enseñarme New York.

-¿Y Dan?

-Tu hermano se marchó esta mañana. No regresará hasta dentro de ocho días. No tienes por qué preocuparte.

-Sería fantástico poder estar contigo durante una semana, pero yo trabajo y...

-Eso no es problema -dijo Dick que acababa de entrar, sin que ninguno de los dos se hubiera dado cuenta-. Tu jefe es amigo mío, me debe varios favores; hablaré con él para que te dé vacaciones.

-¿Lo harás? -preguntó incrédulo.

-¿Tal vez lo dudas, amigo mío?

Aquella semana fue maravillosa para Hellen y su hijo. Recorrieron todos los lugares de la ciudad. Era el último día que estaban juntos. Ella regresaba a San Francisco al día siguiente. Su marido ya había regresado de Boston, así que le tuvo que decir que se había quedado con una antigua amiga para poder estar este último día con su hijo.

-Nos queda tan poco tiempo -ambos estaban terminando de comer en un pequeño restaurante italiano-, Mathew, ¿por qué no me dejas que se lo diga a tu padre?

-Ya hemos discutido eso. No puede ser, mamá. Lo siento, Pero no puede ser.

-¡Pero, hijo, si lo intentaras! Tu padre te quiere, de eso estoy completamente segura.

-No, mamá, olvídalo. Además, no es eso sólo, hay una mujer

-¡Mathew! -exclamó sorprendida-, ¡no me has mencionado que salieras con una mujer!

-En realidad, sí, vivo con una mujer desde hace algún tiempo.

-Pero ¿por qué no me lo habías dicho? ¿Por qué no me la has presentado?

-No, no puede ser. Además, tampoco es una relación muy importante, sólo vivo con ella. Lo siento, pero en otra ocasión.

-Está bien, hijo, no insistiré -la mujer miró a su hijo. Las gafas oscuras ocultaban las azules ojeras de sus ojos.

-¿Qué te ocurre, mamá? Te has quedado callada.

-Nada hijo, pensaba en que esta es nuestra última noche juntos, y no sé si podré soportar alejarme de ti otra vez.

-No, mamá, no digas eso. Esta vez sabes dónde estoy y siempre me podrás localizar a través de Dick.

-Dick es un excelente muchacho, y parece apreciarte mucho.

-Sí, es el mejor amigo que podría tener. Si no fuera por él, yo...

-Me dijo que hace años que se conocen, pero apenas unos días que conoce tu identidad, ¿cómo se conocieron?

-En un bar. Empezamos a hablar y me dijo que le recordaba a alguien, supongo que a papá. Me encontró el trabajo en el que estoy.

-Mathew, quiero que me prometas una cosa antes de que regrese a San Francisco.

-Dime.

-Quiero que me prometas que si me necesitas o tienes dificultades llamarás a casa.

-Yo...

-Hijo, quiero que me lo prometas. De lo contrario, no dejaré que te quedes en esta ciudad sin que lo sepa tu padre.

-¿Me chantajeas?

-¡Prométemelo!

-Está bien, te lo prometo.

-También quiero que me prometas que te cuidarás, estás demasiado delgado.

-Tranquila, mamá. Te lo prometo, y prometo que llamaré a casa si fuera necesario, todavía recuerdo el número.

-¡Mathew! Cariño, no quiero dejarte -las lágrimas inundaron de nuevo los ojos de la mujer.

-Yo tampoco mamá, pero no puede ser. He cometido demasiados errores, y ahora es demasiado tarde para rectificar. Te quiero, mamá.

El camarero se acercó con la nota. Hellen la tomó y leyó el importe en voz alta.

Mathew sacó un billete de cincuenta dólares y lo dejó sobre la bandeja. Salieron del local. La tarde dio paso al anochecer y, sin darse cuenta, Hellen se encontró de nuevo en casa de Dick, que la esperaba para llevarla a casa de Dan.

-Señora Denver, tenemos que irnos.

-Sí, un momento. Déjame unos minutos más.

-La espero en el coche.

-Cariño, ¿estás seguro de que no quieres que hable con tu padre?

-No, mamá, ahora no puede ser. Dame tiempo. Te quiero -y la besó en la frente.

-Mathew, yo también te quiero, y se me parte el corazón de saber que...

-No, mamá. Estoy bien. No quiero que sufras por mí. Lo que debes hacer es cuidarte, no dejar que la enfermedad te venza.

-¡Toma! Sé que no es mucho, pero tómallo.

-¿Qué es?

-Es el dinero que en estos momentos tenía disponible.

-No puedo mamá, no puedo aceptarlo.

-Quiero que lo tomes; no me iría tranquila sabiendo que tienes Problemas económicos.

-Mamá, yo no puedo tomar este dinero. No quiero que me des una limosna.

-¿Caridad, con mi hijo? No, Mathew, esto no es caridad, es tu dinero y por eso te lo doy.

Mathew tomó el sobre con el dinero y se abrazó a su madre. El claxon del automóvil les llamó la atención.

-Mamá, tienes que irte. Sabrás de mí por Dick.

-Toma, Mathew.

-¿Qué es? ¿Más dinero?

-¡No! Agáchate, es un crucifijo. Me lo regaló tu padre, perteneció a su madre...

-No, no puedes...

-Calla, quiero que lo lleves tú. Esto te hará sentirte más cerca de mí, más cerca de tu padre, de nosotros.

-Lo llevaré siempre.

Hellen no pudo decir nada más. La angustia de dejar a su hijo le impedía hablar.

Dick entró.

-Vamos Hellen, tenemos que irnos -la tomó del brazo y tiró de ella, hasta sacarla afuera.

Mathew oyó cómo el vehículo se alejaba, llevándose a su madre. Sintió un repentino deseo de gritar, de correr tras ella, de decirle que quería volver con ella, pedir perdón a su padre, pero no podía. Era demasiado tarde, estaba demasiado sucio, demasiado corrompido para ello. Tenía sed, necesitaba beber.

Desesperado, buscó entre los muebles del salón. No encontró nada. Dick se había deshecho de todo tipo de licor, cuando empezaron la rehabilitación.

-¡Dios! ¿Qué hago? No puedo, no debo, he de controlarme -dijo en voz alta.

Fue a la cocina, tomó un vaso y bebió ansiosamente la cristalina agua, sintió rabia, odio de él mismo. La desesperación lo invadió, lanzó con furia el vaso contra la pared.

## CAPÍTULO 29

Juli no soportó un parto complicado. A pesar de haberlo intentado todo, los médicos no pudieron hacer nada para salvarla. Juli murió a las pocas horas de que naciera su pequeña hija, una niña que pesó al nacer tres kilos y medio. Matt se sintió impotente; una vez más volvía a hacerle daño a una persona que lo había querido. Se sentía culpable de la muerte de Juli, y aunque Dick intentó por todos los medios que abandonara esa idea, no lo consiguió.

Durante varias semanas, Matt y su pequeña hija Glory Ann estuvieron alojados en casa de su amigo, quien contrató los servicios de una niñera para que atendiera a la niña. A pesar de la insistencia de Dick para que Matt se quedara en su casa, no logró convencerlo. Regresó de nuevo a su apartamento de la calle Ochenta y tres, pero con la condición de que la niñera seguiría atendiendo a la niña. Él aceptó, ya que su ceguera lo limitaba en el cuidado de su hija y de todas maneras debía acudir al trabajo. No podía dejar a la niña sola.

Era el mes de agosto y Matt tenía unos días de vacaciones que aprovechó para ir a la iglesia. Hacía meses que no se acercaba, necesitaba reencontrarse con Dios y dar las gracias. Por fin había superado su adicción, ya no pensaba ni por un momento en el alcohol, y mucho menos en la heroína. Su hija le había acabado de redimir: sólo vivía para ella. No podía verla, pero Dick le explicó cómo era.

Pelo dorado, ojos grandes y verdes, se parecía a Hellen.

Estaba sentado en el banco de la Catedral de San Patricio, cuando un sacerdote joven, con pelo castaño y ojos grises, se le acercó y se sentó a su lado.

-¡Hola, Mathew! Cuánto tiempo sin verte.

-¡Hola, padre Taylor! Sí, hace tiempo que no venía.

-Por tu aspecto, veo que te van bien las cosas.

-Si se refiere a que si he dejado las drogas y el alcohol, están completamente olvidadas.

-Me alegro Mathew, me alegro mucho por ti. Pero dime, ¿por qué tanto tiempo sin venir por la iglesia? ¿Tal vez has cambiado de parroquia?

-No, padre, lo cierto es que apenas he tenido tiempo. Mi hija me tiene ocupado.

- ¿Cómo está la pequeña?
- Bien, muy bien. La señora Nurial dice que se cría muy bien.
- Me alegro Mathew, tenemos que quedar un día para bautizarla.
- Sí, cuando usted me diga.
- ¿Qué te parece el sábado próximo?
- Estupendo, por mí no hay problema.
- Entonces quedamos de acuerdo, el sábado día diez, a las cuatro de la tarde.
- Aquí estaremos, padre, pero -dudó unos instantes-, padre, ¿he de traer a los padrinos?
- Creo que sí.
- Tengo un amigo que aceptará si se lo digo, y la madrina no sé.
- No te preocupes, ya lo arreglaremos. Te veo el sábado -se levantó.
- Padre, quiero confesarme.
- Vamos, hijo -lo tomó del brazo y le ayudó a levantarse.

Aquel sábado, Dick tenía que tomar un avión para San Francisco, pero lo pospuso para el día siguiente, cuando su amigo le propuso ser el padrino de la pequeña.

Dan lo había invitado a pasar unos días en su casa de California. Él, como siempre, aceptó, pero no con el entusiasmo de otras veces.

Dejar solos a Matt y a Glory Ann no le gustaba, aunque, por otra parte, Hellen había insistido mucho. Deseaba hablar con él. Quería saber de su hijo. Dick le prometió a su amigo antes de marchar de New York que no le diría a su madre nada referente a la pequeña. No quería que su madre supiera que tenía una hija, ya que, seguramente, se lo diría a su padre, e intentarían quitársela. Eso, él no lo soportaría. Su hija era lo que más quería en el mundo. Dick respetó sus deseos y sólo le contó a Hellen que la mujer que vivía con él murió; que vivía solo en el apartamento pero se encontraba bien; seguía trabajando en el almacén, y ya no pensaba en el alcohol ni en las drogas.

A Matt Denver, padre, todos estos secretos que se llevaban entre ellos lo tenían confundido. No comprendía a qué venía tanto misterio. Tantas conversaciones a solas. Cuando le preguntó a su esposa, ella le contestó que eran imaginaciones de él. No se traía ningún misterio con Dick. Simplemente, hablaban de temas que a ambos les interesaban. Matt no se la creyó porque, además de las conversaciones, estaba la cara de felicidad que mostraba Hellen cada vez que veía a Dick o hablaba con él por teléfono.

Matt se lo comentó a su amigo Johnnie, y él no le dio la más mínima importancia.

Veía a Hellen como siempre, incluso más contenta, y eso era lo importante, le dijo.

-Que esté feliz y contenta es un buen síntoma, ¿no vas a pensar que Hellen y Dick..., ¿verdad?

-No, claro que no, qué tontería. Pero esas conversaciones que siempre llevan en secreto, esas llamadas que Hellen siempre le hace.

-Matt, querido amigo, te haces viejo y ves visiones donde no las hay. Que Hellen esté contenta, que tenga ganas de hablar, me parece estupendo; su enfermedad se ha estabilizado y eso es lo que debería importarte.

-¿Y crees que eso no me importa? Yo quiero mucho a Hellen y si le pasara algo no podría soportarlo. Todos estos años que mi hijo ha estado encerrado, y después, cuando pensamos que nos llamaría al salir de prisión y no lo hizo, han sido un verdadero calvario para ella. He visto cómo, día a día, Hellen se iba consumiendo y ahora, de pronto, cambia y es feliz. Tengo miedo de que sea un mal presagio, no quiero perderla Johnnie, no quiero perderla.

-Matt, ella te quiere. Lo que ocurrió entonces fue muy doloroso para todos, y mucho más para ustedes. Comprendo lo que sientes es tu hijo y no por lo que hizo has dejado de quererlo. En tu lugar creo que me pasaría lo mismo. No importa lo que hagan nuestros hijos, por muy malo que sea. Son hijos nuestros. Llevan nuestra sangre y los queremos.

-Sí, Johnnie, pero lo más angustioso de todo esto es no saber nada de él, no saber si está bien. Quiero creer que lo está, deseo con todo mi corazón que esté bien, y ruego a Dios para que un día llamen a esa puerta y sea él el que esté detrás.

-¿Le has dicho todo esto a Hellen?

-No, cuando Mathew cumplió su condena esperé unos días para que se pusiera en contacto. Al ver que no lo hizo, contraté a alguien para que lo localizara. Todo fue inútil, así que decidí no mencionar nada a Hellen, que ya ha sufrido bastante. No quiero, ahora que se siente feliz, recordarle que puede que su hijo esté muerto. No quiero volver a hacerle daño. Así que hago como si no me importara mi hijo.

-Papá, tío Johnnie, no sabía que estaban aquí -dijo Dan entrando en el despacho de su padre.

-¡Hola, Dan! -saludó Johnnie.

-Perdonen que los interrumpa, pero mamá te está esperando. Si no vas ahora, puede que te pida el divorcio.

-¡Cierto! Olvidé que la tenía que acompañar al centro. Nos vemos mañana en el despacho, Johnnie.

-De acuerdo, y piensa en lo que hemos hablado.

-Lo haré.

-No esperaba encontrarte en casa Johnnie. Pensé que habías ido a comer con Mike.

-Y tengo que ir. Por cierto, Mike me ha dicho que el caso ?Slim? lo llevas tú personalmente.

-Sí, ese hijo de su madre está dejando un baño de sangre por donde pasa.

-¿Están seguros de que es el mismo?

-No hay duda, es el mismo tipo. Los tres casos de Boston, cuatro en Washington, y ahora tres en New York. Si no lo agarramos pronto, el senado se nos va a echar encima, y lo peor de todo es el miedo que está creando.

-¿Cómo están de pistas?

-Nada, ni una sola. Sólo sabemos que es el mismo cabrón. No sigue ningún orden, sólo cambia de ciudad, pero sin ninguna regla. Lo único que tienen en común sus víctimas, además de ser gays, es que todos son drogadictos. Ese cabrón se lleva a sus víctimas a una habitación, los esposos de pies y manos, y una vez que se los ha cogido, saca una navaja de afeitar y los degüella. Lo que me desespera de todo esto, es que ese bastardo nos huele, no tenemos ni una sola pista de cómo es.

Dick regresó a su casa, e invitó a su amigo Matt a que pasara el fin de semana con él. Tenía que contarle cosas de su madre.

-Glory Ann se ha dormido -le dijo Dick, acercándose hasta donde estaba sentado su amigo en el sillón negro-. Tienes una hija preciosa.

-Eso creo yo, tiene la piel tan suave y delicada, que a veces tengo miedo de agarrarla, por si se me cae.

-No seas tonto.

-¿Cómo está mi madre, Dick?

-El saber de ti le ha dado más ganas de vivir que nunca. Está francamente bien, espléndida. Como si la enfermedad hubiera dejado de existir.

-Si hubiera sabido antes que estaba enferma, no habría esperado tanto tiempo para hablar con ella.

-¿Cómo podía yo imaginar que tú eras el hermano de Dan? Cierto es que noté un parecido con tu padre, pero no me extrañó. De hecho, si recuerdas, en alguna ocasión he mencionado que Conozco a un hombre muy parecido físicamente con mi padre. Quizá sea un hermano tuyo que desconoces.

-Mira, tal vez tengas razón -y ambos se rieron abiertamente.

Dick se dio cuenta de que era la primera vez que veía reír a su amigo de Una manera tan sincera. En aquel momento, el teléfono sonó.

Dick se levantó del suelo donde se había sentado, cerca de Matt.

-Disculpa un momento -tomó el auricular-. Sí, al habla Richard Channeng. Hola, sí, dime, ¿qué pasa? ¿Qué? ¡Dios Santo! ¿Cómo ha sido? No te preocupes, voy ahora mismo. No, espérame, paso a recogerte. Sí, estoy en quince minutos -colgó.

-¿Ha ocurrido algo, Dick?

-Tengo que marcharme. Mira, Matt, tú quédate en mi casa. He de tomar un vuelo para San Francisco.

-¿San Francisco? ¿Le ha ocurrido algo a mi madre? -preguntó alterado.

-No, no, Matt, tranquilízate. Tu madre está bien, ha habido un accidente.

-¿Un accidente? ¿Quién?

-Linda circulaba por una carretera, y se ha salido del carril.

-La hija de... ¿Linda, la hija de Mike?

-Sí, ahora no puedo entretenerme, me espera Dan. No sé nada más. Cuando regrese, hablaremos.

-Me quedo en tu casa, si no te importa.

-Por supuesto, avisa a la señora Nurial, adiós Matt.

-Adiós, Dick -dijo apesadumbrado.

Linda murió dos días después. El fuerte impacto que recibió el vehículo hizo que los dos ocupantes salieran despedidos por la ventanilla. Ninguno de los dos llevaba puesto el cinturón de seguridad.

Cuando Dick se lo contó a su amigo, éste sintió como si algo dentro de él se le rompiera. Sintió ganas de beber. Sabía que no debía, pero, a pesar de ello, sus pasos lo condujeron hasta ?Copas?. No pretendía beber, pero se sentía angustiado. De nuevo causaba dolor. Linda había muerto y estaba convencido de que era por su culpa. No se lo comentó a Dick. Una vez más, intentaría convencerlo de lo contrario, pero esta vez Dick se equivocaba. Primero la violó, y ahora la había matado. Era culpable y debía ser castigado por ello.

-¡Cuánto tiempo! ¿Qué te sirvo?

Matt lo pensó: ?No debo beber. Si lo hago..., pero..., por una copa no pasará nada. No, está mi hija. Debo hacerlo por ella, Pero lo necesito tanto, tengo tanta sed?.

-¿Y bien? -preguntó impaciente el camarero.

-Ponme una cerveza sin alcohol.

-Veo que has dejado la bebida. Ahora te la traigo.

-¿Cómo está el ambiente por aquí? -le preguntó al camarero que le servía la cerveza.

-No muy bien. Desde que ese hijo de puta se dedica a matar culeros, la clientela ha bajado.

-He oído algo de ello.

-¿No trabajas en la calle?

-No, lo he dejado.

-Has hecho bien. Si no, ahora podrías ser tú uno de los que están criando malvas. La policía lleva varios meses detrás de ese cabrón, pero no lo agarran, y teniendo en cuenta las redadas que hacen cada semana, me estoy quedando sin clientes. La semana pasada vinieron dos veces y los detuvieron a todos.

-¿Dices que vino la policía?

-Sí, el fiscal quiere a ese bastardo como sea. Está buscando por todos los locales y burdeles de la zona, y hablando de policías, ya están aquí otra vez, ¡maldita sea!

Cinco agentes de policía irrumpieron en el local, donde apenas había seis clientes.

-Bien, todo el mundo tranquilo. Sólo es una inspección de rutina -dijo un policía con grandes bigotes y gafas oscuras.



-¡Hijo de perra! Una inspección de rutina, y me dejas sin clientes -le susurró a Matt en el oído.  
-Ustedes, pónganse ahí delante -dijo el policía-. Tú, el pelirrojo, ponte con ellos.  
-Oficial, es ciego, no creo que... -le informó el camarero.  
-¡Conque ciego! Bueno, eso ya se lo contarás al teniente. Venga, vamos -le dio un empujón.  
-Perdone, pero yo sólo he venido a tomar... -dijo nervioso.  
-He dicho que camines, no te va a pasar nada.

Matt, junto a los otros, subió al furgón policial, y lo trasladaron a la comisaría. Una vez allí fueron comprobando que no estuvieran fichados. La mayoría lo estaban. A Matt le comenzó a invadir la angustia. Estaba otra vez en la cárcel, y hacía que un sudor frío le cayera por la espalda.

-Teniente, entre los detenidos hay un tipo ciego.  
-No creo que sea nuestro hombre, suéltelo.  
-Mire antes esto, señor.  
-¿Qué es?  
-Está fichado.  
-Déjame, ver. ¡Rayos! Este tipo fue condenado por violación ¿qué hacía en aquel local?  
-Seguramente, buscando ligue. El camarero dijo que sólo fue a tomar una copa.  
-Bien, reténalo hasta que el fiscal vea su ficha. Puede que le interese.  
-Teniente, ¿no creerá usted que es el tipo que buscamos?  
-Por supuesto que no, pero al fiscal le interesará este tipo.  
-¿Por qué, señor?  
-No haga más preguntas, y haga lo que le he dicho -dijo enojado el teniente.  
-A la orden, señor.

-Agente, ¿no podría llamar por teléfono? -le preguntó al oficial que se disponía a encerrarlo en una celda.

-Lo siento, amigo, pero hasta que no lo ordene el teniente, no se puede.  
-Pero agente, tengo derecho a una llamada, tengo una hija pequeña.  
-Más motivo para no estar aquí. Si hubieras estado con tu hija no te habrían detenido.

Las súplicas de Matt no fueron escuchadas y a cada minuto que pasaba se angustiaba más.

La señora Nurial, al ver que no regresaba, decidió telefonear a Dick y explicarle que se hacía tarde y Matt no había vuelto todavía. Éste le rogó que se quedase con la niña hasta que él regresara o fuera él mismo a buscarla. Que no se preocupara por los honorarios: le pagaría las horas. Ella aceptó, pero no por el dinero, sino por la niña.

El teléfono sonó en casa de Dick. Cuando se disponía a ir en busca de su amigo, temiendo lo peor, corrió y tomó el auricular, antes de que lo hiciera el contestador.

-Sí, aquí Richard Channeng. ¡Ah!, hola Dan. Me disponía a salir. ¿Qué? Bueno, ahora no puedo. He de hacer algo urgente. ¿No puedes esperar hasta mañana? Mira, de verdad lo siento, estoy ocupado. ¿Cómo dices? ¿Quién? Estoy allí en diez minutos.

Dan no podía creer lo que leía. Tenía en sus manos la ficha de un detenido, y ese detenido era su hermano Mathew. Lo detuvieron en un local de ligue. Eso le dijo el teniente de policía. Miró de nuevo la ficha. Por lo visto, no era la primera vez que lo detenían; en dos ocasiones más y ambas por prostitución y tenencia de drogas, aunque, por la cantidad, se presumía que era para consumo propio. ¿Mi hermano, prostituido, no lo puedo creer, debe de ser un error pensó, pero no sé por qué me extraño. Si ya antes era un degenerado, pero,

¿prostitución? ¿Tan bajo ha caído?? Volvió a mirar la ficha. En las dos ocasiones que fue detenido, la fianza fue pagada a las pocas horas de su detención. Los juicios nunca llegaron a celebrarse.

-Señor, traigo al detenido.

-Hágalo entrar -contestó Dan. El oficial entró llevando tomado del brazo a un esposado Mathew-. Déjenos solos.

Miró incrédulo a su hermano, de arriba a abajo. Dio una vuelta alrededor de él.

Sin duda era su hermano, algo más delgado de como lo recordaba, con el pelo más largo de lo que habitualmente lo llevaba, y un pendiente en la oreja izquierda, cosa que le sorprendió, ya que a él nunca le gustaron esas cosas. No era su estilo. Claro que de eso hacía muchos años y tampoco antes se prostituía. Lo miró con desprecio.

-Veo que no has cambiado, o mejor dicho, sí has cambiado y para peor; según esto te dedicas a la prostitución.

-Yo no...

-¡Cállate! -le gritó-. Me das asco, no comprendo cómo has podido caer tan bajo.

Me repugnas. Si papá o mamá sospecharan algo, se les partiría el corazón -Dick entró precipitadamente, jadeando y vio a Matt con las esposas puestas-. ¡Dick, chico! ¿Tal vez has corrido los cuatrocientos metros? -le preguntó al ver su entrada.

-¡Déjame, déjame que respire!, no encontré ningún taxi -informó entre jadeos.

-No hacía falta que vinieras corriendo, podía esperar cinco minutos.

-Ya estoy bien -su corazón se relajaba. No dejaba de mirar a Matt.

-¿Sabes quién es ese hombre?

-Yo -el teléfono interrumpió.

-¿Qué pasa? He dicho que no me molestaran. ¿Ahora?, bien, espera un momento, ahora bajo -colgó el auricular y se dirigió a Dick-. Ésos no se enteran.

Espérame. Ahora vuelvo. Vigíleme a este tipo -salió del despacho, cerrando la puerta de un golpe.

-¡Matt! ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás aquí?

-Dick, créeme, sólo fui a dar una vuelta. Me sentía mal, tenía necesidad de beber -le explicaba atropelladamente-, pero no lo hice. Entré en ?Copas? y sólo bebí una cerveza sin alcohol. Después vino la policía y me trajo aquí, te lo juro Dick, te lo juro por mi hija.

-Está bien, cálmate. Te creo, pero ¿por qué te han traído aquí?

-No lo sé, Dick, no lo sé. Vieron mi ficha y un policía dijo que se la dieran a Dan.

-¿Dan? ¿Por qué darle tu ficha al fiscal? No entiendo.

-Dick, no le digas a mi hermano que me conoces, será mejor para ti.

-¿Por qué no?

-Será mejor que no sepa nada.

-No me parece justo que niegue conocerte.

-Hazlo, tendrías que dar demasiadas explicaciones y sólo me complicarías más las cosas con él.

-Bien, ya estoy aquí -dijo Dan al entrar a su despacho-. Bueno, Dick, ¿qué me dices? ¿Sabes quién es este tipo?

Lo pensó antes de contestar. Miró varias veces a Matt. Después contestó.

-¿Es..., es tu hermano?

-Sí, lo es, y ¿sabes una cosa? Sigue o mejor dicho, está más podrido que nunca, ¿sabes a que se dedica?

-No -sus respuestas eran escuetas y lánguidas.

-Este mierda se prostituye, y ¿sabes por qué?

-No.

-Porque es un drogadicto de mierda. Ni siquiera respeta el apellido que tiene y lo llena de mierda. No le importa que su padre sea uno de los abogados más respetados y admirados, no, eso a él no le importa. Violó a una niña y ahora se arrastra por los burdeles de la ciudad.

-Tal vez él no...

-No, lo más seguro es que sea él a quien le gusta dar por el culo a algún jovencito. ¿Qué dices, Mathew? -se puso delante de él-, ¿no contestas?

-¡Dan, por favor! No creo que debas -le amonestó Dick.

-¿Qué no debo? Este cerdo violó y mató a mi sobrina.

-¡Basta ya, Dan! -gritó Dick-, puede que violara a tu sobrina, pero su muerte no es culpa suya.

-Sí que lo es. Linda estuvo toda su corta vida atemorizada, con pesadillas. Este cabrón la mató.

-Yo, yo lo siento -susurró Mathew.

-¿Qué sientes tú? Eres un maldito cerdo. Te odio, odio que seas mi hermano, odio que lleves mi propia sangre.

-Dan, será mejor que te calmes. No piensas lo que dices.

-¿Que no? Este cabrón ha hecho daño a todo el mundo. Con la excusa de que es ciego, la gente se compadece de él y luego, con su cara de ángel, destroza a las personas.

-Dan, será mejor que vayamos a mi despacho. Tengo que hablar contigo a solas.

-¿De qué?

-Necesitas calmarte, vamos -lo arrastró hacia la puerta.

-¿Qué pretendes, Dan? -le preguntó ya en su despacho-, ¿por qué acusas a tu hermano de la muerte de Linda? No te entiendo, ¿por qué lo tratas así? No lo has dejado explicarse, no le has dado una oportunidad de explicarte nada. No creo que se Merezca este trato, es tu hermano.

-Tú no lo conoces.

-Quizá, seas tú el que no lo conozca.

-Está fichado por prostitución.

-¿Le has preguntado por qué? ¿Le has preguntado qué le ha pasado? ¿Cuál es el motivo?

-¿Qué motivo? ¿No ves que es un culero? Lo utilizaremos -dijo tajante.

-¿Qué? ¿No entiendo lo que quieres decir? -preguntó perplejo.

-El caso Slim, lo utilizaremos a él de señuelo.

-¿Estás loco? ¿Pretendes utilizar a tu hermano para atrapar a un psicópata asesino?

-No veo por qué no. Es justo lo que necesitamos, un drogadicto, y además está ciego. Nuestro hombre no podrá resistirse.

-¡Dan! -exclamó sin creer lo que oía-, Dan ¿te has vuelto loco? No hablas en serio, ¿es tu hermano!

-No es más que un vulgar culero de mierda.

-No voy a consentir que utilices a Matt para atrapar a un asesino.

-¡Vaya! ¿Por qué tanta preocupación por él?

-¿Qué? ¡Estás hablando de tu hermano!

-Ese engendro no es mi hermano.

-Mira, Dan, somos amigos desde hace años. Siempre te he apoyado en todo, pero no voy a permitir que involucres a un hombre, que es tu hermano, e hijo de las personas que más quiero y respeto, en esto. Puede que cometiera un error, pero ya ha pagado su culpa y no puedes condenar eternamente a un hombre por algo que ha pagado de sobra.

-Tú no lo entiendes, Dick. Él hizo tanto daño, mi madre está enferma por su culpa.

-Dan, definitivamente has perdido la razón. Tu madre esta enferma de cáncer, y eso nadie lo provoca.

-Quizá, pero ella estaría mejor si ese mal nacido no estuviera vivo.

-Dan, amigo mío. Nunca imaginé que pudieras odiar tanto alguien. No cuentes conmigo para eso. Y otra cosa, no podrás obligarlo a que te sirva de señuelo.

Ese hombre no ha hecho nada. NO podrás retenerlo mucho tiempo. Cualquier abogado de oficio lo sacará en menos de dos horas.

-¿Y quién crees que vendrá a sacarlo?

-¡Yo! Soy abogado, y si él me lo pide lo representaré.

-Dick, ahora soy yo quien no te entiende, ¿por qué tanto interés por ese cerdo?

-No soporto las injusticias y tú lo sabes. No quiero que, por rencor, destruyas a un hombre. Sé que más tarde te arrepentirás.

-¿Arrepentirme? Nunca, pero como tú dices, no puedo obligarlo.

-¿Lo vas a dejar ir?

-Todavía no. Un oficial me dijo que quería llamar por teléfono, le dijo algo sobre una niña.

-Su hija -le informó Dick.

-¿Su hija?

-Tiene una niña de meses.

-¿Que ese perverso tiene una hija? ¿Cómo lo sabes?

-Me lo dijo antes, cuando te marchaste.

-Ese cabrón ¿está casado?

-No, la mujer con la que vivía murió, cuando nació la niña. Ahora está al cuidado de una niñera, por eso quería telefonar.

-¡Muy interesante! ¿Qué más te ha dicho?

-Cuando lo detuvo la policía, él simplemente estaba tomando una cerveza.

-¿En un local de ligue?

-Conocía el lugar de antes. Trabaja en un almacén. Ha dejado las drogas, y ya no trabaja en la calle.

-¿Y tú lo has creído?

-Es cierto, Dan. ¿Por qué no dejas que se marche? Después de todo, lleva una vida normal, ¿qué importa que antes se prostituyera? Déjalo ir -le suplicó.

-No, antes tengo que hablar con él. ¿Dices que tiene una hija? Averigua donde está.

-Ya sé la dirección.

-¡Qué rápido! Envía a protección de menores que la recojan.

-Dan, no pretenderás quitarle a su hija, tú no puedes...

-¿Quién ha dicho que se la vaya a quitar? La niña está sola y...

-No, una niñera la cuida.

-Que más da, sigue estando sola, y en manos de un degenerado. No, espera, Dick, no avises a protección. Ve tú a buscar a la niña.

-¿Y qué hago con ella?

-Llévala, llévala a tu casa.

-Bien, le diré a la niñera que me acompañe.

Dick salió del despacho, seguido por Dan, que entró de nuevo al suyo. Matt permanecía de pie, en el mismo lugar que lo habían dejado. Dan dio una vuelta alrededor de su hermano. Después se paró frente a él.

-¿Es cierto que tienes una hija?

-Sí -susurró angustiado.

-Seguro que también te gusta tocarla.

-¿Qué??, no, claro que no -se angustió.

-Eso ya lo comprobaremos, he enviado a protección de menores por ella.

-No, no puedes.

-Ya lo creo que puedo. Pero mira, te voy a proponer un trato.

-¿Un trato?

-Yo me olvidó de que te he visto, le digo a protección que ha sido un error, no la llevan a ningún

orfanato, y tú a cambio haces algo por mí.

-¿Qué? -preguntó con temor.

-Supongo que habrás oído sobre el tipo que está matando a gays y culeros.

-Sí, lo he oído -afirmó tímidamente.

-Bien, pues necesito a alguien que haga de señuelo. Hasta ahora, todos nuestros hombres han fracasado. El cabrón huele a a poli y no se acerca a ninguno de mis chicos. Necesito a alguien que trabaje en la calle, que no huela a poli. Tú eres un culero y además drogadicto, ¿me entiendes?

-No, ¿qué quieres decir?

-¡Mira, maricón de mierda!, quiero que tú seas ese alguien, que salgas a la calle, y te ligan a cualquier tipo que creamos sospechoso, ¿me has entendido ahora? -le preguntó irónicamente.

-No, yo ya no trabajo en la calle.

-Escúchame bien. Antes, cuando me llamaron por teléfono, fue para decirme quién eras, y cómo se te conoce. Eres muy popular por la calle Start, eres un culero de mierda, un chupapenes que por unos dólares le mamas el pene a cualquier hijo de su madre. Toda la zona te conoce por el ciego mamón.

-Pero ahora yo no...

-Mira, entérate bien: o sales a la calle y me haces de señuelo, o te juro que no volverás a ver a tu hija. Con tu historial, te quitarán la custodia de tu hija y será llevada a un centro, y tú, tú regresarás de nuevo a Black Island, de donde nunca debiste de salir. Te juro por nuestra madre, que esta vez te quedarás para siempre. ¿Me has entendido? -le gritó.

-Tú no puedes... -sollozó.

-Apuesta lo que quieras -le contestó despectivamente-. Bien, espero una respuesta.

-¿Me prometes que no se llevarán a mi hija?

-Tienes mi palabra. Tú hazme el trabajo y yo te prometo que tu hija no será llevada a ningún orfanato.

-Lo haré -dijo lacónicamente.

-¡Eso es estupendo! -y sus ojos se iluminaron de satisfacción.

-Pero, pero ¿y mi hija?

-No te preocupes por ella. Estará en buenas manos mientras dure todo esto.

Puedes marcharte a tu casa, o donde quiera que vivas. Mañana te quiero aquí a las siete de la tarde -Dan abrió la puerta, donde esperaba el oficial de policía que había traído a Mathew-. Quítele las esposas y acompáñelo hasta la calle.

-Como ordene, señor.

## CAPÍTULO 30

Aquella noche, Matt se maldijo a sí mismo. Si no hubiera sido tan débil, si no hubiera tenido necesidad de beber, no habría ido a Copas, ni lo hubieran detenido. Ahora le habían quitado a su hija, y su hermano sabía que era un culero drogadicto. Lo más probable era que se lo dijera a su padre y éste a su madre, y cuando ella lo supiera...

¡Oh, Dios!, cuando mi madre lo sepa me odiará y despreciará tanto como Dan. ¿Y mi padre? Papá, tú me odiarás mucho más, y eso no podré soportarlo. ¡Dios!, no dejes que mi padre se entere, por favor te lo suplico.

Pensó en ir a casa de Dick, pero luego desistió. No quería crearle más problemas.

Pero seguramente debe saber dónde está mi hija, ¡Dios! ¿Por qué me sigues castigando? ¿Tal vez no lo has hecho ya bastante? Cometí un error, pero ¿es que debo pagarlo toda la vida? ¡Dios,

perdóname! Por favor, haz que me devuelvan a mi hija. Dan me prometió que me la devolvería. Lo único que he de hacer es acostarme con tíos, hasta que dé con el que buscan, y eso de dejarme coger ya lo sé hacer. ¿Qué importa si me cogen o no? Ya lo hice Por droga, y eso no era importante, ahora lo haré por mi pequeña.

Sin darse cuenta, sus pasos lo llevaron a Central Park. Se sentó en un banco y los minutos fueron dando paso a las horas, y éstas dieron paso al amanecer. El canto de los pájaros lo sacó de su ensimismamiento. Sintió el fresco aire de la mañana. Se subió la cremallera de la chaqueta y se levantó.

-¿Has visto a esa niña, Dick? ¡Pero si es igual que mi madre! -exclamaba Dan, que se encontraba sentado en el sillón del salón de casa de su amigo.

-Lo cierto, es que parece más hija tuya que de tu hermano.

-¿Qué sabes de la madre?

-Poca cosa, era una chica joven, diabética. Murió al nacer la pequeña y nada más.

-¿Joven? ¿Qué tan joven?

-No sé, creo que tenía veinte años.

-¿Veinte? ¡No lo ves, Dick! Mi hermano no ha cambiado, sigue siendo un perverso. Le gustan las jóvenes.

-Dan, amigo mío ¿por qué eres tan duro con tu hermano?

-No lo llames hermano.

-Lo quieras o no, lo es. ¿Vas a devolverle la niña, verdad?

-Puede.

-¿Qué quieres decir con eso? Me dijiste que le habías prometido devolverle la niña.

-Mira, Dick, yo sólo le prometí que la niña no iría a ningún orfanato, y eso lo voy a cumplir, así que olvídate del tema ¿quieres? No he venido a tu casa sólo para ver a la niña, tenemos que hablar.

-Bien, te escucho.

-Ya tenemos al hombre que hará de señuelo.

-¿No me vas a decir que has encontrado a un infeliz que quiera meterse en la boca del lobo?

-Sí, lo tengo y es perfecto.

-¿De dónde has sacado a ese infeliz?

-¿No lo adivinas? -en los labios de Dan se dibujó una sonrisa.

-No, ¿tendría que hacerlo? ¿No me vas a decir que ese hombre es tu..., es Matt?

-El mismo.

-Pero, si lo dejaste ir. Tú mismo me has dicho que has hablado con él y lo has soltado.

-Es cierto, hablé con él, y aceptó el trato.

-¿De qué trato hablas? -dijo irritado.

-Yo no dejaba que se llevaran a su hija a un orfanato, y él aceptaba hacer de carnada.

-¡Maldito hijo...! ¡Dan, eres un cabrón de mierda! -se levantó del sofá con ira-

, ¿cómo has podido?

-Dick, ¿no sé por qué te pones así? Después de todo, sólo es un culero, y no le he pedido nada que no haya hecho ya antes. Además, él aceptó.

-Dan, ese hombre es tu hermano. Intenta recuperar otra vez su vida. Si lo envías de nuevo ahí, todo por lo que ha luchado se irá a la mierda. No lo envíes de nuevo a prostituirse, él es tu hermano -insistió.

-¡ Por Dios, Dick! ¿Qué te ocurre con él? No te entiendo, ¿cómo lo proteges tanto? ¿No está ya prostituido? ¿No es un vulgar culero de mierda? Entonces, deja que salga a la calle y haga algo por sus compañeros de cama.

-¿Y qué vas a hacer cuando encuentre a ese asesino, si es que lo hace? ¿Dejarás que lo mate y

luego lo detendrás? ¿Eso quieres hacer?

-No correrá ningún peligro, mi departamento le pondrá un transmisor microchip, no correrá ningún riesgo. Todo estará controlado.

-Dan, espero que no le ocurra nada, porque si algo falla, si algo sale mal, te juro por todos estos años de amistad que seré yo quien te lleve ante un tribunal.

-¡Sigo sin entenderte, Dick! ¿Por qué tanta preocupación por alguien que no se lo merece?

A las siete en punto de la tarde, y como le prometió a su hermano, Matt llegó al edificio Lincoln, y ante la atenta mirada del fiscal y su ayudante, un oficial le quitó el pendiente del lóbulo de la oreja y le colocó en su lugar otro pendiente, conteniendo en su interior un microchip transmisor.

-Bien, señor, todo listo. A partir de ahora, todo lo que diga y haga estará controlado.

-Gracias, Jones. Usted y sus hombres pueden dirigirse a la habitación que hemos alquilado como punto de control.

-De inmediato, señor -y Jones se marchó.

-Ahora eres tú el que tiene que trabajar, así que ya sabes lo que tienes que hacer. Sal a la calle, sacas todos tus encantos de maricón que tienes, y empiezas a ligarte a todo aquel que resulte sospechoso.

-Dan, me dijiste que mi hija...

-Yo siempre cumplo mis promesas. No te preocupes por ella está bien. Ahora lárgate. Ve a la calle Start y empieza por el primer local de la lista.

Matt entró en un bar del centro de la calle Start. Cuatro de las últimas víctimas frecuentaban aquel local. El invidente ya conocía el lugar. En alguna ocasión había entrado. Se sentó en la barra.

-¿Qué te sirvo? -preguntó un camarero moreno y con la cabeza rapada. Matt lo pensó. No podía pedir algo sin alcohol. Nadie se tragaría el cuento, pero si pedía bourbon, quizá después no pudiera controlarse.

-Ponme bourbon con hielo.

-Ahora te lo sirvo.

-¿Qué tal el ambiente?

-Flojo, desde que ese cabrón empezó, no hay mucho trabajo.

-Sí, en ?Copas? ocurre lo mismo. Por eso he decidido cambiar.

-Pues no creo que encuentres aquí muchos clientes.

-Lo intentaré, ¿hay alguien interesante?

-A tu derecha tienes a un tipo. Le gusta que se la chupen en los baños.

-No me interesa, no pagan mucho. ¿No hay nada más?

-Sí, en la mesa, junto a la ventana, hay otro tipo. Lleva varias semanas viniendo, pero nunca se larga con nadie. Habla, pero por lo visto no encuentra lo que busca, o por lo menos eso parece.

-¿Cómo es?

-Un metro setenta, tendrá unos cincuenta años, complexión ancha, y pelo corto, moreno, y muy bien vestido.

-Bien, probaré yo.

-Que tengas suerte.

-Eso espero, no tengo dinero, y necesito una dosis.

Matt agarró el vaso y se dirigió al individuo. Notó el fuerte perfume de su loción de afeitar. Por el aroma, supo que era caro.

-¿Quiere compañía?

-Quizá -el hombre lo miró desinteresado-, ¿eres ciego?

-¿Se nota?

-Bueno, a menos que lleves ese bastón para defenderte.

-Veo que no te intereso.

-Espera, ¿te picas?

-Sí, necesito dinero, así que si no te intereso, no me hagas perder el tiempo.

-Siéntate -Matt se sentó enfrente de él-. No, ven, siéntate a mi lado -Matt lo hizo.

-¿Quieres medirme?

-Sí, déjame comprobar tu artillería -y sigilosamente, el individuo le puso la mano en la entrepierna, acariciándole los genitales-. Estás muy bien equipado.

-Creo que te has confundido. Por si no lo has notado, soy culero, no doy por el culo a nadie.

-Sí lo sé, y eso me gusta. Pero quiero saber siempre la tranca que usan.

-Bien ¿qué?, ¿te decides o voy a buscar a otro?

-¿Cuál es tu tarifa?

-Depende, ¿qué quieres?

-Todo.

-Trescientos.

-De acuerdo, sal tú delante, ¿conoces la pensión Suit?

-Sí.

-Bien, alquila una habitación, le dices al encargado que esperas compañía.

Cuando llegue yo, te quiero ver desnudo.

-Está bien, pero ¿y el dinero de la habitación?

-Ya te lo daré después, cuando hayamos terminado.

En la habitación de una pensión cercana al local, el fiscal, junto con su ayudante y otros cinco hombres, escuchaban y controlaban todo lo que decía y hacía el invidente.

-¡Joder!, con el tipo éste. Eso si que es un verdadero maricón. No lo que enviábamos -comentó uno de los hombres que escuchaba.

-Conoce a la perfección su trabajo, esto será como oír una Película porno -le contestó otro.

-Hagan el favor de no hacer comentarios, a menos que quieran ustedes ir allí y ocupar el puesto de nuestro hombre -les advirtió Dan irritado.

-Perdone señor, pero nunca habíamos visto actuar tan de cerca a un culero de mierda.

-Si no respetan a ese hombre, serán ustedes los próximos en hacerla de culeros, así que absténganse de hacer comentarios -los amenazó Dick completamente furioso.

-Bien, señor.

Matt estuvo esperando quince minutos, hasta que oyó la puerta abrirse. Tal como le ordenó, estaba desnudo, sentado sobre la cama.

-Veo, que eres obediente. Bien, eso me gusta -el hombre se acercó a él-, no te levantes, acuéstate en la cama -Matt obedeció-. Bien, ahora quiero que te masturbes, quiero ver cómo te lo levantas. Bien, así, lentamente, no, no vayas tan aprisa, lentamente. Así, así, despacio, bien, para, ahora chúpamelos, y sigue masturbándote.

-Es repulsivo -dijo uno de los hombres que estaba escuchando-. Señor, tenemos que seguir oyendo esto. Está visto que éste no es el hombre que buscamos.

-Sigán, no quiero que pierdan contacto con nuestro hombre y si vuelvo a oír comentarios al respecto, serán sancionados -nadie volvió a hacer ningún comentario más. Dan se acercó a la ventana y Dick lo siguió-. ¡Dios santo! ¡No sé por qué los recrimino! ¡Yo pienso lo mismo! ¿Oyes todo eso? Es vomitivo.

Mathew le está mamando el pene a un hijo de perra, y lo hace con toda naturalidad.

-¿Y qué esperabas? Tú lo obligaste, hace su trabajo.

-Escuche, señor -interrumpió Jones.

-Bien, ahora quiero que te des la vuelta, y no tengas miedo, ahora voy a sacar unas esposas, y te



voy a esposar a cada lado de la cama. Primero las manos, bien, tranquilo, y ahora los pies, buen chico.

-¡Dios Santo! -exclamó Dick-, es nuestro hombre, Matt ha dado con ese hijo de puta.

-¿Vamos hacia allí? -preguntó uno de los agentes.

-¡Alto! -ordenó Dan-, aún no estamos seguros de que sea, puede que sea algún enfermo. No intervendremos hasta estar seguros.

-Dan, ése es nuestro hombre, ¿tal vez pretendes que lo mate primero, para después detenerlo?

-No, pero no haremos nada hasta estar seguros.

-Dan, si no das la orden de intervenir, iré yo personalmente.

-Señor, escuche esto.

-Eres un hombre muy atractivo y tu culo es pura miel. Déjame que te coja un rato, ¿te gusta, verdad? ¿Te gusta que te cojan? Contesta.

-Sí, sí, me gusta que me cojan.

-¿A que soy el que mejor te ha cogido?

-Sí, eres el que mejor me ha cogido.

-Dan, termina con esto de una vez. Ése es nuestro hombre.

-Todavía no he oído ninguna palabra que me haga sospechar que lo quiera matar.

-¡Maldita sea, Dan! Acaso piensas que se lo va a decir, Matt no puede ver, no se dará cuenta, hasta que lo haya hecho. Ustedes dos, síganme. Vamos a sacarlo de allí.

-Dick, no te atreverás.

-Señor, escuche.

-Bien, eres muy buen chico, pero no debiste dejarte coger. No me gustan los maricones, y mucho menos los maricones drogatas como tú...

-¡Aprisa, todos por él, es nuestro hombre! -ordenó Dick.

Dick, seguido por dos de los hombres, bajaron las escaleras, corrieron por la oscura calle, llegaron en un minuto a la pensión.

-Rápido, ¿cuál es la habitación ocho?

-Oiga, ¿qué pasa? -preguntó el perplejo conserje.

-¡Maldita sea! ¿Dónde está la habitación? -Dick lo agarró por la solapa.

-Señor, aquí -entraron dando una patada a la puerta.

-Bien, suelta esa navaja, si no quieres que te meta una bala entre los ojos -lo amenazó uno de los agentes.

-Pero, pero ¿qué pasa? Sólo estamos pasando un buen rato -dijo el sorprendido individuo.

Dan y el resto de los hombres entraron a la habitación y dos de ellos se abalanzaron sobre él. Lograron quitarle la navaja después de un forcejeo. Por fin, pudieron reducir al presunto psicópata. Uno de los hombres lo registró y sacó de los bolsillos unas llaves.

-Tenga, señor, las llaves de las esposas -se las lanzó a Dick que las agarró al vuelo.

Dan echó una ojeada a la sucia habitación. Vio a su hermano desnudo y esposado sobre la vetusta cama, miró su espalda, y vio las marcas de su piel provocadas por los azotes dados en Black Island. Hizo una mueca de desprecio hacia el hombre desnudo.

-¿Señor? -preguntó Jones.

-Llévenselo -ordenó Dan. Luego se dirigió a Dick-. Te veo en mi despacho.

-Bien -le contestó sin mirarlo, mientras le quitaba las esposas a su amigo.

Dan se marchó, haciendo un gesto con la cabeza a los dos agentes que quedaban en la habitación, para que lo siguieran.

-¿Estás bien, Matt?

-No, no lo estoy.

-Lamento tanto todo esto; no logré convencer a Dan de que no te obligara a ello.

Lo siento, te he fallado.

-No, tú no me has fallado. He sido yo. No debí haber ido aquel día a ese bar, fue mi culpa y de nadie más.

-Debí decirle a Dan la verdad. Debí contarle que eres mi amigo, me siento un maldito cobarde.

-No digas eso, soy yo el que no quiere que le digas nada. No quiero complicar más las cosas. Si supiera que eres amigo mío, no me lo perdonaría. Él me odia.

Olvídalo todo, ayúdame a vestirme.

-Matt, ¿cómo sabías que ése era nuestro hombre? Fuiste directo a él.

-Fue fácil, estábamos en el lugar adecuado, el camarero me dijo que hacía varias semanas que entraba buscando compañía y salía siempre sin nadie. No parecía gustarle ningún hombre, así que pensé que los citaría a solas, para que no lo relacionaran con ninguno de los muertos.

-Sí, pero eso acostumbran hacerlo muchos hombres.

-Ya lo sé, pero, además, yo oí un sonido metálico en sus bolsillos, y sólo podían ser dos cosas, monedas o esposas, y ambos sonidos los conozco muy bien.

-¡Eres extraordinario, Matt!

-¡Oye! ¿No nos estarán escuchando por este transmisor que llevo puesto?

-No creo, pero si alguien lo hace, que se jodan -Dick acabó de ayudar a su amigo a vestirse.

-Dick, ¿sabes cómo está mi hija?

-Está bien, no te preocupes.

-¿Dan cumplirá su promesa?

-Eso creo, por lo menos eso me dijo. Oye, Matt, oí que pedías bourbon.

-No, te preocupes, no bebí. No hubiera quedado bien que intentara ligar bebiendo limonada.

-No claro, vamos Matt. Te llevaré a casa.

-¿A casa?

-A mi..., a nuestra casa.

## CAPÍTULO 31

Después de haber pasado la noche durmiendo en casa de su amigo, Matt se dirigió, a primera hora de la mañana, al despacho de su hermano, ya que Dick le informó que éste quería hablar con él al mediodía.

Cuando llegó al despacho, una mujer joven, por el tono de su voz, lo hizo esperar. Le dijo que estaba ocupado, y todavía tardaría una media hora en poder recibirlo. Lo hizo sentar en uno de los sillones, que había en la sala de espera.

-Señor, puede pasar. El señor Denver lo recibirá ahora.

-Gracias.

Dan estaba sentado en su escritorio, dando la espalda a la puerta. Apoyado en el marco de la ventana, estaba Dick.

-Pasa, Mathew -le ordenó dándose la vuelta.

-¿Dónde está mi hija? -preguntó impaciente.

-Tranquilízate, hemos de hablar primero. Siéntate, delante de ti, a tu derecha, tienes una silla.

-No, estoy bien así.

-Como prefieras. Bien, como te prometí, tu hija no será enviada a ningún centro para menores.

-¿Cuándo me la darás?

-No tan aprisa, primero quiero que firmes esto; -sacó unos documentos del cajón de su mesa Dick

se levantó al oír aquello.

-¿Qué es? -preguntó Matt.

-Documentos, puro trámite.

Dick se acercó, y miró por encima del hombro de Dan.

-¡Qué! -exclamó-, estos son unos documentos de adopción ¿qué te propones, Dan? -preguntó con enojo.

-Dick, haz el favor de no entrometerte en esto.

-Señor Channeng, ¿quiere decir usted que estos documentos son para entregar a mi hija en adopción?

-Sí, lo son, no firmes. Dan, le prometiste que le darías a su hija Él ha cumplido con su parte del trato, ahora cumple tú con el tuyo.

-Yo nunca dije que le daría a su hija.

-Mientes Dan, me lo dijiste a mí también.

-Te equivocas, le dije a él como a ti que no sería enviada a un orfanato, y cumplo con mi promesa. Nunca les dije que se la devolvería, es imposible.

-¡Me mentiste! -dijo Matt angustiado-, me has engañado.

-Tranquilízate, Matt -lo intentó calmar Dick-. Vamos a mi despacho, Dan -ambos salieron dejando a un alterado Matt.

-Vamos a hablar claro, Dan, ¿por qué este cambio? Le dijiste que le darías a la niña, ¿qué pasa ahora?

-Dick, ¿tú crees que voy a dejar que un pervertido como ése tenga la custodia de una niña? Ni lo pienses, es un prostituto, y además toxicómano. No voy a permitir que un tipo como ése tenga un bebé. ¡Nunca!

-Después de tantos años de amistad creo que no te conozco. Has utilizado a tu propio hermano como carnada para un psicópata y ayer casi permitiste que lo mataran. Pienso que deseabas que lo hicieran, tú sabías desde el principio que lo habíamos pescado, y aun así dejaste que aquel cerdo continuara. Casi lo degüella y no pareció importarte. No te conozco, Dan, no sé por qué lo odias tanto.

-Tú no lo entenderías.

-Inténtalo, explícamelo.

-No, no puedo. Además, nunca he pensado en dar a la niña en adopción.

-¿Entonces? -preguntó sorprendido.

-Me guste o no, esa niña lleva mi sangre, es mi sobrina, y no puedo permitir que crezca en un ambiente malsano.

-Pero, Dan, tu hermano se ha regenerado. Tiene un trabajo decente, vive en un apartamento cerca del puerto, y lo mejor de todo es que ya no se pica ni bebe.

-¿Y qué? ¿Quién me dice que no pueda volver a hacerlo? Ya escuchaste ayer, no puso ningún reparo en hacer lo que le pedía aquel cabrón, además, no es eso.

Mathew es ciego, no puede criar a una niña.

-¿Y por qué no? Hasta ahora lo ha hecho muy bien. Tiene a una mujer que le ayuda, la niña no tiene carencias.

-¡No! Mathew no tendrá a la niña. Quiero que firme esos documentos renunciando a la paternidad de la niña a favor mío.

-¿Qué? ¿Vas a quedarte tú con la niña?

-Claro, ¿qué pensabas? ¿Que iba a dejar que cualquiera se quede con mi sobrina?

Ni hablar, es una Denver, y seguirá siéndolo.

-¿Por qué no le has dicho esto a tu hermano?

-Porque él no tiene que saberlo, no ha de saber que la niña se quedará conmigo.

-Pero, ¿por qué? Si Matt sabe que te la quedarás tú será más fácil convencerlo.

De otra forma, no firmará esos documentos.

-¡Lo hará! -dijo convencido-, firmará esos papeles.

-¡No lo conoces! -le informó Dick.

-¿Acaso tú sí? -preguntó sorprendido.

-¡Puede que más que tú!

-Veo que en pocos días le has tomado mucho aprecio. Será mejor que volvamos, y no se te ocurra comentar que pienso quedarme yo con la niña -entraron de nuevo al despacho-. Y bien, Mathew, creo que has tenido tiempo suficiente para pensar.

Ahora que ya he aclarado las cosas con mi ayudante, me vas a firmar esos documentos.

-No, nunca lo haré.

-Mira, te lo voy a explicar bien para que lo entiendas, así que escucha atentamente. Quiero que me firmes estos papeles, para que la niña pueda ser adoptada por una familia decente.

-Tú me dijiste que no iría a ningún orfanato -le dijo sollozando.

-Haz el favor de callar, y escúchame. Ya te dije que no la enviaría a un orfanato y cumplo con mi palabra. La niña irá con una familia que ya ha sido escogida previamente; tú no puedes cuidar de ella.

-Sí que puedo -dijo casi histérico. Las lágrimas comenzaron a caer de sus ojos azules.

-¡Te he dicho que me dejes hablar! -le gritó-. O me firmas estos documentos y renuncias a la paternidad de...

-No, no quiero renunciar a mi hija -dio un paso hacia atrás y tropezó con la silla que había a su izquierda. Dick se acercó tratando de calmarlo.

-Matt, cálmate. Tú quieres lo mejor para tu...

-Tú..., usted también quiere que firme. No voy a firmar, ¡no lo voy a hacer! -

dijo mucho más histérico.

-Ya estoy cansado de oírte gimotear. Si no firmas estos documentos, te juro que envío a la niña a un orfanato, y para eso no necesito tu autorización. Y a ti te envío de nuevo a Black Island, para siempre, tú decides.

-¡Dan! -increpó Dick.

-¡Maldito seas! Toma esa pluma y firma -le puso bruscamente la pluma en la mano.

-Dan, te lo ruego, te lo suplico, no me quites a mi hija -Matt cayó de rodillas en actitud suplicante-. Por favor, yo, yo haré lo que me pidas, pero no me quites a mi hija, es lo único que tengo -las lágrimas corrían por sus mejillas como torrentes.

Dick sintió cómo su corazón se le partía, al ver al hombre que amaba suplicando por algo que era suyo. Por unos instantes, sintió deseos de abrazarlo, y decirle a Dan que lo dejara en paz, que él era el hombre al que amaba, decirle que era homosexual. Pero pensó en lo que le dijo Matt de que no complicara más las cosas, y viendo la reacción de Dan, ante su hermano, creyó que efectivamente las cosas se pondrían peor de lo que ya estaban.

-Dan, ¿por qué no me dejas a solas con él?

-¿Por qué?

-Ahora está muy nervioso, no te escucha. Déjame que hable con él, sólo cinco minutos.

-Está bien, cinco minutos, ni uno más -salió del despacho dando un portazo.

-Matt, ven aquí, siéntate -le ayudó a levantarse, recogió la silla caída, y se la acercó-. Matt, escúchame, sé que es doloroso lo que te voy a decir, pero creo que será mejor que firmes esos documentos.

-¡Tú también! Creí que eras mi amigo, pero ahora veo que estaba equivocado.

-No digas eso Matt. Sabes que lo soy, pero Dan tiene razón, la niña estará mejor en un hogar, con

una familia que la quiera.

-Yo quiero a mi hija, le doy amor.

-Sí, lo sé y me consta, pero...

-No voy a firmar.

-Matt, tu hermano es muy poderoso. No habla por hablar, te puede aplastar con un solo dedo, si se lo propone. Todas esas amenazas de antes las cumplirá, puedes estar bien seguro de ello, si no firmas. Protección de menores no necesita ningún documento para quitarte la custodia y Dan cumplirá su promesa de enviarte de nuevo a prisión.

-No puede, no tiene ningún cargo contra mí, no puede encerrarme.

-¿Y crees que él no podrá encerrarte? No necesita cargos. Matt, firma esos papeles. No lo hagas más difícil, no quiero que sufras, pero tampoco quiero que te pases toda la vida en una prisión.

-No voy a firmar, Dick, no voy a firmar.

-Por favor, Matt, piensa en tu hija. Si no lo haces, Dan la llevará a un orfanato, Y tú no quieres que ella crezca sin el amor de un hogar.

-Dick, no quiero que...

-Bien, ya han pasado esos cinco minutos, ¿lo has convencido? -preguntó Dan al entrar.

-Dale tiempo, no es fácil renunciar a un hijo.

-¡Maldito seas, Mathew! Ya has tenido tiempo suficiente, toma esta maldita pluma y firma. Si no te haré firmar con tu propia sangre.

-Yo no puedo -dijo abrumado.

-Dan, cálmate, déjalo respirar.

-Ya me he cansado de esperar. Toma la pluma -se la puso en la mano, le cerró el puño y le agarró la muñeca obligándolo a firmar-. Firma de una puta vez.

-Soy..., soy..., -sollozaba-, soy zurdo.

-Lo siento, lo olvidé -le soltó la mano de golpe. Y Matt, entre sollozos, se cambió la pluma de mano, y con pulso tembloroso firmó la renuncia de su hija-.

Has hecho bien. Ahora puedes irte. Por cierto, toma este dinero.

-Yo no vendo a mi hija.

-Es por si lo necesitas.

-¡Vete al infierno, Dan! Tú y tu maldito dinero se pueden ir al infierno.

-Como quieras, sólo pretendía ayudarte. Dick ¿quieres acompañarlo a la puerta?

-No, no hace falta, sé el camino -extendió su bastón, y con paso lento e inseguro, salió.

Fuera del edificio, el aire era frío. Dick había salido detrás de él, pero ya no estaba. No podía haber ido muy lejos. ¿Está ciego pensó, he de encontrarlo. No puede haberse ido tan de prisa?. Miró a su alrededor, intentando ver la figura alta de su amigo. No lo vio, preguntó al portero del edificio y éste negó con la cabeza. Decidió tomar la Quinta Avenida. Corrió atropellando a la gente. Por fin, apoyado en un semáforo, lo encontró.

-¡Matt, gracias a Dios!

-Déjame tranquilo -las lágrimas seguían corriendo por sus mejillas.

-Matt, escucha, yo no sabía lo que pretendía Dan. Me ha tomado desprevenido, como a ti, pero si lo piensas detenidamente verás que es lo mejor para Glory Ann.

-¿Lo mejor, dices? Ya no tengo nada, no tengo nada por quién vivir, nada por qué luchar, déjame tranquilo.

-Matt, no te derrumbes ahora, ven a casa conmigo.

-Eso es lo único que te importa. Llevarme a tu casa para poderme coger cuando quieras.

-Sabes que no es cierto, ¿cuánto tiempo hace que no te he tocado? Desde que dejaste la heroína. Es cierto, te quiero, te deseo, pero me aguanto. No te quiero a la fuerza. Quiero que vengas a mi casa,

porque adivino lo que vas a hacer, y no puedo permitir que vuelvas otra vez al principio.

-¿Y qué te importa? Ya no hay nada por lo que tenga que estar sobrio.

-Sí que me importa, Matt, sólo tú y yo sabemos lo que te costó dejar la heroína.

No quiero que vuelvas a pasar por ello. ¿Acaso no crees que eres importante?

-Importante, ¿para quién?, ¿para qué? Soy un maldito culero de mierda, que además violó a una niña, no soy nada, absolutamente nada.

-Matt, le prometiste a tu madre...

-¡Mi madre! En cuanto Dan le diga lo que soy, qué va a importar, me despreciará lo mismo que Dan, ¿qué importa ya?

-Te equivocas, conozco a tu hermano y sé que nunca dirá que te ha visto.

-¡Olvídalo! Me marchó, no volveremos a vernos.

-Matt, espera, no puedes irte así, no puedes marcharte en el estado en que estás. Quédate esta noche en mi casa, mañana verás las cosas de manera diferente.

-Dick, yo soy ciego, no veo nada, y no puedo ver nada diferente. Y como dijo Dan, sólo hago daño a la gente, y no quiero hacerte más daño a ti. Sé que has intentado recuperar a mi hija, y te lo agradezco, pero ahora no puedes ayudarme, ya nadie me puede ayudar -hizo una señal con el bastón, y un taxi paró. Subió.

-¿A dónde, señor?

-Lo más lejos de aquí.

-Matt, espera, por favor no te marches, por favor...

Dick vio cómo el taxi subía por la Quinta Avenida, y se alejaba a toda velocidad, y en su interior, presintió que ya no volvería a ver a la única persona que había amado en su vida. Matt regresaba a la oscuridad, y esta vez él no podía hacer nada para impedirlo. Sus ojos se nublaron por las lágrimas.

## CAPÍTULO 32

La familia Denver se había reunido para el entierro de Hellen. Un apenado Matt Denver era custodiado por sus tres hijos; Dan, Scarlett y David, acompañados por el resto de la familia Sullivan. Dick, en todo momento estuvo al lado de su amigo, no lo dejó un solo instante, desde que se confirmó la recaída importante de su enfermedad, en las últimas semanas.

Hellen se comenzó a sentir mal cuando Dick le tuvo que contar, por su insistencia, que quería ver a su hijo, que había perdido contacto con él, y después de haber hecho lo imposible por localizarlo, parecía como si se lo hubiera tragado la tierra. Dejó el almacén donde trabajaba, junto con el apartamento, cosa que no le sorprendió a Dick. En "Copas", no lo veían y Smitty juró que desde que dejara la calle no había sabido más de él. Recorrió durante semanas todo el barrio antiguo, todos los burdeles y agencias, los cines más decadentes y las pensiones más sucias. Nadie dio razón de él; ahora su madre había muerto y él seguramente no lo sabía.

La ceremonia fue corta y sencilla, así lo quería ella. Fue enterrada en la más estricta intimidad. En casa de Matt Denver, desde que se divulgó la noticia, no dejaron de llegar telegramas de condolencia y decenas de flores.

-Papá, ¿de verdad que estás bien? -preguntó dulcemente Scarlett a su padre.

-Sí, cariño, no te preocupes, me encuentro bien. ¿Quieres ir a ver si ya se ha despertado Glory Ann?

-Ahora voy, papá.

-¿Cómo se encuentra, señor? -preguntó Dick.

-Bien, gracias. Te agradezco que estés aquí, te queremos como a uno más de la familia y Mellen

te apreciaba mucho.

-Lo sé, señor, yo también la apreciaba. Creo que a Dan le ha afectado mucho la muerte de la señora Denver.

-Dan quería mucho a su madre, estaba muy unido a ella. Cuando mi hijo Mathew fue condenado, él se volcó en su madre. Dan no pudo aceptar la culpabilidad de Mathew, así que cuando lo enviaron a Black Island, se refugió en ella. Nunca superó el hecho de que su hermano violara a una niña. Dan admiraba a su hermano y, cuando fue condenado, se hundió, nunca logró superarlo.

-¿Y usted señor?

-¿Yo? Cada día rezo para que llamen a esa puerta y sea mi hijo quien lo haga.

Antes, por lo menos sabía que estaba en prisión, pero ahora..., ahora no sé si está vivo o muerto, y eso es horrible.

-Comprendo lo que siente, a mí me pasa también lo mismo con alguien a quien amo y sé lo que se siente cuando no sabes si ha muerto o algo peor.

-¿Peor?

-Sí, porque quizá esa persona está sufriendo, atrapada en un agujero negro, y no puedes ayudarle.

-No sabía que hubiera alguien en tu vida.

Lo hay señor, y por mi culpa, por no saber reaccionar, puede que esa persona se haya perdido en ese agujero que es la heroína.

-Lo siento, ¿puedo hacer algo?

-Gracias, señor; de hecho, ya me ha ayudado escuchándome, pero creo que éste no es el momento para mis problemas. Usted tiene los suyos propios.

-Dick, cuando tengas un problema, puedes hablar conmigo, ya sabes dónde estoy.

-Gracias de nuevo, señor.

-Papá, Dick, los veo muy abatidos, ¿se encuentran bien? -Preguntó Dan, acercándose a ellos.

-Sí, Dick y yo sólo hablábamos.

-Subo para ver qué hace Glory Ann, hace horas que duerme.

-Scarlett ha ido a por ella -informó su padre.

En aquel momento, Scarlett entraba en la sala, con la pequeña en sus brazos. La niña, con cara de sueño, se desperezaba, abriendo su pequeña boca y cerrando sus grandes ojos verdes.

-¡Miren quién está despierta!

-Mi pequeña -Dan se acercó, y le dio un beso. La niña extendió sus pequeños brazos para que su ? padre? la agarrara.

-Dan, hermano. Desde luego, no puedes negar que sea hija tuya, este bomboncito es igual que su papá -le hizo unos mimos a la pequeña, y ésta se rió.

-Lo que no entiendo es por qué nos dijiste que la habías adoptado, en vez de confesar que era fruto de un romance.

-Papá, a veces las cosas se complican. Yo no sabía de su existencia hasta que la madre murió, y lo cierto es que tuve que firmar una adopción.

-No lo entiendo, si era hija tuya, ¿por qué firmar una adopción? -preguntó Scarlett.

-El hombre que vivía con la madre la había reconocido como su hija, así que tuvo que firmar la renuncia de la paternidad a mi favor.

-Papá -dijo la pequeña-. Dan la besó con cariño.

-Mi pequeña Glory Ann, eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

-¡Bienvenido al club de los padres! -ironizó Scarlett.

-Cuando miro a mi hija, veo a mamá y pienso que no la hemos perdido del todo.

Algo de ella está aquí en Glory Ann, con todos nosotros.

Dick estuvo todavía unos días más alojado en casa de los Denver. Se encontraba en el salón

leyendo un libro cuando Matt Denver entró.

-Me alegro de que estés aquí, quería hablar contigo.

-Usted dirá -se levantó del sofá.

-No te levantes. Verás, Dick, tengo una duda y perdona si me entrometo en donde no debo - Denver se sentó a su lado.

-Dígame.

-En estos dos últimos años, tú y Hellen, parecían como si compartiesen un gran secreto. Sus conversaciones a solas, sus llamadas a tu casa, ¿qué pasó aquella semana en que mi esposa se quedó en New York, contigo? ¿Por qué cambió de idea y a última hora decidió quedarse?

-Señor, no pensará que entre su esposa y yo...

-No, por supuesto que no. Pero quiero saber qué era eso tan importante para que Hellen cambiara tan radicalmente. ¿Por qué ese interés casi obsesivo por hablar contigo? Por favor, Dick, dime ¿qué pasaba?

-Disculpe, señor, pero le di mi palabra a Hellen de que guardaría el secreto. Lo lamento, pero no puedo romper mi palabra.

-¿Tan importante es?

-Depende para quién, pero le puedo asegurar que no había nada por lo que usted pudiera...

-¿Dick?

-Sí.

-Eso tan importante, ¿era algo referente a mi hijo Mathew?

-¡No, claro! -la pregunta lo tomó por sorpresa.

-Mientes, Dick, tú sabes algo de mi hijo.

-¿Yo señor? Pero si no lo conozco.

-Mientes de nuevo, Dick. Estoy convencido, dime la verdad -le ordenó.

-Señor, yo, yo prometí, di mi palabra.

-¿A quién? ¿Y por qué? Sé que algo le ocurrió a Hellen. En aquel viaje cambió, era feliz, muy feliz. Dejó de mencionarme a Mathew y después estaban tus llegadas. Hellen corría a tu encuentro y se le iluminaba la cara, y como sé que no había ninguna aventura entre los dos, tenía que ser algo relacionado con mi hijo. ¿Qué sabía Hellen que ambos me ocultaron? Por favor, Dick.

-No me gusta romper mis promesas -dijo suspirando-, pero creo que tiene el derecho de saberlo. Está en lo cierto, nuestras conversaciones eran referentes a Matt, a su hijo.

-¿Tú sabes dónde está?

-No, no lo sé, y esta vez le digo la verdad, no sé dónde está su hijo.

-¿Por qué ese interés de Hellen por hablar contigo?

-Hace dos años, cuando ustedes fueron a New York, yo descubrí a su hijo. Él quería hablar con su madre, sabía de su enfermedad, pero insistió en que sólo hablaría con ella, así que preparé la entrevista. Fue en mi casa. Matt nos hizo prometer a su esposa y a mí que no le diríamos nada a usted, ni a nadie.

-Pero ¿por qué mi hijo no quería hablar conmigo?

-Él pensaba que usted no quería saber nada de él, que lo había dejado de querer.

-¿Cómo he podido ser tan estúpido? ¿Cómo he podido dejar creer a la gente que mi hijo no era importante para mí? Yo quiero a mi hijo. ¡Dios!, ¿por qué?

-Yo le dije en varias ocasiones que hablara con usted, que intentara una reconciliación, pero él insistía en que no había perdón, usted nunca lo perdonaría.

-Pero dime, ¿cómo es que ahora no sabes nada de él?

-Verá, como le iba diciendo, durante aquella semana su esposa y Mathew se vieron todos los días. Cuando se despidieron, ellos quedaron en mantener el contacto a través de mí, y así fue. Por eso su



esposa llamaba muy a menudo a mi casa. Era para hablar con él, y su interés por verme cuando yo venía era para lo mismo; para que le explicara cosas de su hijo. Pero hace más de un año que Matt desapareció, no sé nada de él. Por eso su esposa recayó. Intenté por todos los medios localizarlo, pero no lo conseguí y su esposa empezó a sospechar, así que al final tuve que contarle la verdad.

-No entiendo ¿por qué Hellen me lo ocultó? De haber sabido que mi hijo estaba en New York, hubiera corrido en su busca.

-Su esposa no le dijo nada por el mismo motivo que Matt: pensaba que usted no quería verlo.

-¿Pero, por Dios! Hellen me conocía, ¿cómo pudo pensar eso?

-A veces, señor, hay que decir lo que se siente, no sólo pensarlo. De no haberme hecho el otro día aquel comentario sobre su hijo, yo ahora no estaría rompiendo mi promesa.

-Dime, Dick, ¿cómo estaba mi hijo?, ¿y por qué ha desaparecido?

-Hubo una época en que estaba bien, tenía un trabajo.

-¿Un trabajo?

-Sí, en un almacén de libros.

-¿Qué le pasó? ¿Por qué dices que ha desaparecido?

-El último día que hablé con él, se despidió de mí. Verá, señor su hijo hacía poco tiempo que había dejado el alcohol y la heroína.

-¿Qué! ¿Mi hijo era toxicómano?

-Como le iba diciendo, Matt llevaba poco tiempo en rehabilitación. Aquel día sufrió un golpe muy bajo, y estoy convencido de que se volvió a perder de nuevo en ese pozo negro que es la heroína.

-¿No puede ser! -Denver cerró los ojos como si rezara-. Dick, cuando me dijiste que habías perdido a una persona querida ¿te referías a mi hijo?

-Sí, hace años que conozco a Matt, pero no descubrí quién era realmente él hasta aquella semana que ustedes fueron a New York. Él me confesó la verdad.

-Tenemos que encontrarlo.

-Ya lo he intentado yo. Busqué por todos los locales que frecuentaba, incluso los que no, los hoteles, hospitales, fui hasta San Patricio; él solía ir a la iglesia, pero nada. Le pregunté a un sacerdote amigo suyo, y me contestó lo mismo. No lo veía hacía tiempo.

-Dick, ¿crees que habrá vuelto otra vez a las drogas?

-Estoy seguro de ello.

-Pero si es drogadicto, ¿de dónde saca el dinero para pagársela?

-Señor -suspiró de nuevo-, verá, no se cómo decírselo, es muy doloroso.

-Dime, Dick.

-Verá, Matt, estaba, se había prostituido.

-¿Nooo! -se oyó un grito desesperante de la boca de Denver.

-Señor, lo siento. Siento ser yo quien le tenga que decir esto, lo siento, cálmese.

-¿Dios mío! Pero ¿cómo pudo llegar a eso? ¡Dios mío! -sollozaba.

-Creo que debe saber la verdad de cómo empezó todo. El, en parte, nunca quiso regresar porque se despreciaba a sí mismo, se sentía sucio, corrompido, se acostaba con hombres, y no quería que ustedes lo supieran.

-¿Con hombres dices? ¿Sabía Hellen esto?

-No, claro que no. Se lo ocultamos. Ella sólo sabía que Matt había sido drogadicto, pero que ya estaba recuperado, nada más.

-¿Cómo lo conociste?

-Verá señor, lo cierto es que nunca he hablado de esto con nadie, ni con Dan.

Señor, soy homosexual. Conocí a su hijo en un bar de ligue. Si yo hubiera sospechado que era su hijo, puede estar seguro de que yo no...

-Pero, ¿cómo pudo llegar a prostituirse? No lo entiendo.

-Yo sé la historia, él me la contó cuando descubrí su identidad -Dick le relató, paso a paso, toda la historia de su hijo, desde que ingresara en Black Island, su intento de dejar su adicción, hasta el último día que lo vio, eludiendo explicar la hija que tuvo con Juli, así como el encuentro con su hermano Dan.

Todo eso no se lo contó, no creyó necesario hacerle más daño del que ya le estaba haciendo al contarle la historia, y sabía que si mencionaba el encuentro que tuvo con Dan crearía un conflicto entre los dos.

-¡Dios santo! Tanto sufrimiento... Nunca pude imaginar que mi hijo llegara a sufrir tanto, pero ¿por qué se marchó? ¿Por qué ese golpe bajo que has mencionado?

-Señor, yo le fallé, Matt es un hombre muy sensible, que a consecuencia de las drogas se deprime con mucha facilidad. Era fácil herirlo y aquel día yo lo hice.

No estuve al nivel de las circunstancias. Por salvar mi reputación, negué conocerlo, necesitaba mi ayuda, y se la negué. No estuve con él cuando tendría que haber estado. Lo siento, es culpa mía que ahora Matt haya desaparecido.

-No es culpa tuya. Tú estuviste a la altura. Fuiste su amigo, le ayudaste. Si hay un culpable de todo esto, ese soy yo. Si cuando Mathew fue acusado de violación yo lo hubiera defendido, si lo hubiera escuchado, intentado comprender qué es lo que pasó... Pero no lo hice, sólo le maldije, ni tan sólo le pregunté si era cierta la acusación. Lo condené olvidando que soy abogado, no juez.

-Su hijo no recordaba haber tocado a Linda. Si realmente abusó de ella, debía estar enfermo.

-Si lo hubiera escuchado, mi hijo no habría ingresado en Un penal, necesitaba ayuda médica, y yo se la negué. Le fallé. confiaba en mí y yo le fallé. Por eso nunca quiso regresar, él lo sabía, sabía que le había fallado.

-No, él nunca regresó porque se avergonzaba. Lo respetaba tanto, lo quería tanto, que no soportaba la idea de que usted supiera en lo que se había convertido. No quería que usted se avergonzara de él.

-¿Lo amabas, Dick?

-Sí, desde el primer día que lo conocí, me enamoré de él. Nunca me importó lo que era ni lo que hizo.

-¿Y él?

-No, le asqueaba acostarse con hombres, pero, a su manera, él también me quería.

-Tenemos que intentar localizarlo, he de hablar con Dan.

-No le debería explicar nada de todo esto.

-¿Por qué? Querrá saber de su hermano.

-No, conozco a Dan, y sé que no le gustará saber que su hermano es un...

-Te equivocas, Dan es mi hijo y sé como piensa. El tener que llevar la propia acusación de su hermano, fue lo peor que le pudo haber pasado. Dan adoraba a su hermano, nunca superó el que violara a Linda. Dan tiene que saber que su hermano puede tener problemas, ha de saber todo lo que tú me has contado.

-Señor, se lo ruego, no le diga...

-Lo siento, Dick, yo no he hecho ninguna promesa. Dan ha de saber la verdad, y estoy seguro de que buscará hasta en las cloacas si es necesario.

-¡Ojalá! Que sea como usted dice, lo único que le pido es que no le diga a Dan mi relación con Mathew. No le diga que soy gay.

-Respetaré tu intimidad.

-Gracias, señor.

Tal como supuso Dick, a su amigo no le interesó saber de su hermano. No le importaba si estaba

vivo o muerto, no quiso escuchar ningún detalle que le expuso su padre.

Padre e hijo mantuvieron una larga discusión, en la que Denver acusó a su hijo de ser un ? desalmado, con un corazón de hielo?, y éste le contestó que ?no podía olvidar que Mathew violó a una niña?, y que tan sólo era un perverso sexual.

No quería ni consentiría que ese perverso estuviera cerca de su hija. Si Mathew cruzaba la puerta de la casa, él y su hija Glory Ann no volverían nunca a pisar San Francisco.

Tuvo que intervenir Dick para evitar que la discusión fuera a más, así que, después de apaciguar el ambiente, Denver salió de su casa dando un portazo.

Ambos hombres se quedaron solos. Dan miró con furia a su amigo.

-¿Por qué lo has hecho? -preguntó Dan.

-Hecho, ¿qué?

-¡Venga, Dick!, no juegues conmigo. ¿Por qué le has dicho a mi padre que vi a Mathew?

-Perdona, pero en ningún momento le he dicho a tu padre que lo hubieras visto.

-Entonces ¿por que sabe que está en New York?

-Yo sólo le he contado a tu padre lo que él me explicó en tu oficina. No le he dicho lo que hiciste con él, ni que Glory Ann es hija suya.

-¿Por qué le has nombrado a Mathew? ¿Por qué le has dicho que es un drogadicto?

-Porque él me lo ha preguntado. Tu padre sospechaba que tu madre se encontraba con él.

-¿Mi madre? ¡Tú estás loco!

-Tu madre se vio con Matt, y eso lo sé seguro.

-¡Claro! Ahora lo entiendo todo. ¡Tú ya conocías a mi hermano! No me di cuenta entonces, pero ahora lo veo todo claro. Tú lo llamabas Matt, como si tuvieras mucha confianza con él. Todo aquello de que trabajaba en un almacén, que estaba rehabilitado, él no tuvo tiempo de explicártelo en tan pocos minutos. Tú ya lo sabías desde antes, por eso aquel día cuando te llamé por teléfono me dijiste que no podías venir, pero cambiaste de opinión en el momento en que te dije que mi hermano estaba detenido. Ahora entiendo por qué en su ficha policial había detenciones y pagaba su fianza casi a la media hora de su detención. Eras tú quien lo hacía, por eso nunca hubo juicio. Tú te encargabas de ello, ¿qué estúpido he sido! Tú ya lo conocías. Y me lo ocultaste.

-Sí, es cierto, ya conocía de antes a tu hermano, y si yo no hubiera actuado como un maldito cobarde, no lo habrías enviado a buscar a aquel cerdo, no lo habrías mandado a prostituirse.

-¿Prostituirse dices? Ya lo estaba.

-No, él había empezado una nueva vida, no sabes cuánto le costó, y tú vas y le quitas a su hija. Un golpe sucio, Dan; sucio y bajo, y ¿sabes?, lo que más lamento de todo esto es que yo te ayudé a que firmara ese maldito documento, y ahora él seguramente debe estar borracho en algún bar, o peor, hundido en la heroína, y eso nunca me lo perdonaré. Nunca me perdonaré no haberlo impedido.

Mañana tomaré el primer avión para New York; a primera hora de la tarde tendrás sobre tu mesa mi dimisión.

-No la voy a aceptar.

-Pues lo lamento por ti.

-¡Espera, Dick! Hace muchos años que nos conocemos, no puedes ahora...

-Yo también creía que te conocía, y ahora veo que no. Eres un hombre cruel.

Siempre te he apoyado en cosas que creía correctas, y en otras en que todo el mundo te censuraba, incluso cuando le quitaste a Matt a su hija, te recriminé, pero te apoyé. Ése fue mi error, antepuse mi amistad por ti, a la de Matt, y él no merecía mi traición, no se la merecía. No sé por qué lo odias tanto, pero Matt no se merece el trato que le diste. Él es mucho más buena persona que tú, aun habiendo violado a alguien, si es que alguna vez lo hizo, porque yo lo dudo.

-Dick, antes de que presentes tu dimisión, podemos hablar. Sólo te pido eso, espera que llegue yo

y hablaremos. Después, si sigues pensando lo mismo no me opondré.

-De acuerdo, esperaré hasta entonces.

## CAPÍTULO 33

Los inviernos en New York son largos y fríos, sobre todo cuando se está solo en una gran ciudad como ésta. Eso es lo que pensaba Dick. Nació y vivió toda su vida en aquella ciudad, y ahora, más que nunca, se sentía solo. La Navidad se acercaba, sólo faltaban tres días, y no tenía ningún plan. Era el primer año que no aceptaba la invitación de su amigo Dan de pasar las Navidades en San Francisco. También sería el primer año que la pasaría solo. Después de la disputa que mantuvieron en el entierro de Mellen, hacía ya más de un año, ambos amigos se distanciaron un poco. Dan logró convencerlo de que no dimitiera, después de una larga conversación de más de cinco horas. Dick le confesó, finalmente, que era homosexual, cosa que no pareció importarle ni sorprenderle.

Cuando sí se sorprendió fue cuando le explicó que Mathew había sido su amante.

Por unos instantes Dick creyó que su amigo se caía de la impresión. Le explicó cómo lo conoció y cuándo se enteró de su verdadera identidad, pero no le dijo nada de Black Island, ni el porqué de su decadencia. Dan no quiso saber nada, no lo dejó que prosiguiera con la explicación.

-¿Desea algo más, señor?

-No, gracias, Mary. Que pase una feliz Navidad. Nos vemos la próxima semana.

-Gracias, señor. Igualmente.

Mary era la mujer que le hacía los trabajos domésticos, una mujer de mediana edad, con el pelo negro recogido en un moño, y con aspecto muy bien cuidado.

Dick se levantó del sofá, fue hasta la ventana y corrió el visillo. Los faros de los vehículos dejaban ver los minúsculos copos que comenzaban a caer. El teléfono sonó.

-Sí, soy Richard Channeng. ¡Ah, hola, Dan! ¿Qué pasa? No no, de verdad. No insistas, este año no puedo ir a tu casa, no es ninguna excusa, no es eso, Dan, sólo es que tengo otros planes. Mira, intentaré ir para fin de año, ¿de acuerdo?

Está bien, quedamos así. Saluda a tu padre. Un beso a la pequeña. Te dejo, están llamando a la puerta. Sí, igualmente Dan. Adiós -colgó. El timbre de la puerta seguía llamando-. Ya voy, un momento -avisó al impaciente que llamaba. Miró a través del visillo y vio la silueta alta de un hombre con barba y aspecto desaliñado. Abrió la puerta con ojos incrédulos-. ¿Matt? ¿Eres tú, Matt?

-Dick, ayúdame -y se abalanzó cayendo sobre los pies del sorprendido Dick. Éste lo agarró para que no cayera al suelo. Después de la sorpresa, reaccionó.

-¡Matt!

-Dick, ayúdame por favor, ayúdame.

-Déjame, que te ayude primero a entrar -lo agarró por debajo de los hombros y le ayudó a entrar hasta el salón. Lo sentó en el sofá-. ¿Dónde has estado todo este tiempo? Matt, te hemos buscado. ¡Dios, cómo estás! -Dick seguía atónito; su amigo estaba decrepito-. ¿Qué te ha pasado, Matt?

-Necesito un trago -Dick, cerró los ojos con expresión de dolor.

-Matt, vuelves a beber.

-¿Y qué pensabas? ¿Me das ese trago?

-No, si has venido a mí para que te dé de beber, te has equivocado de puerta, pero si realmente vienes a pedirme ayuda, te la ofrezco incondicionalmente.

-Dick, necesito beber algo, por favor.

-Lo lamento, esto no es un bar -su rostro se mostraba impasible ante las suplicas-. Dime ¿para qué has venido?

-Dick, yo, yo estoy enfermo, necesito ayuda.

-Llamaremos a un médico.

-¡No! -gritó-, no necesito un médico, te necesito a ti. Dick, he hecho cosas terribles, repugnantes, he aceptado cualquier depravación a cambio de unos miserables dólares.

-Sé que sufriste un fuerte golpe y comprendo que te derrumbaras, pero si sólo has venido hasta mí para pedirme dinero, eso olvídalo, ¿te picas de nuevo?

-Sí, yo no quería, pero estaba tan mal, estaba deprimido... Después, cuando me enteré de que mi madre había muerto, no lo pude soportar, me hundí.

-¡Oh! Matt, ¿por qué huíste? ¿Por qué no dejaste que te ayudara? -se abrazó a él-. Tú sabes lo que siento por ti, te quiero, Matt. No puedo soportar verte así, volveremos a empezar si tú quieres...

-Por eso he venido, he pensado que tal vez tú... bueno, que podríamos hacer como antes, podría ser tu amante...

-¿Qué quieres decir, como antes? -lo miró receloso.

-Bueno, tú ya sabes qué soy, y tú podrías..., que si quieres..., podrías pagarme por mis servicios, como al principio, cuando nos conocimos.

Dick lo soltó de golpe, se quedó atónito. En aquel momento no supo qué decir, pero tampoco le salían las palabras.

-¿Qué dices, Dick?

-¿Qué... -tragó saliva-, que qué digo? Que estás mucho peor de lo que pensaba.

¿Has venido a mí para pedirme que me acueste contigo? ¿Has venido a pedirme que te coja para poderte pagar esa maldita mierda? ¿Para eso has venido?

-No, yo, yo...

-Tú, ¿qué? Será mejor que te calles, no digas nada más, por favor, cállate -Dick fue hasta la ventana y miró a través de ella. La nieve caía más copiosamente.

Durante dos largos minutos no dijo nada. Matt se sentía angustiado, el silencio de su amigo lo ponía nervioso, y él no se atrevía a hablar. Dick dio la vuelta, lo miró, después fue hasta él, y se arrodilló a sus pies-. Matt, te voy a proponer una cosa. Mira, yo quiero ayudarte, vamos a hacer esto: tú te quedas aquí, en mi casa, conmigo, y empezamos desde ahora mismo tu recuperación.

-No, no podré.

-Sí que podrás, ya lo hiciste una vez y lo lograste.

-Esta vez no, no quiero dejar la heroína, no puedo dejarla.

-¡Vamos, Matt! -se levantó-, no digas tonterías, hasta el yonki más mierda quiere dejarla.

-Me equivoqué al venir a tu casa.

-No, no te equivocaste. Mira, Matt, ahora tienes un motivo para volver a dejar esa mierda. Tu padre te quiere ver, él me lo dijo.

-Mientes.

-¿Por qué mentir? Tu padre y yo te hemos estado buscando.

-¿Buscando? Acaso sabe mi padre que...

-Le dije la verdad.

-¿Qué? -se levantó bruscamente-, ¿por qué lo has hecho?

-Tuve que hacerlo, tuve que decirle la verdad.

-Me prometiste que no le dirías nada, me juraste que él no sabría nunca nada. Me has traicionado.

-No, Matt, escúchame un momento, ¿quieres?

-Déjame, me voy. Estoy tan mareado -se dejó caer en el sofá.

-Matt, estás enfermo, déjame que te ayude.

-No quiero tu ayuda, me prometiste que mi padre no sabría en lo que me he convertido.

-Tu padre sufre por ti, le tuve que contar la verdad. Quiere que vuelvas, quiere ayudarte.

-¿Cómo quieres que ahora pueda volver? Le debo dar asco, ¡maldito seas, Dick! No tuviste que haberle dicho nada.

-Matt, ¿no te das cuenta? Tu padre quiere verte, no le importa lo que hayas hecho o lo que seas, sólo quiere recuperar a su hijo.

-Necesito beber, si me dieras una copa...

-No -fue escueto.

-Eres un cabrón de mierda, ¡me marchó!

-No, no te irás, no tienes adonde ir, y estoy seguro de que has venido aquí porque no encuentras a nadie que se deje mamar por ti. Estás nauseabundo, nadie por más loco que esté, te cogería. Das asco, Matt, y lo quieras o no, te voy ayudar a dejar esa mierda.

-No puedes obligarme -se volvió a levantar; el mareo había pasado.

-Ya lo creo.

-Dick, Dick -sus lágrimas inundaron unos ojos azules llenos de fuego y Dick lo volvió a abrazar.

-Matt, ven, te acompañaré al baño, tienes que quitarte toda esa ropa mugrienta que llevas puesta. Te encontrarás mejor cuando te hayas quitado toda esa suciedad.

La noche fue larga. Después de ducharse y de que Dick lo afeitara, lo obligó a acostarse. A pesar de las súplicas para que le diera un trago, no consiguió nada, y del ruego pasó a los insultos. Quería beber, es más, necesitaba inyectarse una dosis. Por fin, después de una larga batalla dialéctica, consiguió que se durmiera. Eran cerca de las nueve de la mañana. Dick se sentía cansado. Había sido muy duro. Tuvo que oír cosas que Matt no hubiera dicho en su sano juicio, pero ahora estaba tranquilo. Dick se sentó en la butaca cerca de la cama, se descalzó las botas, e intentó dormir un rato.

Era temprano. Miró por la ventana. Las calles estaban cubiertas por una gran sábana blanca. Otra noche sin dormir, pero ahora ya parecía estar controlado.

Las crisis de Matt eran más espaciadas y no tan agudas. Se había quedado dormido. Decidió bajar a la cocina a desayunar un poco. Tomó el teléfono de la cocina y marcó un número.

-¡Hola! Ah, eres tú, Dave, ¿cómo estás? Sí, yo también, gracias. Oye, ¿está Dan?

Dile que quiero hablar con él. Gracias -esperó unos segundos-. ¿Dan? Sí, ya lo sé. Mira, por esto te llamo. Lo siento, pero se me ha presentado un imprevisto y no podré ir. No, no, no pasa nada, una visita de última hora. Sí, tengo invitados, así que no... No, no los conoces, se presentaron sin avisar. Sí, unos parientes. No, claro que no te he hablado de ellos, si yo apenas los conozco.

Está bien, oye, ¿y la pequeña? Bien, le das un beso. Sí, yo también lo siento.

Está bien, nos vemos el martes. Sí, bien, adiós.

Dick pasó el resto del día repasando unos papeles en su despacho.

-Hola, dormilón.

-¿Qué hora es? -preguntó soñoliento.

-Cerca de las ocho, llevas durmiendo doce horas seguidas.

-No sé cómo me puedes aguantar, después de todo lo que te he llegado a decir.

-Bueno, creo que soy algo masoquista, ¿tienes hambre?

-Sí, creo que hoy podría comer.

-Eso me gusta. Te prepararé algo mientras tomas una ducha.

-Bueno, pero que no sea leche.

-Lo siento por ti, eso será lo primero que te haga: un gran vaso de leche muy caliente.

-¡No por favor!, ya sabes que no me gusta.

-Bueno, ya te acostumbrarás. Por cierto, ¿sabes qué día es hoy?

-Ni idea.

-Treinta y uno de diciembre, ¿te dice algo la fecha?

-¿Qué es, tu cumpleaños? -preguntó en un sarcasmo.

-No seas tonto, hoy acaba un año y empieza uno nuevo, una nueva vida para ti.

-¿Nueva vida? ¿Qué tiene de nueva?

-Has superado lo peor, y sé lo duro que ha sido esta vez para ti. Cuando estés totalmente recuperado, podrás volver a tu casa.

-¡No! Ya hemos hablado de eso. No puedo enfrentarme a mi padre, ahora que sabe la verdad sobre mí. No podría soportar estar en su presencia, siento demasiada vergüenza para estar bajo el mismo techo que él.

-Si lo intentas verás que tu padre te quiere. No le importa tu pasado, sólo quiere recuperarte.

-¡No!

-Por lo menos deja que le diga que estás bien.

-Tampoco. Si le dices que me has visto querrá saber dónde estoy y no quiero verlo. Por favor, no me traiciones de nuevo.

-Está bien, como quieras. No volverá a ocurrir, esta vez no te traicionaré, te doy mi palabra.

Dick había preparado la cena. En la mesa, dos vasos de leche, una ensalada de aguacate y dos bistecs. En el reloj de la pared de la cocina daban las nueve y quince. Matt entró cubierto por un albornoz azul y unas pantuflas.

-¡Estoy como nuevo! Después de una ducha, ¡hum!, huele bien.

-Me alegro de que te guste: ensalada de aguacate que tiene muchas vitaminas, y un sabroso y jugoso bistec.

-Dick, pareces mi madre.

-Anda, siéntate y come.

-¿Cómo reaccionó mi padre al saber lo que hacía? -preguntó de pronto.

-Mal, le hizo mucho daño. Se siente culpable de no haberte defendido en el juicio.

-Dijo que había dejado de ser su hijo.

-En esos momentos se dicen cosas que no sientes. Luego, cuando dejas pasar el tiempo, te das cuenta y ves que te has equivocado. Tu padre sufre, y ahora más que nunca.

-Dile que he muerto, será lo mejor. Di le que me encontraron muerto.

-No puedo decirle eso y, además, no me creería.

-Tienes razón, es difícil engañarlo.

-Matt, he estado pensando. Quiero que te quedes aquí, que vivas conmigo. No como mi amante, sino como mi amigo. Y no quiero un no como respuesta.

-¿Quedarme aquí contigo?

-Sí, mi casa es grande, puedes ocupar la habitación del otro extremo.

-¿Y qué hago? ¿Vivir de ti? ¿Me vas a mantener?

-Bueno, si tú lo quieres llamar así, pero si lo prefieres podemos buscar un trabajo. Recuerda que antes ya tenías uno y te gustaba.

-¿Todavía te fías de mí? ¿No temes que vuelva a recaer?

-Si vives conmigo, no. Por otra parte, no tienes por qué trabajar.

-¿Y qué harás cuando recibas alguna visita? ¿Cuando venga algún amigo tuyo, o la mujer que te cuida la casa, me esconderás? ¿Les dirás que soy un desgraciado que has recogido de la calle y me tienes por compasión, eso les dirás?

-Matt, eres injusto. Yo nunca te he ocultado. Eres mi invitado y como tal serás presentado.

-¿Y a Dan también le dirás que soy tu invitado?

-Matt, no te lo había dicho todavía, pero al final le conté que era homosexual.

-¿Te atreviste?, y ¿cómo lo tomó? -preguntó con ironía.

-Sí, y ¿sabes qué me dijo? Que no le sorprendía. Sospechaba que lo era. ¡Y yo que pensaba que saliendo con mujeres no se me notaría! Matt...

-¿Qué?

-También le dije algo más.

-¡Qué estabas enamorado de él! -ironizó.

-No, que estoy enamorado de ti, le dije que habías sido mi amante.

-¿Que? -exclamó sorprendido-, ¿le dijiste que te acostabas conmigo?

-Sí, me cansé de oír que eras un mierda, un degenerado, todo eso que tú ya sabes, así que le dije la verdad.

-¡Ahora estoy seguro! Si antes me odiaba, ahora debe desear mi muerte.

-No digas eso. Dan sólo está muy dolido contigo. Según tu padre, se desmoronó cuando te tuvo que enviar a prisión. No logró superar tu delito. Tu hermano te quiere.

-Ya, y lo demostró cuando nos encontramos la última vez. Si antes me ?quería?, ahora me debe ?adorar? -dijo en un susurro-. ¿Cómo tomó que fuera tu amante?

-Si hubieras podido ver su cara... Creo que si le pinchan en ese momento no le sacan ni una gota de sangre. Se quedó pálido, casi se desmaya de la impresión.

-Dudo que a Dan le puedan sacar sangre, no creo que tenga.

-No, tu hermano no es como tú crees. Pienso que tu padre tiene razón, el odio que demuestra tener hacia ti no es normal. Creo que es un escudo que utiliza para no demostrar sus verdaderos sentimientos.

-Olvídate de escudos y tonterías. Lo que tengo claro es que él me odia y con más motivo. ¿Qué le dirás a Dan cuando venga de visita? ¿Qué soy otra vez tu amante?

-La verdad, que eres mi invitado. Pero si tú no quieres no tiene por qué saber que estás aquí.

-¿Me esconderás cuando él venga?

-No, hace tiempo que no recibo visitas en casa y tu hermano apenas viene.

Estamos algo distanciados desde el asunto -dudó unos instantes-, de Glory Ann.

El rostro de Matt se ensombreció. Dick se dio cuenta y pensó que no hubiera tenido que nombrar a la niña.

-¡Glory Ann! -susurró-. ¿Sabes que todavía recuerdo su pequeño cuerpecito, y su olor? Pronto cumplirá cuatro años.

-En abril.

-El veinticinco de abril.

-¿Aún lo recuerdas?

-¿Cómo puedo olvidar el día que nació mi hija? ¿Sabes si está bien? ¿Si la quieren?

-Tu hija está con una familia insuperable. Está rodeada de amor. No le falta nada.

-Tú sabes dónde está, ¿no es cierto?

-Sí, lo sé, pero no pienso decirte nada más.

-Pero ¿por qué? Para unas cosas, eres mi amigo, y para otras, no; no te entiendo.

-Soy tu amigo para todo, y porque lo soy, creo que es mejor que no sepas dónde está.

-Sólo quiero saber si esa familia se la merece, si la quieren.

-De eso, puedes estar completamente seguro. La niña no podría estar en mejores manos. Al principio, cuando Dan te obligó a firmar aquellos documentos, dudé, pero ahora estoy convencido de que fue lo mejor para ella. Sé realista, Matt.

¿Qué le podías dar tú a tu hija? Nada. Ahora, Glory Ann tiene una familia que la adora, una casa, un hogar.

-Puede que tengas razón, pero mi hija crecerá sin saber que tiene un padre que la quiere, que nunca la olvidará, y ella llamará papá a otro hombre que no soy yo. Querrá a un padre que no soy yo, le dará besos a un padre que no soy yo.

Nunca tendré su amor, nunca podré sentir el calor de sus manos, nunca oiré su risa y eso, Dick,



duele.

-Lo sé, Matt. Créeme que eso lo sé -le dijo apesadumbrado

-Si por lo menos pudiera saber dónde está, poder oír su voz.

-Olvídalo, te haría mucho más daño y, además, Glory Ann no vive en New York.

-La sigues llamando Glory Ann, ¿no le cambiaron el nombre?

-No.

-Tú la has visto ¿verdad?

-Con sinceridad, conozco a la familia y sí, la veo de vez en cuando.

-¿Cómo es? ¿Se parece a Juli?

-No, ni a ti. Tiene los mismos ojos verdes de tu madre y su pelo es castaño. Yo diría que se parece más a tu hermano que a ti.

-¿Glory Ann se parece a Dan?

-Sí, Glory Ann debe tener los genes de tu madre.

-Debe parecerse a ella.

-Es su vivo retrato, y tan chispeante como era Hellen.

-Por lo que veo, la ves con más frecuencia de lo que suponía.

-No vayas a creer, sólo cuando salgo de viaje. Matt, ¿te encuentras bien? -notó un asomo de dolor en su cara.

-Sí, tienes razón, ¿Qué le hubiera podido dar yo? ¿Qué le hubiera dicho cuando fuera mayor? ¿Que su madre era una prostituta, y yo un culero? Y que un día violé a una niña, ¿eso le diría? No, no quiero que mi hija sepa nada sobre mí.

Soy un hombre sucio, una escoria, no soy digno de tener ningún hijo, no soy digno de nada.

-No digas eso, Matt. No seas tan duro contigo mismo, no te menosprecies. Eres un buen hombre.

-No, no lo soy.

-¡Eh! Matt, sólo faltan quince minutos para las doce -informó intentando cambiar la conversación-. Hablando, se nos ha pasado el tiempo. Vamos, sube a vestirme, tienes que recibir el nuevo año como un hombre nuevo.

-¿He de hacerlo?

-Por supuesto, no seas perezoso. Empieza el año siendo el hombre que ha dejado atrás las pesadillas y empieza a vivir.

-Está bien, está bien, ya me has contado todo ese rollo antes.

Dick sonrió mientras veía cómo su amigo subía las escaleras hacia su habitación.

Mientras tanto, él fue hasta el mueble bar, tomó dos copas de champan, y una botella de agua mineral con gas y llenó las copas.

-Ya estoy aquí.

-Ven, date prisa, están a punto de dar las doce -dijo.

Las campanas de toda la ciudad empezaron a repiquetear, al mismo tiempo, inundando la noche. Dick le acercó la copa.

-¿Qué es?

-Brinda y calla, por tu nueva vida.

-Por ti -contestó Matt, y ambos bebieron la burbujeante agua-. ¡Hum, agua!

-¿Y qué esperabas, que te diera champan? Feliz año, Matt. Por tu nueva vida.

-Feliz año. Dick -y ambos hombres se abrazaron.

La recuperación de Matt era ya un hecho. Apenas flaqueaba, hacía tres meses que vivía en casa de su amigo, y tal como él le dijo, no recibía visitas. En todos estos meses, Dan no se acercó por su casa y, en cuanto a Mary, Dick le dijo que era un buen amigo y que se quedaría por una larga temporada, cosa que a ella no le extrañó, aunque tampoco había motivos para ello. Ambos dormían en habitaciones separadas. Dick nunca insinuó a Matt que quisiera algo más que una sincera amistad.

De la cocina salía un delicioso olor a pan tostado con mantequilla. Matt entró.

-Buenos días, Mary.

-Buenos días, señor. Se ha levantado temprano.

-¿Qué hora es?

-Las ocho y media.

-He dormido tan bien esta noche, que pensaba que era más tarde, ¿está nublado?

-No, neblina, pero despejará en cuanto se levante el día.

-¿Todavía no se ha levantado Dick?

-Sí, hace una media hora. Desayunó y salió. Me encargó que le dijera que no lo esperara para comer; tenía una cita.

-No me dijo nada ayer. Claro que apenas lo vi. Huele muy bien, ¿qué ha hecho para desayunar?

-Pan tostado recién hecho; a su izquierda tiene la mantequilla y la mermelada es de frambuesa.

-Gracias, Mary.

-¡Ah! Tenga, su vaso de leche.

-Pero si no me gusta.

-Ya lo sé, pero son órdenes del señor Channeng, me recalcó que sobre todo se tomara la leche.

-Está bien, démela -su cara parecía la de un niño que acabaran de regañar.

-Todos los días con la misma historia, señor.

-No me llame señor; Matt, ése es mi nombre.

-Me resulta difícil.

-Oiga, Mary, ¿no se extraña de que esté viviendo en casa de Dick?

-No, ¿por qué? Es usted su invitado.

-Sí, pero tanto tiempo...

-El señor Channeng ya me avisó de que estaría bastante tiempo.

-¿Qué opina de mí?

-¿De usted? No entiendo la pregunta.

-Bueno, usted ya sabe que no es la primera vez que estoy en esta casa, y siempre en condiciones no muy buenas.

-Lo cierto es que al principio sí que me extrañó, pero después, el señor me dijo que usted estaba enfermo, así que no he vuelto a preocuparme por ello.

-¿Sabe que soy toxicómano?

-Lo sospechaba.

-¿No le importa? Quiero decir, ¿no le molesta trabajar en una casa donde vive un drogadicto?

-Le diré una cosa, Matt. Hace más de diez años que trabajo para el señor Channeng. Es una persona seria, educada y atenta. No le conozco ningún romance serio con nadie. Si el señor decide traer a su casa un amigo, sea quien sea, a mí no debe importarme. Respeto la intimidad del señor, y por lo tanto, lo respeto a usted. No importa lo que usted haya sido, lo considero una persona igual de seria y educada que el señor.

-Gracias, Mary.

-¿Por qué?

-Por eso, por no importarle que yo viva aquí.

-Mire, le voy a decir algo. Me alegro de que usted viva en esta casa. El señor Channeng ha

cambiado desde que usted llegó. Ahora ya no sale por las noches.

-¿Salía antes?

-¿Que si salía? Hubo una temporada que pensé que había cambiado de domicilio. No se le veía en todo el día. De no ser porque recibía mi sueldo puntualmente, hubiera pensado que le había ocurrido algo.

-¿Cuándo fue eso?

-Cuando usted dejó de venir por aquí. Estaba triste, irritable.

-No lo sabía.

-Como le he dicho antes, me alegro que esté aquí, el señor ha vuelto a sonreír.

-Mary, supongo que será discreta con esta conversación que hemos tenido.

-No se preocupe. ¿Qué hora es?

-¡Tardísimo! Las nueve y media, y aún tengo que arreglar las habitaciones, permítame he de seguir.

-Voy a vestirme.

-¿Va a salir?

-No.

-Debería; empieza a hacer buen tiempo. Le conviene tomar el sol.

-Quizá lo haga, gracias, Mary.

Matt decidió seguir el consejo de Mary y salió. Era primavera y se respiraba en el aire. Comenzó a andar, sin rumbo fijo. Después recordó que hacía mucho tiempo que no había ido al Parque Central. Se encaminó hacia allí. El día invitaba a pasear y, a pesar de lo temprano de la mañana, el parque estaba lleno de gente paseando, o simplemente tomando el sol sobre el césped verde. Se sentó en un banco, cerca de un pequeño puente, por donde pasaba un riachuelo artificial.

Respiró el aire, llenando sus pulmones. Podía sentir el sol en su cara. Sacó unas gafas oscuras de su bolsillo y se las puso. Plegó el bastón. Se sentía bien, volvía a sentirse como un ser humano.

-No bebo, no me pico, y lo mejor de todo, ya he dejado la calle, ya no soy un culero de mierda -pensó-. Por primera vez en muchos años vuelvo a sentirme un hombre; todo gracias a Dick, y yo no le he dado nada, no merezco el amor que él siente por mí. No puedo amarlo, eso él ya lo sabe, pero ¿por qué siento esa angustia cuando estoy cerca de él? ¿Por qué mi corazón da un vuelco cuando oigo su voz y huelo su aroma? ¡Dios! Dame una respuesta, dime qué debo hacer. El padre Taylor, sí, iré a la iglesia, él me aconsejará -se levantó y decidió ir a San Patricio.

La Catedral se encontraba llena de fieles y de algún turista despistado que no sabía que al ser día festivo había servicios religiosos. Matt se sentó en uno de los bancos laterales cerca de los confesionarios y esperó a que se terminaran los oficios, para entrar en uno de ellos.

-Padre Taylor.

-Sí, hijo.

-Soy Matt, Mathew Denver.

-¡Cuánto tiempo!

-Sí, padre, mucho.

-Vinieron preguntando por ti.

-Lo sé, padre, me había vuelto a perder entre la prostitución y la heroína. Pero ahora he recuperado de nuevo el rumbo.

-Me alegra escuchar esto. Me dijo tu amigo, el hombre que apadrinó a tu hija, que te la quitaron.

-Sí, padre. Fue por eso que volví a perderme, pero gracias a Dick, he vuelto a levantarme.

-Sé que debió ser muy duro para ti perder a tu hija, pero era lo mejor para ella.

-Lo sé, padre, eso me lo he repetido yo miles de veces, pero es mi hija.

-Dime, hijo, ¿cómo te puedo ayudar?

-Padre, usted ya sabe que durante mucho tiempo he estado prostituido, me he acostado con muchos hombres.

-Sí.

-Verá, ahora estoy viviendo en casa de este amigo. Él es homosexual y me quiere.

Yo no puedo amarlo, no lo soy. Pero, sin embargo, hay algo dentro de mí que me corroe, algo que me dice que debo aceptar su amor.

-¿Él te pide algo más que una amistad?

-No, padre. Desde que supo quién era yo, no me ha vuelto a tocar. Yo sé que él me desea, y yo no sé qué siento.

-¿Estás ante la duda de que si le debes algo, si debes acostarte con él por gratitud?

-¿Deberle? Claro que le debo, si no hubiera sido por él, nunca habría salido del lodo.

-¿Te ha insinuado algo? ¿Te ha pedido algo?

-No, nunca.

-Pero, dime, Mathew. ¿Qué es lo que me pides a mí? ¿Quieres saber si cometes una falta ante Dios? Si es eso, Mathew, olvídalos. Dios está muy por encima de las relaciones carnales. Haz lo que te dicte tu corazón.

-Mi corazón cree quererlo, pero mi mente, no sé, padre, no lo sé.

-Mira, Mathew. Lo primero que has de hacer es poner en claro tus sentimientos.

Si realmente quieres a ese hombre, no dejes que tus creencias religiosas te levanten barreras, pero si no estás seguro, si realmente lo que sientes por él es puro agradecimiento y una sincera amistad, no dejes creer a ese hombre algo que no es cierto.

-Yo, padre, estoy tan confundido... No sé por qué siento todo ese desasosiego en mi interior. No quiero hacerle daño.

-Mathew, mi consejo es éste. Habla con tu amigo, dile cuáles son tus angustias, tus sentimientos, tus miedos; no le des falsas esperanzas.

-Gracias, padre. Así lo haré.

-Mathew, espero volverte a ver más a menudo.

-Me verá, padre, me verá.

Aquella noche, Dick llegó pasadas las nueve.

-Perdona por no haberte avisado de que estaría todo el día fuera, pero me llamaron a última hora.

-No te preocupes, Dick, lo comprendo.

-¿Qué has hecho hoy?

-Nada importante, esta mañana salí a dar un paseo por el parque y después me acerqué a San Patricio. Hacía mucho tiempo que no pasaba por allí; necesitaba serenar mi alma.

-¿Tienes algún problema?

-No, sólo que necesitaba encontrarme con Dios, no te preocupes.

-Me avisarás cuando decaigas, ¿verdad?

-Por supuesto, pero no es nada de todo esto, sólo es que necesitaba ir a la iglesia. Ya sabes que soy cristiano practicante, aunque vaya poco.

-De acuerdo, y después ¿qué has hecho?

-Nada, volví a casa y estuve toda la tarde escuchando música clásica.

-¿Has cenado algo?

-Sí, hace un rato, y ¿tú?

-He salido a cenar con el fiscal del distrito. Matt, lo lamento, me hubiera gustado haber pasado el día contigo, pero estamos ocupados con el asunto del estrangulador.

-¡Olvídalos! ¿Cuál es ese asunto del estrangulador?

-Un cabrón que se dedica a matar a chicas de veinte años, todas rubias. No tenemos ninguna pista

y lleva ya cinco; puedes imaginarte a todas las veinteañeras rubias yendo a la peluquería para cambiarse el color del pelo.

-Lógico, deben estar horrorizadas.

-Pero dejemos este tema. ¿Qué quieres que hagamos esta noche? ¿Te sigo leyendo el libro de ayer?

-No, hoy no me apetece.

-¡Oye, Matt! ¿Quieres que te compre algunos libros en Braille? No te lo digo por no leértelos yo, sino porque lo hagas tú, cuando estés solo y te apetezca.

-No, gracias, Dick, pero mis dedos han perdido la sensibilidad de leer, y creo que ya no recuerdo la escritura.

-Como prefieras.

-¿Dick?

-Sí.

-Siéntate a mi lado.

Dick, que estaba sentado en el marco de la ventana, se dirigió hasta donde estaba el invidente, sobre la alfombra cerca de la chimenea encendida. Se sentó cruzando las piernas.

-¡Uf!, los trajes no son lo mejor para estar sentado en el suelo.

-Pues sube a cambiarte, ponte algo cómodo.

-Sí, creo que será lo mejor. Me pondré como tú, ahora vengo, no te vayas -

ironizó. Diez minutos más tarde, Dick entraba en el salón, con unos pantalones cortos de deporte y una sudadera beige, con las palabras impresas "Yo amo New York?". Ya estoy aquí. De paso me he dado una ducha -se sentó de nuevo, ahora más cómodamente-. Bueno, ¿qué quieres que hagamos? ¿Sigo con el libro o te enseño a jugar al ajedrez? -bromeó.

-Quizá lo segundo, dicen que los ciegos ven mucho mejor las jugadas, tenemos mejor vista para ello -prosiguió la broma.

-Eso he oído, por eso prefiero no enseñarte, me darías una paliza en la primera partida -los dos se rieron como niños.

-Dick, ¿sabes una cosa?

-Si no me la dices...

-He estado pensando que no sé cómo eres.

-Pues creo recordar que en alguna ocasión te lo dicho, pero bueno. Mido cerca de un metro noventa, pelo castaño claro, ojos verdes, boca mediana, nariz griega, diría yo. Pienso que una mujer diría de mí que soy atractivo.

-No es eso lo que quiero saber. Todos esos detalles a mí no me sirven de nada.

No conozco el color verde y mucho menos diferenciar un pelo castaño claro, de otro oscuro.

-¡Ah!, ¿no? ¿Entonces qué es lo que quieres saber de mí? Personalmente ya me conoces, no hace falta que te lo diga.

-No, ven, acércate. Mis dedos nunca te han mirado. Déjame que te vea a través de mis manos - Dick se acercó, cerró los ojos y Matt pasó las yemas de sus dedos por el contorno de su cara-. Sí, definitivamente, creo que las mujeres tienen razón, eres un hombre atractivo -seguía con las manos puestas en sus pómulos.

-Matt, estás demasiado cerca de mí, no temes, no temes, sabiendo lo que siento por ti que...

-¿Te estoy incomodando?

-Un poco, hoy he bebido más de lo habitual, y puede que no responda de mí.

-Quizá eso es lo que yo quiera.

-¿Estás bien, Matt?

-Mejor que nunca, no hables, ahora no.

Y los labios de Matt se acercaron a los de su sorprendido amigo, y los dos hombres rodaron por la alfombra, fundidos en un solo cuerpo. Mientras, en la chimenea, el fuego bailaba apasionadamente la danza del amor.

## CAPÍTULO 35

Durante los dos siguientes meses, Dick se sintió eufórico. Su relación sentimental con Matt se había consolidado. Él le había explicado lo que sentía, sus temores, sus sentimientos hacia él, así que acordaron que cuando Matt se sintiera incómodo, con dudas, se lo diría, y dejarían la relación. Pero esto no fue así, lo cierto es que Matt deseaba estar con él, necesitaba sus caricias, sus dulces besos. Matt, sin saber cómo ni cuándo, se había enamorado de él.

-Matt, he de ir a San Francisco -le dijo mientras cenaban en la cocina, una ensalada de pollo.

-¿Vas a estar muchos días?

-Una semana. No he podido retrasarlo más. Durante todos estos meses, he eludido ir para no tener que enfrentarme a las preguntas de tu padre. En cuanto llegue me acosará, preguntándome por ti, y no sé qué voy a decirle. ¿Por qué no vienes conmigo, Matt?

-No, todavía no estoy preparado, no puedo ver todavía a mi padre.

-Matt, más tarde o más temprano tendrás que enfrentarte a tu vida anterior.

Ahora ya estás completamente recuperado. Llevas cinco meses alejado del alcohol y la heroína; por qué no me dejas que le hable...

-¡No! -gritó-, no puedo, no quiero.

-Está bien, no te alteres, ya veremos qué le digo.

-¿Cuándo te vas?

-El miércoles, en el primer vuelo. Matt, quiero que me prometas que si necesitas algo o tienes dudas, me telefonearás.

-Está bien, te lo prometo.

-Estupendo, te dejo en el ?memo?, los teléfonos, el de mi despacho en San Francisco y, si no me localizas, tienes el de casa de Dan, donde estaré alojado, y el de tu padre.

-Ése lo recuerdo.

-No dudes en llamar, yo te llamaré todas las noches, ¿de acuerdo?

-¿Quieres comprobar que no salgo de noche?

-Quiero saber si estás bien.

-Muy bien ?mamá?, seré bueno y estaré en casa antes de las diez.

-Tú bromea, pero yo no.

-¿Vendrá Mary?

-Sí, ya he hablado con ella, vendrá todos los días y te dejará preparada la comida. Tú sólo tendrás que calentarla.

Matt estaba sentado sobre la alfombra. Oía un CD de Mozart; lo relajaba.

Esperaba que llamara Dick, aunque esta vez parecía que se retrasaba. Hacía dos días que se había marchado y ya lo echaba de menos. Nunca hubiera imaginado que podría querer tanto a alguien, y mucho menos a un hombre. Pero era realidad, tenía que aceptarlo, estaba enamorado de Dick. El teléfono sonó, Matt se levantó apresurado.

-¡Diga! -contestó con voz firme-. Hola, Dick, pensé que no llamabas. Sí, ya lo entiendo, sí, estoy bien, tranquilo. Ahora escuchaba un CD. Sí, yo también.

Dick, espera. Sólo quiero que sepas, quería decirte que te amo. Sí, hasta mañana. Adiós.

Colgó el auricular, se volvió a sentar y pensó en cómo se habría quedado Dick al oír aquello. Era

la primera vez que le decía que lo amaba, pero eso era lo que realmente sentía y tuvo la necesidad de decírselo.

-¡Matt!, ¡Matt! -oyó desde lejos que lo llamaban-, Matt, despierte.

-¿Qué? ¿Mary? ¡Uf! ¿Qué hora es?

-Las siete. ¿No me diga que ha pasado toda la noche durmiendo en el suelo?

-Me quedé dormido escuchando música -se desperezó-. No me he enterado de nada, ¡mi espalda! -se quejó.

-No me sorprende. Toda la noche durmiendo en el suelo.

-Créame, Mary. He dormido en sitios peores -se levantó-. Voy a ducharme. ¿Cómo está el día?

-Espléndido, empieza a hacer calor.

-Me pondré algo ligero para ir a trabajar.

Después de ducharse y desayunar, se despidió de Mary. Eran las ocho y quince.

Tenía tiempo para llegar al trabajo. Comenzaba a las nueve, así que decidió ir dando un paseo.

Volvía a trabajar en el antiguo almacén en el que trabajara antaño. Le gustaba; el trabajo era sencillo y se respiraba un ambiente cordial entre sus trabajadores. Una plantilla compuesta por cincuenta personas, diez en el almacén, como Matt, empaquetando: cuatro hombres, y el resto, mujeres.

-Buenos días Matt. Has llegado temprano.

-Hola, Bill. Sí, he madrugado, ¿qué hora es?

-¡Matt, ¡deberías comprarte un reloj! Faltan diez minutos para empezar.

-Gracias, Bill. Y pensaré en lo de comprarme el reloj.

-¿Qué, Matt? ¿Bill ya vuelve a darte lata con el reloj? -dijo la mujer joven.

-¿Yo? Pero es que se me va a gastar el reloj de tanto decirle la hora.

-Pues entonces regálale tú un reloj.

-Mira, Carol. Ya que hablas tanto, ¿por qué no se lo regalas tú?

-Por la sencilla razón de que a mí no me molesta que me pregunte la hora.

-Está bien, que haya paz -apaciguó Matt-. Les prometo que a partir de hoy sólo les pediré la hora a cada diez minutos.

El resto de los trabajadores que iban llegando, al escucharlo, se rieron.

-Chicos, las nueve. Todo el mundo a sus puestos -dijo la mujer pelirroja de mediana edad, que parecía la encargada. Al oír aquello, todos, incluso Matt, comenzaron a reír-. ¡Vaya, no sabía que había dicho algo gracioso!

-Perdona, Al, pero es que hablamos de horas y tú, ¡ja, ja!

-Menos plática. Carol, al trabajo.

La jornada terminó. Había sido un día agotador. Aquel día recibieron un encargo muy importante y no tuvieron un solo minuto para zanganear, como solían hacer cuando el trabajo era fluido.

-¡Por fin! -dijo Carol, que caminaba entre Matt y Bill-. Creí que no acabábamos hoy.

-Ya lo puedes jurar, creo que esta noche voy a soñar con el libro.

-¿Cuál era? -preguntó el invidente.

-El poder de Dios -le contestó Bill-. Tienes suerte de no poder ver, si no te pasaría como a mí; cuando recibimos esos pedidos tan grandes, después me paso toda la noche repitiendo el título, y no te imaginas si es como el de la semana pasada, Alice. Me pasé toda la noche llamando a Alice, Alice, y mi mujer pensó que me entendía con otra; lo que me costó convencerla de que era el título de un libro.

-Sí, es algo comprometido -le confirmó.

-Bill, no deberías decir eso.

-¿Eso? ¿Qué?

-Que es una suerte que Matt esté ciego.

-Es una manera de hablar; perdona Matt, no quería, no era mi intención...

-No tengas cuidado, no me afecta que hablen de mi ceguera.

-Bueno, chicos; aquí los dejo.

-Hasta mañana, Carol -se despidió Matt.

-Adiós, ve por la sombra -la chica se volvió y le sacó la lengua a Bill-. ¿Qué Matt, vamos a tomar una copa?

-No, gracias. No puedo.

-Nunca quieres venir a tomar una copa, ¿qué pasa, no te dejan en casa?

-Lo siento Bill. No es eso, verás, soy alcohólico, hace cinco meses que lo he dejado.

-Comprendo, perdona chico, no lo sabía.

-Es lógico, nunca lo he mencionado.

-Debe de costar dejar la bebida.

-¡Me lo dirás amí! Es la segunda vez que lo intento. La primera, estuve casi un año sin beber, después recaí, y ahora espero no volver a caer, porque en esta ocasión, la recuperación fue muy dura.

-¿Bebías mucho?

-De dos a tres botellas de bourbon diarias.

-¡Tres de bourbon! Eso es mucho, yo no podría ni con una copa; es muy fuerte.

¿No entiendo cómo no tienes el hígado hecho papilla?

-Supongo, porque debo de ser de acero por dentro, y como dicen, mala hierba nunca muere. ¿Qué hora es?

-Las cinco y veinte, ¿tienes prisa?

-No, estoy solo en casa.

-¿Vives con alguien? Porque recuerdo que me mencionaste que eras soltero.

-Sí, lo soy. Vivo en casa de un amigo. Es el que me consiguió el empleo.

-¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta y muy personal?

-Bueno, si te la puedo contestar...

-Verás, Matt. Entre los chicos corre un rumor sobre ti, no es que nos importe, tú nos caes bien, nos agradas.

-¿Por qué no vas al grano? -preguntó poniéndose a la defensiva.

-Matt, esas marcas que tienes en las palmas de las manos... Verás, hace una semana, en televisión, salió un reportaje, en el que habían agarrado una red de prostitución y marcaban a sus chicos con esas mismas señales que tú tienes en las manos. Y claro, nosotros hemos pensado... -Matt se aturdió y Bill se dio cuenta-. Perdona, Matt, perdona. No quería meterme, olvida lo que he dicho.

¿Vamos a tomar un café, amigo? Eso sí que puedes, ¿verdad?

-Sí, tienes razón, son las señales de una red de prostitución. Yo trabajaba en una de ellas, hace tiempo -informó con voz ausente.

-Matt, no tienes que contármelo. Olvida la pregunta.

-No puedo ocultar mis marcas, no puedo ocultar mi pasado; comprendo que no quieran saber nada de mí a partir de ahora.

-No digas tonterías; por lo que oí, esa red los atrapaba con heroína; no eran responsables.

-No es una excusa para haberse prostituido. No tengo excusa, he de marcharme.

-¡Matt! Espera, lamento haberlo mencionado, pero puedes estar tranquilo. Ni a los muchachos ni a mí nos importa. Te apreciamos, Matt. Perdona si te he molestado.

-No, no es culpa suya.

-Nos vemos mañana, y no te preocupes por el reloj, mañana mismo te regalo uno - intentó bromear, pero Matt ya no lo escuchaba; había acelerado el paso.

No sabía cuántas horas llevaba caminando ni dónde estaba. Por el murmullo de la gente y el olor



que envolvía el ambiente, pensó que debía estar en su antiguo barrio. Había vuelto otra vez. Tuvo necesidad de beber. ¿Copas? estaba cerca.

Fue hasta allí, entró. Sólo había un par de clientes. El camarero lo miró sorprendido.

-¿Otra vez aquí?

-Dame una botella de bourbon -dijo secamente.

El camarero tomó una de la estantería por abrir y le sirvió en un vaso corto.

Bebió con ansia, tomó la botella y se sirvió hasta que notó el cálido licor amarillo salirse del vaso. Volvió a beber. ¿Lo necesito pensó, ¿de qué me sirve huir? Si mi pasado me persigue, todo el mundo sabe lo que soy, lo llevo escrito en mis manos. Ahora todo el mundo lo sabe, en el almacén, todos me despreciarán.

Sólo soy basura, un engendro, me engañé pensando que podría vivir como una persona normal. No lo soy, nunca lo he sido, siempre me he engañado. Primero, violando a una niña, después, ¿después qué? Toda la vida acostándome con hombres, y ahora me engaño, pienso que con Dick me he redimido. Dick, estarás mucho mejor sin mí?. En menos de media hora se había bebido la botella. Pidió otra, y después de pagarlas, tomó la botella y se marchó.

En casa de Dick, un insistente timbre de teléfono no dejaba de sonar, y durante toda la noche no dejó de hacerlo.

## CAPÍTULO 36

Después de que, al día siguiente, Mary le confirmara a Dick que Matt no durmió aquella noche en casa, Dick tomó el primer vuelo y se disculpó ante Dan, diciéndole que le había surgido un problema en el despacho, y tenía que resolverlo personalmente.

-¿Y dice usted que estaba normal?

-Sí, señor, excepto que me lo encontré dormido en la alfombra. Desayunó y fue a trabajar. Estaba bien cuando se marchó. Me dijo que iría dando un paseo hasta el almacén y ya no regresó.

-Gracias, Mary. Hágame un favor: no se marche hasta que regrese, no sea que intente llamar y no localizara a nadie.

-Descuide.

-Estaré en el almacén.

¿Tony, Servicio de empaquetado?, rezaba el cartel del almacén donde trabaja Matt.

-¿Y dices que ayer vino a trabajar?

-Sí, fichó la entrada y la salida.

-Tony, ¿podría hablar con tus empleados, para saber si les dijo algo?

-Por supuesto, lo que sea para un amigo. Ya sabes el camino, perdóname si no te acompaño, espero una llamada importante.

-Gracias, Tony -se dieron un apretón de manos.

-Sí, ayer, Matt estuvo trabajando, y no vi nada anormal en él, pero será mejor que hable con Bill y Carol, son sus dos compañeros de mesa -le dijo Al, la encargada-. Acompañeme, por favor.

-Gracias -la siguió hasta el mostrador donde trabajaban Bill y Carol.

-Bill, Carol, ¿pueden atenderme un momento?

-Sí, Al -dijo el hombre.

-Les presento al señor Channeng, quiere hacerles unas preguntas, referente a Matt.

-¿Señor Channeng? ¿No es usted el ayudante del fiscal general? -preguntó la chica.

-Sí lo soy, perdonen que los moleste en horas de trabajo.

-¿Molestar? Que va, moleste, moleste lo que quiera.

-Gracias, Bill. Verán, lo que quiero saber es si ayer, cuando Matt vino a trabajar, lo notaron diferente o raro.

-¿Diferente? -preguntó Carol-. No, como siempre. Ayer fue de esos días de trabajar sin descanso, yo no lo vi diferente a otros días, ¿y tú, Bill?

-No, tampoco. Bromeamos, pero nada, como siempre. ¿Le ha ocurrido algo?

-Espero que no. Al terminar la jornada, ¿dijo si tenía alguna cita o tenía que ir a algún sitio determinado?

-No, a mí no me dijo nada, claro que yo me marché antes, ¿te lo dijo a ti, Bill?

-No, precisamente me dijo que estaba solo. Lo invité a tomar una copa, pero no la aceptó.

-Gracias.

-¿Quiere algo más, señor Channeng? -preguntó Al.

-No, gracias -se dispuso a marchar.

-Señor Channeng. Ahora que recuerdo, sí hubo una cosa.

-Sí, dígame.

-Perdona, Al, ¿te importa si hablo a solas con el señor Channeng?

-No, por supuesto. Puedes ir al patio.

-Gracias, Al. Verá, señor Channeng. Ayer, cuando salimos y lo invité -dudó unos instantes-, oiga ¿usted no lo buscará para encerrarlo?

-No, claro que no. Matt vive en mi casa. Anoche no fue a dormir y temo que le haya ocurrido algo.

-Discúlpeme, pero por un momento pensé que estaba metido en algún lío. Él me dijo que vivía en casa de un amigo, pero nunca hubiera imaginado que fuera el ayudante del fiscal. Perdona, como le iba diciendo, lo invité a tomar una copa y fue entonces cuando me dijo que era alcohólico y no podía beber. No quería tentar a la suerte. Siempre caminamos unas cuerdas juntos, ¿sabe? Hasta cerca del parque. Pero ayer, cuando le pregunté por las marcas de sus manos, pareció como si se turbara. Después me arrepentí de habérselo preguntado, pero ya se sabe cómo son estos sitios, hablas con los muchachos y te extrañas; y luego, cuando por televisión dieron aquel reportaje, sobre una red de prostitución, y eran las mismas de Matt, bueno los chicos sentían curiosidad, así que le pregunté. Pero, como le digo, me arrepentí al ver la reacción de él.

-¿Qué le dijo Matt?

-Pues eso, que sí, que había estado en una de esas redes. Como vi que estaba incómodo le dije que olvidara el tema. Se marchó aprisa, sin escuchar y atropellando a la gente. Ya está, eso es todo -Dick se quedó pensativo-. ¿Quiere algo más?

-¿Qué? ¡Ah!, no, gracias, Bill.

-Señor, ¿no le habrá ocurrido algo, por lo que le pregunté ayer?

-Espero que no Bill, espero que no -contestó suspirando.

Bill regresó al almacén y Dick, pensativo, salió por la puerta lateral, a la calle. En la puerta lo esperaba un taxi.

-¿A donde señor? -preguntó el joven taxista.

Dick no contestó, pensó en Matt. Conociéndolo, estaba seguro de que había vuelto a naufragar. El hecho de que Bill le preguntara por sus marcas, y que la televisión divulgara aquel reportaje... Estaba seguro de que le habría deprimido y volvería a caer en sus pensamientos, de creer que era una persona despreciable, huiría de nuevo, perdiéndose por los viejos barrios. Pero la última vez que lo hizo, no lo encontró pensó, y Matt nunca me dijo dónde estuvo?.

-¿Señor?

-Perdóneme, estaba distraído, ¿conoce un local llamado ?Copas??

-Sí.

-Lléveme ahí.

-Al momento, señor.

A esas horas del día, el bar apenas estaba concurrido. Dos hombres altos y recios, hablando en la barra, entre ellos.

-¿Qué le sirvo, amigo?

-JB con hielo -el camarero le sirvió en un vaso largo.

-Si busca compañía, es muy temprano.

-No, en realidad busco a un hombre que solía venir por aquí.

-Aquí vienen muchos.

-Éste lo recordará, es ciego.

-Sí, claro, estuvo ayer aquí. Llevaba bastante tiempo sin venir, le pregunté, pero no me contestó.

No estaba de humor.

-¿Tomó algo? ¿Se fue con alguien?

-¡Eh, amigo! Hace demasiadas preguntas. ¿Quién es usted?

-Un buen amigo de él, y temo que le haya ocurrido algo.

-Bueno, le creo. Pidió una botella de bourbon, se la bebió en menos tiempo de lo que yo tardo en abrir una y luego me pidió otra. Pero se la llevó y no, no vi que se fuera con alguien. Por lo menos, de aquí salió solo.

-¿Sabe dónde iba o qué dirección tomó?

-No, como ya le he dicho, estaba de mal humor. No habló para nada excepto para pedir las botellas, y no estoy seguro de que dirección tomó, lo cierto es que no me fijé.

-Gracias, amigo, ¿qué le debo?

-Nueve dólares -le dejó un billete de diez.

-Quédese con el vuelto.

-Gracias, señor.

-Y bien ¿adonde, señor?

-Lléveme a una pensión llamada ?Pensión Smitty?.

-Nada le pudo decir la vieja dama, hacía años que no lo veía.

# Donde los angeles no duermen

## PARTE 3

### CAPÍTULO 37

David se levantó temprano. Aquella soleada mañana de primavera no había clase, así que decidió aprovechar que su padre había salido y que estaba solo en casa para subir al desván.

Dos semanas antes, David subió para buscar unos libros de su hermano Dan, y buscando entre trastos y polvo, encontró cuatro baúles, cerrados con llave.

Intentó abrirlos, pero no encontró las llaves, así que bajó al despacho de su padre para preguntar por ellas. Él le contestó que no había ningunas llaves de los baúles, y que tampoco estaban allí los libros que andaba buscando: sólo contenían ropa vieja. ¿Ropa vieja? pensó. En casa no acostumbramos a guardar ropa vieja. Papá me ha mentido deliberadamente?. Así que su curiosidad aumentó.

¿Qué tendrá papá guardado en esos baúles, para que me prohíba tocarlos?.

Aprovechó aquel día festivo para jugar al detective. Entró en el despacho de su padre, buscó en su escritorio las llaves que según él se habían perdido. Le costó pero, finalmente, encontró un llavero con varias llaves que bien podrían ser de un baúl. Las tomó y subió al desván.

Allí estaban los cuatro baúles, retándolo a que los abriera, a que sacara de sus entrañas los secretos que guardaban en su interior. La excitación lo invadía, no acertaba a meter la llave en la cerradura. Por fin, entró, giró la llave con temor a que no fuera la correcta, y entonces sucedió. La cerradura crujió de alegría, acabó de girar la llave y esperó un par de segundos antes de abrir. Lo hizo. Abrió el baúl y su decepción fue grande. Sólo había ropa, tal como dijo su padre, viejos pantalones y suéteres de hombre, seguramente de su hermano Dan, unas botas, pero nada. Sólo ropa vieja. Iba a cerrar el baúl cuando pensó: ¿Y

si está debajo de la ropa??. Así que vació el baúl. Nada más ropa de hombre.

¿Pero qué pensaba encontrar? se preguntó. Leo demasiadas novelas de aventuras?.

Se apresuró a volver a colocar la ropa en su sitio y cerró de nuevo el baúl. Y

de pronto se le ocurrió. ¿Por qué, necesariamente, tenían que contener los otros baúles ropa? Podía haber algo misterioso, algún secreto en los otros baúles?. Todo consistía en abrirlos y salir de dudas.

Tomó la segunda llave, no entró en la cerradura, probó con la tercera llave.

Ésta sí que entró, giró y abrió. Y ahí estaban, un par de pantalones téjanos, unos suéteres y, debajo, varios álbumes de fotos. Abrió el primer álbum, fotos de su hermano Dan cuando era pequeño, junto con otro niño, que no conocía pero que bien podía ser él mismo por el parecido que mostraba, aunque los veinticinco años de diferencia con su hermano Dan se lo impedía. Entonces recordó que, un día, mamá le dijo que tenía un hermano mayor, llamado Mathew, pero por motivos muy tristes que ella no quiso explicarle, vivía lejos de casa. Después, cuando creció, alguien que no recordaba le dijo que su desconocido hermano había violado a Linda y que estaba en la cárcel. Cuando le preguntó a su padre, éste le respondió que sí, que lo que le habían dicho era cierto, pero que por el bien de su madre no volviera a mencionar nunca más el nombre de Mathew. Y David lo

dejó olvidado en su memoria, hasta ahora; una foto se lo hizo recordar.

Sintió mucha más curiosidad, siguió ojeando, ahora con más interés. Esas fotos eran de Dan cuando estaba en la universidad; Dan, Scarlett, Mike y, de nuevo, el chico parecido a él, su misterioso hermano Mathew. Siguió pasando hojas; el resto de las fotos eran de Mathew. Una subida a un podio, donde le entregaban alguna medalla, y por el atuendo, de natación; la última foto correspondía a alguna Navidad. Dan y Mathew, junto a un abeto engalanado para la ocasión.

Siguió sacando cosas, varios diplomas de natación, trofeos como campeón, en cien libres, doscientos libres, cien espalda; en todos llegó el primero. Un certificado de la Universidad de San Francisco de Derecho, a nombre de Mathew J.

Denver, como graduado por esa universidad en leyes; más certificados, varios libros, etc.

Apenas podía respirar. Abrió el último baúl: más ropa de hombre, varios carnets de diferentes entidades a nombre de Mathew...; una carta. La abrió y leyó. Era de la federación de natación, que lo invitaba a participar en una competición nacional. Miró la fecha. Era de hacía diecisiete años. Él nació un año después de la fecha de aquella carta. Siguió mirando y encontró un libro que parecía un diario; lo abrió y leyó la primera página decía: ?Propiedad privada de Mathew J.

Denver?, y también había varias claves de acceso a algún fichero informático.

Cerró el diario. Encontró cuatro disquetes y un CD-Rom, con la etiqueta ?M. J.

Denver, campeón universitario de natación?. Volvió a guardarlo todo, excepto el diario, los disquetes y el CD. Dejó todo tal como lo había encontrado, bajó y entró de nuevo en el despacho de su padre. Puso las llaves donde las había encontrado, teniendo cuidado de que su padre no notara que alguien las había tomado.

Subió a su habitación. Estaba nervioso, impaciente por ver lo que contenía el CD-Rom. No sabía si empezar a leer ese diario o introducirse en los ficheros de los disquetes. Optó primero por ver el CD-Rom. Quería conocer a ese hombre del cual nadie quería hablar y que era su hermano.

Esperó unos minutos para tranquilizarse. Abrió la ventana de su habitación para dejar pasar el aire fresco de la mañana. Respiró profundamente, introdujo el CD, tecleó la clave que le pedía y entró. Por fin, las primeras imágenes. Una voz neutra empezó a comentar lo que sus ojos veían, una competición de un joven Mathew de veinte años, nadando en primer lugar. Llevaba seis segundos de ventaja sobre el segundo nadador. ?¡Llega!, llega a la meta ¡Récord! ¡Récord! Este joven nadador ha superado a sus competidores con vista?, gritaba el comentarista. El júbilo era atronador. El público parecía enloquecido. El joven Mathew Denver, a pesar de su ceguera, había ganado los doscientos libres. Todos se abalanzaban sobre él. Allí, a su lado, estaba Dan, abrazándolo.

-Perdona -dijo un periodista a Dan.

-Dígame -contestó.

-¿Qué se siente al ver a tu hermano campeón y que ha batido el récord del Estado de California?

-Señor, estoy tan feliz que no puedo expresarme mejor. Mi hermano es el mejor, lo ha demostrado aquí, ganando a pesar de su ceguera.

-¿Crees que algún día lo dejarán participar en una competición federativa?

-No lo creo, pero si lo hiciera, puede estar seguro de que ganaría a todos.

La euforia de Dan era inmensa. Se le notaba que quería a su hermano. A lo lejos, la cámara enfocó a los padres del ganador, Matt y Mellen, aplaudiendo y gritando a su hijo. David sintió cómo subía por su cuerpo un torrente, la adrenalina.

?¿Cómo es posible que nadie le hubiera dicho que su hermano era ciego??, y

?¿cómo podía un ciego violar a alguien??.

David se sintió más atraído por él, así que abrió el diario. Empezó a leer, casi sin aliento, con el corazón en vilo. Eran pensamientos de un hombre invidente, que deseaba saber qué era la luz, cómo es el color blanco, intentando comprender cómo una persona se puede ver reflejada en un espejo, sus

más íntimos pensamientos, cómo se sintió morir cuando la mujer que amaba lo dejaba plantado en la puerta de la iglesia, dejándole tan sólo una nota que decía no poder casarse con él por ser invidente, pues no estaba capacitada para convivir con alguien que vivía siempre en penumbras. Sus miedos, cuando se dio cuenta de que él era diferente a los demás porque no puede ver, y por primera vez reconoce que es un minusválido. Y David sintió cómo viola los pensamientos de un hombre que idolatra a su padre, por encima de todo, y sólo quiere llegar a ser como él, un gran abogado. Y sobre todo, un excelente padre y gran persona. Mathew habla de su padre, con gran pasión y respeto. El le enseñó a leer, con las yemas de los dedos, de él aprendió que nunca tiene que rendirse ante las adversidades de la vida, que el destino siempre da una segunda oportunidad, que luchara por todo aquello que él creyera, su padre le transmitió su fe cristiana, le enseñó a

¿ver? el mundo con los otros sentidos. Mathew habla de lo muy unido que se siente a su padre, y lo importante que es para él el que su padre se sienta orgulloso. Así que lucha por ser el primero en natación, su gran pasión, y cada día entrena, hasta el límite de sus fuerzas, para que un día pueda subir a un podio y ofrecerle el triunfo. Estudia al máximo, quiere ser abogado como es su padre, sabe que no lo puede defraudar. Le prometió que llegaría a lo más alto, que su ceguera no le impediría llegar a ser el primero. Lee los pensamientos de alguien que admira a su hermano, por su forma de ser, siempre abierto, siempre dispuesto a echar una mano a quien lo necesite, generoso con sus amigos; y esa facilidad de palabra que tiene cuando le describe una puesta de sol o, simplemente, le explica cómo es el mar y el cielo azul; también, en el silencio de la noche, Dan le lee un libro no transcrito en Braille, y su voz profunda lo transporta a la escena del libro, sintiendo todo lo que le narra como si pudiera tocarlo, como si pudiera verlo; sí, eso que piensa es ver.

Habla de su madre, con esa voz siempre melodiosa y dulce, ese delicado perfume que desprende su cuerpo, su suave rostro cuando él la acaricia con sus manos, y que le dicen que es hermosa, y sabe que lo es. Aunque le dijeran lo contrario, siempre a su lado, cuando de pequeño intentaba comprender por qué no lo dejaban jugar a saltar vallas, como hacía su hermano o su amigo Mike, y ella siempre, con esa voz dulce, le explica que a pesar de que todo el mundo es igual, y no hay diferencia entre los hombres, en algunas ocasiones alguien nace con alguna carencia física, y eso los limita para ciertas cosas; él no lo comprendía. Era muy pequeño y todavía no conocía la diferencia que existía entre la luz y la oscuridad, hasta que un día, cuando jugaban los tres en el jardín de casa, Dan le dijo a Mike.

-¿A qué no eres capaz de saltar la reja?

-Claro que sí, ya verás.

-No, yo la saltaré -dijo Mathew.

-Tú no puedes saltar la reja, mamá se enfadaría.

-Sí que puedo, soy el mayor.

-¡No puedes! -gritó Mike-. Tú eres ciego, y no puedes.

-Mentira, yo no soy ciego, eso es mentira.

-Bueno, está bien, pero yo seré el primero en saltar, la idea ha sido mía, después tú y al último Mike.

La reja tenía una altura de un metro. Dan saltó sin ninguna dificultad; Mathew, ayudado por la voz de su hermano, también lo hizo, y Mike fue el más ágil de los tres; sin apenas agarrarse, la pasó de un salto. Siguieron saltando varias veces. Mathew volvió a saltar, puso mal el pie y resbaló, cayendo sobre los afilados barrotes, que le atravesaron la parte derecha del pulmón. La sangre salía a borbotones. Dan se precipitó sobre su hermano, intentando sacarlo de allí, sus lágrimas y gritos eran grandes.

-¡Mathew! ¡Mathew! Por favor, dime algo. Dime que estás bien. -Mike, aturdido, se quedó paralizado, mirando sin saber qué hacer-. Mike, llama a papá, ¡Corre! -

gritó-, corre -corrió desesperadamente hasta la casa, llorando.

-¡Hellen! ¡Tío Matt! Vengan, aprisa, Ma..., Mathew...

-¡Dios Santo!, ¿qué pasa? -gritó Hellen.

-Tío, ven, aprisa. Mathew se ha caído. Sale sangre, nosotros no queríamos -sus palabras se atropellaban entre sí.

Al ver Matt a su hijo colgado de la reja, corrió hasta él. El horror invadió a Hellen al ver a su hijo. Matt apartó a Dan de su hermano y de un gesto rápido separó a Mathew de la barra.

-Matt está, está... -preguntaba Hellen entre sollozos.

-No, está vivo. Vamos aprisa al hospital.

Mathew pasó cuatro días entre la vida y la muerte. Después de pasado el peligro, permaneció hospitalizado tres semanas. Dan nunca más volvería a hacer algo que su hermano no pudiera realizar.

En aquel diario estaban escritos los más íntimos pensamientos de un hombre, sus pasiones, sus alegrías, sus frustraciones. Apenas la mencionaba pero ahí estaba Scarlett, su hermana. Explicaba cómo fue el primer día que ella llegó a su casa, después de que su madre muriera en un accidente cuando practicaba el alpinismo.

Hellen la acogió como a una hija más. Scarlett nació fruto de una relación que tuvo Matt con una mujer, antes de que éste se casara con Hellen. Mathew sentía una gran amistad por ella, era su hermana, era una amiga, una confidente, así que el día que se casó con su gran amigo Mike, se sintió feliz. Las personas que más quería y apreciaba se casaban, y cuando, al poco tiempo, la pareja anunció que esperaban un bebé, la familia lo celebró y Mathew se sintió feliz; y mucho más cuando su amigo le pidió que fuera el padrino del bebé. Él aceptó encantado, le gustaban los niños. Siempre dijo que le gustaría tener familia numerosa, si algún día se casaba.

Lo último que había escrito era con fecha veintiséis de diciembre, un año antes de que David naciera. Escribió sobre la carta que recibió de la federación invitándolo a participar en una competición. También hacía referencia a su pequeña sobrina Linda, a cómo últimamente ella era reacia a que él la cuidara.

Le decía que era un hombre muy malo, y que lo castigarían por ello. Scarlett no le dio ninguna importancia al comentario de su hermano, le dijo que todos los niños pasaban por momentos críticos.

La voz de su padre avisándole que había llegado sobresaltó a David. Cerró el diario, recogió el CD y los disquetes y los guardó en su cajón.

-Ya bajo papá, estaba estudiando.

David se quedó pensativo. Después de todo lo que había leído y visto de su hermano, no comprendía cómo un hombre como él, con tanta sensibilidad, pudiera haber violado a su sobrina, y si era así, ¿por qué ningún comentario en su diario referente a ello?

## CAPÍTULO 38

Aquella noche, mientras dormía la borrachera, alguien le robó los zapatos, así que se improvisó unos, con varios trapos viejos que encontró entre la basura.

Por suerte, el crucifijo que le dio su madre lo llevaba oculto debajo de la ropa harapienta y nadie supondría que un andrajoso como él pudiera llevar algo de valor encima. Empezó a caminar antes de que llegara la policía y comenzaran a detener a los indigentes que dormían en aquel callejón lleno de cubos de basura y ratas. La llegada del otoño era evidente. Las hojas amarillentas empezaban a caer de los árboles. Matt pensó que tendría que encontrar un par de zapatos antes de que llegaran las primeras nevadas. Podría ir al centro de beneficencia.

Seguro que allí encontraría algún par de su talla, pero prefirió no ir; seguramente estaría el padre Taylor y le haría demasiadas preguntas que no quería contestar. Tenía sed y no le quedaba ni un solo

centavo. Los últimos veinte dólares se los gastó en una botella de whisky barato. Se dirigió torpemente, ayudado por una rama, hacia Grace Church. Era un buen lugar para pedir limosna. El día era claro. Se sentó en las escalinatas de la entrada.

Extendió su mano cubierta por un guante, intentando ocultar sus marcas, que delataban que en una época estuvo prostituido. Las campanas de la iglesia repicaban, invitando a los fieles a entrar en la iglesia. Algunas de las personas que pasaban por su lado le daban limosna. Otras lo miraban de reojo, y se apartaban al ver el aspecto harapiento y sucio de aquel hombre con pelo greñudo y barba de días.

Sólo las almas caritativas se compadecían de él, dándole algunas monedas. Un policía se acercó.

-¡Oye, tú! Te tengo dicho que no quiero verte por aquí. No quiero andrajosos por mi zona. Ya puedes largarte si no quieres que te encierre -lo zarandeó con la porra. Matt se levantó, cayéndosele algunas monedas al suelo. No las recogió; no las encontraría, pensó-. ¡Espera! -le ordenó el agente, y recogió las monedas que habían caído rodando hasta el borde de la acera-. Toma, este dinero es tuyo -se las puso en la mano.

-Gracias, agente, ¿me puede decir la hora?

-¿Tal vez tienes una cita importante?

-A la una reparten la comida en el Hospital de San Vicente.

-Son las doce y media.

-Gracias, señor.

-¿Qué les ha pasado a tus zapatos? -le preguntó, mirándole los pies.

-Me los quitaron anoche.

-Está bien, márchate antes de que me arrepienta y te requise lo que has recaudado -el policía lo siguió con la mirada hasta que el ciego desapareció al doblar la esquina de la calle diez.

Cada día, el oficial Martin lo amenazaba con lo mismo, pero nunca cumplía la amenaza.

La cola, en San Vicente, ya se había formado. Matt esperó cinco minutos hasta que le tocó el turno.

-¡Vaya, ciego!, hoy llegas a tiempo. Todavía queda comida. Que te aproveche -le dijo uno de los asistentes que se encargaban de repartir los víveres.

-Sí, por suerte -contestó.

Tomó la bolsa de comida y se alejó hasta llegar a un baldío, cerca del hospital.

Abrió la bolsa: una manzana, un panecillo y un recipiente con sopa, era el contenido aquel día. Matt abrió la tapa del recipiente y bebió lentamente el humeante líquido blanco. Partió el panecillo por la mitad, guardándose uno de ellos en el bolsillo de la chaqueta. Comió la manzana, acompañada por la mitad del pan y, cuando terminó, sacó de su bolsillo el dinero que había recogido en la iglesia. Lo contó: en total había veinticinco dólares. Los suficientes para una botella de whisky. Se levantó del suelo, y caminó hasta llegar a una tienda de licores de la calle Doce. Entró. A los dos minutos salió con una bolsa de papel, conteniendo lo que parecía una botella. Continuó recto por la calle hasta llegar a Tompkins Square Park, un parque que antaño fuera centro de artistas, pintores, músicos, mimos, y ahora sólo estaba concurrido por pordioseros, mendigos y borrachos. El parque estaba completamente abandonado; el pequeño lago artificial estaba seco y los faroles rotos. Apenas había unos cuantos bancos a medio destrozar. Matt se sentó entre unas grandes rocas, que seguramente fueron puestas para imitar una cascada. Sacó la botella de la bolsa, la abrió y bebió de ella un trago largo. No era bourbon; lo prefería, pero no estaba en condiciones de escoger. Lo que recaudaba durante todo el día le alcanzaba sólo para comprar dos botellas y eso cuando el día era bueno. Desde que dejó la casa de Dick, se prometió a sí mismo que no volvería a caer en la heroína. No quería volver a la prostitución barata y lo había conseguido. Sólo alcohol. Era más fácil conseguir mendigando el dinero suficiente para una botella. No echaba de menos a su amigo. El alcohol lo hacía olvidarse de todo. Sólo deseaba morir, terminar ya la vida miserable que tenía. Acabó la botella



en una hora, se acurrucó entre las piedras, intentando protegerse del aire frío que se había levantado y se quedó dormido.

Las campanas de la pequeña ermita de San Pablo lo despertaron. Siempre tañían a las cinco. Apuró en un gesto rápido un resto de licor que quedaba aún en la botella y se aseguró de que estuvieran bien atados los trapos que usaba como zapatos. Se levantó, buscó en el suelo la rama que le hacía de guía, pero no la encontró. Pensó que el viento la debía de haber arrastrado, no le preocupó excesivamente. Caminó lentamente. Conocía el lugar. Tras varios pasos, pisó algo que parecía un palo. Se agachó y lo agarró. Por la forma parecía uno de los maderos de un banco. Era suficientemente largo para utilizarlo como guía, aunque un poco ancho para llevarlo con comodidad; pero no tenía otra cosa. Se dirigió a la iglesia de San Pablo. A las seis salían los fieles. Se sentó en uno de los escalones de la entrada central y esperó a que salieran.

-¿Le dan una limosna a un pobre ciego?

-Tenga, buen hombre -dijo una voz de mujer.

-Que Dios se lo pague.

-El alcalde tendría que hacer algo para que hombres como ese pobre ciego no estuvieran en la calle. Tenga amigo, espero que no se lo gaste en vino -la voz era de un hombre mayor.

-Gracias, señor.

El último de los fieles salió y le dio un billete de cinco dólares. Detrás de él el capellán se disponía a cerrar las puertas centrales.

-Ya puedes irte, acaba de salir el último -le avisó el capellán.

-Ya me voy, padre.

El sacerdote miró el cielo; estaba nublado.

-Yo que tú buscaría un lugar resguardado, no tardará en llover.

-Gracias, padre, intentaré encontrar algún lugar.

El invidente se levantó y bajó los tres escalones de la ermita. A lo lejos se veían relámpagos. Matt no los podía ver, pero podía sentir el aire frío de la tormenta que se aproximaba.

En uno de los callejones de la calle Doce, Matt se escondió para poder contar tranquilamente el dinero. Hoy los feligreses habían estado caritativos. Casi todo el mundo le dio alguna moneda; hasta tenía un billete de diez dólares.

Tenía lo suficiente para dos botellas de whisky, pero prefería el bourbon, así que compraría una. Se dirigió a la licorería, la única de la calle Doce en la que se le permitía entrar. Después de comprar la botella, se dirigió hasta el callejón de East River, donde solía dormir. Era temprano, así que todavía no había nadie. Se acomodó al final del callejón, agarró unos cartones y se cubrió con ellos. Sacó la botella de Four Roses y bebió lentamente. Cuando empezó a llover, a las ocho, Matt ya se había terminado la botella y estaba durmiendo. No oyó ninguno de los truenos: el alcohol, una noche más, lo había vencido.

## CAPÍTULO 39

Su cuerpo se convulsionó de nuevo. Ya no quedaba nada en su estómago que pudiera vomitar. La última bilis la acababa de expulsar en un ataque de tos. Sin embargo, su cuerpo parecía no haberse enterado, y seguía estremeciéndose, intentando vomitar algo que ya no existía.

Hacía varios días que su estómago rechazaba el alcohol o cualquier tipo de alimento. Todo lo que él ingería, al cabo de unos minutos, lo vomitaba. Se encontraba mareado y apenas tenía fuerzas para tenerse de pie. La nieve caída la noche pasada había cubierto el callejón de un gran manto blanco. Ningún indigente durmió aquella noche allí. Los centros de caridad, como todos los años, en Noche

Buena abrían sus puertas para dar una cena de Navidad y no las cerraban hasta las doce de la noche del día siguiente. Matt no había acudido. La borrachera del día anterior lo había tenido durmiendo toda la noche, hasta que despertó y empezó a vomitar. Llevaba puestos unos zapatos marrones que el oficial Martin le dio en una de sus rondas.

Por fin, su estómago dejó de agitarse. Tenía la boca amarga. Se enderezó, y caminó hasta la salida del callejón. Resbaló con la nieve y cayó al suelo. Se volvió a levantar, apoyándose en un cubo de basura. Tenía frío, la cabeza le ardía y las calles estaban vacías, por lo temprano del día, y porque era Navidad. Entró en Tompkins Square Park, se acercó a una de las fuentes que todavía funcionaban, y bebió la fría agua. Se enjuagó la boca, intentando eliminar el sabor amargo de la hiél. Luego se echó agua en la cara, procurando aplacar el calor que sentía en ella. Bebió varias veces. Su estómago no lo aguantó más de dos minutos. Fue hasta un banco y se sentó, creyó que iba a desmayarse. Sintió la proximidad de la muerte y la deseaba, pero lamentaba tener que morir como un perro, en la calle. Entonces pensó en su madre. Podía oler su perfume, casi oía su voz, ahora estaba seguro, era su madre: lo llamaba.

-¡Mathew, hijo mío!, no te dejes vencer, no quiero que mueras.

-Ya no puedo más, mamá. Déjame ir contigo.

-No, hijo, aún no es tu hora. Debes seguir viviendo, lucha por tu vida.

-¿Qué vida, mamá? ¿Ésta que llevo? ¿Piensas que esto es vivir? ¿Crees que merece la pena seguir viviendo así?

-No, hijo, llama a tu padre. Me prometiste que si necesitabas ayuda, llamarías a tu padre. Hazlo ahora.

-No puedo, mamá, he hecho demasiadas cosas horribles en mi vida.

-¿Y crees que a tu padre eso le importa? Tu padre sólo quiere recuperarte.

-Puede que a él no le importe, pero a mí sí, no soy digno de él.

-Mathew, eres el hijo más digno que unos padres puedan tener.

-Eso lo dices porque no sabes todo lo que he hecho por conseguir un poco de droga.

-Lo sé hijo, sé todo lo que has hecho, y por qué lo has hecho. Sé todo lo que has tenido que sufrir, sé toda la verdad.

-¿Qué verdad?

-La verdad de tu vida, la verdad que tú te niegas a aceptar. Conozco tus errores y los errores de los demás.

-¿Quiénes son los demás?

-Linda, Dan, Mike, papá.

-Déjame morir, tengo tanto sueño -se acurrucó sobre el banco.

-No, Mathew, no te dejaré morir, aún no. Todavía no ha llegado tu hora, quiero que te levantes, quiero que luches, llama a tu padre, ahora está en casa, dile que venga a por ti.

-No, mamá. No lo haré, no puedo, no tengo fuerzas, déjame, por favor, déjame morir.

-Mathew, si te dejas vencer ahora, me habrás defraudado, y entonces sí que pensaré que has sido un mal hijo. Levántate, ve hasta aquella cabina y llama a tu padre.

-No puedo, mamá, no me encuentro bien, tengo fiebre.

-Yo te ayudaré, apóyate en mí, toma mi mano, yo te guiaré.

Mathew se levantó y con paso lento e inseguro se dirigió a la cabina que su madre le indicó.

-Señorita, ¿quiere ponerme... con... San Francisco a... cobro revertido?

-Dígame el número.

-555 25 55, con..., Matt Denver.

## CAPÍTULO ULTIMO

Mathew fue trasladado al Hospital Flower-Fifth Ave, donde se le diagnosticó un estado anémico muy avanzado, e inflamación del hígado por ingestión abusiva del alcohol, complicado por una neumonía.

-Matt, no te quiero engañar, tu hijo está muy grave -le comunicó el Doctor Fonda.

-¿Qué quieres decir, Roland? -preguntó Matt Denver.

-Tu hijo ha abusado del alcohol y de las drogas. Su cuerpo no tiene defensas, Matt. Siento decirte esto, pero no tengo muchas esperanzas de que tu hijo pueda superar una neumonía.

-¿Estás diciéndome que mi hijo va a morir?

-Lo que quiero decirte es que debes estar preparado para lo que ocurra.

-Gracias, Roland. Sé que haces todo cuanto está a tu alcance, Y sé que mi hijo es muy fuerte. Si ha llegado hasta aquí, sé que logrará salir de esto.

-No pierdas la esperanza.

-Eso nunca.

-Si me disculpas, he de ir al quirófano.

-Roland, ¿puedo ver a mi hijo?

-Por supuesto, dentro de unos minutos lo subirán a la habitación. Puedes quedarte con él, pero no lo canses.

-Gracias de nuevo.

Matt aguardó unos quince minutos, hasta que una enfermera se le acercó.

-¿Señor Denver?

-Sí.

-Señor Denver, su hijo ya está en la habitación, ¿me quiere acompañar?

-Gracias, enfermera.

Matt Denver siguió a la joven enfermera hasta la habitación 230. Un cuarto amplio con una gran ventana desde donde se veía el Museo de la ciudad. Mathew se encontraba en la cama. En el brazo izquierdo se le había colocado una sonda por donde se le suministraban varios medicamentos. Estaba dormido cuando su padre entró.

-Señor Denver, el doctor Fonda me ha autorizado para que usted se pueda quedar con su hijo, pero le ruego que no lo canse, está muy débil.

-No se preocupe enfermera, lo último que quiero es hacerle más daño.

-Si necesita algo no tiene más que pulsar el botón rojo.

-Gracias.

Matt Denver tomó una de las sillas que había en la pared de la ventana y la acercó a la cama de su hijo. No dijo nada, cerró los ojos y rezó. Rezó con toda la fe que le enseñaron de pequeño, con todas las fuerzas que tenía.

-¿Papá?

-Sí, hijo, estoy aquí, a tu lado -y le tomó la mano.

-Papá, necesito hablar contigo -su voz era un susurro.

-No hijo, ahora no, cuando estés mejor.

-No, papá, ahora.

-Hay tiempo. El doctor Fonda te ha prohibido que hables.

-No, papá, sé que no hay tiempo, sé que voy a morir.

-No digas eso hijo. No vas a morir.

-Papá, yo he hecho cosas terribles.

-No importa, hijo, no importa -dijo apesadumbrado.

-Sí que importa papá, sé que Dick te contó la verdad.

-Por favor, hijo, eso ahora ya no es importante, olvídalo.

-Papá, he sido un prostituto y eso no lo puedo olvidar, yo..

-Por favor hijo, déjalo. Cuando estés mejor, me lo cuentas, ahora no -una enfermera entró, se acercó al paciente y comprobó que el medicamento bajara bien, le administró una inyección al suero, y le colocó una mascarilla de oxígeno.

-Por favor, señor, procure no hacerlo hablar, está muy débil.

-Lo siento, enfermera, ha sido mi culpa -se disculpó Matt Denver.

Después de comprobar el estado de Mathew, la enfermera volvió a salir.

-Papá.

-Hijo, por favor, tienes mucha fiebre, ahora no puedes hablar.

-Dame la mano, papá -y Matt le volvió a tomar la mano a su hijo-. No me dejes, papá, no me dejes solo -le pidió en tono de súplica.

-Descansa, hijo. No temas, no te volveré a dejar nunca más solo.

Mathew se volvió a dormir, sujetando fuertemente la mano de su padre. Así pasaron cinco días, en los que Matt Denver no se separó ni un solo instante de su hijo.

-Matt, deberías descansar un poco, estás agotado -le dijo Johnnie, que hacía cinco minutos que había llegado al hospital.

-No, no quiero dejar a mi hijo solo.

-Matt, si no descansas, el que va a caer enfermo serás tú. Ve al hotel, yo me quedaré con Mathew.

-No voy a dejar a mi hijo, quiero estar aquí cuando despierte.

-Matt, ¿no comprendes que si caes enfermo, será peor? Por favor, hazme caso. Yo me quedaré aquí.

-No insistas Johnnie, no pienso alejarme de mi hijo. Por mi culpa ha pasado un calvario, y no voy a abandonarlo otra vez.

-Matt, lo que le ha ocurrido a tu hijo es muy triste, pero tú no tienes la culpa de todo eso. Si no hubiera violado a Linda, nada habría pasado.

-Es mi hijo, no lo defendí, no intenté comprender lo que le pasó, Hellen siempre tuvo razón, nunca le pregunté qué es lo que había Pasado.

En aquel momento entró Dick. Su aspecto había desmejorado ligeramente. Se le veía mucho más delgado y en sus ojos verdes se le apreciaba tristeza.

-Buenos días.

-Hola, Dick -saludó Johnnie.

-¿Cómo estás, Dick? -preguntó Matt Denver.

-Bien, gracias, señor. ¿Cómo está hoy su hijo?

-No lo sé Dick, la fiebre sigue sin bajar, ha estado toda la noche delirando. El doctor Fonda dice que posiblemente no logre superar la crisis -le dijo tristemente Denver.

-Señor, creo que tendría que ir a descansar, tiene muy mal aspecto. Yo me quedaré con Matt.

-He intentado convencerlo de ello, pero no quiere -le informó Johnnie.

-Gracias, Dick, les doy las gracias a los dos, pero no puedo dejar a mi hijo solo, no mientras siga inconsciente. Además, tú no tienes mejor aspecto.

-Estoy bien, pero me gustaría poder estar con Matt... ¡Por favor, señor!

Matt Denver se le quedó mirando. Por unos segundos no dijo nada, después miró a su hijo. Seguía durmiendo. El suero bajaba lentamente por el cuentagotas. Volvió a mirar a Dick y leyó en sus ojos el gran amor que sentía por su hijo. Fue hasta la ventana y miró a través de ella. El sol era radiante e iba fundiendo la nieve caída de los últimos días.

Se acercó a la cama de su hijo, le tomó la mano, se inclinó sobre su cara y dulcemente lo besó en

la frente.

-Te quiero, hijo. Perdóname si despiertas y no estoy a tu lado -no dijo nada más, fue hacia la puerta y salió. Johnnie lo siguió.

-Matt, ¿te encuentras bien? -le preguntó Johnnie.

-Sí, sólo que estoy un poco cansado, eso es todo.

-¿Quieres que vayamos al hotel?

-No, vamos a la sala de espera. No quiero alejarme mucho de mi hijo, descansaré un rato allí.

-No te preocupes, Matt, ya verás cómo Mathew logra superar la crisis.

-Eso espero, Johnnie, eso espero.

La fiebre remitió. Al despertar, Mathew sintió el aroma de la loción de Dick.

-¿Dick? ¿Eres tú, Dick?

-¡Matt! Gracias a Dios, la fiebre ha bajado, has despertado.

-¿Y mi padre?

-Ha salido un momento, ahora lo llamo.

-Espera, Dick. Quería pedirte perdón por todo el daño que te he hecho.

-No importa, Matt, lo realmente importante es que ahora ya te has encontrado con tu padre. No te preocupes.

-Has sido siempre tan bueno conmigo, y yo, yo te lo he pagado con mis huidas, con mis miedos, abandonándote, cuando más me necesitabas.

-No Matt, sé que fue muy duro para ti y comprendo que tuvieras miedo.

-Dick, puede que no lo creas, pero eres la única persona a quien he amado de verdad. Conocerme fue lo mejor que me pudo ocurrir, y estoy completamente seguro de que si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, seguirías siendo alguien muy especial para mí. Te quiero, Dick, y porque te quiero te he de pedir que me olvides. Busca a alguien que sepa corresponder a todo ese amor tan inmenso que das.

-Matt, no me arrepiento de haberte conocido, no me arrepiento de haberte amado y olvidarte no voy a poder. A pesar de todo lo que hemos pasado, te sigo queriendo y si cuando estés recuperado quieres seguir viviendo conmigo, mi casa y mi corazón seguirán abiertos.

-Dick, esta vez es el final, no habrá más huidas ni más miedos.

-Matt, tienes razón. Ya no tendrás que huir, porque ya no tienes nada por qué temer, por fin has encontrado tu vida

-No, Dick, yo no...

-Matt, he de confesarte algo, algo que hace años que me corroe por dentro, algo que te tenía que haber dicho desde el principio, y que te oculté.

-Dick, ¿tú me tienes que confesar algo a mí? -preguntó sorprendido.

-Matt, nunca te dije la verdad respecto a Glory Ann.

-¿Qué, qué me quieres decir?

-Tu hija jamás fue adoptada por ninguna familia.

-Glory Ann -susurró.

-Perdóname, Matt; Glory Ann fue adoptada por tu hermano Dan.

-Dan, ¿Dan se quedó con mi hija? ¿Por qué?

-Por eso, porque era tu hija, no quería que estuviera con gente extraña.

-Pero, Dan me odia, él no quería a mi hija.

-Matt, tu hermano está loco por Glory Ann. Nunca imaginé que llegara a quererla tanto.

-¿Mi padre sabe la verdad?

-No, cree que es su hija.

-Dick, gracias por contármelo, gracias por decirme la verdad y no dejarme morir creyendo que

mi hija había sido repudiada por mi hermano, gracias.

-Lamento tanto no habértelo dicho antes, pero pensaba que si te decía la verdad te haría mucho más daño, perdóname Matt. Por favor, perdóname.

-Dick -volvió a toser-, cada vez que veas a mi hija, dale un beso de mi parte, y si algún día puedes, háblele de mí. Dile que tenía un tío que la quería, dile, dile que siempre ha estado en mi corazón. Dick, no dejes que crezca odiándome, no dejes que Dan la críe haciéndole creer que soy un ser despreciable.

-Matt, eso nunca ocurrirá, porque conozco a tu hermano y te puedo decir, que nunca delante de ella ha mencionado ninguna palabra en tu contra, y yo tampoco dejaría que lo hiciera.

-¿Cómo es mi hija, Dick? Cuéntamelo otra...

A Mathew lo invadió otro ataque de tos y Dick, alarmado, llamó a la enfermera, que lo hizo salir de la habitación.

-¿Qué ocurre, Dick? -preguntó nervioso, Matt Denver, que en aquel momento llegaba, acompañado de Johnnie.

-Su hijo ha despertado, pero ahora, no sé, se ha puesto peor.

-¿Peor?

Varias enfermeras corrieron por el pasillo, entrando en la habitación de Mathew.

Instantes después, llegó el Doctor Fonda.

-Roland, ¿qué ocurre?

-Perdona Matt, ahora no te puedo atender -y entró en la habitación.

-¡Dios! ¿Qué pasará? -suspiró Denver.

Los tres hombres se impacientaban a cada minuto; por fin, después de diez interminables minutos, el Doctor Fonda salió de la habitación.

-Matt.

-¿Cómo está? ¿Qué ha ocurrido?

-No te alteres, Matt, ahora todo va bien.

-¿Cómo está mi hijo?

-Ha sufrido una crisis, pero ya está todo controlado, necesita tranquilidad.

-¿Podemos entrar?

-Sí, pero sólo un instante. Tú, si quieres, te puedes quedar con él.

-Gracias.

Los tres hombres entraron de nuevo en la habitación. Mathew estaba relajado. Su respiración era lenta; le habían puesto la mascarilla de oxígeno.

-Señor, creo que esperaré fuera -dijo Dick.

-Sí, yo también lo haré -afirmó Johnnie.

Ambos hombres salieron, dejando a Matt Denver con su hijo.

-Papá.

-Calla, hijo, no hables -le susurró.

-Papá, por favor déjame decirte algo.

-Está bien, hijo, dime.

-Papá, no he sido un buen hijo, lo siento, créeme que lo intenté, quería ser el mejor, quería que tú estuvieras orgulloso de mí, pero te he fallado.

-No, hijo.

-Sé que no merezco tu cariño, sé que no puedo ser perdonado, pero quiero que sepas que si alguna vez cometí algún error lo he Pagado sobradamente.

-Olvídalo, hijo, todo pasó, ya no importa.

-Dicen que violé a Linda, pero papá, yo no fui consciente de ello, te lo suplico, créeme.

-Te creo, hijo.

-Yo, yo no quiero seguir viviendo.

-No digas eso.

-Mi dolor y mi vergüenza son tan grandes que no puedo seguir viviendo, por favor, papá, dime que me perdonas, dime que aún me quieres.

-Te quiero hijo, y te perdono.

-Papá, no dejes que muera en una ciudad extraña para mí -la tos lo invadió de nuevo-, llévame a casa.

-Te llevaré, hijo. Cuando estés mejor, te llevaré a casa, a tu casa, pero ahora descansa, no hables.

-No papá, llévame ahora, voy a morir, sé que voy a morir, no dejes que muera en una fría habitación, déjame morir en mi antigua cama.

-Te prometo, hijo, que te llevaré a casa, no sufras, descansa ahora, te llevaré a casa y no será para morir, sino para vivir.

-Gracias, papá, gracias por quererme.

Y Mathew se durmió de nuevo, dejando a su padre con lágrimas en los ojos y sus manos agarradas muy fuertemente a la suya.

Quince días después y cumpliendo la voluntad de su hijo, Mathew fue trasladado desde el Hospital Flower-Fifth Ave, de New York, a su casa en San Francisco, donde moriría a los pocos días, en la cama de su antigua habitación, a consecuencia de una grave afección pulmonar, complicada por una doble neumonía; todo causado por las largas y frías noches de dormir en la calle.

Sólo cuatro personas acompañaron a un desconsolado Matt Denver en el sepelio de su hijo; su más querido y fiel amigo, Johnnie Sullivan, David, su hijo, el padre Peter Maine, que ofició la ceremonia, y el muy afligido Dick. Por expreso deseo de su padre, Matt fue enterrado junto a la tumba de su madre.

### Epilogo

La primavera irrumpió de golpe en San Francisco. David preparaba los exámenes en su habitación. Era el último curso y quería sacar buenas notas para su graduación.

-Papá, voy a casa de Scarlett, necesito pasar unas notas, y mi computadora se ha estropeado, así que le he pedido prestada la de Linda.

-Bien, hijo, te espero para cenar -le dijo Matt, que se encontraba en su despacho repasando unos expedientes.

La casa de Scarlett estaba a dos manzanas del domicilio de su padre. Una casa colonial, como casi todas las de la zona alta de la ciudad, rodeada por un jardín, plantado de tulipanes y margaritas, con dos grandes árboles frutales.

David llamó a la puerta.

-¡Hola, Dave! Has llegado temprano -saludó Scarlett.

-Sí, quiero terminar pronto mi trabajo. Papá está solo y desde que Mathew murió está muy triste; le prometí que cenaría con él.

-Bien, pasa, ya sabes dónde está la computadora. Nadie la ha vuelto a utilizar desde el accidente de Linda.

-¿Sabes si tenía código de entrada?

-No, me parece que no. Pruébala. Te dejo, tengo una cita.

-¡Está bien, hermana! Ya te entiendo.

-Me voy, que no llego, si quieres algo sírrete tú mismo. Adiós.

David subió las escaleras y entró en la habitación. Estaba igual que antes de que muriera Linda; la cama recién hecha, un libro abierto sobre el escritorio, y la computadora, esperando a ser utilizada. David la encendió y a los pocos segundos la pantalla se iluminó y un aviso anunciaba que el sistema

Windows se cargaba. No tuvo problemas, no había ninguna clave de acceso. David introdujo su disquete en la máquina, pero antes tuvo que sacar el que había dentro. Durante más de una hora no dejó de teclear y pasar los apuntes. Disquete lleno, por favor introduzca uno nuevo y pulse enter cuando esté listo.

¡Mierda!, me he quedado sin disquetes, ¿y ahora qué hago?

David contemplaba el aviso del ordenador, como si esperase que éste le diera una solución.

¿Qué hago? Si cancelo perderé todo el trabajo de una tarde. Quizá, tal vez por aquí haya alguno vacío, no creo que a Linda le importe ahora si tomo uno suyo.

Hum, veamos, ¿qué hay por aquí?

David rebuscó por el archivador algún disquete que estuviera vacío.

-Vaya, todos están llenos, ni uno. Bueno, creo que si tomo uno que no sea importante y lo borro, a nadie le importará. Veamos, ¿cuál puedo tomar? -empezó a buscar y leer-; sociales, tema de literatura, nada todo esto..., ¡Vaya! ¿Qué hay aquí? MDL, ¿qué será esto? Veamos.

David sacó el disquete de su estuche, y lo introdujo en la disquetera.

-Vamos a ver qué es esto. ¡Vaya! Pide acceso. Veamos, ¿cuál puede ser la clave?

-David piensa qué clave podría tener Linda-: Probemos con ésta. Linda?; acceso denegado. Bueno probemos con esta otra, MDL; acceso denegado. Piensa David, ¿qué clave utilizaría Linda?, ¿cómo decía siempre ella? Piensa, venga, te tienes que acordar, David, acuérdate. ¡Ya está! Coure -David cerró los ojos, esperando que ésa fuera la clave. Pulse enter para continuar-, ¡Bien!, ya está. Veamos qué es lo que tienes aquí tan bien protegido.

La pantalla se llenó con letras, que formaban palabras y éstas, a su vez, frases. David empezó a leer.

21 de julio. Hoy he salido con Emili. Fuimos con dos chicos..-

-¡Vaya!, es el diario personal de Linda. No creo que a Scarlett le guste saber que he borrado su diario, y creo que le gustará menos saber que lo he agarrado, será mejor que lo quite. No me interesan las tonterías de... ¡espera!, ¿qué es esto? ¿Un fichero dentro del diario? Veamos, Ciego?. ¿Ciego? Qué nombre más raro para un fichero. Veamos qué hay aquí -pulsó la palabra Ciego.

Y la pantalla se llenó con más letras, que formaban más palabras, y éstas, a su vez, más frases. David empezó a leer.

Ayer oí a papá mencionar algo de Mathew, y recordé a tío Mathew. ¿Estará todavía vivo? Espero que no, no me gustaría que un día se presentase en casa y le dijera a papá que mentí. Claro que no sé por qué me preocupó ahora. Si nadie le creyó entonces, ¿por qué iban a creerle después de tantos años? Es curioso cómo una niña pequeña puede tener tanto poder, sólo necesité decir que me había tocado y todo el mundo me creyó, y él fue a prisión. Creo recordar que me caía bien, han pasado tantos años, que no recuerdo bien por qué inventé aquella historia. Me parece recordar que vi algo parecido en la televisión, de una niña a quien su padre violó; sí ahora lo recuerdo, aquel día, cuando el tío Mathew entró en mi habitación, estaban emitiendo un reportaje y él me dijo que no era un programa para una niña y me hizo apagar la televisión. Yo me enfadé porque no me leía los cuentos que yo le pedía. Después comprendí que, al ser ciego, no podía ver, pero, claro, eso yo no lo sabía. Lo cierto es que lo odio. Si mis padres supieran que todas mis pesadillas no eran porque él me violó, sino al contrario, porque tenía miedo; soñaba que tío Mathew venía a casa y contaba la verdad.

Después papá me castigaba por haber mentido. Por suerte, ese desgraciado nunca se atrevió a volver y yo he conseguido todo lo que quería con el cuento de que mis pesadillas eran motivadas por una violación. Lástima que esto ahora no me sirva para que Joe se fije en mí. Odio a los ciegos, y odio al maldito tío Mathew. ¿Qué habrá sido del pobrecito ciego? Papá dice que ya ha cumplido la condena. Ojalá esté muerto. No soporto la idea de que algún día se descubra la verdad y se sepa que



nunca me tocó, que todo fue una invención mía para que lo castigaran por no leerme los cuentos...

-¡Dios mío! -David no creía lo que estaba leyendo-. ¡Dios mío! -volvió a exclamar-. ¡Papá tiene que saber esto!, ¿cómo pudiste hacer eso, Linda? ¡Linda jamás fue violada! ¡Mi hermano nunca violó a Linda! ¡He de contarle a papá la verdad!, papá ha de saber que ¡Mathew es inocente!

Ya nada era como antes y nadie volvería a ser como antes. El dolor y la culpabilidad se habían apoderado de todos, especialmente de Dan, que lo supo aquel día. En el cementerio, junto con su pequeña hija, Glory Ann, dejó sobre la tumba de su hermano un ramillete de violetas. Las flores preferidas de Mathew, por su aroma. Dan se arrodilló frente a la pequeña, tomó suavemente sus manos, mirándola y sin poder contener las lágrimas, le dijo.

-Cariño, quiero que sepas que todas las cosas malas que hayas podido oír o te puedan decir de tío Mathew nunca fueron verdad. Todo lo contrario, fue una excelente persona, que por culpa mía y de la sociedad sufrió un injusto castigo.

Glory Ann se soltó de su padre y puso sobre la lápida una rosa amarilla.

-Te quiero, tío Mathew -dijo dulcemente la niña, y volvió a tomar la mano de su padre.

Dan levantó la vista hacia el cielo. El sol brillaba en un día que a Matt le hubiera gustado poder sentir en su rostro. A lo lejos, una paloma blanca se acercó, sobrevolando el cielo azul, un azul que le recordaba los ojos de Mathew, y se posó sobre la resplandeciente lápida, que su padre hizo grabar con el epitafio:

Aquí descansa Mathew J. Denver, un buen hijo, un hombre bueno

Y aquella noche un ángel durmió sobre la tumba de Mathew.